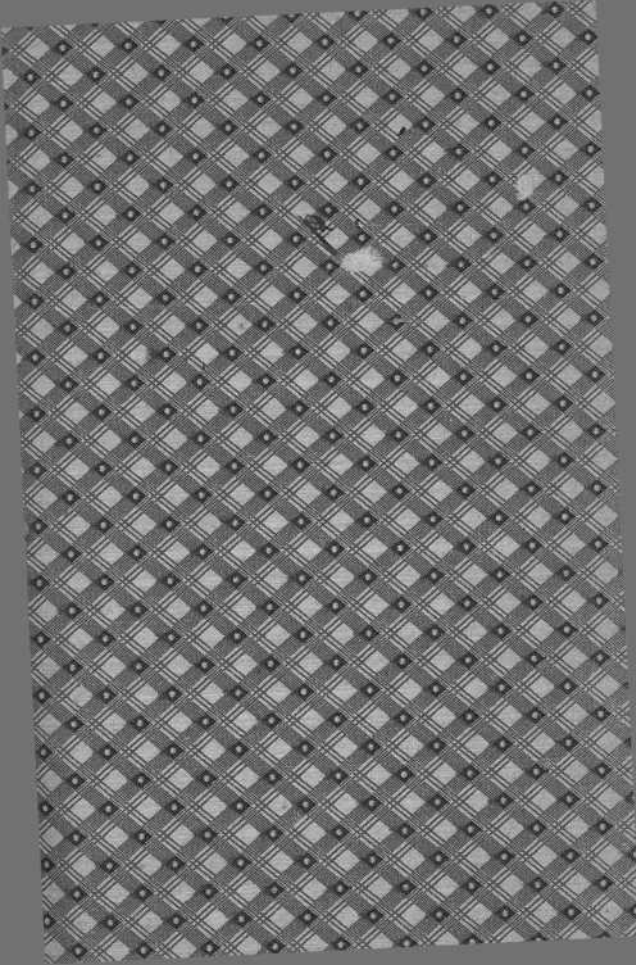
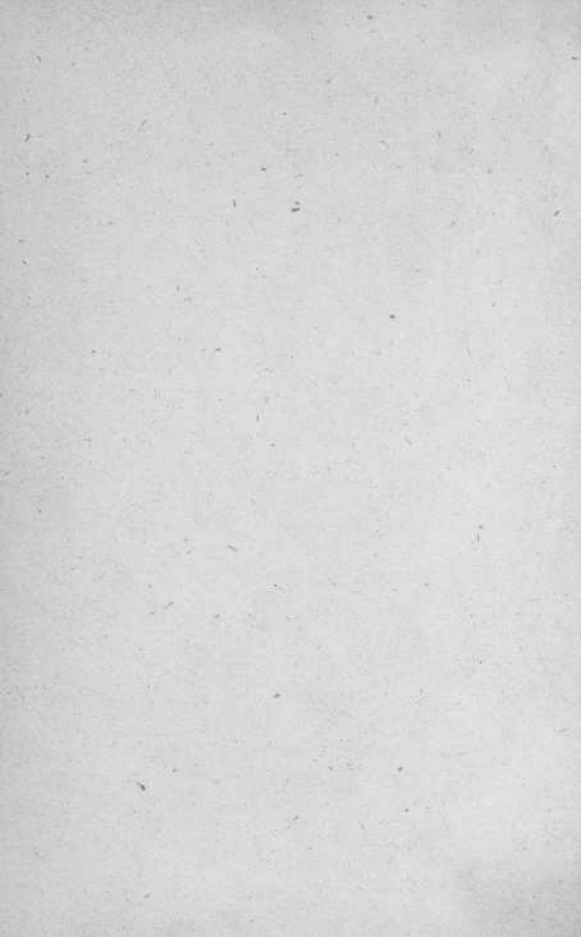


4

Q. 14-1a

2414





LA

PROFESION DE FE

DEL SIGLO XIX.



PROFESSOR DE RE

DEE. SIED. XIX.



LA
PROFESION DE FÉ

DEL SIGLO XIX,

POR

EUGENIO PELLETAN.

TOMO PRIMERO.

MADRID,

LIBRERÍA DE DON LECCADIO LOPEZ,
calle del Carmen, número 15.

1870

Caracas,
Librería de los señores ROJAS,
hermanos.

Vaiparaiso,
Librería del *Mercurio*,
de D. O. L. TORNERO.

I.A.

PROFESION DE FE

DEL SIGLO XIX

EUGENIO PEREZ



MADRID

LIBRERIA DE DON ANTONIO TORRES,
Calle del Estanco, 4.

1870

Valencia, 1870.
Librería del Estanco,
C. de O. A. Torres.

Madrid, 1870.
Librería del Estanco,
C. de O. A. Torres.

CAPÍTULO PRIMERO.

Hé emprendido este libro bajo la inspiración de un maestro que lleva en sí más que ningún hombre puede llevar. Pienso lo que ha pensado, y procuraré decir lo que ha dicho. ¿Cuál es su parte, y cuál la mía en el trabajo? Solo lo sabrá aquel que pueda separar las olas del murmullo que producen. ¿Necesito nombrar á este maestro? Es mi siglo, seguramente el más grande de la historia. Le he interrogado respetuosamente, y si no me hago ilusiones, hé aquí lo que ha respondido. Pero antes de repetir su respuesta, permítaseme meditar un instante. La verdad en la tierra es la visita de Dios á nuestra inteligencia; abrámosle en el fondo de nuestro corazón una piadosa hospitalidad, y preparémonos humildemente para la celeste entrevista.

El hombre necesita creer, porque ha nacido inteligente; creer es el medio de ser para su espíritu; su espíritu vive únicamente creyendo, y además, porque habiendo nacido libre, tiene en virtud de esta libertad una parte de acción en su destino. Debe, pues, conocer, aunque sea en parte, ese destino para arreglar á él su conducta. De aquí la necesidad de una creencia. ¿Quién eres? ¿Por qué existes? ¿De dónde vienes? ¿A dónde vas? Hé aquí el enigma que desde Job á Prometeo, y desde Prometeo hasta Fausto, la humanidad está continuamente resolviendo.

¿Pero qué garantía tiene el hombre de poder encontrar su solución? Una sola, podemos responder, y le basta; el deseo que tiene de hallarla. El afán de buscar no es en nuestra alma más que la anticipación de la verdad. La soberana armonía no se engaña á sí misma; no ha dado la aspiración á nuestra alma como el cebo de un engaño. Por todas partes donde ha puesto la sed, ha puesto al lado la fuente. ¿Quién puede admitir un momento que Dios, señale la verdad al presentimiento para escondérsela á la razón? Entónces no sería Dios. sería su propio mentís. Habría encendido en nosotros un deseo que sería un suplicio; hubiera hecho de nuestro más sublime instinto

un infierno. Semejante hipótesis es impía, no merece ni aún la refutación. Decirla es refutarla.

Busquemos la verdad y la encontraremos, porque la habremos buscado. ¿Pero para qué la hemos de buscar? dice el espíritu de la pereza. ¿Para qué? Precisamente para que la humanidad vea colmada su más noble ambición. La verdad no es la copa pública que pasa de boca en boca en la mesa del festin. Es, y debe ser siempre una recompensa. Para tener derecho á ella es preciso empezar mereciéndola. La inteligencia tiene también su virtud; es virtuosa cuando multiplica sus ideas, y cuanto más las multiplica por el conocimiento, más pruebas dá de grandeza. No sería justo que el santo de inteligencia ocupado día y noche en el desarrollo de su pensamiento, solo poseyera la verdad como el profano que deja volar su alma á merced de todos los vientos. Desde el momento en que cada uno llevara en sí mismo, sin trabajo interior, la plenitud de la ciencia, el alma humana no tendría razón para existir, puesto que no tendría actividad. La verdad repartida en partes iguales á todo hombre desde su nacimiento, sería el último resultado el comunismo del espíritu.

La humanidad debe cojer con el sudor de

su frente la mies de la idea, como con el del cuerpo la otra mies. Y si no ¿por qué Cristóbal Colon ha merecido bien de la historia? ¿Ha sido solamente por haber atravesado el Atlántico? Cada dia le atraviesan miles de hombres que no dejarán tras sí más huella que la que abre la quilla de su navio entre las espumas del Océano. No, Cristóbal Colon es inmortal por haber sospechado la existencia de un nuevo mundo, y por haberle buscado bajo la creencia de su sospecha. Ha tenido que luchar, ha tenido que vencer, y esta lucha y este sufrimiento han hecho su memoria imperecedera. Los débiles y los fuertes, tenemos todos como él, cada uno en nuestro puesto y segun nuestras fuerzas que levantar una duda, un obstáculo y despues que le hayamos vencido, aun cuando sea dentro de nosotros mismos, ó en el más oscuro de los seres, el gran ordenador de los mundos nos contará como un mérito.

Pero para tomarle como punto de partida para la verdad, el hombre, ¿es un hecho cierto y probado en su propia existencia? A esta pregunta solo hay una respuesta. Siento que existo, y este sentimiento me ahorra el ir á preguntarlo fuera de mí mismo. El espíritu no puede argumentar contra la vida, porque

tiene que empezar por reconocerla. Para argumentar es preciso existir, y al querer negar la existencia, el escéptico proclama implícitamente su realidad, porque la negacion es un acto, y todo acto supone un autor. Al darnos la vida, Dios nos ha dado la prueba innata de la evidencia. La evidencia es una certidumbre despótica que apaga cualquier prueba que haya á su lado, con el resplandor de su claridad. Existo porque existo; hé aqui el principio de todos nuestros conocimientos.

¿Pero quién soy? Un ser que á la vez siente y piensa. El sentimiento y la razon, hé aqui las dos alas con las que el alma se remonta hasta la verdad. La sensacion y la razon se equilibran y se fortifican entre sí, en esta misteriosa ascension. ¿Qué seria en medio de la humanidad la razon sola? La luz del fósforo que no calienta. ¿Y qué seria la sensacion reducida á su espontaneidad? La noche ardiente del espiritu. Estas dos facultades primeras del *yo* humano constituyen su armonia. El que rompiera la unidad del instrumento, romperia del mismo golpe la unidad de la obra y romperia el espejo ante la faz augusta de la verdad. Hasta ahora, la filosofia se ha dirigido esclusivamente á la razon, por eso ha sido, hablando con propiedad, una sec-

ta en la humanidad. Y así, la filosofía no ha podido contener completamente al hombre, puesto que este siente más que piensa.

La verdad, puramente racional, no puede ser en efecto más que la obra del filósofo célibe que vive, como Spinoza, ensimismado en una celda del Norte, ante la llama ahogada de una estufa, sobre una tierra sin drama, en medio de una naturaleza sin sol; á orillas de agua sin corriente, en la que flota el pálido *nennfar*, esa azucena de la esterilidad; y que allí inclinado de la mañana á la tarde, muerto para la vida exterior, bajo el humilde cristal que vierte desde el techo un rayo descolorido para alumbrar su sueño, suspende hasta las palpitaciones de su corazón, para seguir mejor, con la mitad de su alma, no se qué fantasma metafísico, bajo la forma de un problema de geometría. Por eso no podemos pedir la verdad aisladamente al sentimiento ó á la razón, es necesario para hallarla, pedir-sela al sentimiento dirigido por la razón, ó mejor aun, á la razón vivificada por el sentimiento.

Hé aquí al hombre demostrando al hombre, y en posesión de su conocimiento; pero, ¿qué es con relación al resto del universo? Un ser limitado, arrojado en un cantón del espacio,

en medio de séres limitados. Y, sin embargo, en medio de este círculo, de este torbellino de fuerzas y de formas que le rodean por todas partes, inviolable y distinto, puede retirarse al fondo de su conciencia, y allí, como detrás de una ciudadela inexpugnable, reconocerá en sí mismo una existencia personal, independiente de las demás existencias. Pero al proclamar su existencia independiente de la creacion, proclama directamente la realidad de la creacion, puesto que limitado por ella, debe existir aunque sea solo como límite.

Hé aquí al hombre y al mundo demostrados por el mismo raciocinio. ¿Y es esto todo? ¿El hombre no es más que un hecho al lado de otro hecho á quien comunica y de quien recibe la existencia por medio de la comparacion? No; es el testigo, ó mejor dicho, el interlocutor de Dios sobre nuestro planeta. Si el hombre no existiera, Dios conoceria la tierra, pero la tierra no conoceria á su Dios. Uno de los términos de la razon estaria roto. El hombre ha venido al mundo para comprender la creacion y relacionarla con Dios. Desde su entrada en el mundo ha visto en derredor suyo empezar la vida y acabarse continuamente. Al ver esta perpétua evolucion, indefinidamente prolongada, de séres que se sucedian sin acabarse

nunca, ha sospechado naturalmente que debia existir un sér superior que sobrevivia á esta manifestacion, y que guiaba y cortaba este flujo y reflujo de existencias. Esta sospecha tomó en su mente la forma vaga de una intuicion, despues la forma positiva de una creencia, reconoció un poder anterior á todo principio, y posterior á todo fin, que vertia la vida en el espacio, y que la recogia á la hora marcada para esta misteriosa restitucion. Después de haber precisado este poder en su mente, le dió nombre.

Dios es, pues, la vida universal, origen y fin de todas las vidas, es decir, con relacion á la extension, la inmensidad; con relacion al tiempo, la eternidad. Inmutable é infinito, tiene dos atributos esenciales que no divide con ninguna existencia perecedera y pasajera, y por esta razon, el yo divino es la más alta expresion de la personalidad. Dios solo es personal, porque él solo es absoluto. Así, pues, el infinito en el tiempo y en el espacio, constituyendo la personalidad de Dios, y descansando exc'usivamente en Dios, no puede provenir de la multiplicidad, ni caer en la division.

Acumulad por el pensamiento los siglos sobre los siglos; no hallareis nunca la eternidad

en la cúspide de la pirámide. Multiplicad los mundos por los mundos, no llegareis nunca á encerrar la inmensidad en esta multiplicacion, porque despues del último siglo y despues de la última série, habrá siempre otro siglo más, y detrás de la frontera del último mundo, habrá otro espacio. Seguireis así un infinito que se escapa siempre, llevándose en su huida la imaginacion jadeante y desesperada de abismo en abismo, á través de los peristilos inflamados del cielo, hácia el término siempre lejano de otro término, y hácia el puerto siempre borrado, de un mar sin playas.

Pero Dios es más que el yo insensible que duerme sepultado en el egoismo de su sustancia. Es el yo vivo, activo de toda eternidad, que radia continuamente la vida y la accion al través de la incomensurable profundidad del espacio, y así como el yo humano emite infinitos pensamientos que van y vienen siempre penetrados y, sin embargo, distintos en su sustancia, sin agotar su sustancia y sin que esta emision la disminuya, así tambien el yo divino proyecta al exterior inagotables creaciones, siempre separadas, pero siempre llenas de su propia vida, sin diseminar ni abdicar en ellas su unidad. Dios es, pues, dis

tinto y está presente en el mundo, como el alma es distinta y está presente en el pensamiento.

¿Pero el mundo, una vez escapado de la mano de Dios, vive sin relacion, sin correspondencia con él, separado y como perdido en toda la distancia que media entre lo finito y lo infinito? No; toda vida creada tiene en sí una naturaleza divina, y en virtud de esta naturaleza aspira á la divinidad. Pero como no puede sumergirse de nuevo en Dios, se remonta hasta él continuamente por una série de progresos.

Ved esa creacion inagotable de estrellas sembradas como polvo en el espacio. Flotan, dan vueltas, huyen, vuelven, describiendo sin cesar nuevas curvas sobre las curvas siempre borradas de sus órbitas. Despues de una série de evoluciones y de circunvalaciones que ningun reloj de tiempo podria contar, entran en no se qué misteriosa apoteosis. Nuevas estrellas ocupan en su lugar la carrera interrumpida en el etéreo incomensurable, como si Dios hubiera preparado de millones en millones de siglos nuevos relevos á esos torbellinos de soles; y ahora decidme, ¿si al ver esas dulces Hespérides de fruta de oro que nadan en un mar de armonía, no os habeis extreme-

cido en vuestro interior, y no habeis sentido un nuevo órden de ideas, ó mejor dicho, de deseos?

El alma libre del peso que la oprime en la tierra, halla en la paz de la noche toda su elasticidad y recobra su sublime instinto de existencia por todas partes donde penetra su mirada y aún más allá. Entra involuntariamente en comunicacion con el alma universal esparcida en el espacio; recibe en cada efusion de luz, una efusion de la divinidad. Dios le ha hablado y se ha estremecido; entónces aspira á la inmortalidad y grita en el aire: Siento en mí el infinito. En cuanto el pensamiento humano entregado á su rápido vuelo, llega á toda su sublimidad, viene á parar á ese punto. Alguno le atrae desde arriba como el sol atrae el rocío. Levanto la cabeza y ansío el espacio. Una voz me llama, la oigo. Estoy dispuesto, héme aquí.

¿Esta atraccion del cielo sobre nuestra alma, y este deseo sagrado del alma que toma posesion de la eternidad, anticipadamente, no son las profecias de nuestro destino escritas con letras de fuego en la bóveda del firmamento? No nos aseguran por todos los siglos amontonados sobre los mundos que la duracion y la estension son la doble sustancia de la vida, ó la vida simplificada bajo la fórmula más sen-

cilla. El tiempo y el espacio están indivisiblemente unidos. La lengua humana emplea la misma palabra para medirlos. El uno nos guía á el otro como su indispensable complemente. No podemos ver el cielo desplegando todas esas claridades como otras tantas promesas, sin soñar con la vida futura y sin aspirarla á cada soplo de nuestro pecho. La inmensidad es la leccion visible de la inmortalidad.

Dios no podia llamar ante su faz en un instante todos los séres á la vez, porque entónces su creacion se hubiera encerrado entera en ese instante, y el limitado espacio de un momento, hubiera encerrado el infinito. Eterno, ha creado eternamente segun su naturaleza; y convocado sucesivamente los séres á la existencia por generaciones. Produce sin cansarse nuevas vidas para nuevos tiempos; y esos séres, una vez creados, llevando en si el tiempo, atraviesan la inmensidad. Marchan juntos, recogiendo para mayor cantidad de vida, mayor cantidad de fuerzas. Viajan de metamórfosis en metamórfosis, siempre nuevos, siempre aniquilados. Porque estos séres son tiempos acumulados, y estos tiempos, sujetos á la vida viven siempre.

Hé aquí la esplicacion de ese misterio que llamamos progreso. El progreso es un media-

dor universal entre el Creador y la creacion, porque separando el limite en el espacio por medio del movimiento, une el ser limitado á la primera persona de Dios, es decir, á la inmensidad, y separando por medio de la sucesion el limite en el tiempo, une la vida á la segunda persona de Dios, á la eternidad. El progreso es pues, el movimiento universal de los seres que, continuamente emanados de Dios gravitan en él, sin poder llegar á él; perfecto advenimiento al espacio y á la duracion, lazo vivo de lo finito y de lo infinito con un tercer término, lo indefinido, que participa á la vez de estos dos órdenes de ideas. Sin el progreso habria un rompimiento completo como acabamos de ver entre lo finito y lo infinito. El momento seria independiente del momento que le sigue. La vida seria una explosion desheredada de continuacion. Dios reinaria solitario sobre un mundo de polvo compuesto de minutos.

Pero lejos de asentar su divinidad en la soledad, ha querido al contrario establecer de él á sus criaturas una simpática correspondencia. Les ha ofrecido en comunión su propia esencia, les ha dado su propia eternidad, que revestir más y más por la duracion, y su propia inmensidad que conquistar por el

progreso. Al echar fuera de su pensamiento y al lanzar en el espacio las horas y las vidas, estas hermanas inseparables que marchan delante de él dándose la mano, las lleva á través de su cielo, de espiral en espiral, hasta su propia perfeccion. Las llama á él y las atrae sobre su corazon como hijas de desarrollada inteligencia y belleza.

El progreso es por consiguiente la ley general del universo. La atraccion es sencillamente un episodio, porque es la marcha matemática de los mundos al par de los mundos, en la inmensa procesion de los séres á través de la eternidad. Al aplicar, pues, esta ley del gran Cosmos á nuestro planeta, vemos en él la Providencia, llevando paso á paso ante ella la materia del fluido al elemento, del elemento al organismo, del organismo al movimiento, del mineral al vegetal, y del vegetal al animal; y si pasando del animal á la humanidad, vemos la misma potencia creatriz encaminar continuamente al hombre á la conquista incesante del tiempo y del espacio, y de todo lo que puebla y anima el tiempo y el espacio: ¡oh! entónces caigamos de rodillas y adoremos con el espíritu: poseemos la ley de Dios, revelada de igual manera al hombre y al universo, escrita en la misma lengua en uno y otro

catecismo; esta ley, volvemos á repetir, es el progreso: el progreso, es el evangelio vivo de nuestro destino. Vamos á procurar reunir sus hojas esparcidas en la naturaleza y en la humanidad.

CAPITULO II.

La tierra giraba por primera vez sobre su órbita, inflamada al contacto del éter por la rapidez de su rotacion.

Estaba entónces como el barro sobre la rueda del alfarero, blanda y fluida, achatada por los polos y redonda por el ecuador.

El Vulcano interior, inclinado sobre su horno, movia sin cesar la pasta del granito y la esparcía por la superficie en capas de cimiento.

El inmenso volúmen de agua que hoy forma el Océano, volatilizado por la llama de la inmensa hoguera, flotaba en el espacio en estado de gás con sus depósitos de cal, tambien volatilizados.

Pero la corteza enrojecida del granito, se

endurecia gradualmente por la irradiacion del calor, y al endurecerse, sellaba con una bóveda la frente ardiente del ciclope inclinado sobre su fragua.

El mar suspenso, esperando su hora desde lo alto de la admósfera, aislado ya del brasero, y condensado en vapor por el frio del planeta, rodó de polo á polo en sombría nube.

Formó la noche sobre la tierra como para un drama divino, y al llamamiento del caos, vaciló sobre sí mismo, y se hundió de un golpe desecho en inmensa catarata.

Debió ser para el ojo que lo vé todo, y para el oido que clama indirectamente la realidad de la creacion, puesto que limitado por ella, debe existir aunque sea solo como limite.

Esta tromba infinita, cargada de todo el peso de los mares y de toda la cal disuelta, debia necesariamente desencadenar en su caída un huracan de electricidad.

El planeta, cogido de improviso por las olas del diluvio; luchó en su ira contra esta invasion del agua por medio de una perpetua explosion de volcanes.

En el cielo habia truenos, en la tierra el cráter rugiendo y arremolinándose á un mismo tiempo y despidiendo rayos contra rayos en espantosas descargas.

La tierra en esta lucha palpitaba bajo el peso del cataclismo, y saltaba impelida con convulsiones y angustias.

El granito, arrancado de su base, volaba en pedazos; la lava corria como sangre, y á través de la llanura aterrada, el agua y el fuego iban buscando el centro del globo para volver á luchar.

El agua acabó por sumergir al cráter, que se apagó y se calló vomitando una nube de ácido carbónico en el espacio.

La tierra cayó sobre sí misma, fatigada y aún vibrando en prolongada conmocion, el seno desgarrado, surcado por las montañas y los valles; como los pliegues ya inmovibles y unidos á su epidermis, de sus sustos y de sus estremecimientos.

El rayo vencedor se remontó majestuosamente con sordo murmullo hasta el trono del Invisible, y el mundo volvió á quedar en equilibrio.

Esta fué la primera revolucion del planeta. Esta jornada fundó la primera base de la ciudad universal de las existencias. El fuego habia dado el granito, el agua, la cal. De la union de estas dos sustancias, el agua y la roca, obrando una sobre otra, la fuerza plástica del globo sacó el humus, y del humus esas equívocas profecias

de vida vegetal, esas plantas celulares, algas ó fucus que reproducen sin descanso y con infatigable sencillez las mismas formas y las mismas combinaciones. Pasó despues la línea sobre este primer boceto para ensayar una segunda generacion de plantas rudimentales sin duda, pero más complicadas, las criptomagas; por ejemplo, el helecho, y de experimento en experimento, llegó á formar las plantas fanerogamas; los cedros y las palmeras. Como el aire estaba henchido de ácido carbónico, la vegetacion bebió en este inmenso algibe. Convirtió en inagotables selvas de árboles gigantes, los tesoros de carbono amontonados en la atmósfera. Se paró en este último descargadero para meditar otro problema y sumergió esta flora incorrecta y bárbara, en los profundos herbarios de sus minas.

Esta fué la segunda revolucion del planeta; esta jornada habia creado el vegetal.

La atmósfera, una vez purificada de ácido carbónico, y preparada para la respiracion, el espíritu creador de la primera edad introdujo la vida animal en el planeta, y empezó por los animales más elementales, por los zoófitos muestras dudosas de la vegetacion animal que se despertaba. Despues, de uno á otro, abordó el organismo más sábio y más variado de los

animales vertebrados. Formó sucesivamente los peces, los reptiles, los cocodrilos, los mastodontes, y en fin, algunos raros ejemplares de animales actuales, como el rinoceronte, el elefante, el camello y el caballo, rayos animados que la naturaleza primitiva proyectaba á la aurora desde el fondo de sus sombras. Porque la vida vagaba en los limbos. La tierra estaba cubierta de vapores. El sol sin rayos esparcía apenas un dudoso crepúsculo. El suelo estaba viscoso. El volcan moribundo dirigia de aquí á allí su llama mitad apagada, sobre la lívida llanura, en la que el plesiosauro de cuello largo batia con sus alas el pantano del diluvio.

Despues de haber terminado sus estudios en la sombra, tomando, por decirlo asi, la vida desde el alfabeto, delectreándole monosilabo por monosilabo, la naturaleza cerró el libro, y dueña ya de todos los secretos de la creacion, elaboró en su pensamiento el último Génesis. Cubrió de un sudario su primer bosquejo de vida animal, y esparció sobre el mundo borrado, una nueva senda de verdura, para preparar al huésped preferido, convidado á su gloria, un suntuoso recibimiento y una espléndida sala de festin, esta fué su última ereacion.

La tierra resiste desde este momento la forma suprema que tiene hoy. Realiza en la superficie los mismos períodos de seres que en su historia, y resucita bajo distintas formas, algunas veces las mismas, las floras y los faunos que habia sepultado bajo sus losas de cal. De los distintos génesis, anteriores episódicos y sucesivos hace el último génesis, uno y dramático, que reproduce simultáneamente á la luz todas las séries de progresos que habia atravesado en el pasado en distintos intervalos. Renace con la memoria completa de sus obras, como el hombre renacerá un dia con la restitution completa de sus recuerdos.

¿Y cómo ha clasificado la ciencia en esta creacion definitiva, los seres colocados bajo su mirada?

Los ha clasificado segun la superioridad de su vida, y ha llamado vida superior á la que más participa de la inmensidad por el movimiento, de la eternidad por la duracion, y por eso reviste más del carácter de personalidad que no se halla elevado á su omnipotencia, más que en la inmensidad y la eternidad asociados y armonizados en Dios, al único sér, como hemos visto, plenamente personal.

En el primer grado de la escala, la ciencia inscribe el mineral.

El mineral limitado á sí mismo, no toma parte en el espacio, fuera de su limite. Preso por la atraccion siempre en el mismo sitio, posee no la dureza sino la persistencia, es decir, la negacion de la duracion que implica siempre la idea de evolucion. Cuando el estado presente de un cuerpo es exactamente igual al pasado el presente y el pasado confundidos uno en otro, no forman en el reloj de la vida más que un momento. Inerte, sepultado en la indiferencia y en la insensibilidad, no tiene ni funciones, ni figura determinada: en una palabra, ninguna condicion de individualidad y de existencia. Compuesto de moléculas semejantes reproducidas hasta el infinito, en iguales combinaciones, existe lo mismo en veinte fragmentos que en uno solo; una muestra le contiene por completo. Es, en fin, el sér en estayo puramente pasivo: pasivo sin duda, pero no inmutable, porque entra tambien en su inferioridad á comunicarse con el infinito. El infinito, silencioso alquimista, va á buscarle debajo de la tierra por medio de sus fluidos invisibles, el calor y la electricidad, para trabajarle y transformarle en mármol, en pórfiro; en cristal, en diamante. El cristal, es pues el último progreso del mineral, tiene las dos cualidades de la vida, el color y la forma, color monótono

sin duda, y forma geométrica, como para reproducir la sencillez de la molécula por la uniformidad de la línea y de las tintas.

La ciencia coloca en el segundo grado de vida al vegetal.

Como el mineral, su predecesor en el progreso de la existencia, el vegetal es sedentario. Posee apénas el sitio de su sombra en la extension. Crece, se cubre de hojas, florece, cumple en una palabra, desde su primera hasta la última hora, la peripecia de su destino, sobre el terron de la tierra donde tiene sus raices. Sin embargo, como es superior al mineral por su fuerza vital, conoce la duracion, pero la duracion corta. Aparece y desaparece en el intervalo de una revolucion de la tierra alrededor del sol. Aun en donde parece vivir más, como en el árbol, muere periódicamente cada año. Despues de haber cortado las capas concéntricas del plátano, la ciencia dice que el plátano ha vivido mil años: y deberia decir más bien para ser verdad, que mil generaciones han vivido sucesivamente sobre el mismo tronco, como sobre el mismo pedestal, y han ido dejando en las fibras de la madera las señales de su existencia. Pero esta superposicion, ó mejor este aluvion secular de fibras, es la vida pasada, desvanecida del árbol, su parte

histórica defendida y conservada por la parte viva y activa refugiada, esparcida por la circunferencia, la memoria acumulada en las distintas explosiones de hojas que han brotado de la corteza por anualidades; la insensible relacion del presente con el pasado, la oscura profecía de lo que será más tarde en otro grado de la vida, en la reminiscencia.

El tronco está tan poco interesado en el acto de la vegetacion, que puede morir en el centro, caer en polvo, sin dejar por eso de brotar y de estar verde por la superficie. Por este lado toca al mineral, y le sirve como de transicion. Se reviste como él de una forma geométrica, la linea cúbica esparcida en ramas, como él duerme en la indiferencia y en la insensibilidad. La vida exterior del mundo le atraviesa continuamente, sin hacer vibrar en él el sentimiento de la existencia. Vive sin saber que vive, y muere sin saber que ha vivido. Pertenece á la atmósfera, al planeta, sin poder escaparse un solo momento de su sujecion. Su destino, enteramente dependiente, está sujeto á reglas como la influencia de la temperatura y la marcha de la gravedad; cierra sus hojas de noche y las pierde al acabarse la estacion.

A pesar de esto el árbol tiene una gran su-

perioridad sobre el mineral. Crece, y en su continuo movimiento de crecimiento se sale de su limite. Aun cuando no sea más que al desplegar sus ramas, ocupa más sitio en el espacio. Funciona de varios modos, y tiene para cada funcion distintos órganos. Aspira, respira, asimila y reproduce. Un génio plástico escondido bajo la corteza, distribuye con armonía la vida por todas las partes de su circunferencia.

El vegetal existe individualmente, tiene existencia determinada. No se le puede romper en pedazos como al mineral, porque muere. Posee, pues, la individualidad, aurora precursora de la personalidad. Afecta una forma, y una forma tanto más libre, ó tanto más variada, cuanto que los órganos en él viven más, y que está más elevado en la gerarquía de la vegetacion. Por eso la línea es más incidental, más multiplicada en la flor que en la hoja; más en la hoja que en las ramas. Posee en fin, el color tanto más rico, y más intenso cuanto que manifiesta una gran vitalidad y que ejeree más altas funciones. Por eso la hoja tiene mejor colorido que la rama, aun cuando su color es uniforme, y no varía más que en las tintas más ó ménos claras, más ó ménos oscuras, mientras que la flor, hora

suprema de las plantas, refleja todos los colores del prisma, sobre los tules vivos de su corola.

Y aun hay más. El vegetal participa de la idea de eternidad por la regeneracion. Tiene el primero en la tierra, á través de su profundo sueño, el presentimiento confuso de lo infinito; cuando se regenera, ó por mejor decir, cuando entra en la perpetuidad de la especie, siente la vida exaltarse como un ímpetu de lirismo, se adorna con lujo para celebrar la fiesta anual de su apoteosis, y arrebatada al iris sus más suaves armonías; inunda de perfumes el lecho nupcial donde ha de recibir de noche el beso de la misteriosa Psiquis, y entona así con todas las voces de las plantas el *hossana* glorioso de su entrada en la posteridad. El instinto profundo de los pueblos ha esparcido siempre flores sobre las tumbas. Porque ha comprendido que eran los primeros himnos de la inmortalidad.

Parece que este momento de entusiasmo sagrado, le eleva más allá de su naturaleza. Se apodera del espacio. Envía al viento su simiente alada para que busque otra patria. Y cuando la palma que cubre con la sombra de una hoja el sueño de una familia, llega á los cincuenta años, el árbol gigante saluda por

medio de una esplosion esta hora suprema. El elegante *espádice* en forma de candelabro, que corona el ramo de palmas, estalla, y racimos de flores brotan por todas las hendiduras de la corteza. Y el árbol, melancólico en medio de su gloria, despues de haber sospechado el infinito, languidece bajo su corona, y muere esparciendo á sus piés una lluvia de semilla, generacion inagotable que ha de brotar de este polvo.

El vegetal puede morir. Se le cuenta entre el número de las creaciones. Un acto de su existencia le une al infinito. Tambien por él, se une al progreso. El vegetal cumple por sí solo una série indefinida de iniciaciones á una vida superior. Pasa de metamórfosis en metamórfosis desde la seta al plátano, y en cada nueva evolucion, refleja, si no una parte más grande, al menos una imágen más viva de la duracion. La higuera de la India, inmenso pó-lipo, vivíparo, toma raices con sus mismas ramas, y arroja en torno suyo en medio del espacio, una selva nacida de un solo tronco y unida á este tronco por una línea flotante de ogivas. La higuera es el primer paso aun encadenado de la vida orgánica en el planeta. En fin, esta llega á ensayar como en el *onobrique oscilante*, una pantomima confusa del

movimiento: pero no puede pasar de allí, y se para.

El animal continúa la série y la ciencia escribe su último capítulo.

El animal elevado á su más alta fórmula, es el primero que se encuentra libre de las cadenas de la gravedad. Vive sin estar condenado á vegetar en un sitio y desaparecer en un año. Dios le ha dado la magnífica prerrogativa de la locomocion y de la longevidad. Anda, vive, transforma y renueva su existencia. Toma posesion del espacio por el movimiento; de la duracion, por la evaluacion, y al mismo tiempo por la misma ley, se apodera de todas las fuerzas y de todas las riquezas de la vida repartidas en la duracion y en la extension.

Penetrando así en la idea de inmensidad y de eternidad, estas dos esencias de la persona divina, constituye á su sér un poder de personalidad más grande. Y aunque en esta página de la vida la personalidad reside únicamente en la especie: aunque la abeja copie exactamente á la abeja, y la reproduzca invariablemente como la misma efigie acuñada de la misma moneda; aunque construya perpetuamente el mismo alvéolo, segun la misma idea ya concebida y fatalmente impresa en la cera, se puede decir que el animal por el

sitio que ocupa y por el tiempo es un sér personal. Tiene un centro, un yo con diversas avenidas simétricamente abiertas al rededor del cerebro, sobre el mundo exterior, para verle, oírle, olerle, y sentirle; y distintas ramificaciones nerviosas que llegan hasta la epidermis y que se esparcen por todo el cuerpo para llevar las sensaciones al cerebro, y trasmitirlas del cerebro á todas las ruedas del mecanismo, bajo la forma de voluntad.

Porque el animal quiere, sabe, retiene, reflexiona, da pruebas de memoria, de prevision y vive así en lo futuro y en lo pasado estando en lo presente. Crece, respira sin duda como el vegetal, por un movimiento involuntario y del que no sabe el secreto; pero para llenar este trabajo fisiológico, toma prestada á la materia exterior mayor cantidad de oxígeno, de luz, de calor y de electricidad. Tiene en el corazon un fuego siempre encendido por el soplo de la respiracion para sustraerle al dominio caprichoso de las estaciones, y mientras que la sávia corre lentamente incolora é insensible bajo la corteza de la encina, la sangre esparce con rápido ritmo la llama y la púrpora en las arterias.

En fin, este reino privilegiado entre todos los otros reinos de la creacion, refieia en las alas

de la mariposa y del pájaro, en la piel del antilope ó de la pantera, sobre el nácar del pez, y vestido de ella luciérnaga, todos los tonos del color; encarnados, azules, verdes, anaranjados, negros, blancos, rojizos, amarillentos, cenicientos y morados, que pueden marcar á la vista por la diversidad, tinta ó armonia del tono, una riqueza del sér, un poder, una alegría, una voluptuosidad. Se escapa á la forma geométrica, que es la celda estrecha del ser inferior; multiplica en su configuracion todas las formas geométricas posibles, esféricas, elípticas, cónicas, cúbicas, prismáticas, cilíndricas, pero todas fundidas, todas borradas unas por otras, como para traducir en innumerables curvas las innumerables tendencias de su vida al infinito.

Tambien entra en la inmortalidad por la regeneracion, pero con mas magnificencia que el vegetal, con mas poesía. Entonces toma una alma nueva, la voz, para celebrar esta hora de Dios, que la planta celebra únicamente con la posia muda del color y del perfume. Viene la primavera; la noche se estiende sobre el valle en tibio misterio, llena de vagos deseos, de vagas languideces. La tierra despliega ante las estrellas sobre su lecho nupcial un velo de vapor y de rocío. A través de esta

sombra húmeda y perfumada, casta caricia de la naturaleza esparcida en la atmósfera, el caballo relincha, el ciervo muge, el toro brama y el león hace retumbar el desierto con su ronco rugido.

Pero el poeta apasionado de esta noche, es el pájaro escondido á la entrada del bosque bajo el citiso ó bajo el perfumado espino. Cantor inspirado lanza primeramente una nota aguda, prolongada y precipitada en estremecedoras y rápidas entonaciones, como la primera estrofa impaciente y brusca de su canto de amor. Coge la estrofa siguiente con nuevo fuego, fuera de sí, y átomo imperceptible de la selva, la lanza hasta el límite del horizonte; su ser pasa entero en este epitalamio admirable que convida á la naturaleza á su himeneo místico con la eternidad, y que brota como una cascada sonora en medio del silencio del valle; desques, cuando ha llegado la hora, vibra su sér estremecido de amor, arde con un fuego divino, y cae, el ala estendida y palpitante, herido sobre el altar, fénix misterioso, consumido en su propio fuego, para renacer sus cenizas por medio de su descendencia.

Después de haber entrevisto así la inmortalidad á través de la llama del Sinai, y de haber respondido á Dios con una explosión

suprema de vida, guarda melancólicamente en sí, este momento de éstasis, como un secreto; se vá y no vuelve á entonar el himno interrumpido hasta la nueva primavera.

Si el vegetal verifica el progreso de sí mismo, á sí mismo con más razon, el animal progreso del vegetal, continúa la evolucion. Y en efecto, desde la esponja, puñado de polvo animado que parece ha dejado caer Dios por descuido á sus piés antes de darle forma; desde el imperceptible politalamio, molécula microscópica de vida sepultada en la noche del Océano; desde la *discerea*, nieve animada, esparcida encima de la nieve de las montañas; desde el coral que se levanta silenciosamente del lecho del abismo, hasta el musgo inerte que flota sobre los yelos del polo, hasta el pulgon, hasta el moscon, hasta la cigarra, hasta el gilguero, hasta el caballo, hasta el perro, compañero afectuoso del hombre, la naturaleza inspirada en la inagotable difusion de la vida sobre la tierra, bajo la tierra, alrededor de la tierra, por todas partes, como si hubiera querido que cada partícula del globo y del aire tuviese su huésped, su ruido, su movimiento y su palpitacion: la naturaleza magnánima y capaz de perfeccion en sus creaciones, encamina continuamente al animal de

punto en punto: por medio de los organismos cada vez más hábiles, cada vez más numerosos, del sonambulismo al instinto y del instinto á la inteligencia. Llegada á esta frontera descansa un momento para soñar una obra nueva.

CAPÍTULO III.

El Eden sonreía al sol. El pueblo innumerable de seres, sucesivamente llamados á la vida, estaba presente. La tierra aún húmeda y estremeciéndose del último cataclismo, habia sepultado las reliquias del mundo anti-diluviano bajo una capa de verdura. El volcan moribundo retiraba lentamente su llama y su murmullo al fondo de su caverna. Una brisa vaga desprendida alternativamente de todos los puntos del horizonte, barria con sus alas el vapor de la atmósfera. La fuente sorbida al mar en forma de nube y arrojada en las montañas en forma de nieve, bajaba de la montaña para ir en sueltas ondulaciones y en ligeros pliegues, á distribuir la fertilidad al valle; y

despues de haber regado en su carrera el sauce y la violeta, volvía al mar, su primera patria. Al acercarse, la voz del abismo lanzaba prolongados rugidos, mientras que la luna pálida guarda de las olas, arrojaba dos veces al dia su rebaño de espuma sobre las algas de la playa.

La Providencia secreta de las cosas habia preparado, á través de las revoluciones de la tierra, y por medio de siglos de incubacion, todas las condiciones de la última existencia. Habia almacenado en el laberinto de sus catacumbas, montañas subterráneas de carbon, para renovar algun dia, en la superficie de la tierra, la provision siempre escasa de combustible. Habia depositado el hierro bajo las rocas como la espada misteriosa de la leyenda que debia dar el trono del mundo á la mano bendita que le encontrara. Habia sembrado en el fondo del rio un polvo de oro que la corriente rodaba de ola en ola para indicar sin duda que el metal, rey de los metales, contendria un dia una riqueza en su más pequeña partícula, y circularia indefinidamente de generacion en generacion. Habia enterrado en el fondo de su crisol el rico tesoro de zafiros, onices, rubies y diamantes, para que cada rayo de la noche terrestre brotara un dia del suelo y bri-

llara en corona de estrellas sobre la frente del elegido.

La innumerable familia de árboles, el cedro religioso, el álamo labrador, el pino doméstico, la encina intrépida entre las olas y tempestades, desplegaba al aire libre todos los caprichos de su verdura y llevaba bajo su corteza todos los secretos aún inéditos de las formas que la industria humana debía más tarde desarrollar á la luz.

El trigo y la cebada, destinados á alimentar una sociedad, crecían juntos esperando el surco fecundante. El cáñamo y el lino, esas plantas sociales también, por no sé qué misteriosa analogía, tegían sus ténues fibras para el obrero desconocido que debía algun día utilizarlas.

Y la flora cada vez más perfumada y más brillante segun que se aproximaba al sol y á los trópicos, destilaba la mirra y el incienso, la laca y el alcanfor, el aceite de sándalo y la quinina. Vertía á manos llenas sobre la tierra la ciruela, el albaricoque, la cereza, la fresa, el melocoton, la granada, la almendra, la fram-buesa, la naranja, la guayaba, el mangó, la piña, la vainilla y la banana santa de los brahmas, que fué el primer alimento, la primera gota de leche, caída del seno de la naturaleza,

sobre los lábios infantiles de la humanidad.

La pimienta y la canela esparcían al viento el polvo ardiente de sus aromas, el café empapaba su sávia de no sé que electricidad; la caña preparaba el azúcar en sus celdas; la grana preparaba la púrpura en sus raíces, y la viña guardaba en sus racimos la simpatía; por todas partes la vegetación profética trabajaba para un porvenir misterioso.

Las flores desplegaban las ricas armonías de sus colores, y sacudían al viento sus incensarios para festejar la natividad del nuevo Mesías de la creación. Las rosas, los claveles, las verbenas, los jazmines despedían sobre su camino puros efluvios de aroma. La ninfa salía del fondo de las aguas, en su concha de plata para verle pasar, y el sindrimal nocturno abría castamente su corola para embalsamar su primer sueño.

Los animales sentían en esta era suprema de anunciación, la profecía confusa de un huésped nuevo que murmuraba sordamente en sus instintos. El toro pensativo, echado en la pradera, interrogaba con su mirada los espacios; el caballo entusiasta, relinchaba al soplo del levante; el perro simpático olfateaba en la atmósfera; el elefante confiado en su fuerza, escuchaba como el ruido de un paso á lo léjos;

la dulce oveja desplegabá la lana de su vellón; el dromedario disforme como el terreno movedizo del desierto, inclinaba su silla hasta el suelo para recibir la carga.

Todos estos familiares de la humanidad, desconocidos unos á otros, se citaban en comun hospitalidad. Acababan de ofrecer sus músculos y sus servicios al futuro pensador de la tierra, como miembros nuevos y trabajos adelantados, para dejarle el ócio y el recogimiento de la inteligencia. El leon y el tigre, esos usurpadores, mitad destronados del imperio de la fuerza, sentian que iban perdiendo su poder y tomaban lenta y silenciosamente el camino del destierro.

Entre todas estas razas que esperaban, los privilegiados de la luz, que reflejan al aire todos los colores del prisma, y sólo sirven por su belleza; el pavo real, lujo viviente de la creación; el colibrí errante como un rastro de fuego, saltaba de flor en flor: la mariposa, el bengalís, el alcion, el faisán, el gilguero, sembraban sus chispas de luz y sus pedrerías en medio de las matas de verdura, como para atraer por medio de sus resplandores, la admiración aún ausente, y la única que podía comprender su esplendor.

Y toda la creación terrestre se amába á dis-

tancia del hombre como en su unidad. Y los seres creados, animales ó vegetales, bajo la hoja ó bajo el pelo, vivian entre ellos, en perpétua efusion, cambiando sin cesar su aliento y su sustancia. Respiraban juntos, crecian á un tiempo, El aire, este gran depósito invisible de todas las existencias, formaba el vegetal. El vegetal que no era más que el aire transformado en cuerpo sólido, pasaba al cuerpo del animal herbívoro. El animal herbívoro, que no era más que el vegetal transformado, pasaba al cuerpo del animal carnívoros; pero la parte de alimento que no se habia unido á la fibra del animal, volvía á la natal atmósfera en forma de vapor de agua, es decir, de oxígeno y de hidrógeno; de ácido carbónico, es decir, de oxígeno y de carbono. Las plantas volvían á beber el agua y el ácido carbónico exalados del animal, los elaboraban en sus alambiques, devolvían á la atmósfera el oxígeno purificado, guardando el hidrógeno y el carbono, y restablecían en todas las partes constitutivas del aire respirable, el equilibrio que la vida animal destruía continuamente con su inmenso consumo de oxígeno.

En fin, la tierra maternal para todos los hijos que abrazaba contra su seno, parecia no tener, en su rotacion alrededor del sol, más

deseo que poner por la inflexion de su curva y la inclinacion de su elíptica, su numerosa familia en relacion directa con la luz del sol.

Reasumiendo y echando la última mirada hácia atrás, la vida no era sobre la tierra, al otro dia del último génesis, más que una vasta metempsicosis que buscaba de forma en forma, de potencia en potencia, de la agregacion á la vegetacion, de la vegetacion á la sensibilidad, de la sensibilidad al instinto, del instinto á la inteligencia, el último tipo que no habia podido aun hallar; una ascension infatigable hácia la suprema emanacion; una gerarquía infinita de diversas funciones ejercidas por séres distintos, para llegar á un sér superior, y á una funcion de superior soberanía.

Y vivir para cada uno de esos séres, era participar de la eternidad por la duracion, y del espacio por el movimiento, y al mismo tiempo por la misma ley, de todos los elementos de vida esparcidos en el espacio y en la duracion. Cuanto más bebia el sér en la forma para su configuracion, en la luz para su calor, en el calor para su temperatura, en la electricidad para su sensibilidad nerviosa, en el sonido pa-oir, en el espectáculo para ver, tanto más tocaba al mundo exterior por distintos puntos

de contacto, tanto más comunicaba con él, tantos más tesoros adquiría su organismo; en una palabra, tantas más fuerzas acumulaba, más órganos y más facultades y acciones, y por esto mismo estaba más vivo.

Cuanto más dramática era en él la vida, tanto más unitaria é individual era, porque el carácter esencial de la multiplicidad era resolverse siempre en mayor suma de unidad y este carácter del individuo más único y más diverso á un tiempo, se reproducía en todas las fibras de la materia. Cuanto más viva estaba, más lo estaban también las partes de su cuerpo; cuánto más numerosos eran sus órganos, más individualizados estaban. Cuanto más elementos orgánicos alternados contenía su tejido, tanta más energía, como la pila de Volta, contenía este tejido.

Había llegado la hora del último misterio. La tierra esperaba. El hombre apareció dando la mano á la mujer, y llevando en la frente, como una aurora que nace, la majestad del pensamiento.

¿Cómo ha nacido por primera vez á la vida?
¿Por medio de qué espontánea generacion?
¿Por medio de qué misteriosa incubacion? ¿En qué larva, bajo qué crisálida ha vegetado, silenciosamente envuelto, hasta el día en que

ha podido andar al sol? Solo lo sabe el que ha roto el molde de la última creacion, y ha sembrado á lo lejos los restos.

El cuerpo del hombre es el cuerpo del animal trasfigurado, y levantado hácia el cielo para dominar con su mirada la tierra. El pié, zócalo movable, estendido sobre el suelo, de modo que pueda servir de punto de apoyo, sostiene perpendicularmente una pierna alta y flexible por la rodilla, que dá al paso por su altura y flexibilidad, más soltura y más lijereza.

El hueso *innominado*, ensanchado sobre la cadera y el cuello del femur, proyectado en arco, asienta el tronco del cuerpo á plomo sobre una base fuerte, en un equilibrio sábio. El pecho saliente, desarrollado de hombro á hombro, funciona con facilidad y aspira ámpliamente el aire de la atmósfera. El brazo, inútil para andar, cuelga á un lado como un órgano disponible reservado para funciones ulteriores. La mano, suelta, carnosa, interiormente revestida bajo la pulpa de un tejido nervioso para palpar mejor y vibrar mejor con el contacto, armada á su extremidad de cuatro dedos largos, articulados, dispuestos á la contraccion, y movidos cada uno por un resorte particular; cerrada por un pulgar vuelto

que puede oponerse á voluntad á los otros cuatro dedos, para coger mejor y encerrar los objetos cogidos, es un rico clave de teclas independientes, que pueden obrar una á una y modular indefinidamente su accion por una innumerable variedad de movimientos.

La cabeza, última vértebra colocada en la extremidad de la columna, suspendida en el espacio, movable sobre su eje y redonda en la cúspide, parece reflejar, por no se qué misteriosa simetría, la curva del cielo en la curva de su cúpula. El cerebro, más grande que el de ningun animal, duerme abrigado y recogido bajo la bóveda del cráneo como bajo el firmamento del pensamiento. La niña del ojo, estrella de la mirada, encerrada tambien en una elipse, rádia desde el fondo del arco de las cejas su apacible claridad. La oreja abre al aire libre, de cada lado de la cabeza, su concha armoniosa, modelada para las ondas sonoras como la bahía en la ribera para las ondas del mar. La nariz inclina hácia la tierra su copa para aspirar al paso el vapor que sube de los perfumes. El pliegue del lábio ondula en línea rota, arco suelto y movable siempre dispuesto á arrojar la palabra. En fin, la cabellera flota al viento esparcida sobre la espalda, en señal de fuerza, como la melena del leon.

El cuerpo del hombre está, pues, admirablemente combinado y equilibrado para la sensación y el movimiento. Tiene como el animal cuatro sentidos abiertos sobre la naturaleza, pero mejor dispuestos para recibir las impresiones. Puede ver, oír desde lo alto de su estatura, como desde lo alto de un observatorio, en todas direcciones y á todos los vientos de la atmósfera. El ojo, cerca del otro ojo, dá á á su mirada la unidad de la vision. La oreja, modelada sobre la vibracion del sonido, recoge hasta el más imperceptible rumor. Las aberturas de la nariz, privilegiadas, analizan en la criba interior de su membrana las diversas especies de perfumes. La lengua, despojada de escamas por escepcion, saborea fácilmente los innumerables sabores del gusto. La piel desnuda, cubierta solo en algunas partes de vello, como un resto del vestido animal, que la naturaleza le ha dejado por piedad, esperando otro abrigo, absorbe ó puede absorber sin mediador la voluptuosidad de la sensación por todos los poros de la epidermis. La mano, eminentemente creatriz y plástica, llena de gracia y de caricias, lleva con anticipacion en sí todas las formas de arte que debe sucesivamente crear y sembrar en los siglos de la humanidad.

Pero el sér exterior, por más perfecto que le consideremos en sus armonías, encierra y envuelve un sér interior más perfecto aun en sus facultades.

El hombre tiene facultades para comunicar con la vida universal, para sentirla y reflejarla. Tiene la sensación ó la facultad de la sensibilidad; las simpatías ó la facultad del amor; la razón ó la facultad del conocimiento. Tiene, además, para reconocer sus facultades, la conciencia; para recordar sus actos, la memoria; para dirigirlos, la voluntad. Sentir, conocer, amar; saber que se siente, que se ama, que se conoce; recordar que se ha sentido, amado y conocido; querer sentir, amar y conocer; hé aquí el hombre interior en su múltiple unidad.

El hombre es, pues, en la tierra el sér más vivo, porque es el más múltiple, y el más múltiple porque es el resúmen de las demás existencias. Hay en su organización una parte puramente caliza que le une al mineral, y otra puramente vegetal que le une al vegetal. Es el sér de los séres. Su vida sagrada es el arca de alianza de todas las especies errantes sobre el planeta. Las contiene todas transfiguradas y llevadas por él á su supremo poder. Por lo mismo que el hombre es el sér más

completo, es tambien el más personal; porque cuanto más varia la vida, más uniforme es para reunir todas estas diferencias en un centro comun, y más este centro comun vivificado por elementos diversos, se hace poderoso.

El hombre solamente posee entre todos los comensales de la tierra la más alta espresion de personalidad, la conciencia. Él solamente sabe que vive, que vivirá siempre; él solamente tiene la tradicion, que es la memoria de la especie en el individuo; él solamente tiene la prevision, que es la anticipacion del presente al porvenir; él solamente posee la palabra ó la voz, modulada hasta el infinito, para traducir la modulacion infinita del pensamiento; él solamente tiene la aptitud para el trabajo ó la actividad libre del cuerpo, dirigida por la inteligencia y apropiada á la necesidad; él solamente tiene la prerogativa de la perfeccion ó la facultad de convertir la experiencia adquirida en mejoramiento de su destino.

Cuanto más vivo está, tanto más cómplice es cada parte de su cuerpo de su vida integral é interior, participando más de la atmósfera vital del calor y de la electricidad, tanto más independiente es y personal á una sola funcion, y al mismo tiempo responsable de las demás partes, hasta que esta federacion dife-

rente de miembros distantes, llega por medio de una gradacion bien dispuesta de órganos hasta la cara, santuario supremo que los junta todos en su unidad,

La cara es al cuerpo del hombre, lo que es cuerpo es al resto de la creacion; el sér reasumido y reproducido en todo su esplendor. Representa mejor que ninguna parte del mecanismo, los tres reinos de la naturaleza. Refleja una vida abundante por medio de una línea incidental que ondula de elipse en elipse desde la frente á la barba, y un color más variado que en la de los demás séres, desde la púrpura de los labios y encarnado de las mejillas, hasta el iris del ojo y el rizo de cabellos que brilla al sol. La cara del hombre es el ideal supremo de la belleza.

Armonía, gracia, proporcion; razon, simpatía sensibilidad, accion, memoria, voluntad, palabra, prevision, industria, perfectibilidad, hé aquí los primeros signos de la superioridad del hombre sobre las demas criaturas. Pero el hombre atestigua su grandeza por medio de otros signos que la filosofía todavia no ha determinado.

A medida que los séres bajan en la escala de la vida, pertenecen más al espacio. No pueden cambiar de horizonte, ni atravesar ciertas

fronteras. La planta de un sol, muere bajo otra latitud. El animal de un clima languidece en otra tierra, el hombre solo desafia esta ley de una creacion más finita que él, y edifica su tienda desde el polo á el ecuador. Su vida es como la vida universal del planeta esparcida en todos los puntos de la superficie.

A medida que los séres se hunden en la noche espesa de las primeras organizaciones, pertenecen cada vez más al movimiento general de la gravedad. Una especie de fatalidad reemplaza en ellos la voluntad, la inteligencia, y regula mecánica y periódicamente sus actos y funciones. Así una estacion apaga y enciende á una hora fija, todos los amores en cada emisferio. La planta recibe el mismo dia que el pájaro la órden de amar y de dejar de amar. El hombre solamente viola esta órden como si fuera en la tierra el fuego siempre ardiente del altar.

Sin duda el hombre no escapa por completa á la tirania de la gravedad, sufre ménos que lo planta el golpe de la revolucion anual de la tierra al rededor del sol. Sin embargo, la sufre. Tambien sufre la influencia de su revolucion diaria sobre si misma, y no puede detener bajo sus piés á la tierra que le sumerge en las tinieblas, pero lucha con esta doble influencia.

Después, al estudiar la historia de sus progresos, veremos como ha salido de esta lucha.

Así como está presente en la tierra por todas partes donde la vida puede existir; así también es omnívoro, para mezclar en una comunión continua con el universo, todas las sustancias orgánicas en sustancia sagrada, y simbolizar así esta revolución perpétua de la vida, que mueve indefinitivamente desde el primer cataclismo, la materia de las organizaciones inferiores para arrojarla á otras más poderosas. Hace así pasar á su carne, átomo por átomo, la fibra de cada continente. Alianza suprema de los seres sobre la tierra, cada parte del sér debía tener su sitio en su unidad. Tal es el hombre, sacerdote del mundo, creado á imagen de Dios, por su inteligencia. Pero como la inteligencia es en el Creador la unidad activa de la eternidad y de la inmensidad, el hombre, reflejo del alma divina en la tierra, tiene la misión de cumplir la ley del progreso, no solo participando cada vez más del tiempo y del espacio, como el resto de la creación, sino también participando más y más del pensamiento, esencia suprema de la Divinidad.

CAPÍTULO IV.

El hombre habia completado la creacion. Antes de él y hasta él, la tierra en continuo trabajo habia producido sucesivamente el reino inorgánico, el orgánico, y habia seguido en cada reino la misma ley de progreso, solamente de especie á especie, del liquen al árbol, por ejemplo, y del insecto al pájaro: pero cuando alcanzó en el hombre su último término, dejó tras sí las especies preliminares y preparatorias de la raza humana, como la huella de sus pasos impresa para siempre en la tierra, y tomó, saliendo del hombre y sin salir de él, su marcha hácia adelante.

Los séres anteriores á la venida de la humanidad, verdadero progreso unos y otros, en el momento de su génesis, guardan entre si la misma distancia invariablemente encadenados en la misma órbita. La fuerza que los ha creado é impelido unos delante de otros, los abandona para ir más adelante. El hombre, depositario de esta fuerza, dividida, engolfada,

entera en él, se separa más y más, llevado por ella, del animal; y continúa desde él hasta él, la série indefinida de la creacion.

Constituye, pues, un nuevo reino, el reino humano, sucesor de los otros reinos detenidos en su movimiento de evolucion. Bajo este punto de vista, la humanidad es la velocidad adquirida y acumulada de la creacion, que continúa su camino de la historia natural, á la historia; de la materia á la inteligencia, para realzar, no otras nuevas especies materiales como antes; sino nuevas especies intelectuales bajo el nombre de civilizacion. Asi lo queria la unidad de vida y de progreso de nuestro planeta.

La ley de transicion, ley universal de la naturaleza, habia distribuido la especie humana en varios grupos diferentes de forma y de aptitud. Pero entre estas distintas familias, más ó ménos felizmente dotadas, dos razas elegidas, la raza India y la raza Semítica poseian plenamente el poder del progreso. Colocadas á los alcances, una de otra, la primera sobre el Indo y la segunda sobre el golfo Arábico, debian cumplir su obra aisladamente, y combinar despues su influencia alrededor de las aguas del Mediterráneo. Por eso, cuando contamos la historia de la civilizacion, damos

implícitamente la iniciativa á esas dos razas benditas, verdaderos padres del pensamiento.

Adan, ó el hombre naciente, habitó en un principio la tierra virgen, que la Biblia llama Eden. Entonces era un barro tosco dibujado á grandes rasgos, bajo el tipo grosero del Titan. Tenia la cara desarrollada á costa del cerebro, el cráneo espeso pesaba sobre el pensamiento, la frente tersa, la mirada apagada, el lábio grueso, la espalda maziza, la mano torpe, el pié desplegado en abanico, el paso pesado, el andar dudoso, la sensacion perezosa, la faz irregular, la memoria inerte, y en fin, la voz gutural. Habia nacido perfecto sin duda, si por perfeccion entiende la filosofia la armonia de la organizacion con el destino, Llevaba en sí, desde el primer dia, el viático divino, necesario para alcanzar el fin despues de la perfectibilidad. Pero habia nacido imperfecto, si por perfeccion entiende la filosofia un estado de beatitud completa y segura, pasado el cual, el pensamiento no puede concebir ningun deseo posible ni ningun progreso, porque el hombre vive en el tiempo, es decir, sucesivamente y de metamórfosis. Pues la sucesion y la trasformacion son las ideas opuestas de la plenitud y de la inmutabilidad.

Durante el periodo del Eden, Adan vivió

pasivamente en el seno, podemos decir, de la naturaleza; cogia la fruta al alcance de su mano, y bebía el agua de la fuente. Todo el tiempo que, la benevolencia del clima tuvo sobre su cabeza el maná colgado de las ramas, permaneció en el oasis, como el mono, ese primer molde, roto á mitad del camino, y hoy mimico grotesco del tipo humano.

Daba vueltas al rededor del árbol con la sombra del sol. Copiaba bajo una forma, apenas más animada, la indiferencia del vegetal. Vegetaba también, en virtud de esa misteriosa simpatía que el sér tiene siempre por la compañía, aun por la silenciosa y muda de su existencia. Prolongó así durante un periodo de tiempo este estúpido estado de inocencia; sin deseo, sin tentaciones, como el niño sobre el seno de su nodriza, unido y tenido, por decirlo así, á este alimento espontáneo que brotaba desde las hojas á su lábio. La madre de los séres le daba la leche primera de la vida, esperando que, de más edad y más multiplicado en fuerza y en número, pudiera romper la tutela de la naturaleza, y tomar posesion de su destino.

Vivia desnudo, cubierto, si acaso, de una hoja trenzada, y vivia por la generacion á la sombra del lecho murmurador de la selva.

Pero la reproduccion solo era en esta edad de oro, la promiscuidad. Eva, no tenia ni aun el sentimiento del pudor. Tuvo necesidad de salir del paraiso para conquistar su primera virtud. Todo el tiempo que hubiera encontrado el hombre su sustento sobre su camino, al aire libre, hubiera tenido que pagar con su inteligencia este desprendimiento de la naturaleza. Hubiera vivido sin ensayar ninguna idea. sin soñar con ninguna industria. El árbol del pan ha sido en la Polinesia, el genio malo del progreso. Siempre ha aconsejado al hombre la molicie. La Eva insular de Australia, encadenada por los mares en su primitivo candor, practica todavia, despues de cuatro mil años de paraiso, el comunismo de los amores.

Pero en la mayor parte de los paises, la fruta solo dura una estacion, un soplo se lleva con la hoja la mesa flotante del festin.

Entonces Adan, hambriento al pié del árbol, despojado de su riqueza de frutos, se levanta en el Eden para buscar otras subsistencias. Se hace cazador. Sustituye á la pomona caprichosa de la selva, el manjar permanente de la presa, y en el acto más importante de su vida, pasa de un reino inferior á un reino superior de la naturaleza. Mezcla una vida más

fuerte á su vida, y vierte la primera gota de sangre en la pascua de su festin.

El cuadrúpedo cazador tiene naturalmente más fuerzas que su presa, y posee armas naturales para matarla. Despues de un dia de caza puede dormir en paz, siempre tiene ante sus garras y ante sus dientes una victima designada en el espacio. Si el hombre hubiera nacido con la musculatura del tigre, perseguiria aun hoy todavía á la gacela del desierto.

Pero ha nacido débil y desnudo entre todos los animales sus satélites, y al ver sus manos desarmadas, y al mirar su debilidad, encontró fuerzas y armas desconocidas, escondidas en esa ciudadela sagrada á la que llamó inteligencia. Despertó las primeras ideas de esta facultad divina aun adormecida en su cerebro, y emitió estas ideas bajo la forma de flechas, hondas, lazos y mazas. Adan fué un animal de rapiña armado de su inteligencia.

La caza es más fácil cuando los cazadores son en mayor número. El salvaje se reúne en grupos para batir y perseguir la caza. Crea así la primera forma de la sociedad; sociedad efímera, improvisada por la necesidad, disuelta por las circunstancias. El cazador en grupos necesitó anunciar de viva voz de puesto á puesto, el paso de la caza. Ese dia, en virtud

de la facultad metafísica que tiene el hombre para traducir su pensamiento en sonidos. Adán halló la palabra. Pero la palabra no era entonces más que la esplosion de la voz arrojada y desvanecida en el viento para llamar á su compañero.

Cuando la presa está cazada, se reparte por igual. Y sobre la carne aun humeante de la fiera despedazada en girones, el dedo sangriento del legislador del botín, escribe el artículo primero de la propiedad. Propiedad repentina, precaria, que aparece y desaparece en el acto del consumo.

Durante el curso de su vida carnívorá, el hombre tiene una patria muy pequeña. Habita con los faunos, y hace de ellos su alimento. Y no puede salir de los pasos y sitios que conoce para aventurarse en pos de una incertidumbre. Porque si se engañara pagaría con la vida esta curiosidad del espacio. Toma las costumbres más ó menos sedentarias de las varias especies de caza. Busca ó se construye donde abrigarse en sus mismos límites, á sus alcances. Allí come cuando mata, y cuando ha comido, duerme.

Vive ménos que despues bajo otra civilización. La caza, esta industria cotidiana, este consumo sobre el terreno, impide toda tenta-

tiva de provision ó de reserva. El hambre, escoltada de todas sus enfermedades accesorias, visita periódicamente esta raza al aire libre, que posee apenas el suelo que pisa, y la subsistencia de un minuto. La mies humana, siempre diezmada, brota de vez en cuando por raras generaciones. Muchas veces la madre hambrienta ahoga á su propio hijo en un momento de desesperacion.

El salvaje débil y enfermizo, continuamente á prueba, y herido en su camino, arrastra difícilmente el peso de su miseria, en una continua convalecencia hasta las puertas de la vejez. Llegado á estos límites, deja invariablemente su carga. Su cabeza encanecida es una sentencia de muerte, sea el que quiera en la intencion de la naturaleza el número de sus años. Las fuerzas le abandonan, y con la fuerza la justificacion de su existencia. Agobiado, débil, no puede ir á buscar su racion para llevarla al banquete comun. Es un convidado de más. Debe desaparecer.

Por eso en todos los orígenes de la humanidad, bajo todas las latitudes, el salvaje ha matado al anciano de la poblacion, no por bárbarie, sino por compasion, únicamente por ahorrarle la largaagonia del hambre. El viejo acepta esta conclusion de su vida con agrade-

cimiento. Provocaba el primero la hora del sacrificio, y bendecía este saldo de su última deuda con la miseria, moría con gusto. La vida era entonces tan negativa, tan próxima estaba de la nada, que se precipitaba por su propio impulso á la muerte sin conocer el dolor de este paso.

Muchas veces la familia del anciano comía despues del sacrificio, la carne del holocausto. Cuando el patriarca sentía sobre su cabeza el soplo helado del viento de la vejez, llamaba á sus hijos y los convidaba á dar en festin su cuerpo á sus parientes más cercanos. Subía sobre un árbol de la selva. Sus hijos, colocados con respeto al rededor de sus piés, sacudían el árbol, cantando: Ya es hora, la fruta ha madurado, es preciso cogerla. El anciano bajaba entonces de las ramas y presentaba el cuello al sacrificador. Sus hijos, y los hijos de sus hijos, echaban la sal sobre la carne aun palpitante del abuelo, y la servían en sagrado festin á los demás de la familia. La comida fúnebre de los antiguos trae de aquí su origen. Comían en espíritu durante los funerales, el cuerpo que habían comido antes realmente.

Esta inmolation del anciano por economía, estaba rodeada siempre de ritos piadosos. Por-

que la piedad ha nacido de la primera observacion del pensamiento sobre sí mismo, en el estado cazador.

La religion alumbra ya con un rayo de luz confuso la noche de las selvas. El terror ha hecho los primeros dioses, decian los antiguos. Y es cierto. En medio de los estremecimientos de la naturaleza, en medio de los truenos, el hombre ha balbuceado por primera vez la confesion de una soberanía poderosa. Cerca del abismo, al lado del cráter aun humeante, en medio de los terremotos, ha doblado la rodilla, y ha levantado la piedra del altar.

Adoraba una divinidad iracunda, revelada por la muerte, y la adoraba por sus obras de muerte, por sus sacrificios humanos. Para separar de su cabeza la mano terrible del gran cazador, el salvaje le arrojaba la víctima de otro hombre para que la devorara en vez de la suya.

Pero su pensamiento religioso solo duraba lo que la amenaza del cielo que le habia producido; se encendia y se apagaba con el relámpago de la tempestad.

La fuerza es la primera alma brutal de la materia. El cazador le debe su seguridad, su reposo, su superioridad en la lucha y en la carrera. Ve en la fuerza la más grande de las pre-

rogativas de su sér. La desarrolla con orgullo, la mezcla triunfante á todos sus actos: le da en su vida todo el lugar que ha de ocupar despues el pensamiento.

El amor no es más que una aplicacion de la fuerza para la reproduccion de la especie. El salvaje doma la mujer con la misma crueldad que las bestias de la selva. La abate bajo los golpes de su mano, para desposarse en seguida, y sin embargo, cuando la ha arrastrado por los cabellos, desmayada y herida, hácia el lecho nupcial, pasajero y comun de helecho, ha sentido palpar bajo su mano de hierro ese corazon amante de la mujer, que ha de perfumar un dia con su ternura todas las generaciones. Entonces se aleja turbado, ha entrevisto vagamente, por la primera vez de su vida, el pensamiento de la familia; pensamiento fugitivo, nacido de un beso y muerto en un suspiro.

Tiene ya en sí mismo todas las facultades de su alma, predicciones innatas de su grandeza. Pero semejantes á las sibilas de las cavernas, estas facultades profetizan en medio de las tinieblas. Ha visto en torno suyo al ave coronada de rayos pasear su esplendor en el espacio, y á esta vista, rey despojado de la tierra, presiente vagamente que su creacion

no está terminada bajo el punto de vista de la belleza.

Impulsado por no sé qué voz interior que le manda beneficiar más ámpliamente la línea y los colores, adorna su cabeza con penachos, y dibuja en su piel bárbaros geroglíficos: El arte ha salido de este primer disfraz, arte abreviado, escrito con una palabra sobre la epidermis.

La lengua es tan rudimental como ésta pintura: se compone principalmente de vocales; las palabras son apenas sonidos articulados.

Los sonidos con el tiempo, se hacen monosílabos, y nacen poco á poco y á medida que el hombre vive más, siente más y que su inteligencia despertada por el choque de la sensación, obra más fuertemente sobre la sensación; emite en virtud del símbolo misterioso que une en su espíritu la entonación y la idea, nuevas modulaciones para nombrar nuevos objetos y nuevos sentimientos.

Así vivía Adán al salir del Paraíso en el primer día de la humanidad. Sucesor directo é inmediato del animal al que seguía en la progresión de las existencias, cumplió como él su destino por casualidad, por accidente, bajo la dependencia, por no decir el cautiverio, de la naturaleza. Su alimento era la rapiña, su so-

ciudad la gente reunida confusamente, su domicilio un abrigo, su matrimonio la cópula, su arte el dibujo sobre la piel, su culto el terror, su lenguaje el eco. Solo tenia un poder de accion, sobre las cosas, de corta duracion y sumamente limitado. Porque está escrito en el libro de la vida que el progreso es la posesion más ámplia del espacio y del tiempo.

Preso, encadenado á los movimientos de la gravedad se levantaba y acostaba con el sol. Obedecia para la reproduccion como para la caza, á las estaciones. Recibia el choque de todas las revoluciones del planeta, entregado sin defensa á la lluvia, á la nieve, á la sequía y llevado del calor al frio, de la luz á la sombra, en el equilibrio continuamente oscilante de su existencia. Flotaba en el vasto seno de Cibeles, sin voluntad, sin espontaneidad viviendo de la vida, y estremeciéndose á cada sacudida de la ruda diosa.

Tenia una hora marcada en el calendario del cielo para amar. Amaba violenta y bruscamente, su pasion estallaba y espiraba con la posesion. Trascurrída la hora, pasaba al lado de la mujer con profunda indiferencia. Ella iba á depositar donde podia, el fardo de vida que llevaba en sus entrañas. No tenia aún esa ardiente simpatía del corazon por el

corazon, que ha confundido la llama en el mismo hogar y que ha fundado la familia.

Como el sistema nervioso está en este período ménos provisto de electricidad, el salvaje vibra con más dificultad á la emocion. Sus sentidos obtusos, no perciben, no distinguen ninguna tinta. Pide á las sensaciones vibraciones más fuertes para estremecer las cuerdas dormidas de su cerebro.

Prefiere los gritos á los cantos, las violencias á las armonías de los colores, la rudeza á la delicadeza del tacto, la aspereza á la suavidad de los olores, las bebidas y manjares fermentados á cualquier bebida ó manjar, los movimientos violentos y rápidos á los cadenciosos y medidos, su baile es un frenesí. Da vueltas la mano en la mano de la horda, como un vértigo vivo al rededor del suplicio del enemigo, hasta que suelto y rendido cae de cansancio y rueda convulsivamente sobre la yerba del sacrificio.

Después de estos violentos caprichos, ó mejor de estos sobresaltos de acción, el salvaje recobra su insensibilidad y su inmovilidad habituales y permanece encogido horas y horas, ante los restos dispersos, y los huesos roídos de su último festin, con la mirada fija, el cuello tendido, sin hablar, sin reflexionar. Reposa

medio dormido medio despierto, en el éxtasis inerte de la materia. La luz vacilante de la vida, vierte sobre su faz un reflejo de tristeza más pálido, que la blanca aurora del polo sobre las aguas heladas.

No sale de este estado de torpeza sino por saltos y sacudidas, y á impulsos del choque instantáneo de la sensacion. La voluntad cruza su sér con la rapidez de la electricidad; aparece y desaparece como el relámpago. La palabra rápida como la voluntad, brota de su lábio como una exclamacion. Pero el salvaje no quiere, no obra más que en presente. Dará por la mañana la hamaca donde ha de dormir por la noche, pero á la noche no la dará por ningun goce. Quema en la primavera el techo de hojas que le cubria en invierno, piensa solamente el dia en que el dolor, esa memoria imperiosa de la naturaleza, viene á sorprenderle.

Su inteligencia, dudosa aurora del pensamiento sumergido aún en las sombras de la alborada, produce apénas y combina algunas raras ideas. Nombra los objetos, pero no sus relaciones. Las palabras tiempo y espacio no se hallan en los lábios del salvaje. Ignora todas las nociones creadas directamente por el trabajo de la razon. Concibe con trabajo la idea

de número y de sucesion. Apenas puede contar mas de tres, luego cinco, luego diez, luego ciento, y llega en fin á esta frontera de la aritmética sin poder ir más allá. Lleva con desesperacion su mano á la cabeza para indicar que despues de este número supremo, el número fatalmente innumerable se escapa á toda numeracion.

Asi en esta vida raquítica, el cazador obra apénas, piensa ménos, y sin embargo, á pesar de esta indigencia de actividad, duerme más tiempo con sueño más profundo. El sér, pobre en él como en el niño, necesita replegarse para cobrar fuerzas por medio del reposo, y al despertar su vida brilla á corta distancia en el tiempo y en el espacio. No puede envejecer como hemos visto, ni morir á la hora designada en el cuadrante de la Providencia.

En una palabra, arrojado bruscamente en medio de todos los séres, en el torbellino de todas las fuerzas de la naturaleza, sin memoria que le una al pasado, sin prevision que le haga penetrar el porvenir: sumergido completamente en el presente, encadenado por la fatalidad, precipitado en la rotacion del mundo vive tan poco, y siente tan poco su vida, que desprecia la muerte con arrogancia, y desafía el suplicio hasta la agonía.

Insisto y pongo aquí una piedra sobre este primer período del progreso. Necesitamos recordar á menudo este punto de partida, tan pequeño y tan lejano, para comprender todas las formas felices y monstruosas que el espíritu de perfectibilidad ha debido crear y devorar como Saturno, para sacar al hombre de entre los animales y encaminarle hácia la inteligencia.

Al medir, de un golpe de vista, la longitud del camino, podremos juzgar con corazón más tranquilo la primera familia de la humanidad. Por una parte confieso que al contemplar su nacimiento por medio de su inteligencia, he tenido un momento el espíritu aterrado por la grandeza y dificultad del problema.

¿Saldrá, puede salir de la servidumbre en que está sumergida? Y ¿de qué modo? Vedlo:

Está cercada, amurallada por todas partes como en una cárcel. Rios y torrentes desbordados la tienen enlazada en los dédalos de sus redes. Las lluvias del cielo duermen en el fondo de los valles en innumerables pantanos. El suelo empapado, como al día siguiente del diluvio, engaña continuamunte el pié del viajero.

La vegetacion intemperante de fecundidad en una tierra aun empapada por la lluvia,

despliega el lujo brutal de todas sus fantasías. Nuevos árboles brotan de enmedio de los restos de otros árboles derribados y amontonados en polvo. Las lianas trepadoras encierran apasionadamente entre sus ramas estos mundos de verdura y tejen de parte á parte de la selva impenetrables laberintos; las yerbas flotan sobre las yerbas, las espinas, sobre las espinas. Esta naturaleza aun disciplinada, encierra mil enemigos escondidos, miasmas dañinos, venenos, culebras, pante-ras, cocodrilos. Nunca podrá el hombre sacudir este doloroso yugo. Está sacrificado, perdido, condenado á una condicion puramente animal hasta la consumacion de la especie.

De repente, de enmedio de las espesas tinieblas de su destino, un metéoro desconocido vuela en alas del viento, de cima en cima, recorriendo la selva. El horizonte se colora. Los árboles estallan con gran detonacion. Las hojas secas como al soplo del estío, ruedan en torbellinos por la atmósfera. Los pájaros, arrojados de sus nidos, lanzan gritos de agonia. Los animales huyen rugiendo fuertemente, de esta escena de maldicion. Los reptiles, arrancados de entre las quiebras de las rocas, se agitan sobre la yerba en horribles convulsiones.

El hombre solo, inmóvil y de pié mira con mudo asombro la sangrienta sombra del huésped que viene á visitarle. No sabe aun si debe alegrarse ó entristecerse; pero siente un calor suave penetrar por sus fibras, como la alegría física, como la presciencia de un nuevo destino. Comprende la revolucion y grita: Hé aquí el primer Redentor.

El fuego estaba hallado. El Dios antiguo estaba vencido. Prometeo podia desafiar al dolor. Habia robado al cielo el nuevo poder, que debia ablandar el metal, fundir la lanza, despojar la selva, purificar la atmósfera, asustar las fieras, completar el sol, y nivelar el clima. Habia conquistado con la llama, una facultad más para la humanidad. Habia aumentado su sér, con toda la parte que el fuego ha de tomar en su existencia.

Así acabó la primera jornada de la humanidad,

CAPITULO V.

El hombre habia conquistado el metal; primeramente el cobre, despues el hierro, y el habia ablandado sobre el yunque para apro-

vechase de él. Habia añadido á sus músculos otro músculo inflexible, al que aplicaba toda su fuerza para doblar la materia, domarla, romperla, dividirla, trasformarla, modelarla y sujetarla como la presa bajo las garras del leon. Despues de afilar el hierro, cortó el palo, primer cetro de la soberanía, y armado con este nuevo poder reinó sobre la naturaleza.

A no encontrar bajo el sol más provisiones que la caza, alimento de un dia, variable é inmediato, que no puede guardarse ni capitalizarse para los siguientes, no hubiera pasado nunca el hombre de la primera á la segunda jornada de la civilizacion.

Entre los animales que mataba para devorarlos inmediatamente, vió ciertas especies inofensivas, resignadas por carácter y capaces de domesticarse. En vez de degollarlas como antes para sus hecatombes y abandonar luego parte de sus cadáveres á los buitres, las encarceló bajo su cetro, presas designadas para su consumo diario en las horas de necesidad.

Reclutó esas razas puramente alimenticias; que debian regenerar al hombre dándole su vida, y que debian sacarle de su pobreza con su misma sangre. Sujetó por eso en primer lugar á la oveja, social y simpática, que se

reune en rebaños para pastar la yerba desarrollada en ricas alfombras; y la cabra aventurera é independiente, que busca aislada de roca en roca, la hoja amarga de los matorrales incultos.

Así pudo añadir á sus comidas la leche espumosa ó endurecida, y la carne del cabrito y del cordero, asada sobre las ascuas. Secó al sol las pieles, cubiertas de vellon y se hizo un manto para el cuerpo, un abrigo para la cabeza, una cama para su sueño, unas sandalias para los piés, un saco para sus provisiones, un vaso para aplacar su sed, y un tambor, en fin, para el baile ó la batalla. Sacó del cuero todos los objetos que más tarde extrajo de diferentes materias. La vida, siempre comunista en su origen, exige en las civilizaciones nacientes, y en las especies inferiores que el mismo objeto sirva para varios usos.

Para que el carnero no rompiera su pacto reciente con el hombre y volviera á su independencia, el pastor debia velarle por necesidad de dia y noche, y tenerle siempre bajo su mirada. Por eso le siguió á todas partes, le llevaba de los pastos á la fuente, y le traia de la fuente á la pradera. Recogia en su paso al desertor y le volvia á incorporar al rebaño. Este cuidado continuo le absorvía las horas del dia y le robaba las del sueño.

Pero el olor de la mesa, situada al aire libre, trajo un nuevo huésped al pastor. Este era un carnívoro, humilde y conciliador, que venia del bosque para recojer las migajas del festin. Le seguia de parada en parada, de vivac en vivac, convidado asiduo siempre detrás del rebaño.

El hombre acojió con cariño á este huésped hambriento, y le ofreció un cambio de servicios. Le educó y le confió la custodia de su propiedad errante por las praderas. El perro, eminentemente dócil é imitador por temperamento, comprendió y ejecutó las órdenes. Corrió continuamente al rededor de los pastos, y encerró en el círculo de su carrera el campo vivo del rebaño.

El hombre pasó así del estado cazador al pastoril; se habia enriquecido con toda la vida que el animal que moria por él le trasmitia por una ley invencible de reversibilidad. La propiedad intermitente del cazador, con relacion á la rapiña, se reviste por vez primera en el rebaño con el carácter de duracion. No solo posee el pastor la propiedad actual y nómada que pasea por el valle, sino que posee hasta el infinito la ulterior que ha de nacer de esta propiedad.

Es propietario en el porvenir, dueño de

una riqueza indisoluble unida para siempre á la duracion.

Y como el rebaño se regenera y al regenerarse se hace perpétuo, atrae al hombre y le sujeta á su perpetuidad. Es el primer centro al rededor del cual la nómada humana, hasta ahora diseminada en pequeños grupos, viene á colocarse y á clasificarse. Crea la tribu.

La tribu es la familia multiplicada á semejanza del rebaño, reducida como en este á algunas cabezas, compuesta de seres iguales, y renovada por la generacion. El dia en que el hombre dejó los corderitos cerca de la oveja, guardó á sus hijos á su lado. Fundó la familia, es decir, la emision hasta el infinito de su propia sangre, que pasa á su generacion y á la generacion de su generacion. Formó un tratado perpétuo con el porvenir, renovándole de nacimiento en nacimiento. Creyó en la continuidad, al ménos en esta tierra, de su vida encarnada en su descendencia. Contó con los años. Conoció las ideas de prevision. Hizo dar un paso al limite del tiempo. Dió un paso más en la eternidad.

Comprendió el poder de la duracion, de la perpetuidad, y como el anciano le pareció el símbolo más evidente de esta idea, le levantó del altar en que antes le inmolaba al dios del

hambre y le decretó la supremacía. Coronó en él esta acumulacion de tiempo, esta superioridad de edad que la civilizacion antigua ha llamado sabiduría. Y así como el carnero cargado de años tenia la direccion del rebaño, el patriarca cargado de años tuvo el gobierno de la tribu. La ley universal del mundo habia establecido así de la vida á la vida, una misteriosa consonancia.

La yerba se agota más pronto que se reproduce bajo el diente de la cabra y del carnero. El pastor debia, pues, andar para conquistar otros pastos. Así agrandó su patria. Entró más adelante en el terreno del espacio. Llevó en su vida este segundo testimonio del progreso, porque el progreso, repitámoslo sin cesar, es un modo más ámplio de llegar á la estension.

Pero el rebaño no tenia que arrastrar de estacion á estacion más que su lana. El hombre al contrario, tenia que llevar en esta peregrinacion el nuevo ajuar de vida que se habia creado, su armadura, su lecho y sus provisiones. Hubiera flaqueado en el camino bajo el peso de la carga si no hubiera encontrado en la numerosa familia animal que le rodeaba, un sér sufrido, dócil, sóbrio, robusto, incansable, dispuesto á prestar sus espaldas á la carga. Es-

te era el asno, primer servidor bíblico de la humanidad, que la ley imperiosa de las armonías preestablecidas parecía haber creado para viajar con paso lento y seguido, á pequeñas jornadas, como el rebaño, dándole por alimento el cardo que crece á orillas del camino, y vistiéndole de color de polvo.

La historia, que no guarda la burla para los bienhechores, debe borrar el anatema de ironía que pesa sobre este precioso compañero de viaje del patriarca. Debe restituirle su parte de servicios y de méritos en la secular y laboriosa preparacion de nuestro destino. Al entrar en la humanidad para encargarse de la parte más pesada de nuestro trabajo, ha pagado con su servidumbre el rescate de nuestra primera libertad. Ayudado por él, el hombre ha podido viajar libremente. La procesion errante del rebaño le llevó así con secretos instintos de pradera en pradera, de campamento en campamento, á tierras más fértiles, más propias para la civilizacion y que la Providencia habia llenado anticipadamente de colinas y de manantiales.

Obligado á llevar siempre hácia adelante la baladora tribu, y á seguir la frontera siempre fugitiva del pasto, el pastor debia necesariamente buscar el medio de orientar su marcha

por las verdes sábanas del desierto. ¿Pero cómo? La yerba brotaba durante una estación encima de su huella y el viento barria día y noche su huella y su senda. El camino, como todas las demás cosas humanas no existía, no duraba. Abierto ayer desaparecía mañana. El suelo, movedizo y frágil, no conservaba en su superficie la impresión perpétua del pie del hombre.

No pudiendo trazar una senda fija, y que se reconociera siempre en medio de la tierra, el hombre levantó la cabeza y halló un camino escrito en el cielo de constelación en constelación. Estudió por vez primera estas infinitas luces que hasta entonces habían brillado confusamente á sus ojos. Conoció sus evoluciones y sus vicisitudes. Desde el fondo de su valle tuvo íntimas y silenciosas amistades con los ástros. Aprendió á atribuirlos una gran influencia en su destino.

Después de llamar á las puertas inflamadas del edén, sacó de esta conferencia con lo infinito una idea purificada de la religión. Dejó de temblar bajo la mano del Dios terrible que le hablaba con la voz del trueno, para bendecir al piloto celeste que le señalaba con su dedo de fuego un camino en medio de la soledad.

No le adoró en su ira, sino en su magnifi-

cencia. Vió en las estrellas apacibles y suaves durante su paso por los arenales, una revelacion visible y misericordiosa de la Divinidad. Esta Providencia ménos cruel, le pareció que exigia para su culto ménos crueldad. No volvió á inmolar en sacrificio á un Dios vengador, ninguna víctima humana. En vez del hombre sacrificó al animal sobre la piedra del altar. Rescató el diezmo de su sangre con la sangre del rebaño. Sustituyó en el sacrificio el cabrito á Isaac.

¿Será esto que la vida ha sido medida rigurosamente en nuestro planeta, y que el hombre no puede aumentar la suya sin disminuir las que le rodean, que no pueda conquistar una libertad sin crear á sulado una esclavitud? ¿Es su mision atraer todos los séres á su existencia, y sepultarlos en su cuerpo como en un panteon? Por ahora solo toco esta idea. Despues hablaré. Sin embargo, nótese que la antigüedad entera ha tenido esta creencia. En todas partes, en todos los países el primer acto del culto ha sido el sacrificio; y cuando la Judea celebraba su Pascua, sirviendo el cordero sobre la mesa de la familia, celebraba el rescate del hombre por el rebaño.

Marchaba, pues, el pastor guiado por la estrella hácia su gloriosa predestinacion, y mar-

chando aprendió á hilar el vellon y á reunirle hilo por hilo en tejido suelto y ligero. Así formó de la lana del rebaño la primera cubierta del cuerpo, la túnica, y la segunda, la tienda, habitacion nómada, inconstante como toda cosa naciente, continuamente arrollada y desarrollada por todas partes á cada parada en el desierto.

La mujer halló bajo la tienda su primera hora de esperanza y seguridad. Hasta entonces habia sido la desposada del más fuerte, que la poseia entre lágrimas y gemidos. Pero desde que se estableció la tribu, fué propiedad esclusiva de su marido, que la protegió por la misma razon que cuidaba con esmero su rebaño.

Desde el momento que el hombre comprendió que la cabra y la oveja domesticadas en torno suyo podian producirle un goce y una utilidad que podia cambiarse por otro goce, trasladó esta idea á la mujer, y la dió carácter. La evaluó, segun su juventud, su belleza, su raza, su nacimiento, con relacion á cierto número de cabezas de su rebaño. Así la Grecia de Homero llamaba Alfesibea á la doncella que el patriarca cedia á su marido por un par de bueyes. Por todas partes, en esta segunda hora de la civilizacion, la venta ha sido la fór-

mula única del matrimonio; cuando el pastor no podía pagar su prometida en géneros, la pagaba en servicios. Jacob compró por catorce años de servidumbre las dos hijas de Laban, y aun hoy el salvaje de América, renueva los tiempos bíblicos en la noche oscura de sus selvas.

Comprada así la mujer, ó mejor dicho, cambiada por una parte del rebaño ó una suma de trabajo, pasó del estado de hembra abandonada, de Venus impersonal, vagamunda y pública, que el hombre saciado arrojaba á otro hombre en medio de los campos, al de cosa adquirida, al de propiedad; en una palabra, estuvo bajo la salvaguardia de la ley explícita, escrita en la tradicion ó en la conciencia que protegía las demás propiedades.

El antiguo uso del matrimonio, el rapto, se consideró desde entonces como el crimen de los crímenes, el más despreciable, según el código usual de la tribu, y para castigarle, la Grecia entera, arrancada de sus playas, fué á Asia, y vertió sobre los tizones encendidos de Troya, la última gota de la sangre de Priamo. El choque de la Iliada fué, pues, en realidad, el choque de las ideas de dos mundos, el uno naciente, el otro moribundo. La Iliada es la epopeya de la mujer vengada por los héroes.

Y, sin embargo, por esta ley de transición y de solaridad que quiere que Jacob sostenga al nacer el talon de Esau, que la tradición proyecte su sombra sobre el progreso: como la memoria del pasado, prolongada en el presente, la tribu mezclaba aun un recuerdo de violencia, de raptó, á la celebracion del matrimonio. En la Germania, el marido no poseia su prometida sino despues de haber luchado con ella en presencia de sus compañeros, sino despues de haberla cogido por fuerza, y haberla llevado á su casa. La prometida no debia tocar con su sandalia el cancel de la puerta, para probar que, víctima aun de la fuerza, no entraba libremente en su nuevo hogar.

La ley de Manu llamaba á este raptó tradicional, perpetuado por el uso, el matrimonio de los gigantes.

Comprada la mujer, y desposada bajo la forma simbólica del raptó, no era más que una esclava.

Como los ganados, el dia de la venta no podia dar, ni negar, su consentimiento en el mercado. Era una voluptuosidad del hombre, no era ni una persona ni una voluntad. Al entrar bajo la tienda, se sentaba dócilmente al lado de las demás mujeres, propiedades como ella del marido: era una cabeza en la

masa del gineceo (1). No era una esposa; era lo más, una parte muy ínfima. La esposa era la coleccion completa del gineceo. Allí esperaba en silencio, que llegase la hora del cariño, porque el cariño, aun incierto y flotante, del hombre, vagaba á la casualidad, y caprichosamente, en medio de las voluptuosidades de la poligamia. Toda asociacion empieza por la promiscuidad, y desde este momento Dios le rehusa la duracion. Sólo deja caer un momento la sombra de su eternidad sobre esta imperfeccion.

Pero la mujer encontró trabajo al lado del rebaño. Este trabajo fué su rescate. Habia probado al hombre la utilidad de la debilidad; habia adquirido una ocupacion: hilaba la lana del rebaño.

Feliz, y siempre bendita, la fecha misteriosa, hoy olvidada en la historia, en que por primera vez, una madre desconocida, Eva regenerada, suspendió de sus manos la rueca cargada de plata. Desde este dia tuvo un destino; el hombre le consideró como un mérito. La poesia antigua tenia razon al poner en ma-

(1) Se llamaba asi el cuarto ó pieza donde habitaban las mujeres antiguas.

(Nota del Traductor.)

nos de las reinas las ruecas. La rueca era un cetro. Era para la mujer, si no un signo real, al menos una dignidad.

Hilando en paz la blanca túnica, resguardada del viento y del sol, la mujer arrojó lejos de sí, y para siempre, el trabajo tosco y disforme que ajaba su juventud y contrariaba el desarrollo de su belleza. Sintió en su frente el primer rayo de esplendor. Fué bella, y su belleza fué una nueva emancipacion.

A la caída de la tarde, cuando habia concluido su trabajo, y llenado su cesto, reanimaba el fuego oculto entre la ceniza y preparaba la cena. El marido venia de lejos, empolvado, cubierto de sudor, con los piés ensangrentados y desgarrados por las espinas. Entonces era para él la alegría feliz del descanso despues de un dia de fatiga. Su gracia era ya el óbolo divino que debia rescatarla un dia de la servidumbre.

Se vistió, y con el vestido adquirió nueva naturaleza; separó de su cuerpo la prostitucion de la mirada; cubrió con un velo de Isis, ese santuario de vida, para que la idea santificada del amor habitara solamente bajo el pliegue flotante en religioso misterio; anudó, en fin, su cintura sagrada con el triple nudo del cinturon que la constituye sacerdotisa y

guarda de su belleza, y marchó en la trasfiguración de su pudor.

Detengámonos un instante para contemplar solo con la razón, desde el alto promontorio de la historia, esta escena patriarcal de los primeros tiempos de la humanidad.

El sol, pálido y disuelto entre sus vapores, está tocando á su ocaso. Arroja sus rayos como ardiente niebla sobre los picos bronceados de la montaña. La llanura inmensa y desnuda, desarrollada hasta el horizonte como un camino sin fin, presenta á la mirada sus caprichosas é innumerables ondulaciones. Solo algunos grupos de palmeras alumbradas por el sol poniente, y cuyos troncos yacen entre las sombras, levantan sus palmas de oro en medio de la soledad.

El patriarca más agoviado por los años, ha descrito con su báculo el sitio del campamento. La tribu ha dispuesto sus tiendas sobre la línea mística del anciano. La columna de polvo que levantan las ovejas al volver de los abrevaderos, flota impelida por el viento en ligeras espirales que se pierden en el espacio. Raquel, la hija ideal del pastor, con la frente serena entra lentamente en el aduar, cargada de la tela que acaba de empapar en la corriente, mientras que detrás de ella, en el fondo del

valle, bajo una bóveda movable de laureles y enredaderas, el ruidoso torrente, desgarrado en las sinuosidades de las rocas, se llena de espuma y lanza en medio del desierto su ronco murmullo.

El rebaño está encerrado. El perro guardian ronda al rededor para alejar á la hiena y al chacal. El asno, descargado durante la noche, come la yerba de la pradera atado al lado de su carga. La llama del vivac empieza á dibujar su viva claridad en medio de la lucha dudosa de la sombra y de la luz. La tribu, esta sociedad naciente, siempre en marcha para hallar otra sociedad, descansa durante una noche, preámbulo confuso del reposo de la ciudad.

El hombre come solo con el hombre, porque en el orgullo de su fuerza, iba á decir, de su barbarie, no ha admitido á la mujer en la familiaridad de sus comidas.

Pero la mujer, sentada en este momento á la entrada de la tienda al crepúsculo de la tarde, en medio de sus hijos echados en pieles de ovejas, pensando en Dios y enternecida por no sé qué presentimiento, miraba la primera estrella y dejaba caer de sus manos la rueca. Había entrevisto con los ojos de la pitonisa interior que hace estremecerse eternamente la na-

turalaleza, la esperanza de un nuevo evangelio de justicia.

La noche se estendia en el desierto; la voz de la meditacion callaba. El perro centinela murmuraba á la puerta de la tienda, llenando el valle de ahullidos. La tribu reposaba bajo el manto de Dios lleno de profecías.

CAPITULO VI.

El hombre, libre de la implacable necesidad de gastar hasta el último minuto de sus dias para buscar su alimento, trasformó en suma de ideas la suma de ócios que le dejaba el rebaño, subsistencia fija y segura. De la sangre y de la leche que corrian gratuitamente en sus comidas, sacó, por una trasfiguracion sublime, una industria, un arte, una ciencia; el hierro, la lanzadera, la rueca; una lengua, una religion, un pensamiento. Reflexionó. Combinó sus reflexiones. Pasó del instinto á la inteligencia.

Al interrogar, con su mirada, á la noche, durante sus largas paradas en las llanuras del Asia, y al contemplar el abismo de esplendor

desarrollado sobre su cabeza, sintió un ideal más brillante de lo bello brotar como un reflejo del cielo en su espíritu.

Sacó al arte del estrecho cautiverio en que sobre su persona le había encerrado, para llevarle á su traje, y de su traje á su ídolo. Trasladó el dibujo incorrecto de su piel á su manto rayado: como su cuerpo, en anchas franjas; y reservó para el ídolo representante de Dios bajo la tienda, las más ricas invenciones del color.

El arte rompió su primera crisálida para lanzarse en el espacio. Unió por vez primera sobre la madera y el barro la idea de religion á la idea de belleza. El ídolo fué el Dios nómada dos veces sagrado de la tribu. Asociado así al culto, el arte compartió los respetos de la familia, y cuando Raquel, al cambiar de tribu, llevó en su huida los ídolos de su infancia, Laban persiguió á su hija hasta recoger el piadoso museo de su hogar.

Desde el momento en que el hombre, por su continua variación de puesto en el espacio, y su crecimiento de sensaciones, tuvo que poner nombre á más cosas, la palabra subió del monosílabo de las radicales, á las asociaciones de sílabas y á las ramificaciones de las raíces, y llegó á traducir con palabras comple-

jas y diversas las sensaciones tambien diversas y múltiples. A medida que por el espectáculo del rebaño siempre consumido y siempre reproducido de la tribu, siempre errante y siempre dirigiéndose á otro horizonte, la idea de sucesion y la del progreso, que es la idea del tiempo, se formó y se fijó en su mente, el hombre inventó la palabra que nombra el sér en el tiempo; el verbo, palabra de las palabras, la más progresiva, la más viva, porque espresa la funcion más grande de la vida, la duracion; y para fijar la palabra en la memoria, que retiene más fácilmente los recuerdos, siempre que dependan unos de otros, la civilizacion patriarcal añadió el número á la palabra, y pasó de la gramática á la prosodia.

Así creó el hombre la poesía, es decir, la palabra contada, ritmada, para cointeresar las dos facultades del número y del sonido, para guardar más tiempo y más fielmente una impresion escrita. El poeta primitivo, cantando las primeras crónicas de la humanidad, las escribió en la memoria de sus oyentes.

Iba de vivac en vivac, sembrando en cortas estrofas rápidas narraciones, al rededor de la hoguera, al aire libre, sobre el que humeaba

la carne de los corderos. El viento de la tarde arrancaba de sus labios las epopeyas de una hora para dispersarlas á lo lejos en girones. Así flotaron en el espacio, vagamundas como su auditorio, hasta el día en que una nueva civilización reunió las tribus en la ciudad, y un Homero reunió estas poesías en una *Iliada*.

Vemos, pues, lo que el progreso había ejecutado al acabarse la segunda jornada. La sociedad no es ya esa conscripción accidental del cazador, reunida para la caza y dispersada después de repartido el botín, sino que es una confederación permanente, hereditaria, de hombres nacidos de la misma sangre, estrechamente aliados por la unidad del antepasado y reunidos por la unidad del campamento.

La virtud puramente física de la fuerza no dá al jefe autoridad: ahora se la confiere la superioridad intelectual de la experiencia. El jefe es el anciano. Absorvida en él la tribu, él solamente tiene nombre, primer signo de la personalidad, y este nombre es colectivo para todos. Cada uno vive en él, por que la vida es tan incierta y tan precaria, que solo produce una cabeza libre en cada tribu. Bajo este poder coronado de años, único y universal, todos los ciudadanos de la ciudad nóma-

da son iguales. Como en esta civilizacion las fuerzas están sujetas, y las existencias son iguales, un nivel inflexible pesa sobre todas las personas y sobre todas las capacidades. La sociedad, ó mejor dicho, la familia patriarcal, es una comunidad absoluta, aumentada, sostenida por la marcha comun y la comida comun.

Al tomar la leccion, siempre que los hechos me la enseñan, noto aquí al pasar, que en el aduar ó aldea movible, el pastor, salvo el poeta y el sacerdote, escepciones de la tribu, es igual al pastor, como en la piedra la molécula es igual á la molécula. No hay más diferencia del hombre al hombre en la sociedad primitiva, que la que hay del niño al niño en la sociedad actual.

Cuando la vida es débil, languidece en la monotonía. Cuando crece en poder, radia en diversidad. La uniformidad ó la reproduccion infinita de un solo elemento, es el signo infalible de una inferioridad de organizacion.

Hay á orillas del mar Caspio un terreno tristemente desnudo, igual por todas partes, cubierto de nieve casi todo el año, y violentamente barrido cada invierno por el Metel ó viento de la Siberia. La tribu Scita, continuamente arrojada de horizonte á horizonte so-

bre esta invariable llanura, sin árboles, no ha podido encontrar en ninguna parte el concurso de la naturaleza para escapar á la vida errante del rebaño; y despues de cuatro mil años de peregrinacion en busca de lo imposible, ha llevado el comunismo hasta el dintel de nuestro siglo como el anatema del suelo y su reflejo en la humanidad.

Por no haber podido plantar ni sembrar, ni por la asociacion entrar en colaboracion constante con una tierra helada y sacudida por horribles vientos, el Scita vive aun en el estado de comunismo.

Cada uno es el eco vivo de cada uno. En fin, por respeto á la igualdad absoluta de existencia, esta sociedad siempre caminante, saca por suerte el poder. No es, pues, el hombre sino la casualidad quien reina sobre la tribu. Este gobierno de lotería, es el simbolo voluntario de una verdad. La fatalidad que es el soberano poder del comunismo. Despues de un año de dictadura, el jefe vuelve á hundirse en el caos de la tribu.

Y aun hay más. La oveja esparcida por la llanura era continuamente para la tribu vecina un objeto de seduccion, de rapiña. El fuerte atacaba al débil y le rechazaba en el desierto. Cada dia que se encontraban era un

dia de combate de tribu contra tribu. Choque terrible, en que el vencedor inmolaba sin piedad al vencido. No habia hallado trabajo, ni por consiguiente utilidad del prisionero, le mataba para no tener que dividir con él la módica racion de su familia. La sangre del hombre corria sobre el prado mezclada con la del rebaño. Abel caia á cada momento bajo la maza de Cain. La vena siempre abierta, vertia á torrentes la vida. La humanidad encerrada en un círculo de hierro, perdia palmo á palmo el terreno. El fuerte era el único con derecho para vivir, y la sociedad reducida en número, no podia desarrollarse en el espacio.

Pero la Providencia velaba con sus secretos procedimientos de perfección. Cuando el hombre ha verificado un progreso, no le permite dominarse sobre este progreso. Le envia el sufrimiento, mensajero irritado para despertarle y sacarle de su inercia. Sacude sobre su cabeza esta espada ardiente para arrojarle indefinidamente de un eden á otro eden.

El estado pastoril era un progreso que suponía que llamaba otro progreso. El rebaño habia traído provisiones bastantes para dejar al pensamiento, tiempo para meditar la tercera civilizacion. Esta civilizacion habia llegado.

La segunda jornada de la humanidad se habia cumplido.

Pero para emigrar á su nuevo destino, debia encontrar nuevo alimento, porque la naturaleza tarda algunos años en reproducir en el arsenal de la vida, la cantidad de carne devorada en una semana. El rebaño no podia ser más que la comida, pesada con la más estricta economía, de un pequeño número de convidados.

Si el hombre no hubiera podido ensanchar la mesa del festin, pasearia aun en débiles grupos las víctimas predestinadas á su hambre, por medio de las yerbas de las praderas. Condenado á seguir paso á paso la huella de una presa disciplinada, sería un carnívoro mitigado por la inteligencia.

Buscó en torno suyo una sustancia alimenticia que pudiera conservar y regenerar más fácilmente que la carne del rebaño, y la halló en el grano incorruptible y de tan fácil reproduccion de la espiga. Pasó de pastor á labrador. Abrió la tierra para sembrar.

Pero el suelo era duro y rompía el brazo que queria romperle. El hombre llamó entonces en su ayuda á un nuevo servidor, manso y robusto, pacífico y grave en su marcha, que llevaba una fuerza inagotable para el tiro en

los músculos nerviosos de su cuello, y en las formas macizas de sus lomos. Unció el buey al buey y le ató al arado para abrir la tierra al sol. Dejó de matar al toro como una caza de mayor especie. Le colocó en el círculo de su existencia. Utilizó su fibra, utilizó su fuerza y al aumentar así su propia vida, la conservó más tiempo en el animal. El buey trocó su sentencia de muerte por la esclavitud. Vivió. Su cuerpo fué sagrado. La ley primitiva castigaba con pena de muerte á su matador. Contad si podeis la suma de existencia con que el buey enriquece al hombre con su larga abnegacion. Pesad las glorias de este valiente mártir, mudo al dolor, desde la primera hasta la última hora en que cae bajo el cuchillo. En su destino trágico no conoce el descanso de la tarde ni el de la tumba. Estaba escrito que despues de servir al hombre hasta exhalar el último aliento, debia pasar á la carne del hombre hasta la última molécula, y ahora bien, con qué agradecimiento no debemos pagar, si hemos de ser justos, á este mártir sublime que ha llevado y lleva todavía sobre su yugo á toda la humanidad!

El buey ha labrado. La simiente arrojada por la mano del hombre ha fructificado en el surco. La espiga ha madurado. La familia del

labrador va á recoger los dones del verano. Se hunde hasta la cintura en este mar de ámbar, que se estremece al viento, y que murmura la alegría de un año. Cortan la mies y cuando se ha atado el último haz, vuelven á su casa.

Los segadores han segado la mies. Se van con la hoz al hombro. Pero el buey no ha acabado su jornada, el sol está aun ardiente, la atmósfera vibra llamas sobre el valle. Las muchachas coronadas de espigas le acompañan cantando. Cuelgan de sus cuernos guirnaldas, y él con la frente humillada por el yugo y herido bajo las flores, anda entre las rocas, jadeando y lleno de sudor. Su pié rechina sobre los peñascos, las correas se estremecen bajo sus esfuerzos para arrastrar aquel peso. Le dobla la fatiga.

El aguijon le hace adquirir esas fuerzas nuevas que da el dolor. Su pié machaca de nuevo las piedras. De sus ojos corren gruesas lágrimas, su nariz se llena de blanca espuma y sopla el polvo del camino. Asi lleva su carga, resignado y silencioso hasta el establo y al otro dia cuando la mies se estienda en la era, trillará la espiga. Meditad este misterio y no os extrañe despues, que la antigüedad haya consagrado el buey y le haya abierto la

entrada del santuario. Sentia vagamente que escondia en su fuerza, parte de nuestra divinidad.

El dia en que el buey entró en la humanidad, el pastor cubierto de pieles de animales, vendió su derecho de primogenitura por un plato de lentejas, y el patriarca ciego, que no podia leer el porvenir engañándose en su bendicion, bendijo al agricultor, es decir á Jacob. La mujer cómplice del progreso, se alegró interiormente de la situacion del último al primero de sus hijos. Adivinaba que este segundo hijo que sostenia con sus manos el talon del primogénito, simbolo del tiempo, daria un dia una nueva dignidad á la familia, una nueva libertad.

La tribu labró, sembró, plantó, recogió y por una necesidad de la naturaleza, trasformó en propiedad y dió su nombre á la tierra que habia de trabajar; porque sin esta propiedad, el trabajador de otra tribu hubiera venido á sembrar la tierra labrada, ó á recoger la mies sembrada por otro.

El pastor en sus largas peregrinaciones, solo pisaba el terreno, dejando tras sí el puesto libre para otro propietario de paso. Pero al hundir el arado en la tierra, la tribu agrícola proclamaba un derecho colectivo de propiedad

sobre este taller al aire libre que producía nuevas cosechas y preparaba en la sombra misteriosa de su gleba, siglos de alimento para siglos de generaciones.

La estabilidad del campo fijó al hombre en un solo punto de residencia. Así como el primer día sacó su cabaña de vegetales, y el segundo su tienda del rebaño, así el tercero reunió sobre el suelo encargado de alimentarle, los restos de su habitación. Plegó la pared estrecha, movable de la tienda desgarrada por el viento; y colocando piedra sobre piedra, edificó la pared permanente de la casa. Miró en torno suyo y ensanchó este segundo vestido según la medida de su nuevo destino.

La colocó al sol de oriente, al pie de la colina, á orillas de sus tierras, cerca del murmullo del arroyo ó del pilón de la fuente. La distribuyó en varias servidumbres á imitación de la vida, que varía á cada órgano y á cada progreso. En fin, para conservar las mieses, cavó ante su puerta el granero subterráneo.

Pero la civilización, cada vez más compeja consiste en multiplicar las conquistas del hombre con la naturaleza y asociarlas en poderosa unidad; en pasar del eden á la caza

esperaba agua nueva para verterla en los labios del convidado. Despues pisó los racimos y recogió las olas de púrpura en los vasos de barro. Nueva sávia de vida corrió por sus venas y el hombre conoció la sonrisa.

Y un dia, despues de la languidez del estío, al acercarse el invierno, jóvenes danzantes, faunos de la víspera, que acababan de despojarse de las pieles, y menadas inspiradas, llenas de un dios nuevo, con la cabeza inclinada y los cabellos al viento, acompañaban cantando y sacudiendo el tirso al asno vendimiador, que llevaba en medio del ruido y del delirio la alegría de la humanidad, su expansion, su poesía, su llama de entusiasmo. Dejad pasar bajo su corona de pámpanos al dios que sonríe á la humanidad. Él es el dios vencedor. Va á conquistar un mundo con sus beneficios.

El invierno puede ya venir á estender sobre la tierra su sombra de tristeza; el hombre ha guardado en su copa una gota del calor del sol ausente. Un fuego invisible pasará de boca en boca en el festin, uniendo todos los corazones con una cadena eléctrica. La vid amante, que vive siempre enlazada al tronco, que da en comun su fruta en racimos, como el trigo en espigas, y que para exhalar su al-

ma al viento necesita reunir todos sus perfumes, multiplicó en el hombre el poder de la simpatía. Provocó la amistad; despertó el amor; vertió en la sangre del hombre, antes adormecida, una irradiación perpétua de primavera, y el hombre exaltado en su fibra, conoció un ideal más en su compañera.

El vino preparó la poesía. La lira es hija de la viña como del laurel. Y cada día el convidado dejaba caer, al ruido del himno, su cabeza llena de sueño sobre un hombro querido, y comprendió la ternura desconocida del deseo. Ahora comprendo por qué los bárbaros del Norte marchaban hacia las regiones en que la vida expansiva extiende de árbol á árbol sus guirnaldas.

Iba á buscar al Mediodía, guiado por un instinto sublime, la gota sagrada que conduce á la civilización. ¡Vé de pueblo en pueblo copa sagrada que llevas en tu seno un alma más para la humanidad! Inclina, por todas partes por donde pases, el pensamiento de las razas á la afección. ¿Quién sabe? Quizás un día después de treinta siglos, los hijos de tus primeros convidados, santamente inclinados sobre el santuario, ante Dios, te levantarán en sus manos para beber á la fraternidad.

CAPITULO VII.

Después que el tiempo llevó á cabo todas estas cosas, la religion se elevó más á Dios cargada del perfume de las mieses. El hombre civilizado de la tercera civilizacion habia labrado la tierra y sembrado el trigo. Habia concluido su jornada. Se retiraba del trabajo, y sobre la huella aun reciente de sus pasos, otro trabajador invisible venia continuando su obra y sacando lentamente la semilla de la oscuridad del surco para resucitarla al sol bajo una corona de floridos penachos. El hombre vió entonces en la naturaleza una potencia amiga. Se unió á ella por la solidaridad de una colaboracion misteriosa.

Desde aquel dia, además de la religion del terror, tuvo la de la confianza. Abandonó á la tierra sus economías, con esperanza de recibir las multiplicadas de manos del celeste trabajador, y para pagarle su parte de trabajo, le presentó, no ya los miembros del holocausto, sino las primicias de las mieses. Y al lle-

gar la hora del sacrificio, la *canefora* (1) con la frente erguida y el cinturón flotante, llevaba en su cesta la flor de la harina, mientras que detrás de ella el sacrificador arrastraba, como por tradición, la víctima coronada de banderolas.

La idea hasta entonces pasajera y desconocida de Dios en el alma del patriarca, traída y llevada por un viento tempestuoso ó un rayo de una estrella, adquirió cierta *periodicidad*, cierta regularidad. Desde el día de la siembra hasta el de la siega, el hombre aprendió á contar con el economista divino que vertía sobre la espiga la lluvia y el sol. Tenía demasiada necesidad de la presencia de Dios en sus campos, para no tener á ese Dios presente parte del año. Por eso hizo del otoño y del verano las dos grandes fiestas de la naturaleza. Declaró sagrado el trigo. Le puso bajo la protección del Dios de bondad.

El sublime iniciado del progreso creía por vez primera en el concurso de la Providencia desde su salida del eden; y para solicitar este

(1) Palabra compuesta de las dos griegas *canes*, cesta, y del verbo *fero*, llevar; significa las doncellas que en las fiestas antiguas llevaban en cestas los objetos destinados al sacrificio.

(Nota del Traductor.)

concurso creó la oracion. Habló desde el fondo de su debilidad al Padre misericordioso que columbraba vagamente en su pensamiento. Subió en sueños la escala de Jacob. Contempló la faz del Eterno. La imágen no volverá á desaparecer de su vista. La realizará en símbolos groseros. Pero desde la ascension de su alma al cielo es verdaderamente religioso; ha establecido entre la tierra y Dios la correspondencia sagrada de la oracion.

Ahora tiene un testigo de su vida, un ayudante en su trabajo que posee los dias y las fuerzas, y que estendiendo su dedo sobre los gérmenes de la tierra, les comunica á voluntad la sávia ó la sequía. Y contemplándose á sí mismo, empieza á presentir que Dios tiene sobre el hombre el mismo poder que sobre la espiga; que él da ó quita la existencia, y que si saca del surco el trigo multiplicado en vida, puede tambien sacar de la tumba al hombre multiplicado en duracion. Empieza á entrever un rayo confuso de la inmortalidad.

La vida, santificada por este pensamiento, esparció en torno suyo su santidad. El hombre conoció el valor de la sangre del hombre. Antes, en los frecuentes encuentros del período cazador ó del período pastoril, el vencedor es terminaba al vencido. Pero desde que el Adan

eterno, eternamente encaminado por Dios á la tierra prometida, halló un campo ocupado en la agricultura, respetó la vida del prisionero para trasformar en producto su fuerza muscular. Y con la suma de vida que trajo al vencedor el vencido compró la suya. Escapó de la muerte por la esclavitud.

Fué esclavo. Respetemos el dia en que este reo de muerte indultado por el arado, pasó con el pié herrado y la frente baja el dintel de la casa. Tomó desde entonces de hombros de la mujer la parte más pésada del trabajo.

La mujer, libre ya, no tuvo en el hogar más que la poesía de este trabajo. Entró en posesion de su alma y de su belleza. Tuvo tiempo para el arte y para adornarse. Aumentó en gracia y en dignidad. Inspiró con más encantos más amor. El marido la compra todavia, pero al dia siguiente de la boda cree deber pagarle la deuda de la felicidad. Coloca á la cabecera del lecho el *morganat*, dote de la mañana. Este censo del corazon tendrá sobre el destino de la mujer, la misma influencia que el peculio sobre la emancipacion del esclavo.

El dote de la mañana es la iniciacion de la mujer á la propiedad; de este yo visible al yo interior de la personalidad. La madre de familia está todavia moralmente marcada con la

pérdida de ciertos derechos; es la sierva desechada por su marido y aun por el hijo de sus entrañas. La mujer debe siempre obediencia, decían los antiguos. Su marido la niega su afecto, la llama, la abandona y la repudia á su capricho. Debe sufrir silenciosa y resignada todas las vicisitudes y todas las injusticias de su destino. Aun fuera de la humanidad es un bruto gracioso, en un grado más superior que el rebaño, una carne como él destinada á satisfacer el hambre de la voluptuosidad.

La mujer casta entre todas las mujeres, la heroina de la Odisea, no escapa á la injuria de la degradacion. Cuando reúne modestamente un consejo en el palacio de Ulises, que llena con su virtud: vuelve á tu rueca, le dice duramente su hijo. El hombre solo puede hablar, la mujer debe guardar silencio. Y en el momento en que Penelope, inclinada dia y noche sobre su tela, practica con lágrimas este simbolo de la fidelidad, que ha hecho de su nombre el ideal de la constancia, el rey de los reyes da á Ulises este consejo: entra misteriosamente en tu patria; no confies tu secreto á tu mujer.

La mujer es efectivamente desde el primer dia de la leyenda, la tentacion del hombre; sus malos pensamientos, la iniquidad viva de

la creacion, destituida para siempre de virtud. Manú le ha dado, decia el Oriente, el amor de su lecho, de su asiento y de sus adornos, la perversidad, el engaño y la volubilidad.

Pero desde que el hombre colocó la piedra sobre la piedra y desplegó sobre su cuerpo una armadura, para resistir el choque del viento y de la lluvia del cielo, y aumentó como nueva estension de su sér, la masa adquirida de sus riquezas, de sus descubrimientos é industria, elevó al mismo tiempo que la suya la vida de su compañera.

De pié ó echado, segun la luz, hacia antes de su existencia la pantomima involuntaria del sol. Seguia su movimiento como la aguja sigue el reloj. Las primeras sombras de la noche le cerraban imperiosamente los párpados. Pero al esprimir la aceituna bajo sus dedos conoció el secreto de la luz. El sol puede ya bajar del horizonte llevándose consigo la actividad de las razas animadas; el hombre ha conservado en una gota de aceite un rayo fugitivo del poniente para colocarle en el barro y colgarle en las paredes de su casa.

Antes, cuando el viento helado soplabá, buscaba bajo la ceniza del vivae un poco de calor, y envuelto en su manto luchaba en silencio contra la atmósfera. Pero un dia halló el medio

de fijar la chispa errante á su hogar, y ahora, sentado despues del crepúsculo y de la cena, á la luz de su lámpara y al estremecimiento de la llama, prolonga el dia en larga velada. Empieza á comprender la voluptuosidad moral y la dulzura escondida de la intimidad.

El calor y la luz brillan y penetran en el fondo de su corazon en ternura y simpatia, vive más tiempo, más complaciente, al lado de esa alma de gracia que le habla de sonrisa. Siente y conoce por su amor, que su desposada es algo más que una esclava de voluptuosidad. Le agrada oír esa voz musical que despierta en su pensamiento otras voces desconocidas. Y á veces, á la luz inquieta de la humilde y vacilante estrella de su hogar, al menor soplo exterior del viento, cree ver brillar sobre esta frente aun marcada por la esclavitud, la aureola de una nueva belleza.

La lleva cubierta de un velo á su casa para demostrar á los que pasan, que, cosa perpétuamente poseida, la mujer no posee ni aun la seducción divina de sus miradas, y que bajo los plieges del lino oculta una felicidad discreta, reservada solo á un dueño entre tantos vivos. El velo es un signo de progreso. Prueba en la mujer un encanto. El encanto es el primer precio de su rescate. La mujer, toma,

pues, con una esperanza más, posesion de su nuevo destino. Pisa el hogar con pié más ligero. Vierte la leche humeante del rebaño en la pasta del trigo. Amasa con sus dedos la masa sagrada que contiene en su esencia dos civilizaciones. Estiende sobre el ladrillo y cuece sobre la ceniza pan sin levadura.

El marido la coje por la mano y la presenta á los dioses de su hogar, la asocia á los ritos íntimos de su religion; rompe con ella el pan sagrado, reparte el trigo salvador que alimenta á la humanidad, le pasa la copa del vino, aun húmeda del beso de sus lábios, y la mujer, con los ojos bajos, el corazon enternecido, bendice interiormente el pan redentor que la ha rescatado en parte de la esclavitud. Así acaba la tercera jornada de la civilizacion.

La agricultura habia franqueado la inteligencia del hombre, permitiéndole traducir en ideas sus economías de tiempo y subsistencias. Pero el trigo trillado en la era, era todavía un manjar muerto sometido á infinitas vicisitudes. El cultivo no tenia más que instrumentos toscos que pedian para cada producto, más dias, más sudores. Trabajador difuso, el hombre era el comunismo vivo de los trabajos. Debía á un mismo tiempo sembrar el campo, edificar la casa, fundir el hierro,

tornear la madera, modelar el barro, tejer la tela. El tiempo le faltaba para poner en obra á toda la naturaleza. Su vida, esparcida por tantas partes, no podia dar más que una hora severamente marcada á la tierra. Con más esfuerzos recogia ménos espigas.

La cosecha faltaba amenudo. Un soplo de tempestad se llevaba en una hora el pan de un año. Cada tribu se acampaba en donde la agricultura la sorprendia; cultivaba su escaso horizonte, ignoraba el camino que guia los pasos del hombre de region en region, y no podia por consiguiente tramar ningun cambio exterior, ni reemplazar la falta de un producto con la superabundancia de otro. El hambre visitaba con regularidad al agricultor en medio de su nueva riqueza. El último mes no habia un pedazo de pan para la mesa de la familia. Esta abstinencia absoluta de varias semanas consecutivas, hubiera matado al hombre, si la prevision antigua no la hubiera repartido de distancia en distancia para todo el año. De aquí la institucion del ayuno; que no era más que el ahorro puesto, en esta falta de alimentos, bajo la proteccion de la Divinidad.

Dios comprendió la miseria del hombre y levantó de nuevo la espada de fuego del paraiso.

Y de repente del Septentrion y del Mediodia, del Levante y del Poniente, una nube espesa de polvo subió en el aire como impelida por un viento de ira. Una sombra mortífera rodeó á tribu. La mies, que se sonreia, desplegabá sus alas de oro al sol. El segador, alegre con la promesa de la tierra, aflaba su hoz. La sombra siniestra de la nube marchaba sobre la tribu. De repente un grito salvaje salió del fondo del torbellino que ocultaba algun misterio. El eco de la montaña se estremeci6. El hombre del campo, inquieto y en el suelo, aplicando el oido sobre la tierra crey6 oír vibrar un ruido siniestro de pasos.

Un momento despues el hierro brillaba y la llama brotaba en ardientes espirales del techo de las casas. La tribu atacada comprendia su derrota al mismo tiempo que la invasion, por el resplandor del incendio. El anciano estaba degollado á la puerta de la casa que habia edificado en dia de fuerza bajo el pié de tres generaciones, el niño, arrancado de la cuna estaba estrellado contra la pared; la madre pasaba sobre su cadáver arrastrada del cabello, y á su lado el marido marchaba con las manos atadas á la espalda para ser esclavo.

Cuando la tribu vencedora habia barrido la civilizacion agrícola esparcida por la llanura,

cortó la mies que no habia sembrado, vació el granero que no habia llenado, y empujando ante sí un doble rebaño de hombres y bueyes, tomó cargada de botin el camino de la rapiña.

Y cuando habia desaparecido detrás de la colina, no quedaba sobre sus huellas, de esta tierra limpia, humanizada, ó si quereis, incorporada por el trabajo á la humanidad, más que la paja encendida de la mies y dispersa por el viento, y de vez en cuando un trozo de pared aun derecho y ennegrecido por el humo. El campo abandonado se convertia en desierto. La zarza ocupaba el lugar del hombre en el surco. La paloma aislada volvia á la soledad. Y por la noche el perro aullaba sobre los escombros, y llamaba á su amo en medio de las tinieblas. ¿De qué le servia al hombre haber vencido á la naturaleza, si hallaba á su lado en el hombre mismo un enemigo más implacable que la naturaleza? Esta reflexion dolorosa turbó desde el primer dia la inteligencia de la humanidad. Job levantó al cielo sus dolientes quejas.

La cosecha y el goce de este trabajo suscitaron la guerra ó el goce del trabajo ageno. La tierra, sembrada por una tribu, escitó la avaricia de las demás. Un ejército de ladro-

nes vagó continuamente al rededor de la mies. La guerra llamó á la guerra. La civilizacion agricola se hizo guerrera para rechazar el ataque continuo que rodeaba su arado. Alistó en sus filas á un compañero de combate, de corazon generoso y olvidado entre los animales. El caballo vino á tomar parte en la gloria al lado del hombre en el mismo peligro. Su forma elegante y armoniosamente equilibrada lleva en sí la fuerza y la velocidad. Su cabeza altiva, ambiciosa, mira dominando el espacio. Su piel irritable y suelta, reluciente como una armadura, se estremece á la menor vibracion. Sus crines flotan sobre su frente, penacho vivo que levanta el soplo de la guerra. Su nariz respira lucha por un relincho agudo que parece repetir el grito del clarin. Su pié, más rápido que el *simoun*, devora la distancia con el ruido precipitado de la flecha que cae á golpes repetidos sobre la coraza. Nacido para la vida aventurera toma con el contacto del campamento el alma del guerrero, y tiene á la vez su arrojo y su prudencia. Sus orejas movibles y siempre derechas, notan en el aire la próxima llegada del enemigo oculto.

Se asocia á las querellas del hombre con la misma pasion que si tuviera un interés secreto en la humanidad. Ama á su dueño con esa

afección profunda contraída en los peligros, Le es dócil y se sacrifica á él por nobleza, por simpatía. Lleva hasta él su pensamiento indeciso, sepultado en la noche del instinto. Quiere comprenderle. Le comprende. Sobrepuja, educado por él, la humildad intelectual de su naturaleza. Muere, en fin, por él con sublime entusiasmo. Arrojado en medio de la batalla, con toda la exaltacion de su intrepidez en cada músculo, rechaza con su pecho el choque de las espadas. Y cuando cae herido, al lado de su amo herido antes que él, se olvida de la sangre que brota á torrentes de sus entrañas, levanta la cabeza para mirar por última vez á su lado ese cuerpo amigo víctima del destino, y si ha comprendido que la muerte, esta idea comprensible para todos los animales, ha herido á su compañero de gloria, con su inmovilidad, deja caer su cabeza sobre la yerba húmeda por el rocío del combate, y una lágrima brota de sus ojos moribundos y muere á su vez silencioso.

Con la adquisicion del caballo, el hombre halló su complemento. Apareció el centauro. La chispa de la guerra brotó de sus cascos. La época heroica empezó. La tierra no fué de colina á colina más que una batalla.

Para resistir á esta amenaza continua de

destrucción que se mecía sobre su suelo, las razas agrícolas hicieron alianza en razón del parentesco. Agruparon sus casas y las rodearon de murallas. Escogieron el sitio más escarpado para levantar las trincheras de la ciudad. Asentaron sobre las rocas la ciudadela primitiva. Y así como la familia asociada formó la tribu, la tribu asociada formó la ciudad.

La ciudad es la federación de diversas tribus unidas entre sí para defenderse, y después, con el tiempo, violentamente asimiladas para conquistar, que han ganado en el campamento común, detrás de la muralla de fortificación, su derecho, su Dios, su nombre, su idioma. Así trasplantadas y colocadas sobre el mismo espacio, obran unas sobre otras y de la fermentación, de la combinación de sus diversas costumbres y disposiciones, producen la civilización más vital y más complicada de la ciudad. Las unas eran valientes, activas; las otras reflexivas é industriales. Trocaban sus fuerzas y cualidades. El ser superior en funciones se compone siempre de varios elementos. Abraza en su constitución más riqueza.

La guerra es, pues, en esta época aun salvaje, una provocación al progreso por medio de la violencia, Es la fuerza de la agregación de las tribus, las arroja asustadas unas en

brazos de otras sobre la colina, junta sus ideas y necesidades, multiplica sus cambios, sus industrias, é introduce así en la humanidad la division del trabajo. Este podia exclusivamente ablandar el metal porque tenia á su puerta un hornero que modelaba para él el barro, y uno y otro podian cambiar de mano á mano sus productos; ese lleva con confianza á la ciudad los frutos de su campo y de su viña, porque está seguro de hallar un pueblo de compradores para sus géneros.

Cada familia no es ya una enciclopedia bárbara en accion, de todas las industrias, obligada á edificar, á pulimentar la madera, á fundir el hierro, á tejer, á sembrar, á segar, á especular en una palabra con pocas manos todos los trabajos, cada uno puede elejir su oficio y perfeccionarle por la práctica y la experiencia, y transmitir su descubrimiento al vecino, que le perfecciona á su vez y deja al recién llegado sus progresos. La ciudad se hace escuela mútua de todas las invenciones. La inteligencia varia, multiplicada por el contacto de la comunidad, como el calor por el contacto del rebaño.

La tierra lleva el signo del hombre y reconoce en él, el intérprete divino encargado de completar la creacion. Cibeles hasta entonces

en medio de los leones, bajo las sombras confusas del rayo, despide su feroz tiro, sacude de sus piés el polvo de la barbarie, sube la colina, y allí sentada en su nueva magestad, la mano en la cintura, la frente coronada de torres, mira con orgullo al porvenir.

La cuarta jornada de la humanidad iba á empezar.

CAPITULO VIII.

La ciudad, esa nueva figura en relieve de la humanidad adulta, traducía su crecimiento de existencia por la complexion de su organizacion. Edificada sobre un promontorio rudo, encima de un valle, estaba cerrada por un foso y por un círculo cuadrangular de muros gigantescos de piedra bruta, sin cimiento. La casa, cuadrada y cubierta de un terrado, se elevaba sobre los escalones de la colina como en anfiteatro. La calle estrecha y confusa pasaba ante las puertas en impenetrable laberinto.

Una esplanada coronaba esta pirámide de casas escalonadas, enterradas unas tras de

otras como ciudadelas. Era el *acropolo* (1). El acropolo estaba rodeado de un nuevo círculo de almenas, porque llevaba en su seno la vida suprema de la ciudad. En efecto, allí estaba la plaza pública donde se reunía la comunidad, según la hora, á deliberar, juzgar, vender, comprar, celebrar los juegos; ejercitar los soldados, encerrar los rebaños. La plaza pública era la fórmula desnuda y vacía de la idea de asociación aun en su desarrollo, la promiscuidad del suelo, destinado á varios usos y rodeado de un banco de piedra, pretorio al aire libre de los principes de la ciudad.

En medio de la plaza, el primer testigo del tiempo, el *gnomon* (2), derecho sobre su pedestal de granito, escribía silenciosamente á sus piés la marcha insensible del sol. Este cuadrante comunista, imágen de la sociedad, marcaba una hora colectiva á la muchedumbre. Hora

(1) *Acropolo* se deriva de las dos palabras griegas *acros*, lo más alto, y *polis* ciudad, era por consiguiente, lo más alto de la ciudad, el sitio donde en esta clase de construcciones estaba la plaza.

(Nota del Traductor.)

(2) *Gnomon*, palabra griega, que significa lo que sirve para conocer alguna cosa; se llamaba así la aguja ó varita que marcaba la hora en los relojes de sol.

(Nota del Traductor.)

indecisa. precaria, indicada por una sombra sobre la arena, borrada por una nube, desvanecida con el último resplandor del poniente. La velada no tenia más medida que el tiempo que duraba el aceite de la lámpara, y muchas veces el festin engañado por la duracion, vió de repente la palidez del alba flotar sobre la frente de los convidados.

Detrás del gnomon, en la cresta de la colina, el templo edificado en forma de pirámide truncada, descansaba pesadamente sobre su base. Era cuadrado como la ciudad, como las casas; tenia su fortificacion, y le coronaba un terrado. La civilizacion urbana, aun pobre, no tenia más que una forma, invariablemente reproducida en todos los edificios. El santuario contenia no sólo á Dios y al altar, sino tambien el tesoro público y el particular de cada individuo. Guardaba la tabla de la ley y la doctrina. Daba la hospitalidad del cielo á los primeros descubrimientos. Reasumia toda la vida moral é intelectual de la ciudad. La música, la medicina, vivian á su sombra confundidas con los oráculos y los sacrificios. Desde lo alto de este comunismo religioso, el Dios protector, uno y múltiple á un tiempo, personificaba en el eclecticismo conciliador de su símbolo, los ídolos de cada tribu,

y se extendia igualmente á cada familia. En fin, el suelo, profundamente cabado, encerraba en los pliegues de sus laberintos, grandes almacenes de trigo, y sombrías piscinas para los dias de guerra ó de hambre. El templo cubria así con su piedra sagrada, las provisiones, el ahorro, esa riqueza eterna, esa idea de perpetuidad trasladada á la comunión, para elevar la prevision, virtud de las virtudes, á la altura de una religion.

La arquitectura maciza, monstruosa en su origen, amontonaba piedra sobre piedra, y prodigaba la materia en sus construcciones, imitando por una ley de secreta analogía, el génesis que habia modelado la creacion animal primitiva á grandes rasgos, como en el mastodonte y el plesiosauro. Afectaba la línea recta, cúbica, que encierra la idea de vida más estricta, bajo la fórmula más sencilla. Para que tuviera más uniformidad, practicaba la métrica inflexible que otra civilizacion habia aplicado á la poesia. Tenia cifras misteriosas y sacramentales. El tres, el siete, el diez, multiplicados por sí mismos, para medir á la vez todas las partes del monumento y todas las subdivisiones de estas partes.

Esta cifra-tipo brotó de la arquitectura á todos los demás órdenes de ideas, arregló in-

variabilmente el tiempo y el espacio, distribuyó las horas del día y los meses del año; limitó la extensión de las tierras y de las heredades; fijó el número de distritos y de tribus, estrechó, en fin, como el anillo de la cadena, siempre repetido y siempre igual al anillo, todas las cosas y todas las existencias. La medida es una cadena. Corresponde exactamente en el orden de la materia á la fatalidad en el orden del pensamiento. Cuanto más inferior es la vida, tanto más sometida está á las exigencias de la simetría, y cuanto más simétrica es, tanto más esclava. Es la gravedad en vez de ser la libertad.

Al pasar el dintel de la ciudad, para poner su cabeza al abrigo de la guerra, el hombre no olvidó su rebaño ni su arado. Los aproximó á la ciudad, y reunió estas dos civilizaciones en torno suyo. Para unir su casa á las mieses, creó el camino; esa línea ondulante de atracción que enlaza la colina á la colina; esa simpatía del suelo con el suelo á través de la distancia, que transforma un país en patria. Reformó la geografía inorgánica de los primeros tiempos, y la marcó con el sello de sus pasos en señal de poder. La tierra, batida como la paja del trigo, guió el pié del hombre con más rapidez, y le permitió circular más libremente desde

un limite al otro de su territorio. El hombre cumplió el segundo acto de su destino, participó más del espacio.

El camino llamaba al carro. El bueyero puso un eje bajo el trineo, su primer vehículo, y ató una rueda á cada extremidad del eje. La cosecha, aliviada de pesos afluyó á oleadas á la puerta de la ciudad. La sabiduría, que velaba por todos en el recogimiento del santuario, hizo brotar un diezmo más abundante sobre esta abundancia, y trasformó esta oblacion en pensamiento. Inventó la legislacion. La antigüedad decia que la mies era la madre de la ley y celebraba la fiesta de la ley el mismo dia que la de Ceres. La legislacion era entonces una iluminacion divina bajada del cielo con el trueno, inmutable y fatal como el destino, redactada en verso, fórmula inmóvil, contada y pesada por sílabas; depositada en la memoria de los jueces como en archivos vivientes; pasada de generacion á generacion, dividida, en fin, en artículos, segun el número sagrado que fijaba todas las divisiones de la ciudad. Los mandamientos de la Judea eran el decálogo, por la misma razon que la Judea tenia diez tribus.

El primer legislador, convirtió el hecho en derecho y promulgó la propiedad. Pero como

la idea de tuyo dormía aun, allí donde el tú y el yo no existían entre hombres iguales y condenados á igual destino, en donde la muchedumbre solo era la persona; el legislador declaró que la tierra defendida á gastos iguales era la propiedad indivisible de la comunidad. La comunidad personificada en su jefe, ó en su consejo, asignaba á cada uno, sobre el fondo colectivo, su parte de cultivo y cada uno no poseía en la llanura más que el derecho de hacer su surco. El agricultor no tenía más que el goce pasajero del suelo desde la época de la siembra hasta la de la cosecha, y recolectada ésta, no podía reclamar el campo por donde había pasado su arado, como el navío no puede reclamar sobre las olas el surco de su quilla. No pensaba, pues, en mejorar la tierra porque no poseyéndola en plena propiedad, no hubiera poseído el trabajo gastado en mejorarla.

Dividido el suelo para dar á cada uno partes iguales, la ciudad, no abdicó en el fondo su derecho primitivo de propiedad. Siguió mística é inmutablemente propietario de la concesión que había hecho individualmente á cada uno; y en todas las revoluciones en que tuvo que inaugurar la llegada á la tierra de una nueva raza de hombres, dió solemnemente la in-

vestidura del dominio; delegó, pero conservando su derecho de propiedad. Confiscar para ella en este orden de ideas, era sencillamente retirar su delegacion. Hé aquí porque la confiscacion se ha prodigado siempre tanto en los paises en que el príncipe, hombre ó senado, que es igual, ha sido legalmente, propietario ficticio del terreno. La confiscacion es entonces una destitucion.

Por eso, al entregar á los padres el usufructo del suelo que han de heredar los hijos, la sociedad se reservó siempre el derecho de policía y de revision sobre las heredades. La legislacion primitiva tomó por todas partes precauciones, para conservar en la igualdad de las partes la reminiscencia del antiguo comunismo. Combatió enérgicamente con medidas preventivas la desigualdad de fortunas. Aquí atacó la renta del patrimonio, allí la limitó, más allá la prohibió; creó la ley agraria que reintegraba su patrimonio á la familia desposeida y renovó periódicamente la primera division.

La invencible analogía de la vida con la civilizacion lo quería así. En la naturaleza, el sér inferior, que no es más que la misma materia constituida sin diversidad, sin gerarquía de órganos, destituida de accion personal, vive

únicamente de la vida exterior que le prestan y le retiran á voluntad sus fluidos.

Así en la civilización primitiva, compuesta de mónadas humanas semejantes entre sí, agrupadas por la fuerza exterior colectiva de la legislación, el hombre desposeído de libertad y de acción personal sobre su destino, vive únicamente de la existencia común que radia y obra en su propia existencia, y como toda corporación militar ó religiosa que no es más que la vida del hombre reducida, para estar arreglada, por consiguiente ménos completa que el hombre, tiende naturalmente á desarrollar el espíritu de cuerpo para ahogar al individuo; así la ciudad antigua, más ó ménos comunista en los primeros tiempos de la historia, tiende á desarrollar las instituciones del comunismo.

Marcó á todo hombre naciente con la misma señal, dibujo de la piel, ó circuncisión, y le revistió desde la cuna de la uniformidad de la ciudad. Instituyó ritos y comidas comunes. Los ciudadanos de la misma patria ó de la misma tribu comían juntos, para renovar todos los días, con la copa en la mano, el pacto de igualdad. Ora cada convidado llevara su ración, ora la ciudad sacara el festín de todas las heredades.

La *andria* ó mesa comun era el prefacio del derecho de ciudad. Era ciudadano el que se sentaba á la mesa. Esta hora del dia era sagrada. Los romanos le llamaban *convivium* ó union de vida porque al repartir la misma comida el hombre repartia la misma existencia.

Y cuando la copa pasando al rededor, abria el alma al alma, un nuevo huésped entraba en la mesa del festin. Llevaba en su cabeza la corona de laurel y á la espalda una concha de tortuga, su boca de oro destilaba la miel de la palabra; su mirada cerrada al mundo vivo contemplaba interiormente, como en un sueño divino, el sueño inagotable de su poesía. La asamblea callaba. El anciano cantaba. Cantaba acompañado de su lira en medio de la alegría y la fraternidad del festin los origenes, las glorias de las distintas tribus asociadas y fundidas en la ciudad; decia el nombre, el genio de sus antepasdos, casi siempre salidos de las entrañas de una diosa, y entonces sentados bajo el pacífico rayo de su inmortalidad, como para despertar en ellos el orgullo de la nacionalidad por medio de las tradiciones heróicas y religiosas del pasado.

Hablaba mucho y con gravedad: á los rudos episodios y á los ritmos de la cancion, habian sustituido las largas crónicas y las so-

lemnes cadencias de la epopeya. La multitud estaba horas enteras pendiente de sus lábios. El sol no le marcaba ya las palabras con sus rayos: y cuando la noche caía, la lámpara flotante colgando de una viga esparcía en esta atmósfera llena de poesía, su sereno y tranquilo resplandor.

Pero la Iliada, sin cesar interrumpida y continuada, por mas que comprendía en el infatigable desarrollo de sus exámetros, mayor número de personajes y peripecias, reflejaba sin embargo la pobreza, la uniformidad de la civilización; repetía sin cansarse y con escasas variantes, los mismos caracteres, las mismas acciones. No había más diferencia de un héroe á otro que la tinta del alma brutal más ó menos mezclada de astucia ó de experiencia. Cada uno no tenía en la guerra más que una pasión desarrollada en varios tiempos: combatir, desafiar, matar, robar, repartir el botín, coger la cautiva, abandonar el cuerpo de los enemigos á los buitres, y en los entreactos del combate una ocupación: degollar el rebaño, despedazar y asar la carne del festín mientras la esclava llorosa de la víspera le presentaba con mano trémula la espuma del *hidromel*.

El alma aun aletargada de la civilización heroica pedía á cada iliada la fantasmagoría

de lo maravilloso, esta embriaguez de la imaginación. No podía beber la emoción más que en esa copa fermentada de poesía. No tenía curiosidad ni simpatía por las gentes y los actores que no iban más allá de las proporciones de lo natural. Quería ver el Homero sagrado que llamaba á sus festines mezclando continuamente la acción sobrenatural y la humana, lo posible y lo imposible para traer en este gigantesco melodrama representado por dos actores, Dios y el hombre, continuas maravillas, eternas peripecias. Cuando se hartaba de misterios y de milagros, vagamente confundidos con el humo de las viandas y de los vinos, arrojaba al poeta para recompensar su genio, la mejor parte del festín.

Por lo mismo que la poesía no podía encontrar más que inspiraciones uniformes, monótonas, como las almas y las costumbres de la civilización, no encontraba para traducirlas al lenguaje métrico y cadencioso del verso más que repeticiones de formas y de imágenes. Por eso, la flecha silba siempre como el viento, el guerrero cae siempre como el árbol, la herida siempre descrita de igual manera, vierte siempre los mismos torrentes de sangre. El guerrero dirige siempre al guerrero el mismo desafío, que provoca entre dos lanza-

das, el mismo discurso de contestacion, acompañado de la misma estrofa de injurias. El espíritu siempre herido por los mismos sonidos, oye continuamente pasar y repasar los mismos epitetos, las mismas paráfrasis. El verso cargado de iguales palabras, y con igual medida vibra uno á uno en el oido, con la misma monotonía, con la misma intermision que la ola sigue á la ola al estrellarse sobre la playa.

Tal ha sido la civilizacion intelectual y social de la ciudad sobre la colina. Detengámonos un instante en esta suprema parada del progreso para echar una mirada hácia atrás. Al elevarse á la vida política el hombre ha tomado posesion de su inteligencia. Es dueño del mundo por el pensamiento, y la primera piedra sacada de las entrañas de la tierra para edificar, llevaba escrita la apoteosis de la humanidad.

Y, sin embargo, la mitología antigua ha repetido siempre que el hombre habia hallado á su entrada en la vida una naturaleza simpática y sonriente que le columpiaba con felicidad en medio de los perfumes del eden, y le envolvía en incansables caricias. Habia empezado por ser completamente feliz, cuando por una indiscrecion del espíritu y una avaricia

de ciencia, habia precipitado su alma en el decaimiento, y habia arrastrado consigo al fondo del abismo, la série infinita de generaciones.

La antigüedad ha creído esto, y se lo ha dicho á los siglos por medio de todos los ecos de la poesía, y mucho despues la filosofía no pudiendo comprender la conspiracion universal de todos los tiempos y de todos los pueblos, para afirmar de comun acuerdo una mentira, ha reproducido la creencia de la antigüedad. Pero nosotros, que merced al tiempo, podemos juzgar mejor de las ideas, decimos: no, el Eden no es mentira. Ha existido siempre en el espíritu humano. El hombre capaz de perfeccion, lleva necesariamente en sí la idea de esa perfeccion. Vive confiado en un sueño de ventura. Sin esto, no hubiera tenido nunca la idea de cambiar de destino.

Pero en el origen de las sociedades, habia vivido poco, adquirido poco, transformado poco su naturaleza, habia hecho constar poco su poder por la industria, por su autoridad en la materia, y en fin, tenia poca esperanza porque tenia poca memoria. Porque no penetramos en el porvenir sino en proporcion del pasado que se acumula en nuestra historia. Cuanto más vivimos en lo pasado, más vivi-

mos en el porvenir; nuestra prevision equivale siempre á nuestra experiencia.

Solamente, en esta primera civilizacion, pobre y lenta, en la que la vispera se refleja en el dia de mañana, y la primera generacion en la segunda, sin nuevo descubrimiento y sin modificacion posible; en que el tiempo parece correr siempre lo mismo, rodando la misma miseria para los nietos y para los hijos, en esta época de crecimiento insensible, en la que toda sabiduría parece descender del pasado, en la que el hombre lo sabe todo por tradicion, por haberlo oido contar al anciano, debía creer necesariamente que la felicidad habia resplandecido detras de él, sobre el primer minuto de su existencia. Por una intervencion involuntaria é inevitable de ideas, colocó en el origen el progreso supremo que el pensamiento moderno, mejor instruido acerca de la ley del mundo, ha colocado en el fin de la civilizacion. Colocó la estatua de la humanidad al revés. La hizo mirar al pasado.

La India nos esplica admirablemente este contrasentido de las primeras religiones. Habia empezado por proclamar, que el hombre era tanto más perfecto, cuanto más cerca estaba de la creacion. Creyendo coger mejor la palabra de Dios cuanto más se remontase en

su cosmogonia, habia hecho del principio de inmutabilidad el primer dogma de su doctrina. Y, sin embargo, marchaba decretando la inmovilidad. Creaba sin poderlo evitar, la ciencia, la industria y este progreso involuntario de ideas y de costumbres, obligaba á los bramanes á modificar sus dogmas en un sentido más ámplio, más compatible con estas nuevas conquistas del ingenio humano.

Entonces, supuso que el hombre habia degenerado á punto de necesitar una nueva intervencion de Dios, una nueva revelacion para volver las creencias á la pureza que habian perdido. Pero cuando la historia estudia la série de encarnaciones de la Divinidad en el *brhamanismo*, vé que estas encarnaciones son cada vez más dulces y más morales para el hombre, de suerte que por una ilusion estraña de óptica, la India subia creyendo bajar. La religion progresaba tambien, y tomaba su gloriosa trasfiguracion como prueba de espacion. Trabajaba para el porvenir, con la desconfianza inveterada del progreso, y para preparar nuevas encarnaciones, nuevas revoluciones de la Divinidad, anunció la última encarnacion, una nueva revolucion apocaliptica, que debia romper el universo con un rayo y sembrar su polvo á los cuatro vientos.

CAPITULO IX.

Una vida nueva brotó de la tierra con la piedra de la ciudad. Despues de haber emigrado sucesivamente, del estado frugivoro al de cazador, del estado de cazador al de pastor, del estado de pastor al agrícola, el hombre llegó en fin al estado político, última jornada de su peregrinacion. No ha pasado, sin duda alguna, en union y con orden, á la misma hora y como á toque de campana de un progreso á otro. El período siguiente no se ha abrogado completamente el primer período. Todas las civilizaciones, al contrario, han marchado mezcladas, retrayéndose y rechazándose mútuamente, adelante ó hácia atrás, aliadas ó enemigas, á la misteriosa conquista.

La tribu cazadora, no desapareció ante la tribu pastoril, ni esta ante la ciudad. Ha habido durante mucho tiempo, distintas razas bajo el mismo sol, más ó menos bárbaras, más ó menos disciplinadas de inteligencia. Estas razas se han encontrado, se han confundido

unas en otras, por la guerra ó la invasion. La fuerza ha triunfado sobre la debilidad ; el pensamiento ha dirigido la ignorancia. Las ciudades han afluido sobre otras ciudades, y despues de haberlas reunido ó atraído á sus leyes, las han convertido en provincias. La civilizacion, siempre expansiva ha formado las naciones de la reunion de varias ciudades, como habia formado la tribu de la reunion de varias familias.

Pero para regular las relaciones tan numerosas y tan intrincadas de gerarquía, de propiedad, la nueva sociedad exigia evidentemente mayor producto de pensamiento, y para producir este pensamiento, mayor cantidad de ocio. Cuando el hombre, aun reciénvenido en la tierra, no pudo separar la parte de trabajo que le quedaba de la parte que sus antepasados hicieran, se vió obligado á desaparecer enteramente en la única preocupacion de su subsistencia. Nadie podia distraer un minuto para dedicarlo al pensamiento.

Para que las inteligencias escogidas pudiesen meditar y crear la ciencia, esa arma ofensiva y defensiva de la humanidad, la legislacion debia repartir artificialmente los cargos del Estado. Debió marcar con una señal á todo hombre y decir á cada uno : Tú labrarás ; tú,

llevarás esta carga ; tú afilarás el metal ; tú cambiarás las riquezas ; tú harás centinela en las fronteras, y tú en fin, vestido, defendido por tus vecinos, irás á buscar en el aislamiento la inspiracion , contemplarás la naturaleza, levantarás su velo para penetrar sus misterios, para aspirar su alma esparcida por todas partes, para crear el language, la gramática, la poesía, la legislacion, la astronomía, la geometría, las matemáticas, la dinámica, la pintura, la escultura, la religion. El brahmanismo ha resuelto este problema, y para resolverle, no ha hecho mas que trasformar las tribus en castas, y redactar en instituciones las desigualdades nativas ó accidentales de razas que existian ya en la sociedad.

La India era la tierra predestinada para que la humanidad representara las primeras escenas de la civilizacion. Resumió en si todas las edades y todos los seres del planeta. Recogió los restos vivos de los últimos cataclismos, el elefante y el hipopótamo, y por estos seres escapados del Diluvio, se unió á las primeras creaciones. Así como el hombre, resumen inteligente de todas las vidas, reproducia en su organismo los diversos reinos de la naturaleza, así tambien la India, sintesis brillante de la geografía, conciliaba en su territorio, en

la vasta estension de sus fronteras, los productos de todos los países ; al Mediodia, la vegetacion de los trópicos ; al Norte, la vegetacion de Europa.

La naturaleza habia rodeado de montañas este primer taller de la civilizacion. La India, protegida contra las perpétuas irrupciones á mano armada que pudieran interrumpir sus pacíficos estudios, era por decirlo así, el campamento del pensamiento. Pero este era bastante grande para que la inteligencia, sin cesar activada y animada por el contacto y el conflicto de diversas razas, no cayera en esa uniformidad, en esa paz de una sola raza que es la negacion del progreso y la muerte lenta de una sociedad.

Protegida por su clima y por la amistad de la naturaleza, subió la primera á la civilizacion, al pensamiento. Creó los códigos y los dogmas, ó más bien, confundió los códigos y los dogmas en su teología, porque entonces la religion era la ciencia. El sacerdote era el sábio. Interpretaba el cielo á la humanidad. Hablaba en nombre de la inspiracion. Como él únicamente sabia reflexionar, observar, generalizar, fué en todas partes, por el invencible dominio de la inteligencia sobre la ignorancia, el legislador sagrado de las antiguas naciones.

Hé aquí, pues, la primera legislacion, ó por mejor decir, la primera organizacion del trabajo que promulgó al pié del Himalaya.

Cuando Brahma, el Dios generador, crió al hombre, engendró en su boca á Brahman, y le dió por esposa la Escritura santa de los Vedas.

Brahman meditaba la Escritura, y para proteger su meditacion en la soledad contra la rabia de los leones, Brahma sacó de su brazo derecho á Khatrya, el hombre del puñal, y de su brazo izquierdo á Kathryani, para casarla con Khatrya.

Kathrya hacia dia y noche centinela al lado de Brahman, y hubiera muerto de hambre sobre las armas, en su puesto, si Brahma no hubiera sacado de su muslo derecho á Vayssia, el hombre de la agricultura, y de su muslo izquierdo á Vayssiani la mujer de Vayssia.

Pero por mas que Vayssia trabajaba dia y noche, su trabajo no bastaba para la racion del guerrero; entonces Brahma sacó de su pié derecho á Soudra, el hombre de la esclavitud, y le dió por mujer á Soudrani.

Cada casta, en esta arquitectura social, corresponde á un órden de trabajo. El brahman piensa, el khatrya combate, el vayssia labra la tierra, y el soudra colocado en último término, sirve indistintamente á todos los demás.

Los tres últimos reciben al nacer del brazo, del muslo y del pié izquierdo de Brahma una compañera, mientras que Brahman, el primogénito, el hijo predilecto, el primero á los ojos de la divinidad, no halla al entrar en la vida con quien desposarse mas que la virgen mística de la Escritura.

La accion del pensamiento, ó lo que es lo mismo, del sacerdocio, no se trasmitia por el nacimiento, sino que se conferia por la iniciacion. El brahma se formaba no por la filiacion de la carne, sino por la del espíritu. Pero, despues la tendencia del hombre á legar á su hijo su dignidad, trasformó el derecho del espíritu en derecho de sangre, y substituyó la herencia á la iniciacion; y aun entonces el hijo del brahma no lo era por solo la herencia, sino que debia pasar por la prueba del segundo nacimiento y recibir la investidura del cordon.

Para esplicar esta revolucion, la historia sagrada de la India cuenta que Brahman fatigado del celibato, pidió á Brahma una compañera, y que Brahma irritado con su súplica le dió una mujer de la raza de los génius malos; porque siempre en la teogonia androgina de los primeros pueblos, la mujer representa el espíritu de las tinieblas.

Y, sin embargo, la religion ha penetrado

ya más profundamente en el infinito, y ha sacado de esta entrevista una noción más vasta de la divinidad. Dios no es el Dios incoherente y confuso, del que cada familia se reparte un atributo, un fragmento. Al venir afluyendo de varios horizontes y de diversos cultos en una misma nación, todas las tribus llevaron las concepciones esparcidas de la Providencia, y como esencial de la divinidad es el conspirar siempre por la unidad, este federalismo anárquico de idolatrias diversas acaba por disolverse y resolverse en la unidad del brahmanismo. El peregrino eterno del progreso no adora ya una parte de Dios por un sentimiento de terror ó de gratitud en una amenaza ó en un beneficio; le adora por reflexion, á sangre fría, en las fuerzas y armonías de la naturaleza.

Esta religion primitiva, aun impregnada de materialismo, empezó por deificar las funciones de la materia. Vió que la vida, esta *Masa* siempre movible, siempre ondeante, que sacudia los séres al jugar con los pliegues de su cinturon, que los hacia cambiar de destino por una continua alternativa de nacimiento y de muerte, de composicion y de disolucion; y no pudiendo unir estos dos fenómenos, estos dos instantes contrarios de la materia llamada á la vida, en una sola y única idea, los se-

paró y dió á cada uno un nombre particular de divinidad, llamó al primero Brahma, al segundo Siva.

La India debia de ser la primera pátria del Dios dualista, del Dios creador y destructor que crea y mata sin cesar; porque en ninguna parte el dualismo de las fuerzas de la vida y de la muerte, trata con más fuego en proporcion más grandiosa que orillas del Indo. La naturaleza ardiente es allí exagerada en todos sus actos. En la época de la sequía, el sol despojado de su aureola de rayos, toma el lívido color del cráter del volcan. Un polvo de fuego vaga por la atmósfera. Las fibras de la madera estallan, la sávia se seca, el rocío se evapora al tocar el suelo como si tocara fuego. La vegetacion incendiada pliega tristemente sus hojas, como impelida por un sufrimiento. El tigre jadeante se arrastra por los pantanos, entre los juncos, y oprime con sus ágiles garras la urna medio seca del manantial para aspirar por todos sus poros, las últimas gotas de frescura. La vida en suplicio continuo muere como en medio de la llama de una hoguera.

Pero, en sus últimos momentos, el ojo turbado del indio, vé subir del lado del mar, una inmensa bóveda de nubes, espesas y sombrías.

Esta marea aérea, suspendida en el vacío, rueda sus largas olas en silencio. Pero cuando ha alcanzado las vastas tierras, anuncia la revolución del aire por medio de prolongados truenos, á cuyo estampido se estremece el Himalaya asentado sobre sus antiguos cimientos de granito. Entonces la masa de agua acumulada en el cielo por el *monzon*, se deshace como una catarata, para penetrar en las hendiduras de la tierra; y al otro día, una vida nueva, instantánea, improvisada, de yerbas, flores, cañas, insectos, lagartos, brota de todas las moléculas del polvo, y susurra en el viento al sol. La nube errante, riega así el campo durante tres meses, y á su paso, el suelo tostado como el barro en el horno, recobra su fecundidad y se corona de verdura.

Pero cuando las aguas de la tromba no hallan una pendiente para volver por los ríos al mar, se agrupan en pantanos pestilentes en medio de los vastos valles. Inundan la India con sus aguas, y sobre los restos de los árboles rotos y caídos, brotan nuevos árboles cubiertos de lianas. El aire no circula en esta noche de muerte, en este caos de vegetación. Los animales feroces y venenosos, el tigre, la serpiente, apostados en siniestra emboscada esperan á que pase el hombre. La atmósfera re-

frescada un momento por el *monzon*, vuelve á la canícula. La tierra seca de nuevo hace brotar á Siva. El viento sacude el vasto monton de miasmas acumulados y los esparce en peste por el Asia, la muerte barre con su soplo impuro, pueblos enteros.

Cuando el hombre, todavía desarmado, luchaba con pena en el sufrimiento contra la enemistad de la naturaleza, llevaba el antagonismo de su vida á la religion; creaba dos divinidades rivales; la una fecunda, la otra asesina, y como encontraba más amenudo en su camino el mal que el bien, se prosternaba mejor en su melancolía, ante Siva que ante Brahma.

Por la misma razon creia mejor en la fatalidad que en la libertad de sus acciones. Conocia que su voluntad pesaba ménos que el mundo sobre su destino. No era á sus propios ojos más que el instrumento pasivo de una voluntad exterior escondida detrás de las nubes. Todo hombre nacido de mujer llevaba desde la cuna su vida escrita en la frente por mano de Brahma, y ningun poder divino ni humano, ninguna providencia, ningun conjuro podia impedir se cumpliera esta misteriosa prediccion, profundamente grabada en el cuerpo con invisibles caractéres; inmutable, infalible co-

mo la sentencia, como la voluntad de bronce de la eternidad.

Durante siglos y siglos, Brahma y Siva, el nacimiento y la muerte, fueron los únicos dioses que adoraron los indios. Brahma y Siva representaban en su antinomia, las dos únicas alternativas que el espíritu humano podía entonces comprender. Nacer ó morir, era para el hombre, que no tenía aun cronología ni memoria, el mundo entero. Pero si el mundo sacudido por las olas flotantes de una eterna polingenesia, pasa continuamente de la vida á la nada, ó más bien, muere continuamente en la idea del Sivaismo, continúa, sin embargo, existiendo á través de este flujo y reflujo de destruccion y regeneracion. A medida que el hombre aumentó su vida con la herencia de las vidas pasadas, y aprendió á creer en la duracion por la suya propia, deificó el principio de conservacion, de perpetuidad, y le llamó Vichnu. Vichnu fué la tercera persona, la última en fecha, pero la primera en importancia de este triunvirato divino de la teogonia.

Y cuando, por el beneficio mismo del tiempo, la civilizacion se sintió con una provision más rica de existencias, mejor armada por la industria contra la naturaleza, y quiso introducir en la religion, y formular en dogmas

sus nuevas adquisiciones de ideas, de sentimientos, y que para cumplir estas revoluciones del santuario creó la teoría de las encarnaciones, no fué ni Siva ni Brahma á quien quiso encarnar y trasfigurar; fué Vichnu, dios del primer progreso, á quien encaminó ocho veces por una lógica invencible á nuevos progresos á través de ocho metamorfosis de la divinidad,

Pero estos tres atributos de la vida, nacimiento, muerte y conservacion, no son los únicos opuestos entre sí, y que no pueden reducirse á una fórmula misma. Hay tambien lo que la antigüedad creia elementos: la tierra, el agua y el fuego, que son distintos y se hallan constituidos en el estado perpétuo de antagonismo. La teología india les reserva un puesto en la trinidad; dá á cada dios el elemento que parece concordar mejor con sus actos: á Brahma, la tierra, esa vasta matriz que engendra los gérmenes de vida; á Siva, el fuego, ese soplo de ira que devora las mieses; á Vichnu, en fin, el agua, ese beneficio oculto que esparce la vida por las venas de la naturaleza; y simbolizó éste dios triple, en un triple atributo el *Loto*, flor de concha azul que participa de la tierra por sus raíces, del agua por su tallo, del aire por su corola.

El panteísmo indio deificó así, no la idea escondida bajo los fenómenos, sino los fenómenos exteriores de la naturaleza. Por eso, siempre que la India hallaba en su camino un hecho, un acto general de la naturaleza que no se parecía á otro hecho ni á otro acto, debia necesariamente inscribir un dios nuevo, más ó ménos subalterno en el catálogo celeste de su teodicea; admitió sucesivamente en esta apoteosis ilimitada, al rio, al monte, al árbol, al mar, al planeta, y confió la administracion del universo á una innumerable gerarquía de contra maestres de la divinidad, representada bajo la forma de monos, elefantes, serpientes, leones, pájaros y tortugas. Llegó hasta hacer una diosa de cada nota de música, que otra diosa, la voluptuosa Apsara, hacia brotar de las cuerdas de su lira.

Después de haber decretado la unidad de Dios en tres personas, la religion india volvía al politeísmo por haberse equivocado de definicion, y seguía de sér en sér, de diversidad en diversidad, una unidad última, siempre fugitiva, siempre intangible, y que la arrastraba de idolatría en idolatría.

La intemperancia y la monstruosidad de vida que brota por todas partes bajo el sol de la India en colosales productos animales y ve-

getales, habia pasado á las concepciones mitológicas. Los cuerpos de los dioses eran inmensos, desproporcionados con las medidas de nuestros compases. El Himalaya, este gigantesco pedestal que lleva más alto que ninguno al cielo, la urna de nieve de los rios, amontonado sobre otro Himalaya, no puede alcanzar su estatura. Luchaban con monstruos grandes como continentes. Vertian jugando, el Océano en su copa para extraer la ambrosía.

Tomaban á voluntad é instantáneamente, un desarrollo desconocido, fantástico, muchos brazos, muchas cabezas para alcanzar con una mirada, con una mano, hasta los últimos límites de lo infinito.

La poesía, era como la mitología, una metempsicosis del alma lujuriosa del suelo, encarnado en inconmensurables iliadas. Estas iliadas son más impenetrables, más confusas, que esas selvas vírgenes en las que la vegetacion grande y tumultuosa, brota y se remonta sin cesar más allá de la vegetacion. Inmensos desbordamientos de la palabra, que necesitarian la vida de diez hombres para la composicion de un solo poema, maestros desordenados del espíritu humano, que confunden el diálogo y la epopeya, como los mons-

truos sepultados por el Diluvio, confundian en sí la naturaleza del reptil y la del pez. Bocetos de la vida intelectual que prodiga sin descanso, como la otra vida, la materia en inmensos trozos en sus primeras creaciones.

En esta hora matutina de la historia, el indio, apenas salido de manos de la naturaleza llevaba aun reciente la impresion de esta primera huella. Fraternalmente unido por un lazo de nacimiento con la vida universal, nacida como él y con él, sobre el planeta, amaba con inefable ternura á esta hermana de ayer hasta en la planta de la selva. Proclamaba al árbol sér religioso, sér vivo; le daba alma y destino. Muchas veces plantaba dos palmeras junto á la fuente, y las enlazaba con todas las ceremonias del matrimonio. Consideraba por esta razon, la naturaleza entera como la trasustanciacion perpétua de una misma vida, siempre única, que iba y venia continuamente bajo una forma ó bajo otra, de una criatura á otra. En virtud de esta creencia, inscribia en sus dogmas la metempsicosis ó la perpétua emigracion del alma á otras esferas de vida, inferiores ó superiores, segun las faltas ó los méritos. El cuerpo de todo animal era el infierno vivo de un alma condenada

á la espiacion, que recorria necesariamente, durante siglos, varios infiernos, y no se remontaba á su primera grandeza, sino despues de haberse revestido y despojado varias veces y varias veces más, del vestido grosero del animal.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

LA
EUGENIO TELLERAN
PROFESION DE FE
DEL SIGLO XIX.

—
TOMO SEGUNDO.

MARTE

Impreso en el Taller de Imprenta de don Juan de Dios

en la calle de San Francisco, número 18.

1873

Compañía
Editorial de don Juan de Dios,
Impresores.

Valencia,
Imprenta de don Juan de Dios,
D. E. G. G. G. G.

LA
PROFESION DE FÉ
DEL SIGLO XIX,

POR

EUGENIO PELLETAN.

TOMO SEGUNDO.

MADRID,
LIBRERÍA DE DON LEOCADIO LOPEZ,
calle del Cármen, número 13.

1870

Caracas,
Librería de los Sres. ROJAS,
hermanos.

Valparaiso,
Librería del Mercurio,
de D. O. L. TORNERO,

LA

PROFESION DE FE

DEL SIGLO XIX

100

REGIENDO PELLETAN

TOMO SEGUNDO

MADRID

LIBRERIA DE DON RODRIGO RIVERA
CALLE DEL PRINCIPAL, NUMERO 13

1870

Valparaiso,
Libreria del Mercedario
de D. O. L. Gonzalez

Caracas,
Libreria de la Union, Herreria,
Buenos Aires

CAPITULO X.

El pueblo indio, al empezar la historia, flota confusamente á mitad sumergido en la naturaleza. La naturaleza le rodea y le esconde por todos lados. Penetra en él por los poros, y ocupa todos los huecos vacíos del pensamiento. Ella es la que piensa y la que le ayuda á crear. El indio la llama y la asocia á sus trabajos, como si fuera para él otra alma exterior. Su religion es la naturaleza formulada en teología. Su arquitectura es la misma naturaleza trasformada en pagoda.

Para dar á la innumerable divinidad una hospitalidad conveniente, abrió el seno de la montaña, y á veces, cómo en Clora, el seno de una cadena entera de montañas. Labró de cúspide en cúspide, una nave en el granito, y concluyó despues cada cúspide en pirámide. Esta

nave subterránea estaba sostenida por tres ó seis pilares macizos, labrados en forma de tortugas y de elefantes. La columnata monstruosa tenia por techo el peso acumulado de las rocas. Sobre los capiteles y arquitraves, el brahmanismo habia sembrado los innumerables símbolos de su mitología. Habia esculpido lotos, palmeras, monos, serpientes, leones y cocodrilos. Parecia que al salir del Paraiso, habia arrastrado en pos de si todas las razas de la creacion, para colocarlas inmarcesibles y petrificadas en un nuevo Eden.

Encima de esta primera *cripta*, hizo una segunda caverna, y de pagoda en pagoda, así puestas unas sobre otras, escaló toda la altura de la pirámide. No sólo vaciaba el centro de la montaña, sino que esculpia los contornos, y la inmensa ascension de Dioses, tan numerosos como las palabras del lenguaje, desbordando de los peristilos, subia sin descanso la infinita espiral, desde el primer bajo relieve, hasta el primer rayo del sol.

Hoy, todavía, cuando el viajero mira desde el valle, esa larga avenida de obeliscos sepultados en la niebla, ese friso ondeante de montañas cargadas de cariátides, y las montañas caladas en toda su altura, exterior é interiormente, siente su mente vacilar bajo el peso de

ese problema. Pregunta con temor, al contar interiormente esa multitud de figuras mudas, sacadas de las entrañas de la naturaleza, cuántos años habrán estado las manos de las generaciones secándose sobre el granito.

Manantiales bullentes, recogidos en las rocas, dormían en sombríos estanques en medio del suelo. Rebaños de toros y vacas, sueltos, bajo las naves, bagaban día y noche en medio de los pilares. Llenaban la sombra del santuario con sus mugidos, y después de haber bebido por la tarde el agua límpida de sus abrevaderos, celebraban en el fondo de las grutas el drama sagrado de la generación.

Encima de estas vulvas profundas consagradas al culto del *Lingam* (1), la naturaleza arrojaba la vegetación lujuriosa de la selva, sembraba el bambú y la higuera religiosa, que en su apostolado fecundo por el espacio, crea de cada rama salida de su seno, una nueva higuera. El río caía en catarata desde la cornisa de la montaña, y estremecía con el ruido de

(1) El culto del *Lingam* en la religión india, de que va hablando el autor, se tributaba por los *sivartas* ó adoradores de Siva. El *Lingam* es el símbolo de la naturaleza masculina, digámoslo así, puesto que representa la imagen del fuego vital y del principio activo del mundo.

su caída los dioses inmóviles, sentados sobre el granito. Los ibis y las tórtolas, atraídos por la frescura del agua y de la sombra venían bajo la ojiva flotante de ramas, á modular sus cánticos y á ocultar sus nidos. Mientras que la pagoda susurrante, coronada de palmas y flores, se estremecía entre las nubes, y sacudía al viento sus perfumes, los brahmas escondidos en las galerías subterráneas de piedra, llevaban al compás de sus címbalos, ante los ídolos cubiertos de lámparas y empapados en aceites, los círculos amorosos y voluptuosos de las sacerdotisas, y despues de invitarlas á glorificar al dios generador con himnos ardientes y posturas lascivas, soplaban las lámparas, y prostituían las bailarinas á los fieles.

Pero la vida religiosa, ó lo que era lo mismo, la vida intelectual, no podía tocar á ninguna criatura sin relevarle de una decadencia. La inteligencia es la primera agua del bautismo misterioso que prepara la redención. La bayadera, casada con el dios, desde su infancia, y refugiada en la pagoda, escapa á la ignorancia de la domesticidad. Ascende al pensamiento por el ócio. Aprende la música y la poesía. Rehabilita el alma de la mujer en la orgía del cuerpo, sobre los restos de las

guirnaldas esparcidas en medio del santuario.

Pero mientras ensayaba el pensamiento una revolucion contra la naturaleza, que solo podia expiarse por el desorden, la otra mujer seguia, con la frente hácia el suelo, en la noche de su inteligencia, el órden riguroso del destino. Excomulgada para siempre de la vida de la inteligencia, no tenia ni aun el derecho de saber. El menor conocimiento hubiera sido para ella una mancha, una prostitucion de su espiritu. Habia nacido únicamente, decia la ley de Manú, para servir á su marido, para barrer la piedra del hogar.

Cuando un indio queria casar una doncella, colgaba una rama de árbol á la puerta de su casa. El transeunte entraba y discutia con el padre la adquisicion de una mujer á quien no veia nunca antes del contrato. La prometida, escondida á sus miradas, ignoraba el trato hasta el dia de su matrimonio. Muchas veces, esta venta de su persona, sin su consentimiento, precedia de muchos años la edad nubil.

Casada anticipadamente, la mujer era la propiedad reservada del marido, que venia en el dia marcado para la boda, á reclamarla por su dinero. Si despues del matrimonio, el deudor no habia pagado el precio de su mujer, el

padre podia arrancar del lecho nupcial el testimonio vivo de su crédito.

Pero cuando el matrimonio se habia consumado y que despues de haber dado tres veces la vuelta á la llama, la jóven pasaba al poder del marido, iba á sentarse en perpétua humillacion á su nuevo hogar. El hombre no la llamaba sino esclava. No la admitia á su mesa, y comia, separada, las migajas del festin.

Manú no la concedia ni razon ni voluntad; no veía, ó no queria ver en ella la misteriosa Psiquis interior, adormecida en su belleza. Tenia cuerpo; hé aqui todo: y la gracia de su cuerpo era su única virtud. Toma una mujer de forma armoniosa, decia el código sagrado, que tenga la soltura del cisne, y la mirada del *Loto*.

La mujer no era más que una máquina para la generacion, sin voluntad, sin dignidad. El marido podia asociarla en su afecto, á otros cómplices de su voluptuosidad, repudiarla, echarla, castigarla, desterrarla de su casa, condenarla por una sospecha á la prueba del aceite hirviendo, entregarla á los perros en caso de adulterio, y en caso de esterilidad, á los parientes más cercanos. Si despues de algunos años de matrimonio, no habia tenido hijos, el hermano del marido, marido susti-

tuto por una hora, iba con ella, de noche, en silencio, con el cuerpo empapado en manteca derretida, como para el sacrificio, á pagar lo que la India llamaba la deuda del antecesor.

Sombra viva del hombre, debia seguirle á todas partes, hasta el otro lado de la tumba, en el camino de la expiacion. Cuando su marido moria, le dirigia la despedida que probaba más la brutalidad de su destino.

¿Por qué me has abandonado? decia, desgarrándose el pecho. ¿Hé olvidado un solo minuto, oh Señor irritado hasta la muerte, las virtudes del hogar? ¿Hé descuidado la purificacion del barro donde venias á dejar tus sandalias? ¿Hé llevado ante tí mi carga, murmurando por lo bajo? ¿Hé entretenido tus oidos con alguna palabra mala? ¿Hé mojado las yerbas amargas en tu bebida? ¿Has hallado piedrecillas en el arroz que te servia sobre las hojas de las bananas? ¿Qué he hecho, di señor, para merecer la ira de tu marcha? Besaba tus piés cuando se lo mandabas á tu sierva, besaba tus heridas cuando sufrias.

Y mientras exhalaba así su dolor, sus parientes iban á cabar la huesa en el valle, y amontonaban en el fondo madera de zándalo y la prendian fuego.

Y cuando la viuda habia acabado el himno

de sus lamentaciones, abandonaba para siempre, adornada con sus alhajas el techo de sus hijos, daba tres veces, con el cabello suelto, la vuelta al cráter donde ardía la llama de la hoguera. La familia, en torno de ella cantaba en coro un cántico de alegría. A la tercera vuelta la víctima se precipitaba en este abismo de fuego para ir á buscar al irrevocable señor de su existencia.

La mujer que negaba su cuerpo á la hoguera despues de la muerte de su marido, era arrojada de la sociedad de los vivos. Ninguno podia seguir la huella de la viuda sobre el camino, sin mancharse, y ninguno podia casarse con ella sin que le arrojaran de su casta á la casta de Soudra. Este matrimonio era un verdadero adulterio, porque el primer marido, era siempre y á pesar de su irrevocable ausencia el único marido.

Por una notable interversion de ideas, el hombre vivia con el espíritu inclinado, no hácia la posteridad, sino hácia el pasado, no para sus hijos, sino para sus antepasados. Cada familia era una dinastía en la que los vivos trabajaban únicamente para enriquecer á los muertos con sus ahorros, y no glorificaban su nombre, sino para que la gloria recayera sobre los predecesores de su existencia.

Los hombres nacidos de Brahma no tomaban su puesto sino para rescatar por sus méritos á sus padres, que seguian la rehabilitacion ante Dios de metempsicosis en metempsicosis. Los hijos y los nietos podian arrancar las almas anteriores de sus razas, á esas peregrinaciones sucesivas de un infierno á otro infierno. El nacimiento de un hijo, era pues, para todo padre de familia, y no solo para todo padre de familia, sino para toda la genealogía pendiente sobre su cabeza, una condicion indispensable de salvacion.

Esta estrecha solidaridad, á través de las edades, de las antiguas con las nuevas generaciones, obligaba al pariente más cercano á ocupar el puesto del marido para con la mujer estéril, á fin de dar un redentor á la familia.

El mismo pensamiento que habia conferido la autoridad al patriarca, como al representante más elevado por su ancianidad, habia promovido en la India esta teoría de existencia retrospectiva, de existencia en participacion con lo pasado. El patriarca seguia mandando á su descendencia desde el fondo de su tumba.

Guardaba á un muerto la propiedad tácita del patrimonio. La generacion salida de su sangre, no tenia más que el goce del patrimo-

nio. Ningun descendiente podia enagenar esta *mano muerta* sagrada que el antepasado habia legado para siempre á la idea abstracta de la familia. La renta de una herencia hubiera sido una espropiacion retroactiva de la dinastía, la impiedad de las impiedades. El legislador indio habia querido unir por este medio el hombre á la propiedad, con vínculos eternos, y quitarle la costumbre de la vida vagabunda. Le habia enseñado á asociar la grande idea de tiempo á su destino, y como la primera nocion que la inteligencia humana ha podido formar del tiempo, ha sido la nocion del pasado por la memoria, las miradas de los creyentes guiadas por el dogma se dirigian siempre al pasado. Y para que esta idea no fuera interrumpida, poblada por la sucesion y la movilidad de las edades, exigió que el primogénito de la familia llevara siempre el nombre del abuelo.

La propiedad del patrimonio era indivisible entre miembros de la familia; la propiedad del territorio lo era tambien entre los de la nacion. Allí el propietario ficticio era el anciano; aqui era el soberano. El soberano arrendaba la tierra á cada *ayuntamiento*. El *ayuntamiento* indio era una verdadera corporacion rústica, asociada para el cultivo, con arreglo al principio

de division del trabajo, y compuesta de jefes, de vigilantes, de examinadores, de distribuidores de riegos, de maestros de escuela, de sacerdotes, de astrólogos, de médicos, de barberos, de alfareros, de carpinteros y de herreros. El dia de la siega la mies se repartia indistintamente y por partes iguales, á todos los que por diversos títulos eran socios de esa comunidad.

Vuelvo á hablar del carácter colectivo impersonal de las primeras civilizaciones, porque en estas épocas antediluvianas de la historia es el *milésimo* (1), medio borrado por el moho del tiempo; pero que marca la fecha cierta del progreso. Y efectivamente, casta, poligamia, propiedad indivisible y cultivada en comun, comidas públicas, hogar doméstico trasformado en feudo, todo esto prueba la misma necesidad, todo esto revela el mismo pensamiento.

La vida es demasiado pobre en cada uno para obrar por su propia espontaneidad. No puede constituir la personalidad del individuo sobre un barro aun débil para llevarla. La comunidad al reunir en grupos al individuo, lle-

(1) Llábase así la fecha marcada en alguna moneda ó medalla antigua.

ga á realizar la persona , en el sentido filosófico de la palabra. Sola y libre entre todos, la muchedumbre tiene una voluntad única para todos. Señala á cada uno fatalmente su destino. El progreso consiste en romper esta fatalidad, que marca las existencias; haciendo que la personalidad de la masa pase al individuo.

Veremos más tarde, cómo de evolucion en evolucion, el derecho de la comunidad, siempre reducido por el desarrollo constante del yo humano, se trasformó en derecho de mayoría. La mayoría es una fatalidad; pero que desaparecerá á su vez ante la libertad.

Y, sin embargo, la tribu ó la comunidad reemplazando á la persona, ha tenido su parte útil y debe tener ante Dios su parte de gracia. La tribu ha hecho nacer la inteligencia en el hombre; ha creado por segunda vez la humanidad; ha dado al pensamiento el ocio de la meditacion; ha puesto por vez primera el pensamiento como cúspide de la sociedad. Recapacitad en vuestra alma lo más profundamente que podais, no hallareis una idea que la tribu no haya pensado. Religion, metafísica, matemáticas, astronomía, industria, ha producido sucesivamente todas las primeras mieses de la razon. Dejad á esa filosofía sonám-

bula que vé lo pasado con los ojos cerrados, insultar á la madre del genio humano, la filosofía seria y razonada sabrá siempre respetar el puesto que ocupa en la historia.

La familia inspirada en los mismos principios que la tribu, ha hecho igual servicio á la humanidad. Si en esta época de pobreza casi unánime, el hombre se hubiera tenido que reducir á su propia duracion, suspendido en el tiempo, hubiera ignorado la riqueza. El trabajo de una vida se hubiera destruido tan pronto como se formó. El hijo pródigo hubiera devorado la herencia de su raza en un año. El producto continuamente disipado, hubiera flotado á merced del viento de la casualidad. Pero la sabiduría india proveyó el peligro.

Al declarar que cada patrimonio era un feudo indivisible de la familia, del que quedaba el abuelo á través de los siglos, como único propietario, impidió la dispersion del capital naciente. Y al añadir que la riqueza del anciano era un paraiso que cada descendiente debia ganar con sus virtudes, obligó á cada hijo á venir á depositar la ofrenda de sus ahorros, como el rescate de sus pecados, sobre la tumba del primer fundador de su hogar.

La más pequeña economía era una indul-

gencia ganada. El tesoro comun, formado asi por contribuciones, lenta y sucesivamente acumuladas por las generaciones, creció de año en año, de nacimiento en nacimiento.

Pero la tribu y la familia indias, formas preparatorias de un progreso de la humanidad, destinadas á desaparecer con ese progreso, debian necesariamente por la inamovilidad de su institucion, inamovilizar á su vez la vida de la civilizacion. Sucedió, en efecto, despues de cierto número de siglos, que los trabajos de la inteligencia fueron circunscritos á una sola tribu, y esta tribu perezosa para inventar, prefirió trasmitir de mano en mano la idea ya creada, á crear una ciencia nueva.

El Brahma no tenia más que decir una cosa ya dicha y para siempre. El pensamiento no era más que una costumbre de palabras, una reminiscencia. Cuando la verdadera actividad compleja y diversa que exige la naturaleza, diversa tambien y compleja del hombre, se le niega sin piedad á la turba casi entera de una nacion, cuando cierto destino se une fuertemente á ciertas ocupaciones fatales, trasmitidas por la herencia, la clase condenada al trabajo del espíritu, retrocede cada vez más á la rutina de la idea. La vida humana una y armoniosa, está desgarrada por dos partes. Esta

hendidura prolongada la lleva á la tumba. El hombre muere por falta de atmósfera.

Pero la muerte tiene tambien su lógica, su ley de progreso. El hombre ha matado la fuerza motriz de su existencia, la esperanza. Dios no ha marcado la parada en el camino del sacrificio. El pueblo muerto para el porvenir debe morir por completo. La devoción fué en la India la teoría refinada del suicidio. El devoto volvía contra su cuerpo la mutilación de su espíritu. Iba á buscar en el fondo de las selvas, una agonía sábiamente graduada de dolor en dolor. Rodaba su cabeza por el polvo ébrio de muerte, bajo las terribles y sangrientas ruedas del carro de *Yagrenat* (1), y arrojaba su cuerpo como un andrajo á los piés del ídolo.

El indio cansado de respirar, en el fondo de

(1) El Dios indio *Yagrenat* cuyo verdadero nombre es *Yagatuatha* (Dios del mundo) es uno de los ídolos más venerados por los indios, según relaciones de los viajeros. Su fiesta se renueva siempre que se encuentran dos lunas nuevas en el *Assan* (cada diez y siete años). En la época en que habla el autor, los devotos se arrojaban ante el monstruoso carro en que iba el ídolo para ser mutilados por él. Hoy no está en uso esta ceremonia, á pesar de que aun quedan fanáticos que lo hacen. Pueden verse detalles curiosísimos acerca de esto en el tomo 1.º, pág. 125 y siguientes del *Viaje al rededor del mundo* por Dumont D'Urville.—Edición de Barcelona.—1842.

(Nota del Traductor).

la tribu, un aire sin soplo, moria á la menor in justicia. Entregaba sin sentimiento su vida al primer déspota. Este déspota podia tentarle en vano la paciencia. El indio no corria á las armas para vengar su injuria. Cubria su cabeza de cenizas de su hogar; sacudia sus piés al dintel de la puerta; se llevaba en silencio á su familia; iba por sendas desiertas al palacio de la iniquidad, y llegaba en tropel de todas partes á esta cita misteriosa. Esta conspiracion espontánea de cien mil conjurados caia de rodillas, la cabeza inclinada sobre el pecho, y entonaba la fórmula del *Djurma*.

El *Djurma* era el anatema vengador que el oprimido pedia al cielo cayera sobre la cabeza del poderoso. Mientras que el opresor no habia cedido á esta peticion muda, en el polvo, el pueblo suplicante repetía su fórmula hasta morir. Moria lentamente, hombre por hombre al pié de una pared que con un paso más hubiera derribado con su peso. El vivo ni aun volvia la cabeza para mirar el cadáver de su vecino. Continuaba mentalmente y con voz apagada, su plegaria. Este coro interior de desconsuelo, subia á los oidos de Dios, disminuido cada vez de un lamento. Ningun grito venia á turbar el recogimiento de este inmenso suicidio. La brisa que soplaba sobre este

holocausto de cien mil hombres, no se llevaba al pasar ni aun un leve murmullo.

La India, sin cesar conquistada y hollada de siglo en siglo por un despotismo nuevo, murió así resignada con anticipación á esta muerte.

El alma viva del progreso, que es el alma misma de la creación, refugiada entera en la humanidad, emigró hácia otros climas. Llamó á las razas del otro lado del Himalaya. Les gritó: Levantaos y marchar. Estas razas se levantaron y marcharon. Una jornada más del drama divino tocaba á su fin. El mundo iba á cambiar.

CAPÍTULO XI.

La civilización pasó de la India á Egipto y á Persia; ó más bien el Egipto y la Persia marcaron, cada uno por su lado, un nuevo periodo de progreso. La India era y debía ser la primera patria de un pueblo naciente, aun pobre de industria. La tierra, siempre cargada de frutos, le anticipaba gratuitamente su

subsistencia. El hombre alimentado por ella tenia asi una parte de tiempo disponible para pensar.

La civilizacion halló en Egipto esta primera provision de frutos de la naturaleza dispuesta para suplir en el suelo al trabajo. El Egipto parecia en efecto designado por su misteriosa originalidad, para realizar, en un dia fijo, un pensamiento de la Providencia. Huia en estrecho valle, del Mediodia al Norte, entre la cadena de montes arábigos y la cadena Libia, que le separan, la una al Levante y la otra al Poniente, de la inmensidad del desierto.

Formaba, pues, una especie de cláustro natural preparado para el estudio, cerrado por una muralla y sin más huésped que el silencio.

El Nilo corria solamente en medio de esta larga avenida. Rio Mesías, llevaba en sus aguas una revelacion, bajaba de un cielo desconocido como un misterio, y corria por el espacio, escoltado con un continuo milagro. En ciertos dias del año, levantaba las olas de su lecho, las esparcia por el valle, y las llamaba despues como el Océano, á la hora del reflujo, para ir á arrojarse por siete bocas al Mediterráneo.

El habitante de la orilla, testigo del prodigio, adoró el Nilo desde el primer día, y le llamó Osiris. Osiris era el dios bueno, el dios vivo, desposado desde la eternidad, en el seno mismo de su madre, con su hermana Isis, diosa de la tierra. El hermano y la hermana fecundaban el mundo, con su misteriosa alianza, uno vertiendo el gérmen creador, otra haciendo brotar la mies. Iban á través del Egipto, convirtiendo á su paso la raza humana, aun patriarcal, á la religion de la agricultura. El dios marchaba cantando el himno sagrado, mientras que la diosa, esparcía la mies á manos llenas, bajo las plantas del civilizador.

Pero el hombre no habia vivido bastante; por lo tanto, no habia acumulado bastante vida en su cuerpo, para creer únicamente en el dios de la vida, ó lo que es lo mismo, en el de bondad. Veia al hombre morir de repente á sus plantas, á la puerta misma del Egipto. El desierto yacía melancólicamente á su mirada, triste y vacío como el desmayo de la tierra en el espacio.

Allí flotaba á lo lejos, bajo un cielo irónico, el tentador de cruel sonrisa, que presentaba y retiraba continuamente la copa del milagro de los lábios del viajero; allí vagaba con la lanza al lado, el beduino hurtador, que lleva consi-

go los asesinatos, cruel refractario de la civilizacion; allí volaba el torbellino de arena, demonio de aire arrastrado sobre sus alas ardientes, en el abismo sin límites del horizonte; allí caía cada tarde el sol para morir á través de un polvo sangriento, como herido por un genio malo; allí en fin soplabá un viento de fuego cargado de venenos, que sembraba durante la canícula, en las llanuras del Nilo, la fiebre y la esterilidad.

Tifon, dios del mal, habitaba este infierno de cielo abierto, devorado por la llama de un incendio invisible. Hermano de Osiris y su rival en divinidad, buscaba continuamente un medio de asesinarle. Un dia, le sorprendió á traicion en medio de un festin, y con la ayuda de setenta y dos cómplices, le encerró vivo en un ataúd y le echó al Nilo. La corriente arrastró el cuerpo celeste escondido entre las olas y le arrojó al Norte por una de las siete bocas del rio, sobre las playas del Mediterraneo. Pan y los sátiros lanzaron profundos gemidos, al saber esta desaparicion, y llamaron á la frontera del desierto al dios oculto en un misterio.

Isis enlutada, bajó por la orilla del Nilo, buscando de ola en ola el cuerpo de su esposo, y despues de sesenta dias de marcha, llegó á

la playa donde estaba el ataúd. Pero una selva de cañas y juncos habia brotado de repente sobre la divina tumba y la cubria con la oscuridad impenetrable de su verdura. La diosa fatigada, se sentó llena de desesperacion y lloró su suerte. Mientras lloraba, una paloma murmuró un canto de amor en medio de las ramas. Isis comprendió esta voz oculta en la sombra, que la llamaba como si fuera la de su esposo; y siguiendo el arrullo de la alada mensajera de la esperanza, entró en la selva de cañas, halló al Dios perdido, le animó entre sus brazos y le resucitó bajo el nombre de Horus.

Horus, ó más bien Osiris nacido de sí mismo, dios conservador, volvió á tomar, al salir del atahud, la plenitud de su divinidad. Atacó á Tifon para castigarle de su traicion, le mató con su maza y mientras el vencido, palpitaba en el suelo con el estertor de la agonía, Hermés, dios del genio humano, le arrancó los nervios aun vibrantes y los tendió en su lira divina para celebrar en un cántico inmortal la victoria de la civilizacion.

El mito hablaba así. Pero ¿qué decia la razon? decia que Tifon vencedor acompañado de sus setenta y dos cómplices, era el desbordamiento del Nilo seguido de sus setenta dias

de inundacion. Decia tambien, que Osiris enterrado vivo, luego resucitado por Isis, era el rio escondido bajo el agua, y despues vuelto á sus márgenes y á su primitiva forma de existencia. Hé aquí el hecho convertido en leyenda, hé aquí la lucha misteriosa entre el genio del bien y del mal, el drama sagrado, del que daba el Egipto periódicamente, cada año, una representacion.

Un ruido sordo resuena prolongado en el horizonte como el estampido lejano del trueno: baja del Mediodia : llega, crece y estalla en el espacio. Al acercarse, el Nilo inquieto se estremece, hierve, cambia de color y lanza por el valle el rugido desesperado de la catarata. Rueda entre sus aguas otro rio, sucumbe bajo el peso, le domina ola por ola , se estremece como á impulsos de un vértigo, azota las orillas, y le arrastra en su curso impetuoso y muge en hórvido tumulto ; el Egipto desaparece bajo una inmensa capa de espuma. Una ciudad flota aquí y allí con sus jardines dispuestos en pirámide. Parece una isla de granito, coronada de palmeras.

Hé aquí la hora de la vida, hé aquí la hora del misterio. Isis ha recibido bajo los anchos pliegues de su túnica la visita del esposo ; el Egipto se estremece al choque del beso mis-

tico. Impelida como por una sacudida eléctrica, ella también desborda en el espacio; vá, viene, corre sobre este mar improvisado, en innumerable flota. Una larga turba, en traje de fiesta, circula alegremente de ciudad en ciudad, al murmullo cadencioso de los remos, de las liras, de las flautas y de los címbalos. El himno sube: el incienso arde: el sacerdote de pié sobre la proa, cubierto con su túnica de lino, lleva en la mano y levanta ante el pueblo al santo de los santos sentado sobre la corola del Loto (1).

A medida que la procesion flotante desfila ante una ciudad, las velas tendidas al soplo vivo y palpitante de una armonía celestial, la mujer de la orilla acude desde lo interior de su casa, responde al himno errante con un grito de entusiasmo, y embriagada de voluptuosidad, con el cabello tendido, desgarrá su vestido, para presentar su seno fecundo al dios de la fecundidad.

El septuagésimo segundo día ha llegado: la obra de bendición se ha cumplido: el Nilo abandona el lecho nupcial fecundado por sus

(1) El *Loto* es una flor sagrada entre los egipcios, á la que adoran por ser planta acuática y representar para ellos el agua el principio de la creacion.

(Nota del Traductor.)

olas. Isis sale de su languidez y seca al sol las lágrimas de su amor. El pueblo egipcio vuelve á tomar posesion del valle. Esparce el trigo sobre el suelo aun húmedo, y para hundirle en la tierra, suelta el rebaño en el campo recién sembrado. Este campo no necesita desmonte, abonos ni surco. El Nilo, labrador activo, prepara el surco y le abona con su cieno. La tierra siempre regenerada despues de la cosecha, siempre vírgen, reproduce sin agotarse la misma abundancia de espigas. El Egipto ayudado en sus trabajos de labranza por un colaborador incansable, consagró el tiempo que economizaba cada año en el cultivo de la tierra, para cultivar su inteligencia. Pensó y para pensar con más comodidad, adoptó la simetria social de la tribu ó del cargo indefinidamente trasmitido del padre al hijo.

El clero ocupó como en la India, la cúspide de la pirámide, el guerrero el segundo grado, el artesano el tercero, el trabajador, en fin, el último. El agricultor faltaba en esta clasificacion, porque la agricultura, reducida á una jornada de trabajo para la siembra, y á otra para la recoleccion, dejaba de ser una ocupacion fija y permanente de la sociedad. Todo hombre de tribu inferior, debia sembrar la

parte del terreno que la legislacion le designaba, sobre el fondo comun. Pero este era un trabajo puramente transitorio, un pasatiempo, un momento en el campo. Despues de cumplido su trabajo al otro dia de la inundacion, sacudia el barro de sus pies, se despedia de la tierra y volvia á su oficio.

Pero el rio esparcia á cada desbordamiento una capa de barro sobre el Egipto. Sobreponia un valle nuevo al antiguo valle, borraba los limites y la efigie de la propiedad. Pero como la necesidad está puesta por la naturaleza como para estimular á las ciencias; para corregir este continuo trastorno esta perpétua variacion del suelo, así trastornado y desmarcado, vago y movible como el flujo y reflujo del Nilo, al sacerdote egipcio inventó, no inventó porque estaba innata en el cerebro humano, perfeccionó la ciencia de la geometría. Resucitó por cálculos el campo primitivo, sepultado bajo un campo de aluvion, é inclinado sobre la tierra, en solemne meditacion, evocador supremo del espectro desvanecido de la propiedad, marcaba continuamente con el dedo sobre el polvo, el mapa continuamente borrado del Egipto.

La geometría es el camino de lo infinito. Una vez armado del compás intelectual del

espacio, el geómetra sagrado, empezó el registro del firmamento. Calculó la revolucion anual de la tierra al rededor del sol. El tiempo era antes, un cuadrante vacío en el que la aguja, errante á la casualidad, buscaba en vano una hora marcada. El dia llegaba y pasaba, y proyectaba por único dato una sombra ó una luz. El hombre marchaba á tientas en la vida, sin hallar en su camino la cronología graduada para que le sirviera de guia. Pero al llegar este dia desembrolló el caos, le organizó, le ordenó y le dividió en séries y en censuras. Pudo así escalonar, armonizar su vida, hasta entonces confusa, segun estas divisiones, segun estos puntos de duracion. Su ser entero era ya un himno árreglado, equilibrado que tenia un número, un ritmo, un momento marcado con anticipacion para la comida, el trabajo, la oracion y el sueño.

El sacerdote egipcio inventó el calendario, y con el calendario en la mano, marcó cada suceso, cada paso de la civilizacion, con un signo, con una cifra fija para que al volver la vista al pasado, el hombre pudiera hallar ó reconocer por la fecha, todo lo que habia hecho, todo lo que habia dejado en su camino. Ordenó el tiempo pasado, ó mejor dicho le unió á su vida, le desplegó en honor suyo, le

llevó fijo en su marcha, y le arrastró tras de sus pasos, como un magnífico manto. Viviendo en el presente vivió en lo pasado por la crónica. Desarrolló una parte más grande de eternidad, dió un nuevo testimonio de la ley del progreso.

La ciencia del pasado, le dió la presciencia del porvenir. Profetizó, anunció con anticipación la avenida del Nilo, la aparición del cometa. El oráculo reemplazó al destino. El destino en la creencia India era el porvenir impenetrable, inexorable, grabado por la mano de Brahma, sobre la frente del hombre al nacer. El oráculo, al contrarlo, era el porvenir previsto, retirado de la profundidad inmutable y tenebrosa en que dormía sepultado, y puesto al alcance de la humanidad. Era un paso más hácia la eternidad, un síntoma de progreso, paso dudoso, síntoma vago; pero un día el oráculo cambiaria de forma y se llamaría génio.

Después de hallar la geometría á sus piés como una inspiración del suelo, y haberla aplicado á la medida del campo y del tiempo, el Egipto lo aplicó á la medida de la piedra, á la arquitectura, base de las artes, nacida la primera entre todas, para llevarlas y recogerlas en su suntuosa hospitalidad.

La arquitectura nació como no podia ménos, de nacer en Egipto, de la religion. Porque para crearla era preciso una nacion, que hiciera de la piedra amontonada sobre la piedra, una coraza, digámoslo asi, para proteger su cuerpo contra la inundacion; además un valle estrecho, rodeado de cadenas de montañas, que ofreciera á flor de tierra el yeso y el granito; además un rio complaciente, camino natural que llevara desde la cantera la piedra á las obras; además una idea colectiva como la de religion, que llamara á la ciudad entera para adorar á un Dios vivo, y una raza sobrehumana, como la sacerdotal, que dispusiera á su antojo de la ciudad. Con esta múltiple condicion, el Egipto ha podido sin doblarse bajo el peso del trabajo, sacar de quicio la montaña, trasladarla, labrarla y estenderla por el valle en inmensa columnata.

La India no habia producido su arquitectura, la habia recibido hecha de manos de la naturaleza; habia simplemente trasformado la montaña en pagoda. El Egipto confi6 más en su genio, rechazó la colaboracion de la naturaleza y el templo brotó de la idea; pero sin poder sacudir por completo la influencia del terreno sobre el espíritu. Reflejó en la piedra la fisonomía del valle, repitió la vision acos-

tumbrada de su mirada; pasó sobre su obra la línea horizontal de su paisaje y arrojó ante el templo una larga avenida de pilares, copia involuntaria de su patria encerrada entre dos cadenas de montañas.

Esta arquitectura era, sin embargo, la sublime explosion de un suelo trabajado por una idea poderosa, que hablaba formidablemente y en grandes masas á la imaginacion. El egipcio marchó para llegar á la oracion, ante una fila de esfinges, colosos, llenos de enigmas que le miraban pasar desde la altura de su grandiosa tranquilidad. Entraba bajo un pórtico gigante, asentado pesadamente sobre inmensos pilares, como cargado del peso de la divinidad. Pisaba un segundo templo subterráneo, ó más bien un abismo, que dormia en un lecho de tinieblas, en profundidades desconocidas. Se acercaba temblando á un Dios silencioso, alto de cien codos, encerrado en sí mismo, en una inamovilidad magnífica, frente á frente con su sombra que se dibujaba en el suelo. Veia por todas partes, en cada piedra, una palabra cabalística, desconocida del vulgo, y de la que descifraba apenas algun pequeño trozo. Porque el templo era un libro abierto en el que cada figura era una idea, cada escultura una frase; escritura de geroglífi

cos, lenguaje sacerdotal, místico, metafísico, inmutable como el granito sobre que estaba grabado, que marcaba cada palabra con un signo particular, esperando que el genio humano las descifrara más tarde, en el mismo Egipto, y con algunos signos fijara el diccionario entero de la palabra.

La arquitectura, es, pues, verdaderamente emanación directa del Egipto, es el pensamiento formulado de su geografía. Es, en efecto, una forma simétrica, inmutable por esencia. La naturaleza respiraba regularidad é inmovilidad en todas las orillas del Nilo. El Nilo salía de madre á una hora fija, y á otra también fija volvía á entrar. El cielo desplegaba todos los días su manto azul, sin dejar nunca flotar en la curva de su bóveda la sombra de una nube. La estación sucedía á la estación, y de un paso á otro apenas variaba de duración. El sol se levantaba á la derecha del desierto, para ponerse á la izquierda en el desierto.

El Egipto aplicó esta simetría y esta uniformidad á cada obra, á cada cosa de la civilización. Fijó, como la piedra de la arquitectura, lo que más escapa á la fijación y á las reglas: la vida, el reposo, los alimentos, la higiene, el traje. Hizo de la ciencia una especie de liturgia definitiva, petrificada, que cada genera-

cion dejaba á la generacion siguiente, y que la siguiente tomaba de manos de su genealogia sin poder nunca retraer ni modificar la fórmula. Sometió la inspiracion misma á esta disciplina inflexible del peso y la medida. Decretó como un dogma el número de colores, el tipo de las estatuas. Hirió de inmutabilidad hasta las notas de la música, evaporada ante el altar, de la cuerda de la lira con el humo del incienso.

Y el sacerdote, hombre trasfigurado, más moral porque era más inteligente, primer monógamo de la historia, dominaba, rodeado de su túnica blanca, como de una aureola de luz, sobre el mundo que habia larga y laboriosamente creado con su genio, y al que tenia ya sellado como un bálsamo precioso en un vaso de cristal. Pero esperad: el choque de la conquista romperá el vaso para esparcir el perfume. Y un dia el filósofo griego, si no Pitágoras, al menos Platon, vendrá y le respirará al pasar.

Ya un pastor oscuro, abandonado como Osiris á la corriente del Nilo, y como él rescatado de la muerte por una mujer real, ha reunido á sus hermanos de la tribu pastoril colocado en el último término en los límites del desierto. Les ha unido por medio de la palabra. Les ha

señalado con el dedo la tierra de la libertad. Los ha llevado en busca de otro sol. Lleva consigo una parte del secreto del Egipto. Va á fundar otro mundo, reflejo del Egipto, sobre las montañas de Sion.

CAPÍTULO XII.

El Egipto solitario, convidado al estudio por todas las voces y todos los beneficios de la naturaleza, meditaba silencioso y aislado, como en un largo monólogo. Creaba la ciencia, la cubria de misterio, la envolvía en granito, y la guardaba lentamente hasta el día en que la obra de su genio, brotando del santuario, rompiera la muralla, tomara vuelo y fuera á buscar otra humanidad, al otro lado del Mediterráneo.

La Persia, por el contrario, colocada en un suelo activo cortado por llanuras y montañas rodeadas de tribus nómadas, nómada ella misma, inquieta, y anhelando conquistas, parecía encargada por Dios, en estos días de dispersion universal, para reunir por medio de la es-

pada las razas esparcidas y regimentarlas en naciones. Colocada sobre el limite de dos continentes estaba designada indudablemente en la premeditacion de la historia, para estafeta providencial, dispuesta con anticipacion para llevar de frontera á frontera, mensajes de ideas.

El culto, impregnado de la agitacion del suelo, la obligaba continuamente á obrar. Creia tambien en un Dios bueno y en un Dios malo, llamaba al primero Ormutn y al segundo Ahri-man. Luchaban continuamente entre sí dando al hombre el ejemplo del combate. Pero mientras luchaban, el hombre vivia y aumentaba su crecimiento en la vida por la continua victoria de Ormutn sobre Ahriman. Debia llegar el dia en que el bien domaria al mal y le hundiria en la nada. Ese dia, el mundo roto por un rayo, arderá como el fuego del altar. El alma de cada hombre, resucitada de la tumba, pasará por en medio de la llama y adquirirá su candor primitivo.

La historia de Persia, incidental como su geografia, flota de una raza á otra en continua oscilacion. Hoy es la tierra de Irán, mañana la de los Medos, otro dia la Asiria. La Persia es la última. Parece una nacion sin forma, trabajada por una química secreta. Ha con-

quistado el Asia desde el Indo al Líbano, y de todos los restos de los pueblos que sucesivamente ha sorbido á su paso, no ha podido formar un reino. Su reino es un campamento, su rey un general de ejército, siempre errante de capital en capital, segun la hora del año, como de guarnicion en guarnicion. La presciencia del progreso lo queria así. El mundo persa, intermediario entre la India y la Europa, debia ser el continuo vaiven de un reino á otro reino.

Tres naciones, la India, el Egipto y la Persia han nacido al sol. La civilizacion ha penetrado más en el espacio, y ha dado así un nuevo testimonio del progreso. ¿Pero qué importaba un paso más en la tierra, si al ir á la conquista de otra latitud, perdia sin esperanza, el beneficio de la riqueza de ideas y de invenciones acumuladas en su primera patria? El progreso no consiste solamente en destruir y colonizar, consiste tambien en cambiar y en multiplicar por la fuerza, la fuerza de cada uno.

Cuanto más presta y toma el trabajo al trabajo, tanto más produce, y tanto más crece el hombre de pueblo á pueblo y gana en poder. Porque así como hay la tradicion del tiempo, hay la tradicion del espacio. La primera une las generaciones á las generaciones, la segunda los pueblos á los pueblos. La civilizacion es estéril

cuando se la aisla en la duracion ó en la extension. No nace de sí misma en una isla separada de la tierra firme por una distancia inmensa.

Debía, pues, so pena de mentir á su destino, establecer una correspondencia seguida de industria y de descubrimientos entre la India y las otras patrias de la idea. Pero, ¿cómo? Un espacio incomensurable la separa del Mediterráneo, y este espacio es un desierto. Admirad aquí la maravillosa armonía universal del progreso. Si el Asia occidental estuviera cubierta de vegetacion como una parte de América, la India, encerrada en esta muralla de selvas, no hubiera podido abordar nunca á Europa. Hubiera hallado á cada paso un obstáculo, un enemigo oculto; hubiera debido indispensablemente secar los pantanos y abrir con el hacha el paso á la idea. Los siglos de su pueblo se hubieran aniquilado unos y otros en este trabajo.

Pero el desierto era un camino marcado ya, que venia á parar sin interrupcion de continuidad, desde la frontera al Mediterráneo. Halló en este suelo desembarazado con anticipacion, una raza nómada aun en el estado pastoril. Esta raza esparcida sobre la arena como un oasis, figura terrestre de la tribu, no tenia

en su constitucion geográfica, la asistencia necesaria para adquirir una forma superior de civilizacion. Y sin embargo, tenia tambien su utilidad, su puesto designado en la estrategia universal de la historia, debia servir de correspondencia entre Asia y Europa. La India la tomó á su servicio y la primera caravana partió.

La caravana llevó la sal de Oriente á Occidente y viceversa. Sin embargo, si se hubiera reducido á hacerlo con el hombre solo, este, demasiado débil, hubiera caido muerto al primer paso agoviado por la fatiga del viaje. El Poniente hubiera ignorado la riqueza del Levante. Pero la tribu errante halló al paso un nuevo compañero de fatigas, un nuevo voluntario de la humanidad, valiente y dispuesto á llevar la carga.

Se puede decir que era el único habitante del desierto, el desierto encarnado bajo la forma viva de un cuadrúpedo. Su cuerpo largo y diforme, rugoso y lleno de callos, cargado de un peso natural, tenia la línea ondeante y tormentosa de las olas de arena continuamente surcadas por el Simoun. Su traje gris, pelado por ciertos sitios y cubierto de durezas, reflejaba el color de esta tierra estéril, arrugada, desgarrada por el viento y sembrada en algunos lugares de pedazos de roca.

La naturaleza habia modificado en él, el mecanismo habitual de la vida, y le habia dispuesto un órgano particular para permitirle sus largas marchas por este camino árido que presentaba rara vez y á largas distancias, una fuente al viajero. Llevaba bajo su cuello tendido al aire, un manantial interior donde podia apagar su sed, gota á gota, mientras continuaba su camino.

Era sóbrio, hasta á desafiar á la naturaleza. Comia poco de una vez, y preferia las yerbas espinosas y amargas del desierto. Cuando el junco y el agenjo faltaban, prolongaba su marcha en ayunas con el mismo valor. Solamente el tumor de su espalda caia poco á poco, como derretido por el sol. El oxígeno absorbido por la respiracion, es un fuego que quema el aliento. Cuando la llama encendida á cada sopro no halla alimento que devorar, devora la carne misma del organismo. Pero por una prevision de constitucion al derretir la diformidad del camello, respetaba la fibra indispensable para su existencia.

El camello podia así ayunar sin morir. Parecia tener conciencia de la fuerza oculta que Dios le habia dado para hacer dueño al hombre del vacío infinito de las llanuras de Asia.

Cuando el dia de la salida estaba fijado, do-

blaba la rodilla para presentar su cuerpo á la carga. El conductor ataba á la albarda el pellejo lleno de agua, el saco lleno de cebada, la tela de la tienda y el fardo de las mercancías. Daba la señal, y el camello marchaba intrépidamente para un viaje que duraba muchas veces de un año á otro.

El sol de Arabia esparce sobre la arena el fuego visible de sus rayos. El *espejismo* (1) despliega á lo lejos sobre la capa llameante del aire su cruel engaño. El camello taciturno atraviesa en melancólica resignacion, el inmenso incendio flotante de la atmósfera; marcha sin cansarse con su paso cadencioso y acompasado como si le movieran las olas del terreno.

Si por casualidad afloja bajo el peso del dia, el conductor entona un cántico gutural, áspero como la arena del camino, y este ritmo melancólico inspirado por la llanura del de-

(1) Este fenómeno óptico de la atmósfera se observa con frecuencia en las arenas ardientes del desierto, cuando el aire está tranquilo; los árboles, los hombres y todos los objetos se reflejan como en una agua tranquila; es una de las cosas mas terribles para los viajeros que sedientos creen ver terminadas sus penas y se encuentran engañados por este fenómeno bastante frecuente.

(Nota del Traductor.)

sierto, despierta la energía agotada en los músculos del camello. Vuelve á emprender su camino con nuevo vigor, al son del canto, y por la tarde pasta alrededor del campamento la yerba dura y raquílica del desierto, bebe, renueva su provision de agua en la corriente medio seca del torrente, y luego, doblando sus piernas, duerme bajo el fardo.

De una magnanimidad inagotable para el hombre, es en su esclavitud el tesoro vivo de la caravana. Le dá su pelo para vestido, su carne para alimento, el polvo de su estiercol seco al sol para cocer los alimentos, y cuando el agua de los pellejos falta, le dá su propia vida para darle el agua que oculta dentro de su pecho. Le ofrece, en fin, en sacrificio, durante la travesía, hasta su último átomo.

Muchas veces el sacrificio es inútil. En medio de la travesía, una tromba de arena sube de repente del fondo del horizonte. El sol disforme y sangriento flota á través de la niebla seca, como una llaga entre los pliegues del sudario; el viento de muerte empieza á soplar, y el suelo dá vueltas como una rueda bajó el pié del camello.

La tempestad muda flota en torbellino un momento al rededor de la caravana, una noche densa cubre el desierto. El viajero envuelto

en un polvo ardiente, cae al suelo escondiendo su cara para librar sus labios del fuego del aire. El camello resignado, espera su hora, echado al lado de su amo, humilde hasta en la muerte, la cabeza tendida en la aptitud primera de esclavitud. El Simoun amontona su arena sobre el hombre y el animal. Los dos mueren y el torbellino al dirigirse hácia otro horizonte deja tras de sí grandes trastornos.

A poco tiempo un viento contrario desentierra los cuerpos que la tempestad habia sepultado. Otra caravana vé blanquear un monton confuso de esqueletos. Y al oír resonar bajo sus plantas los huesos de muerto, el viajero apresura el paso en silencio y pasa. Pero el servidor del desierto habia cumplido hasta lo último su destino de abnegacion. Muere por el hombre, y reposa con él en la misma tumba.

La caravana, forma infantil del comercio, tenia el carácter ambiguo de todo lo que empieza. Guerrera y mercante á un tiempo, marchaba con la lanza al lado. Comerciaaba como el labrador labraba, por tribus. Cuando hallaba sobre su camino un oasis regado por fuentes ó la ribera de un rio rodeado de praderas, abria con toda prisa un pórtico grosero, sobre esta isla de vida y fertilidad. Construía

un descargadero para las caravanas, se acampaba durante algunos dias, para descansar, renovar su provision y despues de este descanso sobre la verdura, seguia su camino.

El descargadero era la ciudad de paso, intermitente y comun, que cada caravana dejaba al irse á otra caravana. El viajero no poseia más que el sitio de su cuerpo, la sombra de su sueño. Pero un dia una tribu, detenida por la seduccion de la naturaleza y la comodidad de la existencia, se olvidó de marchar y le transformó en ciudad. Babilouia salió del fondo del espacio, primera estrella del desierto. La ciudad del Eufrates era en realidad la tribu nómada detenida en su camino y encerrada por una muralla. Tenia la misma forma metódica de cuatro lados que el campamento. Cada casa estaba esparcida á la casualidad, como las tiendas de campaña, para dejar á cada pastor bastante sitio para que pastara su camello. Era, en una palabra, el mundo antiguo pastoril, errante, acampado sobre piedra viva como en el pasado, mezclado confusamente con el rebaño.

Palmira, Ecbatana, Pera, Getra, Damasco, salieron despues de Babilonia, de la profundidad del desierto. Cada una brilló sobre el suelo vacío para alumbrar en la noche de los

tiempos la marcha de la civilización. Cada una ofreció una estación poblada á la doble corriente de los hombres, que iban del Mediterráneo á la India, y de la India al Mediterráneo. El descargadero de las caravanas elevado á estado de reino, se hizo el depósito de los dos continentes, á donde las otras tribus, aun nómadas, iban continuamente á llevar y á buscar riquezas.

Durante siglos y siglos, Babilonia absorbió incesantemente en su seno, y devolvió por sus puertas gigantes el comercio entero del mundo conocido. Compró, vendió y ahorró al transporte que salía de la India ó del Nilo, la mitad del camino. La casualidad geográfica que la habia fundado, continuó desarrollando la vida en ella en inmensa escala, y en el orgullo de su agradecimiento, arrancó del suelo al oasis y le colgó del cielo sobre el pedestal inmenso del terrado de Semíramis.

Hizo más aún. Para consagrar religiosamente este encuentro de todos los pueblos que llegaban á pedir hospitalidad de todas partes, les dió la carne de su carne, en comunión. En cierto día del año, toda mujer de sangre babilónica, iba á sentarse en traje festivo bajo el mirto sagrado de la diosa Milyta, y allí esperaba su hora en silencio, el seno desnudo y

el velo levantado. El extranjero pasaba, y dejaba caer sobre ella una moneda. Entonces reconocía en esta señal un nuevo esposo, se levantaba y le seguía con los ojos bajos. La reina del Eufrates amasaba así las razas con las razas, como el racimo en el cubito del vendimiador. La humanidad aun sensual debía celebrar con anticipación, en esta pascua de orgía, su primer pensamiento de unidad.

Babilonia creció en gloria, mientras la abundancia de la tierra pasó á orillas del Eufrates. Pero cuando el comercio tomó otro camino, la reina de Oriente cayó. Nacida de la caravana, murió la caravana.

La arena árida, continuamente surcada por el pié del camello, parecía hacer brotar de sí misma la riqueza. La raza del Líbano creyó un momento que la tierra del sol de Levante, perdido en el incógnito, producía naturalmente el oro, como el sol sus rayos. Declaró en su candidez que el desierto era un gran tesoro acumulado, mas allá de la aurora, en último término. Llamó á este pasaiso de la opulencia el reino de Ofir.

El desierto era, en efecto, un tesoro; porque el suelo desnudo, devorado por el sol, que no había producido nunca sino tribus y nubes de langostas, errantes á imágen unas de otras,

por esa misteriosa concordancia que Dios ha establecido entre la naturaleza y la humanidad; era ahora, gracias al comercio, el centro mismo de la abundancia. Y sino, ¿qué es el comercio? Es el producto movilizado, superior al producto inerte de toda la distancia que separa el movimiento de la inmovilidad. El comercio es el advenimiento de la industria al espacio, un progreso más en la historia.

— Pero la expedición del camello era larga y peligrosa. La caravana trasportaba únicamente el género más precioso y más ligero; el cinamomo, el incienso, la onice, la perla, el tejido impalpable y que parecía hecho de un soplo, las esencias, las especias, la canela, las pieles, el oro, el rubí, el diamante, el carbun-
•lo, la ciencia, la idea, la industria, los descubrimientos, el alma de las cosas que siguen siempre el producto de los pueblos, como el perfume sigue á la flor en manos del que la ha cogido.

— El comercio del mundo reducido á este sistema de cambio, puramente suntuario entre dos civilizaciones, hubiera muerto de esterilidad, á no ser por una nueva conquista. Entonces la humanidad inquieta de su destino, miró en torno suyo é interrogó el espacio; vió que del lado del indo, dos gargantas natura-

les inclinadas al Oeste penetraban profundamente en las tierras, una hasta la *delta* del Nilo y otra hasta la embocadura del Eufrates.

¿Qué podía significar este mar interior que despues de recibir las olas del Indo, recibia las del Eufrates como para unir estos dos rios en su alianza? ¿Qué podía significar este otro mar interior cuando, despues de batir con sus olas dos continentes, empujaba hácia el Nilo, sobre el viento del desierto, el eco de su gemido?

Este golfo de Arabia, tan extraño, tan maravilloso por su forma y extension, ¿murmuraba en la profundidad de sus aguas un milagro? El hombre religioso debia creerlo al mirar la señal particular que la Providencia habia puesto sobre este brazo de mar, como una prediccion de su destino.

El viento no soplabá aquí y allí por capricho; reinaba de un modo constante y uniforme con la regularidad de la estacion. De abril á octubre, soplabá de Egipto; de octubre á marzo, soplabá del Indo, como si tuviera que traer alguna panegiria desconocida en el mismo año.

Quisiera poder presentar la primera página de la geografia inédita del progreso; señalar con el mapa-mundi en la mano, que en cada sitio la civilizacion tenia su puesto marcado

sobre la tierra; que estaba allí y no podia estar en otra parte por el concurso de las fuerzas.

Aparecerá primero en la India en donde el clima debia vestirla con su calor, alimentarla con su maná, ahorrarle la mitad de la fatiga, permitirle convertir esta economía de trabajo en ciencia y en instrumento de conquista sobre la naturaleza; y una vez labrada por la ciencia, y una vez labrado el instrumento, emigrará con más confianza en sus fuerzas á otras regiones, se apoderará del desierto, que ha de hacerla comunicar con el Mediterráneo, y despues abordará á esos mares interiores, que una mano benévola habia labrado á sus plantas como una tentacion para su futuro destino.

Abrid el mapa, mirad esa gran península episódica y dramática encerrada entre el Mediterráneo, el mar Negro, el mar Caspio, el golfo de Persia, y el Arábigo, y decidme si semejante region, colocada en circunstancias tan meditadas y combinadas entre si, con formas tan geométricas, tan arquitectónicas, ¿no es una region preparada, desde el dia de la creacion, para una obra que ha de formar parte de la historia? Este rincon del espacio es el nudo del mundo, y en una palabra, el mundo entero.

El Creador ha preparado la tierra para el hombre, como la hoja para el insecto, y desde hoy la filosofía puede afirmar la complicidad directa de la naturaleza y de la humanidad. Por eso, á fuerza de mirar el mar de Oriente, arrojar y retirar sus olas, y al viento soplar de Oriente á Occidente, y de Occidente á Oriente, como el flujo y reflujo de la atmósfera, el hombre empezó á comprender la intencion de la Providencia.

Se hirió en la frente, y brotó un pensamiento. Y una mañana, el pastor, sentado sobre la montaña, vió aparecer al Levante, como la tela de la tienda que se deslizaba por el mar y se llevaba en su huida un rayo del sol. Y la ciudad de Tiro, la nueva reina de las naciones, brotó de la espuma de la orilla, coronada de su genio.

CAPÍTULO XIII.

Habia en la extremidad del Asia, hácia la parte de Europa, una cadena de montañas que tendia su cima á las olas del Mediterráneo. Eran los montes del Libano. Una selva

de cedros, contemporánea del Génesis, la envolvía en la noche profunda de sus ramas. Un dios nuevo, el Hércules Tirio, dios del trabajo, habitaba esta sombra misteriosa, agitada por un continuo murmullo. El viento eternamente sepultado bajo la cima gigantesca del árbol, encorvado en pabellon, parecía repetir el ruido del Mediterráneo. Cuando la ola desencadenada por la tempestad, saltaba con furor contra la roca, la montaña se estremecía, y sentía subir por todos sus picos, de hoja en hoja, la voz de la tempestad. Esta voz profética llamaba al árbol heróico entre todos, para que bajara al llamamiento del mar, para compartir con él su destino, y el cedro agitado, con las ramas flotantes, doblado, pero invencible ante los esfuerzos del viento, aspiraba anticipadamente el peligro.

El hombre descargó el hacha civilizadora en el Líbano, derribó el tronco religioso, último testigo de la creación, le igualó, le dobló, le cubrió con una capa de asfalto, y le arrojó al abismo. El primer día surcó el mar con el sudor de su frente, remando desde la primera hasta la última hora del viaje. Pero al segundo día comprendió que el viento era un remero natural; que arrastraba sin esfuerzo el navío al límite del horizonte.

Recogió en una vela la corriente de aire, é impelido por su soplo atravesó el líquido desierto que hasta entontes sólo habia atravesado la golondrina. Puso el pié sobre un suelo nuevo, y al susurro de la brisa que silbaba entre las cuerdas vibrantes de su buque, hizo su segunda entrada triunfal en el espacio. Arrojó de tierra á tierra, cosa antes imposible, la raya de plata de su quilla como un cinturón de alianza. Unió el Este al Oeste. Llevó el Asia, adormecida por el vaiven de las olas, á las costas de Europa. Y por la tarde, cuando despues de una jornada de navegacion, el nuevo conquistador de la mitad del planeta, miraba desde lo alto de la proa, en la meditacion de su victoria, la ola inflamada brillar bajo el espolon de su navío, veia al reflejo de la luz marina, á la antigua Anfitrite, humillada y vencida, doblar la cabeza á su paso, y huir sacudiendo la espuma de sus cabellos en prolongados gemidos.

La raza fenicia, armada del ala poderosa que atravesaba el mar con su vuelo, edificó la ciudad de Tiro sobre un islote unido á tierra firme por una calzada estrecha. Era en esta hora turbulenta de la historia, en la que reinaba el derecho de guerra en todo su esplendor, una posicion inespugnable contra toda tentativa

de invasion. Al primer ruido de los pasos de un ejército, la poblacion sitiada cortaba su dique, y desencadenaba contra el enemigo la ola de sus escollos.

Unida á la fortaleza del Líbano que columpiaba sobre su cabeza las inagotables olas de verdura, defendida de frente por el Mediterráneo, cubierta en las costas por desfladeros; colocada á igual distancia de Tebas y de Babilonia; abrigada, en fin, y recogida en su bahía, la ciudad de Tiro dominaba el mundo con su mirada. Se esparcia sobre la tierra en todos sentidos por medio de sus caravanas, y aspiraba en ella la vida por todos sus poros. Saba le llevaba incienso en su procesion de dromedarios, Jerusalem le enviaba su trigo, y Palmira su estrella subterránea encendida en las minas de Golconda. Menfis el tejido ligero de su algodón, fabricado en sus telares, y coloreado despues por el rayo más vivo, caido de de mano de la aurora, á un soplo de la primavera.

El comercio despertaba la industria. La nacion comerciante debe necesariamente fabricar el producto que paga el cambio ó salda la cuenta del cambio. La ciudad de Tiro comprendió desde el primer dia esta ley de la naturaleza, elevó su genio á la altura de su co-

mercio, inventó el vidrio, perfeccionó el arte de la platería y tejió en collares la perla de ámbar, que esparce un perfume de amor sobre el pecho, preñado de suspiros; inventó el acero, perfeccionó la armadura, trabajó el marfil; hiló, en fin, la tela más preciosa de Oriente, y para teñirla halló en el fondo del mar una larva oscura que destilaba en su concha, bajo las algas del escollo, una sangre más preciosa que la de Venus.

Y como al llegar este día, el hombre habia reunido en su sustancia mayor cantidad de vida y juntado en su cuerpo la fuerza reunida del buey, del caballo, del asno, del dromedario, del fuego, del viento, de la madera, del mármol, del hierro y del granito; y fuerte con estas fuerzas, confundidas y asimiladas en su propia constitucion, era un ser centuplicado en potencia, presentó sobre su cuerpo este prodigioso acrecentamiento de vitalidad. El tejido rayado de Egipto, reflejo grosero del dibujo sobre la piel humana, habia constituido hasta entonces su vestido; pero desde la Fenicia, arrojó este andrajo, primer manto de una existencia inferior, y colgó por primera vez la púrpura de sus hombros. Rey de la tierra, hasta entonces desconocido de sí mismo, marchó al sol de la creacion, radiando

una existencia nueva, en todo el esplendor de su dignidad real.

La Fenicia dominaba con la proa de sus flotas toda la tierra visible ó invisible, que el mar batía, como ella, con sus olas. Seguía esta voz irresistible del espacio que habla al corazón del hombre como la voz del destino, marchaba de conquista en conquista, á la casualidad apoyada en lo desconocido, donde quiera que el viento la llevaba, y fundaba por todos lados multitud de colonias que multiplicaban la vida de la metrópoli. Su innumerable poblacion, aumentada siempre por el comercio, ahogada en un islote, disminuía cada año, llevada por las velas á otras playas. La Fenicia colonizó al pasar las islas de Creta, Rodas, Chipre, las Cicladas, al Poniente, tocó en Cerdeña; en Sicilia fundó las ciudades de Motia, Soloes, Panormo, y dirigiéndose al Mediodia fundó sobre la orilla izquierda del Mediterráneo, una segunda Tiro africana, que debía ser Cartago, la metrópoli á su vez del comercio.

Desde esta estacion avanzada, volvió á tomar el camino del Poniente, y abordó á una península llena de oro, que sudaba chorros de oro por todos los poros de su suelo, que le encerraba en todas sus montañas, que rodaba

en todos sus rios, que se criaba en todos sus valles. Conquistó esta sencilla Hesperia que despreciaba su riqueza; barrió la poblacion que vivia al sol, la sumergió viva en un abismo de tinieblas y la envió al fondo de la tierra para arrancar el mineral, partícula á partícula. La España habia desconocido el precio del tesoro que contenian sus entrañas, habia despreciado esta munificencia gratuita de su topografia. Espió con su suplicio esta ignorancia; pero algun dia, ya instruida, pasará el mar á su vez y llevará á otro pueblo su espiacion.

La Fenicia, con la vela desplegada, en su ansiedad de espacio, halló en fin, ante sí la puerta rugiente del Océano guardada por el reflujo. Entró atrevidamente por este paso misterioso en un mar desconocido. Dió vuelta á España, y asentó la ciudad de Gades como Tiro, sobre un islote unido á tierra firme por una lengua de tierra. Sembró á la derecha y á la izquierda las ciudades de Tartesio, Calpe, Malaca é Hispalis. Y despues de escalonar sobre su camino y asegurar una série de descargaderos, subió el Océano hácia el Norte. costeano un continente bárbaro, poblado de salvajes. Atravesó la extremidad de este continente, como el estrecho de un nuevo mar

pálido y envuelto en tinieblas, descubrió una isla espumosa cubierta de selvas, y penetró algunas leguas tierra adentro, por un río de riberas chatas esparcidas en lagunas. Halló algunas chozas enterradas en barro en medio de los cañaverales. Preguntó á los habitantes el nombre de esta tierra estéril, que se llamaba Tinn, y el de ese río desierto, que se llamaba el Támesis. Les compró algunas barras de estaño, su único tesoro, y se marchó enseguida, saludando con una mirada de compasión esa atmósfera lúgubre ahogada en un vapor continuo de invierno. Subió el mar del Norte hasta la altura de Elgoland, recogió el ámbar que la ola arrojaba sobre la arena, y con las manos cargadas, se volvió á las sombras del Líbano.

Traía de su viaje oro, y con el oro, como vamos á ver, un inmenso progreso. Hasta entonces el hombre habia cambiado el producto por el producto. Pagaba el vestido con el carnero, la armadura con el ánfora. Cada uno, en este sistema, debia necesariamente presentar el valor cambiante en el mercado. Esta teoría primitiva de cambios llevaba en sí una complicacion grande de trasportes y de gastos. El producto vivo ó fabricado, un caballo por ejemplo, ó una adarga, alejaba hasta la idea

de fraccion y de medida. El valor mayor, por lo mismo que era indivisible, no podia, sin sacrificar una parte, adquirir menos valor.

Y no es esto todo; para negociar, para colocar un género, el productor debia hallar á su lado la necesidad inmediata que correspondiera á su mercancia, y tener á su vez la necesidad que correspondiera á su cliente. De suerte que el comercio dispensioso de transporte, tardío de movimiento, pesado en un peso de falsa balanza, á falta de un comun divisor, era el cambio de lo fortuito por lo fortuito, de lo instantáneo por lo instantáneo, la inagotable variedad de lo imposible acumulada en una sola imposibilidad.

¿Qué era, pues, necesario para sustraer al cambio de esta fatalidad natural que le encerraba en el espacio y en la duracion? Era preciso descubrir una materia primitiva, universal, que encerrara preciosamente en sí, como un génio, el mayor número de aplicacion. Era preciso que esta sustancia indivisible hasta lo infinito, y preciosa hasta su última molécula contuviera el mayor valor posible, bajo el volumen más ligero para poder ser trasladado de una á otra parte. Era preciso, además, que la esencia de la riqueza fuera incorruptible, inalterable al moho del tiempo, y que hoy y

mañana, á través de los pueblos y de las edades, la mano que la llevara, la mano que la guardara, hallara siempre el mismo peso, la misma utilidad, era preciso, en fin, que toda nacion de la tierra reconociera y aceptara unánimemente el dominio único de este valor sobre todas las demás creaciones de la industria, y que por todas partes donde apareciera este producto soberano, la muchedumbre de razas bárbaras ó civilizadas, fueran á saludarle y á solicitar el cambio.

Un solo metal bastaba para este objeto, y este metal fué el oro. El más denso, el más maleable de los metales, podía por su solidez y su doctilidad, participar de todas las formas, en todas las industrias. El más difícil de destruir, el de color más brillante, podía, sin perder ninguna facultad, esperar la ocasion y tentar por su brillo la mano que no hubiera seducido por su utilidad.

La Fenicia comprendió mejor que ninguna nacion el misterio divino del oro, y por esta razon pasa por inventora de la moneda. Desde este dia, el consumidor que queria adquirir un producto, escapó á la obligacion de llevar un producto al mercado y de cambiar una necesidad actual por otra necesidad. Llevó el oro en el cinturon, y con una pieza en la ma-

no, compró el género que necesitaba en aquel momento, no hubo en la venta ni pérdida ni desfalco. El oro dividido y graduado en moneda, pagaba matemáticamente toda cantidad apreciable de valor. Nivelaba el cambio, y le ponía bajo una fórmula comun.

Y el mercader que habia cedido por no importa que cantidad de moneda, una mercancía muchas veces precaria y destructible, se llevaba á su casa esta mercancía trasfigurada y brillante, indestructible é inmortal. La obra de su industria habia pasado al oro en misteriosa metempsicosis, y habia adquirido la incorruptibilidad. El valor del producto ya consumido que habia vendido, estaba siempre allí, intacto y presente, pesado y contado átomo por átomo. Podia evocarle á voluntad, resucitarle al sol, permutarle por otro valor, gastarle, en fin, en la hora solemne de la necesidad. El oro habia nivelado el cambio, niveló tambien la necesidad.

Desde el momento en que el hombre tuvo en su mano, en una partícula de metal, el precio siempre disponible é inalterable de un consumo eventual que podia elegir á su capricho, retiró cada dia de su gasto una parte de consumo para convertirla en moneda. Conoció el ahorro. Guardó, gota á gota, miga á miga,

sobre su sed y su hambre, el gasto de sed y de hambre que pudieran ocurrir. Reunió todas las economías perecederas é insensibles, que no podian ellas solas tomar cuerpo, las transformó en granos de oro, en el crisol de su prevision, y las marcó con una efigie para siglos de duracion. La privacion añadida á la privacion habia producido el ahorro; el ahorro acumulado sobre el ahorro, produjo el capital. El capital reemplazó al ayuno, forma negativa de la economía.

Si el oro no hubiera aparecido en la tierra para retener, vivificar é inmortalizar todo producto y toda prevision humana en su propia sustancia, el hombre incapaz de economizar, hubiera devorado en la mesa hasta la última espiga de cada cosecha. El padre desheredado por el abuelo, hubiera legado á su hijo igual pobreza. Hubiera consumido sin dejar tras sí mas vestigio que el recuerdo de la necesidad satisfecha. Pero el oro, ese mensajero divino de redencion, vino á aconsejarle, mejor dicho, á enseñarle el ahorro.

Y ¿qué es el ahorro? Es el consumo posible en el presente elevado al porvenir. El consumo es el goce evocado y desvanecido en el acto mismo del goce. Posee apenas un minuto de tiempo. El ahorro, por el contrario, es un con-

sumo periódico que el tiempo lleva de generacion en generacion. Posee la perpetuidad. Conserva siempre, en su viaje á través de los años, su derecho á un goce. Pero una vez adquirido este goce, su derecho se agota, y pasa, pagado por un nuevo trabajo, á manos de otro economizador.

El ahorro ó goce sustituido, es, pues, superior al simple consumo ó al goce instantáneo de todo el intervalo que separa la inconstancia de la duracion, la gloria de la accion. La accion es la obra del momento, sepultada en el momento. La gloria es la obra duradera, que resuena en el tiempo, y en todos los siglos á la vez. El ahorro es una gloria. Es la humilde inmortalidad de cada familia. Pone los siglos en una lágrima metamorfoseada en moneda. El día en que el pobre anciano, perdido en la noche de su miseria, ha inmolado cada día una necesidad y trasformado esta necesidad inmolada en economía... ah! ese día, lo juro por el progreso vivo, ha convocado á la hospitalidad de su mesa, como si fueran sus contemporáneos, á sus hijos aun sepultados en el limbo, y á los hijos de sus hijos; ha crecido en existencia, ha entrado en la eternidad, con su óbolo en la mano.

¿Donde está el cántico de bendicion que ha

celebrado al oro immaculado, metal régio, bienhechor escondido, confidente mudo de Dios en sus designios sobre la humanidad, alma material del mundo, encarnada en el esplendor del rayo, polvo divino, chispa del sol caída en la tierra en un día de amistad con nuestro destino, que recibe en su fibra y embalsama en su incorruptibilidad cada hora de trabajo del hombre, cada hora de sacrificio, que los recibe y restituye religiosamente de padre á hijos hasta las últimas generaciones, que provoca en el corazón fuerte la sublime avaricia, de la abnegación, que da á la virtud del hogar su aureola, que abre la puerta del tiempo ante los pasos del trabajador, que refleja nuestra vida en la vida de nuestros hijos, que une con una cadena indisoluble los muertos y los vivos, y que lleva la eternidad descrita en el letrero de una moneda sencilla? Por más que busco en el labio de los poetas, el hossana de su reconocimiento cantado á su glorificación, los poetas, esos hijos predilectos de Dios han pasado al lado del oro y lo han maldito. Han ignorado su grandeza, y bajo sus dedos la cuerda de la lira empapada en esencia celeste ha producido contra él un sonido de maldición. Pero mientras el espíritu del hombre le calumniaba, su mano

más inteligente le buscaba á través del anatema.

El oro ha elevado el trabajo, acumulado sobre el trabajo, hasta su apoteosis. Ha engendrado santamente, en una mística concepcion, el capital redentor, ese mesías nacido de una privacion, de una vírgen, y por el mérito de ese hijo divino, de esa victima, ha sacado al hombre de la miseria, le ha rescatado de la servidumbre, le ha marcado con el signo de eleccion y le ha introducido en el santuario de la inteligencia.

La civilizacion fenicia habia inventado la moneda: y la industria, movilizada, eternizada en cada uno de sus productos, se habia desbordado de la estrecha clausura del lugar y del momento, sobre todos los tiempos y todos los paises. Despues de este gran descubrimiento, la Fenicia halló aun en su camino otra inspiracion que parecia la misteriosa simetria de la moneda, creó la escritura.

Hasta el dia de la escritura, el pensamiento, reducido á la voz, sin más comunicaciones, radiaba apenas fuera de la circunferencia invisible que la palabra trazaba al partir en la atmósfera. Moria donde morian las ondas del sonido. Un minuto la oia; el minuto siguiente la ignoraba. Un hombre habia hablado, la tur-

ba buscaba aun en el viento la señal del discurso. El viento habia pasado llevándose consigo el discurso á las regiones del olvido.

El orador procuraba retener la idea continuamente evaporada con su palabra. La depositaba al oido de un confidente de su génio. Para grabar más profundamente esta escritura oral sobre la página viva de la memoria, la selló en el molde inflexible de la poesía. Todo pensamiento tomaba entonces la forma del verso, la ciencia como la crónica, la legislación como la teogonía. Eran los tiempos de Orfeo y de la musa Mnemosina. El inspirado dictaba ó más bien cantaba, y el rapsodista, pendiente de la palabra del cantante, registraba la estrofa errante en su recuerdo. La obra, compuesta por este y conservada por ese como en un libro parlante, atravesaba así el tiempo pasando de eco en eco, de generacion en generacion.

Pero la memoria estaba limitada, y la ciencia, reducida á la hospitalidad de la memoria, estaba limitada tambien y encerrada en el círculo estrecho de la iniciacion, cuando un dia de gracia, el hombre siempre ansioso de espacio y de duracion, halló el secreto de notar el sonido de la voz y fijarle por un signo sobre la plancha de marfil ó sobre la hoja del

papiro. Este día el Verbo hecho carne se revistió de un cuerpo visible á la mirada. El génjo perpetuado por la letra, distribuido á la inteligencia; indefinidamente cambiabile y transmisible, habló universal é imperecederamente al género humano entero como á su auditorio. Interpeló anticipadamente desde el fondo de su siglo, la posteridad de la posteridad presente por todas partes, contemporáneo por todas partes, resucitando por todas partes, siempre que hallaba al paso en su rápida evolucion, un dedo simpático para desarrollar la hoja inmortal cargada de palabras.

El oro habia sido el lazo del trabajo con el trabajo en la duracion: el alfabeto fué el lazo del espíritu con el espíritu, y así como la moneda caida de manos del antepasado iba á través las edades á rescatar una vida de la miseria, así también la escritura volando al soplo de la historia, iba á sacar un alma de la ignorancia.

La Fenicia habia agrandado el espacio con toda la longitud del surco de sus navios, habia descubierto la doble forma de mudar la escritura y la moneda, destinada á unir las distancias. No debia sacar de la escritura todos los misterios divinos que la letra contenia en su línea cabalística, como el horóscopo

de un nuevo génio. Pero habia hecho dignamente su jornada, podia descansar. Otra civilizacion iba á regalarla al nórtel del Mediterráneo. El Asia habia abdicado la humanidad en manos de la Europa. La Grecia descubria ya encima del Cabo de Sunium su frente de mármol besada por el soplo de la mañana.

CAPITULO XIV.

La Grecia desarrollada en forma de cáliz sobre el Mediterráneo y unida al continente por la estrecha línea del istmo de Corinto, flotaba á la extremidad de Europa, como una flor abierta al soplo de las ideas que el viento arrastraba de Africa y de Asia. El espíritu civilizador que prepara siempre anticipadamente una habitacion al pensamiento, habia dispuesto admirablemente la antigua Elenia para una representacion más animada del drama de la humanidad.

Cerrada al Norte por el paso de las Termópilas, que la protegian contra la invasion, enlazada con un triple mar que la mecia al

murmullo de tres continentes, labrada por golfos que llevaban más adelante en sus inmensidades el coro de Nereidas; cubierta de montañas graciosas que arrojaban rios fáciles de atravesar, bañada por una temperatura amiga que la acariciaba con sus rayos. La Grecia era una voluptuosa sala de estudio al aire libre, donde la inteligencia abrigada y sin trabas podía soñar en paz á la sombra del laurel, y preparar bajo la inspiracion de la naturaleza una civilizacion nueva.

El hombre, rendido en Oriente bajo el peso de su desproporcion con la naturaleza, levanta aquí la frente para apoderarse cuerpo á cuerpo de su rival y someterla á su poder. La naturaleza, rebajada á su nivel y reducida á su fallo, le provoca á la lucha sin arrancarle la esperanza de conseguir la victoria.

El Asia es de limite á limite llanura ó montaña. La llanura es la letargia del suelo que apaga el pensamiento con su monotonía. Abierta por todos lados incita á la conquista, y con la conquista al hierro del despotismo. La montaña al contrario; separa la poblacion por medio de precipicios, dispersa las tribus en colmenas sobre sus cúspides, y aísla al hombre engendrando la anarquía. La Grecia, al contrario, colina y valle, á la vez, artística-

mente modelada en hueco y en relieve, dividía naturalmente su suelo en provincias, sin encerrar cada pueblo en una clausura perpetua, y combinaba así en su topografía la diversidad con la unidad.

Resistía por la contestura rota y quebrada de su suelo á la absorcion de su raza en una sola monarquía. Y, sin embargo, por la intimidad natural de todas las partes de su territorio, estrechadas unas con otras, y enlazadas entre sí, llevaba á sus ciudades esparcidas un pensamiento de federacion. Su nacionalidad movible pasaba sobre muchas naciones como la bóveda múltiple del puente sobre varios arcos.

Una mano previsora habia surtido á esta tierra elegida de todas las riquezas; habia cubierto el monte de selvas, colocado el mármol en Paros, enterrado el oro en las minas de Thasos y la plata bajo las colinas del Laurium; en fin, por una vuelta misteriosa de la civilizacion sobre sí misma, que parecia querer resumir todos los progresos anteriores en un progreso último, la Grecia reproducia territorio por territorio, cada período de la humanidad.

La Mesenia laboriosa paseaba su arado por sus fértiles tierras. La Arcadia, verde y fres-

ca, hacia pastar el rebaño que se dormía al borde del agua corriente en el sueño de un perpétuo idilio. El Ática, árida y blanquecina, inundada de la vegetación del olivo, como de una espuma lanzada del mar sobre el Himeto, labraba las olas con las proas de sus navíos.

La Tesalia, dura y guerrera, conducía su yegua al sol levante para que fecundada por el rayo, llevara un alma de fuego al combate.

Así la Grecia, por todas partes accidentalmente sombreada, regada, rodeada de un cinturón de Cícladas, sirenas flotantes en el camino de Oriente, que llamaban los navíos á alta mar, era el día de Dios, una patria activa, dramática, movible, inquieta, que por la línea flexible y ricamente articulada de su frontera, por la gracia y la paz de su naturaleza, por lo límpido de su luz, la distribución de su raza en ciudades, por la riqueza de su territorio, por la multiplicidad de sus puertos, de sus minas, de sus productos y de sus aptitudes, proclamaban al hombre con todas las voces del aire y de la tierra, al pensamiento, al trabajo, á la libertad, á la espontaneidad, á la iniciativa, á la poesía, al análisis, á la competencia, á la emulación, á la acción y á la reacción de cada uno sobre todos, y de to-

dos sobre cada uno, á la diversidad y á la originalidad de inspiracion.

La raza habia sido, en la antigua Grecia como en la India, como en Egipto, como en todas partes, la forma primitiva rigurosa de la sociedad. Y, en efecto, para alimentar una nacion, es preciso tal ó tal suma de fuerza muscular gastada en el suelo y convertida en subsistencia. Cuando la civilizacion naciente deletrea aun la primera línea del prefacio, que tiene aun que conquistarlo todo en la naturaleza, el campo, la casa, el camino, el hacha, el arado, el rebaño, la colaboracion del cuadrúpedo, el inmenso cuerpo que ha de suplir al músculo invencible de su creacion y de su industria, entonces la obra humana infatigablemente prodigada sobre la tierra, del viejo al niño, basta apenas para alimentar la ciudad. Todo el tiempo que esta obligacion del trabajo universal hubiera empleado á cada uno hasta el último minuto, la humanidad hubiera vivido entre gemidos, con la frente inclinada hácia la tierra.

Pero el hombre no prepara dos veces su campo, no marca dos veces su camino, no planta dos veces su olivar, no edifica dos veces su casa. Sin embargo, al fin de cada siglo, el gasto de trabajo hecho producía un

ocio á la nueva generacion. Esta nueva generacion traduecia este ocio en pensamiento. La historia era una continua metamorfosis, hombre por hombre, en las clases pensadoras, de todas las obras acumuladas hora por hora en la sociedad.

Esta herencia que los muertos dejaban á los vivos, siendo en un principio muy reducidas, el número de almas inteligentes era tambien escaso. La casta marca esta fecha del progreso. En esta civilizacion, aun rudimental, una minoría imperceptible podia únicamente pensar; el resto trabajaba bajo la seguridad de esta eleccion.

La Grecia organizó primitivamente la sociedad en cuatro clases invariablemente designadas por su nacimiento para ciertas funciones. Teseo dividió los habitantes de la Ática en Eumolpides, hombres del sacerdocio; en Eupatrides, hombres de guerra; en Giomoros, hombres de la tierra, y en Demiurgos, hombres de oficio. Concentró esclusivamente el poder en manos de los Eupatrides, y la eleccion de los hierofantes (1) en las de los Eu-

(1) Sacerdotes que presidian los misterios de Eleusis.

(Nota del Traductor.)

molpides. Cerró la ciudad á las otras dos clases, y les rehusó la dignidad del sacerdocio.

Pero la ola siempre ascendente de la actividad humana, y la actividad de la riqueza levantaron de entre la muchedumbre excomulgada y tenebrosa, mayores comodidades, y con ellas más iniciados en el pensamiento. La casta, sumergida por todas partes, se hundió al estrépito de las revoluciones. La democracia introdujo mayor número de elegidos para la soberanía, y esparció la religion en un número mayor de inteligencias.

La humanidad creciente en poder, agrandó el limite estrecho de la sociedad, y trasformó la casta en esclavitud. Pero la esclavitud era, en comparacion de la casta, un sistema de desigualdad reducido á la mitad, y bajo este concepto, era un progreso.

La ciudad griega tenia en la plaza pública un contadoral aire libre, el peribolo donde los hombres vendian á los hombres. Los mercaderes presentaban artísticamente sus géneros á la mirada, los señalaban con una varita, alababan cada cabeza en voz alta, dándole un nombre prestado, impersonal, y comun á todas las demás cabezas de aquel rebaño.

Cuando el esclavo comprado en el peribolo, entraba por primera vez en casa de su amo,

iba á sentarse en la piedra del hogar. La madre de familia vertia sobre su cabeza una cesta de higos y bollos, murmurando esta fórmula: «Que Dios sea bendito, y que este gasto no sea perdido.» Despues de este bautismo de servidumbre, le daba un cinturon de tela, un gorro de cuero, unos zuecos, y le enviaba á la cuadra humana á dormir con el resto del rebaño.

Desde entonces era el esclavo de la casa, es decir, un no sé qué, un instrumento, un pedazo de carne, un miembro ambulante, animado por otra voluntad, agitado, movido por el mandato, inerte, pasivo, muerto para la reflexion y la resolucion, con bozal cuando servia á la mesa, azotado cuando desmayaba en el trabajo, encadenado cuando olvidaba la consigna, marcado en la frente cuando huia, arrastrado, en fin, al muladar cuando moria.

Arrojado por la filosofia, de las filas de la humanidad, no era más que un cuerpo á los ojos de la legislacion. Este cuerpo no tenia más que un derecho, un modo de existir, comer y servir. Amaba por cuenta del amo, si eso puede llamarse amar. Su cópula pertenecia á otro hasta la última generacion.

Comprado, vendido, cedido, dado, legado, cogido, trasmitido, como cualquier otro mue-

ble de la casa, perpétuamente llevado de un capricho á otro, obediente por naturaleza, era incapaz de toda distincion entre el bien y el mal, la verdad y el error. Cuando el juez le llamaba de testigo, le aplicaba el tormento, porque el esclavo era un cuerpo; el dolor únicamente, esa voz de la materia podia hacerle gritar la verdad.

Su destino no tenia treguas; su mirada no tenia esperanza. Únicamente podia salir de la servidumbre por la muerte, es decir, por su vuelta á la nada; porque no habia alma en el esclavo, y por consiguiente, ni un Dios que esperase esta alma á las puertas de la inmortalidad.

Debía necesariamente llevar, desde la infancia á la agonía, á la sombra ó al sol, el peso de todos los trabajos; en el campo: labrar, sembrar, plantar, segar, guardar el rebaño; en la mina: extraer el metal, llevarle, fundirle, labrarle, pulimentarle; en la ciudad: edificar, fabricar, serrar, cincelar, torneear, tejer; en el hogar: barrer, moler la harina, calentar el horno, cocer el pan, acompañar al amo á paseo para llevarle durante el dia el quitasol, por la noche la linterna. Servia para todas las necesidades y placeres de la casa. La matrona ateniense ya ajada por los años, hacia sentar

á su lado dos brillantes esclavas, compradas en el períbolo, para adquirir á los ojos de su marido una belleza de reflejo.

El Estado tenia tambien como un particular, sus esclavos de ambos sexos, dedicados á los placeres de la ciudad. Solon dió á la ciudad de Atenas cuatrocientas esclavas jónicas, que enseñaron á la juventud la ciencia ardiente que habian aprendido en el voluptuoso seminario de Mileto.

El magistrado votaba el dia del peligro una jóven á Venus. Esta hecatombe, adornada de collares, vivia bajo la proteccion de la buena diosa. Tomaba en su servidumbre sagrada el nombre de sacerdotisa, de *hierodula*. Tenia en la fiesta su puesto marcado en la liturgia. Llevaba la cesta en la procesion, y presentaba al ídolo la ofrenda de los fieles.

La mujer esclava podia alcanzar, por la profanacion de su belleza, esta apariencia de redencion. En realidad cambiaba de servidumbre; la esclavitud de la domesticidad por la de la crápula. El hombre esclavo, al contrario, vivia unido á la piedra de la muralla, por un anillo más duro que el bronce. Apenas podia esperar el avaro favor de una manumision. Pero esta era una loteria destinada á engañar al esclavo, una hipocresia de libertad, la liber-

tad bajo tutela, la cautividad bajo palabra, dulcificada solamente por el privilegio de ir y venir.

El manumitido debía elegir su domicilio, próximo al del patrono. Su patrono conservaba sobre él una parte de su poder. A la más leve infracción del deber de la clientela, podía intentar la acción de la apostasia. La apostasia volvía á hundir al manumitido en la esclavitud.

Y, sin embargo, este hombre maldito y réprobo hacia de su sufrimiento y humillación la inmortal y brillante civilización de Atenas. La sombra gemidora del esclavo, vaga continuamente al rededor del friso roto del Panteon, reclamando la parte de mérito que le corresponde en la obra del genio. Paguémosle esta parte en compasión y bendiciones. En el momento severo de su pobreza, ha tomado á su cargo el trabajo mayor; ha restituido así á más gente elegida la facultad del pensamiento, ha introducido en la escena de la historia la democracia de la inteligencia.

La casa ateniense, gracias á su abnegación forzada, no era ya la habitación primitiva del siglo de Homero, únicamente compuesta de una gran pieza, donde estaban amontonados, y en el mismo terreno, el ánfora, la copa, la

lanza, las provisiones, la mesa, el lecho nupcial, y la piedra del sacrificio. La vida humana habia crecido en fuerza y extension: dilatada á medida de su nuevo círculo el pliegue de su cinturón.

Su habitacion estaba edificada en forma de claustro, que se extendia al rededor de un patio refrescado por una fuente, ó por una cisterna. Este patio estaba rodeado por una galería abierta, que ofrecia á los paseantes, segun la estacion, sombra ó sol. Una larga serie de celdas, independientes unas de otras, y cerradas por una cortina, desembocaban en la galería. La mayor de ellas era la sala del festin.

Allí brillaba en todo su esplendor, colocados por su órden sobre el évano y el ciprés, la numerosa constelacion de vasos de oro y de barro, de variadas formas, de contornos armoniosos, que, cincelados ó pintados, contaban á la mirada, con sus obras maestras, la historia de un héroe. Encima de este firmamento del arte, la *clépsida* (1) brotaba gota á gota, marcando con la caida del agua, la caida del minuto.

(1) Relój de agua.

La civilizacion habia tomado la sombra muda é insensible para medir la hora pobre y confusa de la primera ciudad; ahora tomaba el movimiento y el ruido para medir la hora más llena y más viva de la humanidad.

El cuarto donde habitaba la mujer, el gineceo, estaba relegado á la extremidad de la casa. El marido llevaba allí á la mujer solemnemente sobre un carro, el dia de la boda, y quemaba en seguida el eje. La leccion era clara á pesar de la alegoría. La mujer no debia atravesar el dintel de la casa nupcial, donde acababa de entrar.

—Escucha, le decia al dia siguiente su marido: siéntate á mi derecha, y oye de mi boca cuál es tu deber. Despues de haber deliberado, yo por mí, y tus parientes por tí, te he elegido, así como los tuyos me han elegido. Desde ahora formas parte de mi existencia.

—Hé aquí lo que has de hacer:

Te levantarás todas las mañanas con la aurora para despertar á los esclavos, les distribuirás trabajo, los vigilarás, arreglarás los muebles de la casa, sacudirás el polvo de mis vestidos, amasarás con los brazos desnudos la flor de la harina para conservar con este ejercicio el vigor de tu juventud; te acordarás en fin, que la oscuridad es tu destino. Tu glo-

ria consiste en vivir desconocida, has nacido en el misterio, tu vida pertenece al olvido.

Condenada así á la reclusion y á la oscuridad, muda y desconocida, la mujer libre de cuerpo, y esclava de alma, era una transicion viva entre la libertad y la servidumbre. Espulsada del festin y del espectáculo, ignoraba el arte, la música, la escritura, la poesia. Su vida silenciosa y monoton pasaba bajo la espesa bóveda del gineceo, como el agua subterránea, ahogando su murmullo. No tenia intimidad ninguna de corazon y de pensamiento con su marido.

—Dime, ¿hay una criatura bajo el sol, preguntaba el filósofo al ateniense, que esté más intimamente unida á tu existencia que tu mujer?

—No.

—¿Hay tampoco una criatura á quien dirijas ménos la palabra?

—No, respondia el ateniense.

Esta respuesta traduce con esta sola palabra, la melancólica viudez de la mujer en el gineceo. Vivía separada del pensamiento de su marido por un abismo tan profundo como la tumba. La diosa guardadora de su hogar, era la Venus casta, representada con un pié sobre la tortuga, apoteosis místico de la inmo-

vilidad. El epitafio grabado sobre su tumba era unas bridas, glorificacion póstuma de la taciturnidad. En fin, el alma del cobarde pasaba á un cuerpo de mujer á la segunda transformacion.

Y, sin embargo, á pesar de esta injuria hecha á la naturaleza, la mujer habia crecido en dignidad. Pertenece á un solo marido. Su parte de influencia no estaba reducida á toda la parte que la esposa múltiple de la poligamia, adquiria en la familia. Tenia exclusivamente la administracion del hogar; practicaba la prevision, mandaba al esclavo, al mandarle practicaba el aprendizaje de su voluntad, y en fin, por la noche, inclinada sobre la cuna de su hijo, meditaba con más firmeza de corazon en el porvenir.

Pero á medida que la esclavitud creaba en la clase libre mayor suma de ocio, que acababa por resolverse siempre en inteligencia, esta clase más instruida, más ideal, quiso hallar, á través de la distraccion de los sentidos, la voluptuosidad del pensamiento; dividió la mujer en dos mujeres enteramente distintas en educacion y destino. Todo hombre notable por sus obras ó riquezas tenia dos compañeras, una para su casa, otra para la intimidad.

Esta nueva esposa exterior era la *hetaria* (1), la cortesana. La hetaria nacia á la vida intelectual sobre una litera florida, en medio del caos de los amores. Su alma salia de este abismo, como Venus sacudiendo la espuma. Rompia el sello puesto en su palabra, brillaba con genio, inspiraba y exaltaba el arte y la ciencia. Sábia é inspirada ella misma, escitaba tambien la admiracion; la gloria la despojó de su degradacion y de su indignidad. La Grecia la dió asiento en sus fiestas y en sus banquetes, la reconoció una vida pública, una magistratura de influencia.

El aceite perfumado de la lámpara ardia de tripode en tripode al rededor de la sala del festin. La gloria de la Grecia, pleyada viva, brillaba en circulo en torno de la misma mesa. Este, con la imaginacion llena de formas, copiaba en su pensamiento, el bajo-relieve que la sombra del esclavo proyectaba en la pared. Aquel, velado por una nube, levantaba en su mente el arma trágica del destino para herir á un héroe. El otro, ensimismado, escuchaba re-

(1) Esta palabra viene del griego *Etaira*, *as*, y significa amiga, querida, cortesana. A Venus se le daba tambien este nombre. En la dificultad de hallar la palabra castellana, hemos castellanizado la griega.

(Nota del Traductor.)

ligiosamente, con los ojos bajos una voz interior que le hablaba. Otro, en fin, con la frente llena de un éxtasis supremo, heria la tierra con el pié, para que su alma subiera á Dios en alas de la idea.

Una mujer presidia este cenáculo de inmortalidad, sentada sobre un trono de ébano incrustado de plata, con toda la gracia, en todo el lleno de su hermosura, la cabeza muellemente inclinada, el brazo apoyado sobre una lira de marfil. La cinta voluptuosa que ceñia sus cabellos, caia con la rosa deshojada, y descansaba sobre los pliegues de su pecho.

Aspasia acaba de cantar al genio griego, personificado en su amante, sentado á sus piés, el himno ardiente de Safo. La estrofa vaga en sonrisa sobre los lábios aun palpitantes del beso de su amado. Su pecho, levantado por la inspiracion, palpita como el ritmo vivo del himno, bajo el velo de púrpura más aéreo que el vapor. Su dedo distraído impacientemente por la lira, arranca á la cuerda la última armonía. Sigue melancólicamente bajo el techo, con la mirada lánguida, el eco gemidor de un pensamiento. El viento fresco, cargado de los perfumes del Himeto, murmura sordamente en los pliegues de las colgaduras. Las bailarinas, inmóviles, con la mano apoyada sobre

el hombro de su compañera, esperan la señal de la flauta, coronada de violeta.

El amante silencioso, exaltado hasta la fibra de su alma, inclina la cabeza sobre el pecho de la musa ardiente, y aspira á grandes oleadas el perfume de su aliento. El arte griego ha nacido de este beso. De la union misteriosa del alma del hombre y del alma de la mujer, de Eros y Psiquis, salió una belleza nueva, fuerte como la virilidad, graciosa como la languidez.

CAPITULO XV.

La geografía de Grecia pasó como la metempsicosis del suelo en su religion. El hombre no veia, en esta tierra admirablemente equilibrada para su fuerza, ningun presentimiento de lo infinito. Ni un rio grande como un estrecho, que luchara ola contra ola con la marea, ni una montaña cortada para el pié de los gigantes, que suspendiera su balaustrada de nieve de estrella á estrella. Ni de un huracan que amagara las cataratas del diluvio en-

cerradas en las nubes, ni un trueno que retemblara por la atmósfera, como el hundimiento del universo.

Una vida monstruosa no detenía el pié del pasajero, bajo la forma colosal del elefante, del hipopótamo, del cocodrilo y del rinoceronte. Perdido en medio de la inmensidad, ahogado por el sentimiento de la desproporción, el drama había divinizado la naturaleza; y para traducir á la mirada esta confusión del mundo y de la humanidad, había representado á Dios bajo las formas mezcladas del hombre y del animal.

Pero á orillas del Ilisio, el nuevo civilizado dominaba la naturaleza desde toda la altura de su genio; la sujetaba, esclava halagadora, adormecida sobre sus rodillas. La naturaleza estaba vencida. La fuerza de las fuerzas era la humanidad. El antropomorfismo destruyó el panteísmo. La divinidad despojó la figura del símbolo para revestir exclusivamente el tipo humano.

El dios de Grecia, vivió como el hombre, gastando hora por hora su vida en el juego, en el canto, en el amor, en los banquetes; tenía la primera virtud del hombre, la fuerza y la agilidad; andaba por el aire, jugaba con las montañas, era en fin, el hombre en todo, pero

el hombre llevado á la exageracion, amplificado en el tiempo y en el espacio. Cubria con la sombra de su cuerpo siete yugadas de tierra, y sin ser precisamente eterno, porque la Grecia no concebía la inmortalidad, tenía ante sí una inmortalidad relativa de siglos.

Había edificado su cielo sobre el Olimpo, á algunos pasos de altura, para tocar al hombre á cada momento. Le hablaba en las sombras de la caverna, mezclaba su sangre á la del hombre, le comunicaba su longevidad, su rapidez, su invulnerabilidad, la apoteosis de la estatura. Daba á Orestes siete codos de altura. Ponia la velocidad de la flecha en los piés de Aquiles.

Diverso y múltiple, era un dios diferente en nombre y atributos segun los pueblos de Grecia y las provincias del universo. Uno administraba el trueno, otro el infierno, otro el mar, otro el sol. Este era el dios de esta tribu, aquel el de esa ciudad. Todos seguían desde lo alto de los aires el ejército de sus clientes, y luchaban juntos, dios contra dios, diosa contra diosa. En una palabra, la divinidad de Homero era la Grecia idealizada, trasladada á algunos piés de tierra sobre una montaña. En esta federacion celeste, el Júpiter Panhelenio ejercía la misma atribucion de unidad que el consejo

de los amficiones en la alianza de las repúblicas.

Dios era eminentemente finito, tangible á la mirada, la Grecia desarrolló, sobre todo en el arte, la cualidad distintiva de lo visible, de lo finito: la medida ó por mejor decir el arreglo, introdujo el número y la medida por todas partes, no solo en el baile que es la postura del cuerpo rimada, no solo en la música, que es el sonido, sino tambien en la ley, en la ciudad, en la escultura y en la arquitectura. Sometió la sociedad entera á una nomenclatura rigurosa donde la misma cifra aparecia siempre.

Esta cifra servia igualmente para contar los dioses, los tiempos, las famas, las tribus y las subdivisiones de las tribus. Habia nueve Musas, nueve poetas líricos entre los hombres, nueve entre las mujeres. El coro trájico ú cómico se componia siempre del mismo número de cantantes arreglados en círculo sobre el teatro.

Una sábia geometría abrazaba hasta los menores pliegues de la civilizacion. Todo era simétrico, todo medido. La arquitectura tenia tambien sus cánones, ó medidas escritas tan rigurosamente como en una liturgia. La escultura tenia tambien sus cánones misteriosamente escondidos en la escuela de los esta-

tuarios. La calle misma estaba regulada. Hipodamo de Mileto formuló el primero la matemática sagrada del camino.

En una sociedad tan cadenciosa, tan sometida á una inmensa prosodia, desde la palabra hasta la piedra de la casa, la educacion era una iniciacion á la simetria, á la medida. La Grecia enseñaba esclusivamente á la infancia la gimnasia, que era la ciencia del ritmo apropiada á los movimientos del cuerpo humano, y la música, que era la armonía universal de los distintos conocimientos del espíritu humano.

La gimnasia abrazaba todos los ejercicios del baile, de la lucha, del andar, de la pasion. El guerrero debia desplegar la gracia de los gestos que habia aprendido en el gimnasio, al morir en el campo de batalla. Cuando un soldado habia combatido con valor, la Grecia decia que habia bailado bien. Sujetaba á este ritual de una pantomima arreglada, los movimientos más espontáneos, los más líricos de la pasion; tenia en algunas de sus ciudades escuelas de seduccion, en las que se enseñaba á las niñas las sábias languideces de la Jonia: en fin, en los juegos públicos se adjudicaba un premio al beso más melodiosamente dado.

La música abrazaba en su definicion múltiple, todas las artes que caian bajo la aplica-

cion de la proporcion y de la medida. Era una especie de iniciacion espiritual que insinuaba en la sensacion aun maleable y plástica del niño, el número y la armonía, y le preparaba insensiblemente al sentimiento de la justicia y de la belleza. A los cantos se les llamaba leyes como si entre la política y la música, en las ideas de la antigüedad hubiera una misteriosa sinonimia. Orfeo era el primer legislador de la antigüa Helenia.

Asi el canto y el baile, formaban bajo el nombre de *corea*, la educacion completa de la juventud. El uno perfeccionaba el cuerpo, el otro el alma. Toda figura, decia Platon, que espresa las buenas cualidades del alma y del cuerpo, sea en ellas mismas, ó en su imágen, es bella é inspira la belleza.

Esta predisposicion musical, matemática, brotaba del alma griega á la arquitectura. La arquitectura era una sucesion de líneas sencillas y armoniosas, encerradas en los mismos periodos, y sujetas á las mismas cadencias. Despreciaba la complejidad, la multiplicidad de las combinaciones, limitaba su genio, á algunas melodías invariables de formas que reproducia infatigablemente en los edificios. El templo era un himno sagrado que las rapsodias repetian por todas partes.

Estaba compuesto, de un stilobato, de un peristilo, de un fronton y de un entablamento. Las piedras estaban arregladas entre si, con la inflexible regularidad de la poesía. Una medida misteriosa regulaba la relacion del diámetro con la altura de la columna, y la del chapitel con el entablamiento. Por ninguna parte, un golpe de cincel escapada á la armonia matemática de esta uniformidad. La inspiracion del arquitecto estaba siempre modulada, calculada, para agradar á las almas simétricas, adolescentes, pacificas, cargadas de un corto número de sentimientos. Ninguna línea imprevista ó apasionada venia á embañar la mirada, á inquietar la imaginacion. El templo admirablemente proporcionado en todas sus partes, y bañado en luz en todos sus contornos, se destacaba sobre la limpidez de la atmósfera, radiante de claridad y sencillez.

Pero la arquitectura no era más que la raiz del genio ateniense. La flor de este genio debia brotar en la escultura. La escultura sola, en efecto, refleja maravillosamente la naturaleza de la Grecia y de su religion. La Grecia estaba como hemos visto, dividida en varios estados, y su teologia en varias divinidades independientes. La estatuaria, necesariamen-

te limitada en su espresion y su materia, era la lengua predestinada á espresar figuras aisladas y episodios limitados á algunas figuras. Despues tenia el privilegio esclusivo de la representacion de la divinidad: el ídolo era una estatua, porque la estatua podia únicamente justificar esta creencia de los antiguos, que el dios invocado asistia corporalmente á la piedra.

La escultura era una especie de resurreccion para el mármol que la Grecia decretaba á sus grandes hombres y á sus héroes. El espíritu de analogía debia darle para personificar actos ó nombres inmortales, tanto más cuanto que empleaba las materias mas incorruptibles y más resplandecientes de la idea de la inmortalidad. Era la belleza suprema, ideal, que juzgaba y comparaba consigo como con una medida comun, todos los demás géneros de belleza. Cuando la admiracion pública queria ponderar una obra maestra en poesia la comparaba á una estatua.

La escultura es, pues, el alma griega presentada á la mirada y espresada en toda su gracia y candidez. Por eso, á medida que Atenas, más plástica que religiosa, sustituyó el arte al culto, ó más bien elevó el arte á culto, abandonó la estatuaria cargada de colores

y de telas, imitacion tradicional, reminiscencia hierática de los ídolos, para unirse más al mármol, que reviste las formas de un esplendor dulce y velado, que las idealiza, las presenta como á través del vapor aéreo de un alba llena de serenidad. El mármol permitia al espectador por su brillo uniforme, seguir la línea ondulante de la estatua al través de sus armoniosas reflexiones, despojando la vida de su color, para no enseñar más que el ejemplar divino vaciado en un rayo pálido.

El Paros animado, inspirado por el hombre, inmóvil y tranquilo por naturaleza, refractario á la accion y pasion, formuló únicamente en la estatua, una melodía visible de líneas suaves muellemente desplegadas en gestos y contornos; radió la pacífica majestad de la belleza fisica en su pura abstraccion, en su pura esencia, representó bajo una desnudez brillante, la apoteosis del cuerpo humano.

La escultura era la más alta espresion del genio voluptuoso de Atenas embriagado por el beso de las hetarias. Celebraba esta forma exterior del hombre tan espléndida que la Grecia la habia revelado á la mirada de la divinidad. No puedo ver un jóven sin admiracion, decia un filósofo, porque mis ojos se dirigen al Antíloco como hácia un astro.

La civilizacion helénica no era más que la perpétua glorificacion de la gracia, de la belleza, de la voluptuosidad, de la poesia material, de la felicidad. Vivía sentada como en un largo panegirico, en medio de las flores, de los juegos, de las flautas, de los bailes, de los coros, de los himnos y de los suspiros de amor. La tragedia misma con sus crímenes y asesinatos llega á nosotros al través del tiempo, de ola en ola sobre ecos de fiestas, en medio de perfumes. Harmodio tenía su puñal escondido bajo un ramo de mirtos, como un sueño de muerte bajo una sonrisa. Sócrates esperaba para morir la vuelta de la teoría, y el último suspiro del Cristo ateniense, subía á Dios con el ruido de las olas del Pireo. La justicia no vertía sangre por miedo de turbar sobre las facciones del culpable, la paz de la fisonomía. Le presentaba la muerte en una pocion de sueño. Focion no era ya más que un cadáver helado por la cicuta, cuando unos jóvenes atenienses que volvían á caballo de una fiesta nocturna, coronados de flores y al compás de las chirimias, detuvieron sus caballos á la puerta del hombre de bien, y colgaron de ella sus coronas.

La belleza siempre, hasta bajo el sudario, era la poesia y la pasion de Atenas. La ciudad

artista queria ver continuamente brillar su imágen. Escitaba en todas sus tradiciones y en todas sus fiestas, su tentacion en el alma. Paseaba á la bella Mnesareta, desnuda y con el cabello flotante á orillas del mar, para dar á la muchedumbre una representacion del nacimiento de Venus. Cuando la jóven desposada, coronada de flores de sésamo, iba á entrar en el lecho nupcial, sus compañeras le presentaban una estatua de Atenas cubierta de violetas, á fin de que concibiera en el espectáculo y en el sueño de la belleza.

Pero la belleza, era para los griegos, la belleza musical sujeta á las condiciones del ritmo y de la simetría. El ritmo, en la escultura era el tipo; el tipo variaba segun el personaje. Habia el tipo de Hércules, de Apolo, de Júpiter, de Palas, de Baco, de Sileno, de Fauno, de las dos Venus, y, en fin, de todos los héroes, de todos los poetas. El tipo, una vez fijado, era inviolable para el escultor.

La escultura era la forma soberana de arte que despertaba en las almas la más profunda simpatía. La pintura era más humilde, estaba relegada á las puertas de la religion. Repetia timidamente, con el pincel en la mano, la belleza puramente plástica de la estatua. Destituída del derecho de representar en el templo á

la divinidad, marchó con la frente baja siguiendo los pasos de la escultura. Sirvió para iluminar el bajo relieve por medio del color. La escultura habia creado ya sus obras maestras y ella balbuceaba aun sus primeros inventos.

El hermano de Fidias no habia podido dar espresion á los combatientes en su cuadro de la batalla de Maraton. Polygnoto, algunos años despues, hizo una revolucion en la pintura, únicamente por haber entreabierto la boca á sus personajes. Apolodoro completó á Polygnoto inventando la sombra, es decir, la ciencia entera del modelado. En fin, la pintura siempre *monocroma*, como para marcar la uniformidad de la estatuaria, y demostrar su indiferencia respecto al color, su vida, su alma, su cualidad distintiva, su lenguaje entre todos los lenguajes, vino tarde, anduvo lentamente y alcanzó su pleno crecimiento, en la época de Alejandro, á la misma hora que el arte griego, sin inspiracion, iba á pasar.

La Grecia, eminentemente matemática en todo, aplicaba la ley del número á la tragedia. La tragedia era, propiamente hablando, una solemnidad religiosa celebrada en medio de plegarias y de perfumes. El poeta trágico, poeta y sacrificador á la vez, desarrollaba su ac-

cion más allá del mundo conocido en la fúnebre region del misterio. La daba á representar, para más ilusion, á un actor que habia despojado al hombre, y revestido con el coturno y la máscara, una estatua y una figura fuera de la humanidad. Representaba la lucha grandiosa de Dios y del hombre llevada á su mayor grado de poder en el heróe. Ponia el interés del drama únicamente en la sublimidad del ser que heria y de la víctima herida. Recordaba armoniosamente, bajo una forma poética, la antigua ley del sacrificio, borrada por el progreso de la civilizacion. Evocaba la voz moribunda de la teología pasada, que media segun la miseria de la raza la grandeza de la divinidad.

El teatro era, pues, un curso dramático de moral religiosa en accion, un diálogo de alma humana con ese *fatum* misterioso que lleva en sus manos nuestro destino. Y á cada entreacto, el coro venia á significar al espectador por el carácter de la máscara y por la voz del oráculo, la respuesta del Dios terrible, hecha á la pregunta temblorosa de la conciencia.

La Grecia, sometida á su métrica hasta en el dolor, imponia á la tragedia el mismo sistema que á la poesía. Los actos y los coros iban y venian arreglados y fijados con anticipacion como las horas en un cuadrante. Porque, y no

nos cansaremos de insistir sobre esta idea, el genio de la Grecia, era el genio del número, el genio del ritmo, que clasifica, que caracteriza lo finito. Por eso en el corto espacio de unos siglos, desarrolló infinitamente la ciencia de la relacion, y de la extension. Perfeccionó la aritmética y la geometría sepultadas é inertes en las catacumbas de los santuarios de Egipto. Descubrió por segunda vez, esos instrumentos abstractos de la inteligencia del hombre sobre la naturaleza. En la primera embriaguez de esta conquista llegó hasta á colocar la cifra sobre el altar, de manos de Pitágoras. En fin, llevó el número hasta el raciocinio, inventó el silogismo.

Tal fué la colaboracion del pueblo griego en la propaganda del progreso. Arrojado, digámoslo así, en el eden del pensamiento, limitado por todas partes, libre del panteismo confuso de la naturaleza, libró tambien el espíritu humano. Hizo para siempre la parte de lo finito. Descubrió la ley de la proporcion. Produjo el elemento de la belleza. Creó la escultura, la cerámica, la pintura, la oda, la comedia, el baile, la música, y despues de crearlos arrojó sobre sus triremes (1) estos moldes di-

(1) Galeras de tres órdenes de remos.

(Nota del Traductor.)

vinos, estos ejemplares imperecederos de lo bello, y fué á llevarlos al compás armónico de sus remos, á todas las playas del Mediterráneo. Y despues de haberlos depositado, hasta donde el aire llevó sus velas, en las olas, en las ciudades de Africa y de Europa, sintió que su obra estaba concluida y que habia llegado su hora. Como la palmera en su gloria, habia abierto sus flores al sol. Una brisa habia recogido al paso la semilla y la habia esparcido por el espacio. Y ahora que su vida pasaba á otros climas, moria.

Llevaba en sí el castigo de la soledad, por no haber querido entrar en comunidad política con las demás naciones. El extranjero era siempre á sus ojos el bárbaro, no conocia otra relacion internacional con él que la esclavitud. Semejante al colono inesperto de las primeras edades que iba siempre derribando los árboles de la selva, ensanchaba indefinidamente en torno suyo, el desierto. No supo hacer, ni un poder, ni una familia, de todas las diversas razas esparcidas por las fronteras. No pudo alcanzar en su propio suelo la unidad, para realizar más allá de sus límites, una unidad más poderosa.

Y cuando Alejandro, el heredero universal del alma griega, condensada y ardiente, quiso

por el irresistible deseo de la vida siempre solicitada en el exterior, penetrar más en el espacio, reunir todas las familias, fundar antes de tiempo la humanidad, buscó en vano el camino del destino; marchó hácia Oriente al revés que el sol, abrió el Asia con la punta de su espada, la atravesó de un salto sobre el canto de triunfo, sembró las ciudades al paso, borró los límites con su planta, llamó á las razas en torno suyo, esparció las ciencias de la Grecia al viento, como las voluntades de Dios, al ruido de los imperios que se hundian, arrojó las viudas de Persia en brazos de sus capitanes, se desposó con las reinas de la vispera caídas en su botín, celebró día y noche sobre su lecho las bodas de los dos continentes, tomó el traje de los vencidos para hacer la paz con la derrota; lo probó todo, lo agotó todo, la fuerza, la astucia, la gloria, la supersticion, la voluptuosidad, la simpatía, bajo la inspiracion de una idea desconocida, gigantesca, la de fundir todas las almas en una sola, todas las naciones en una patria, y arrastrado por el invencible deseo de su aspiracion, fué de este modo á orillas del Indo, siempre crédulo, siempre engañado, viajero de una quimera, obrero de un imposible. La ola de pueblos, abierta por su espada, volvía á unirse bajo sus plan-

tas. El suelo movible devoraba tan rápidamente la señal de sus piés, como el Océano devora la espuma del surco de los navios. Genio más grande que el universo que él queria convertir, segun su pensamiento, y que no queria comprenderle: vencedor y nunca dueño, condenado á no poseer más que el terreno que pisaba en este mundo que habia conquistado, irritado de esta injusticia, ó más bien de esta resistencia de la fortuna á su ambicion, hirió con el sordo furor de los ejércitos á los ejércitos, y por la tarde despues del combate, volvía solo á su tienda y leía un canto de la Iliada.

Comprendió que habia equivocado su camino, que habia marchado en sentido inverso de la civilizacion. Volvió sobre sus pasos, con las manos cargadas de inútiles victorias. La impotencia de Grecia cayó sobre su corazon como ola de melancolía. Sintió anticipadamente como una profecía fúnebre del engaño de su destino. Habia creído poseer el mundo, por que le habia atravesado como un relámpago, y el mundo se le escapaba, no habia conquistado más que el vacío á fuerza de batallas. Se refugió, para huir de la persecucion de este pensamiento, en no se qué apoteosis. Y cansado de la embriaguez de la gloria, se volvió con

desesperacion á la voluptuosidad. Espiró con la copa en la mano sobre la púrpura de Babilonia, sueño heróico de la juventud de la humanidad. Y al morir, como debia morir la civilizacion de la belleza sensual, en una orgía, entrevió sus funerales detrás de su ataúd. En efecto, el mundo griego estaba agonizando.

Y sin embargo, el sublime aventurero habia llevado á cabo una obra inmensa. Habia esparcido el alma griega, con la mano de la victoria, por toda el Asia occidental, y preparado por la unidad de la lengua, otra unidad aun sellada bajo un tabernáculo de la Judea. Alejandro ha sido en Oriente el precursor armado de Cristo, como César lo fué despues en el Occidente. El uno ha abierto la escena del cristianismo griego, el otro del cristianismo latino.

CAPITULO XVI.

La civilizacion, al salir de Grecia, dió un paso más y se acampó hácia la parte de Oeste.

La Italia era, como la Grecia, una península, arrancada y unida á un tiempo, á los

otros pueblos por el Mediterráneo, que le servía á la vez de camino y de frontera. Estaba aislada, sin estar cerrada. Esta larga calzada de tierra, que se extendía desde los Alpes á la Sicilia, entre dos mares, tenía dos fachadas: una abierta á Oriente; otra á Poniente. Como la simbólica figura de Jano, miraba por un lado el pasado por otro el porvenir.

La civilización oriental había arrojado numerosas avanzadas al Este, al Oeste y al Mediodía del Mediterráneo. Siracusa, Cartago, Marsella, Cádiz, Tarento, brillaban en el horizonte de Italia. Roma salió del cráter apagado de los volcanes, en medio de estas colonias para dar su nombre á una nueva humanidad. El Capitolio era el punto á donde convergían todos los rayos de las civilizaciones que brotaban de todos los puntos de la circunferencia. La vida la envolvía por todas partes como para desafiarla á que extendiera su poder en el espacio. La victoria le pagaba en vitalidad el ciento por uno de la suma de fuerza que gastaba en conquistas.

La Grecia había buscado en su obra la división, la diversidad, la determinación, el análisis, la medida, la simetría. Debía arrancar al hombre del gigantesco abrazo de la naturaleza, restituirle su personalidad, su libertad de ac-

cion. Habia sido en medio de la confusion del panteismo del Asia, una revindicacion brillante del yo humano, exclusiva y fragmentaria en sus obras como en sus teorías, rechazó los demás pueblos y murió en el aislamiento.

Roma, al contrario, heredera de todos los progresos y de todas las ideas bienhechoras que la Grecia habia traído al mundo, desarrolló la civilizacion en sentido inverso, é inauguró en el mundo una política de asimilacion y de simpatía. Quiso hacer del mundo una sola nacion.

El cosmopolitismo fué su genio. Desde los primeros días, fué una tierra de asilo. Unos refugiados la habian fundado; y por un agradecimiento innato á sus fundadores, dió indistintamente hospitalidad á los desterrados. Todas las razas acudieron de todas las ciudades vecinas, y llevaron esa diversidad de origen que debia despertar en ella, por medio del contraste, una vitalidad tan poderosa. La lucha de esas razas en la misma Roma, ha sido la palpitacion del corazon que impele sin cesar la sangre á las arterias. Ha arrojado sobre el mundo las olas de vida romana aún hirvientes con el fuego del hogar.

Roma prometia anticipadamente á los pueblos, por su origen, el derecho de ciudad. Cum-

plia religiosamente su palabra á todas las razas errantes en busca de una patria. El apostolado de la guerra, era entonces el único sistema de propaganda que podia convertir todas las naciones, todos los idiomas en una comunidad de leyes y de ideas. Rómulo, ó el héroe cíclico, de la primera legislacion, organizó instintivamente su ciudad para la conquista. Roma se desbordó lanza en mano sobre la Italia. Atacó, y sometió sucesivamente, las ciudades circunvecinas del Norte al Mediodia. Pero en vez de destruirlas despues de vencidas, ó de reducir las á la condicion de siervos, las incorporaba á su territorio, y las admitió, con más ó ménos restricciones, en su civilizacion, en su isopolio.

Cuando habia vencido una nacion, cogia un puñado de la tierra nuevamente conquistada y le estendia sobre la plaza de los comicios. La ciudad universal debatía así la suerte del mundo, los piés sobre el polvo de todas las nacionalidades confundidas.

Fuerte con estos aumentos, estendía sus límites, reclutando sin cesar nuevos estados; imitó la vida en su crecimiento; creció por medio de una dilatacion continua en el espacio, conquistó sucesivamente la Italia, la Sicilia, el África, la Grecia, la España, la Bretaña

la Galia, la Germania, el Asia; y á cada paso que daba trasladaba á las naciones vencidas el organismo político de Roma, bajo el nombre de municipio; les concedía su libertad de administracion, su autonomía; les prestaba su eonstitucion aristocrática y democrática á un tiempo, con su senado perpétuo asistido por los cónsules; reflejaba continuamente de nacion en nacion su imágen, como si hubiera querido estar presente en todas partes por el nombre de sus intituciones.

En todo lo que se estendía el paso de los ejércitos romanos, la tierra era una gerarquía flotante de provincias y municipalidades, las unas sujetas, las otras libres; unas tributarias, otras nacionalizadas: unas esclavas, otras emancipadas que aspiraban ó participaban del derecho de ciudad, era un grado, una animacion á la obediencia que Roma escaseaba y distribuía hábilmente á los pueblos vencidos. Veinte caminos saliendo del Capitolio y empedrados de granito iban á unir al Norte y al Mediodia las diversas sucursales de la metrópoli.

Este sistema de circulacion completaba la unidad del cuerpo romano. Unia entre sí todas las provincias, como una inmensa red estendida por la superficie del territorio, por donde

pasaba el pensamiento de la metrópoli, volviendo del centro á la circunferencia y de la circunferencia al centro. Roma tenia por medio de este sistema á todas las naciones, bajo el hacha de sus lictores. Tenia ejércitos en guarnicion escalonados en los caminos para reprimir y ahogar las revoluciones, y ejercia la vigilancia sobre los bárbaros por medio de sus soldados; era el mundo de los caminos, como decia en sus momentos de poesia; *Pervius orbis*. De este modo, con la mano estendida hasta la estremidad de los últimos horizontes, la inmensa majestad de la paz romana se cernia sobre el mundo desde lo alto del Capitolio.

La civilizacion latina era, pues, una segunda armonia terrestre en la que las ciudades arrastradas y sostenidas por una atraccion comun gravitaban cada una en su órbita. Roma comunicaba el movimiento á todas, y recibia de todas el golpe del movimiento. El poderoso génio que encarnó en sí el mundo romano entero, que le dió su nombre en la hora suprema en que Roma entró en la plenitud de su poder, porque llevaba más alto que ningun hombre vivo, el sentimiento de la unidad, tuvo siempre el pensamiento, durante su dictadura, de llamar todas las razas, aun desigua-

les, ante la ciudad romana, á la comunión de una nacionalidad más estrecha. Comprendía la admirable dinámica instintiva que pesaba unas ciudades y otras, como fuerzas divinas en el organismo vivo de su imperio. Cartago y Corinto habian sido destruidas. Pensó que el equilibrio del mundo se habia roto: faltaban dos estrellas á la pleyada.

La tradicion antigua cuenta que una noche César se durmió envuelto en su manto sobre el puente de un navío. La noche brillaba serena con sus numerosos fuegos sobre el Mediterráneo. Entonces al ruido de la ola que huia suspirando ante la proa, un sueño visitó al héroe. Vió ejércitos llorosos que le tendian los brazos en el horizonte. Al despertarse, dejó caer la cabeza entre sus manos y reflexionó un instante. Despues escribió en sus tablillas Corinto y Cartago. A poco tiempo dió orden de reedificar estas dos ciudades.

Roma era la síntesis de todas las naciones, quiso serlo de las ideas. Habia mezclado un terron de cada tierra á su tierra sagrada como el convidado mezcla el grano de sal con el pan del festin. Habia invitado á todos los pueblos á repartir con ella el derecho de ciudad. Querria que pudieran encontrar en sus murallas hasta las creencias de su patria. Llamó á los

dioses estraños. Radió en cada ciudad por su administracion; cada ciudad radió en ella por su divinidad.

En toda tierra que llevara el nombre de romana, el viajero no cambiaba nunca de patria. La capital de las razas y de las creencias hacia del panteon, el Olimpo nuevo de todas las divinidades. La ciudad habia adoptado los idolos de las diversas tribus, Roma adoptó los cultos de las diversas civilizaciones.

Llevó este simpático plágio de la religion, á la literatura, de la literatura al arte, del arte á la ciencia, de la ciencia á la legislacion; porque Roma, fuera de la política, su ciencia, su arte, su gloria, no creó verdaderamente ninguna forma, ninguna idea, ninguna filosofia, ninguna poesia. Tomó de manos de Grecia, formas, poesia, ideas y nociones ya creadas, y las combinó entre sí por el mismo procedimiento con que habia combinado las ciudades. Pasó, en todo, de lo sencillo á lo complejo; este fué su progreso.

Trasladó de Atenas y aclimató á orillas del Tiber, las matemáticas, la tragedia, la comedia, la música, el baile. Mezcló la filosofia. Concilió con la fusion póstuma de sus filósofos, las doctrinas de Pitágoras, de Platon, de Zenon, de Aristóteles y de Epicuro. Tomó de

uno la moral, de otro la física; de otro la ontología, de otro el método.

Su poesía tiene el mismo espíritu de conciliación. La Grecia tenía dos epopeyas, una errante, otra conquistadora: la *Iliada* y la *Odisea*. Virgilio acumuló estas dos epopeyas en la epopeya eminentemente compuesta de su *Eneida*. La Grecia había separado escrupulosamente los diversos órdenes de arquitectura, y atribuido un solo tipo á cada monumento. Roma rompió este régimen aplicado á los edificios y reunió, en un monumento, todos los órdenes de arquitectura.

La Grecia había practicado exclusivamente la línea elemental, vertical, horizontal, ó piramidal. Roma modificó la línea, dobló en arco la multiplicó para encerrar una vida más abundante en una forma más variada. La Grecia había sembrado aquí y allí un ensayo de pintura sobre la pared; pero tímidamente; por escepcion, acostumbraba á separar la pintura de la arquitectura, á pintar sus cuadros sobre tablas de ciprés, y á depositarlos despues en las pinacotecas. Roma se apoderó de los diferentes museos despues de su conquista, colgó las pinturas griegas sobre sus paredes, animó interiormente la arquitectura con el color, y á las escenas puramente episódicas

de las escuelas antiguas, añadió la pintura de paisajes, de arabescos, de capricho ó de animales, agrupando así las artes hasta entonces independientes, y asociándolas en una amistad mútua. Su génio eminentemente ecléctico y conciliador, conspiraba por medio de una tendencia invencible á formar una unidad mayor, una riqueza más grande de fórmulas.

La historia no puede culparla de este placer que experimentaba en la imitacion. Roma tomaba de todas partes, para esparcir por todas. La raza romana era entre las razas, una infatigable reunion de la invencion y del pensamiento. Llamada á hacer en el mundo de Oriente á Occidente, el corretaje de la tradicion y de la inteligencia, debia necesariamente copiar para enseñar, aprender para instruir.

Preparó, por una comunidad universal de líneas, de formas, de movimientos, de sensaciones, de goces, de impresiones, de ideas, de costumbres, de espectáculos, esa fraternidad de razas que llamó con el nombre sagrado de humanidad. Sócrates habia podido sin duda usurpar el título de ciudadano del mundo á Atenas. Pero no era más que la inadvertencia profética del genio. La civilizacion helénica entera, era una antipatía, una protesta escrita

sobre la piedra y sobre el bronce contra todo pensamiento de cosmopolitismo ó de universalidad.

Roma sola, al emigrar á todas las naciones y al llamar á todas las naciones para reparar el déficit de su emigracion, abrió la perspectiva de una república universal á los ciudadanos aun disidentes y desconocidos unos á otros de Europa y Asia. Arrastraba las cosas y los hombres en su inmensa rotacion. Los deshacia y los fundia. Traslataba á cada una de sus prefecturas, un capitolio, un circo, un acueducto, una basilica, formas edificadas sobre el mismo tipo, distribuidas en el espacio con la misma simetria, á fin de que todas esas magnificencias traídas de Roma, y firmadas con el nombre de Roma, no pudieran despertar á la mirada más que un pensamiento de unidad. Sembró con profusion de polo á polo su moneda con la misma efigie, para que esta comunión por medio del oro y la plata, pasara á través de los pueblos de mano en mano la imágen de una sola pátria.

El pueblo romano tenia el instinto de su predestinacion. Preparaba el terreno de una idea misteriosa aun dormida á orillas del Cedron. Era el lictor que precedia en el siglo al triunfador pacífico de la fraternidad. No de-

jaba pasar una hora de la historia sin trabajar con valor y conciencia en su mision. Envió á todos los pueblos embajadas de jurisconsultos para recoger las diversas legislaciones, y las diversas teorías de la justicia. De todas éstas legislaciones, de todas estas teorías, comparadas y armonizadas, hizo un código humanitario que se llamó el derecho de las naciones. El derecho de las naciones era un paso fuera de la ciudad para entrar más en la humanidad. Era el molde estrecho del derecho nacional, ensanchado á la medida del mundo entero, el panteon escrito de la jurisprudencia.

Y despues de haber vencido y confrontado todos estos reflejos de la idea de justicia, Roma sacó de la confusion y de la contradiccion de estos textos un dogma universal de derecho, al cual llamó derecho natural. El derecho natural era comun á todos los hombres, bajo todas las latitudes. Por esa razon, era superior á todas las variedades de derecho de las distintas ciudades. La discordancia de las ciudades sobre este ó el otro punto, constituia una sospecha de error. La concordancia de todas las legislaciones en una misma fórmula constituia una certidumbre de verdad. Era la confirmacion de la afirmacion. Era la unidad de la razon.

La jurisprudencia romana era sin disputa, en su hora de eflorescencia, por su ardiente simpatía hácia el oprimido, la proteccion, he dicho mal, el prefacio del Evangelio, la ley elevada á la altura de una religion de la humanidad.

La legislacion primitiva, como toda legislacion empapada en el áspero genio patriarcal, habia sido severa, implacable para los débiles de la familia, para el menor, para la mujer, para el hijo, para el esclavo. El padre, ó más bien, el patriarca, era en su casa el dueño absoluto de la condicion y de la vida de la pequeña tribu doméstica colocada bajo su mando; podia juzgar, matar á su mujer, vender ó matar sus hijos, y concentraba en sí todos los derechos que las otras instituciones habian reservado á la ciudad. Legislador en su hogar, su testamento era una ley promulgada, sancionada con la misma formalidad que la ley hecha en los comicios.

Pero Roma, á pesar de la aparente inmovilidad de su derecho civil, era eminentemente progresiva en su legislacion. Corregia la inmutabilidad de su aristocracia por una admision creciente de los plebeyos en el poder. Dulcificaba la aspereza del testo de las Doce tablas por la interpretacion viva del pretor.

Sustituía así la vida á la muerte: regeneraba la tradicion, y de reforma en reforma, llegó sucesivamente á manumitir cada vez mejor la mujer y el esclavo.

La mujer habia empezado por vivir, como en todas partes, en el estado de minoria, de tutela, bajo la autoridad del padre ó del marido. Por una ficcion audaz podia ya ser la hija de sus hijos. Pero poco á poco, con la complicidad más benévola de la ley, escapó de la dominacion de sus ascendientes. Pudo escoger su tutela, pudo ser tutora de sus hijos menores. La dote completó su emancipacion en el matrimonio: fué su rescate, su fortuna en la fortuna del marido. La dote le restituyó su personalidad al constituirle una propiedad en su casa. La mujer no se quedó ya sumergida en la noche de su inteligencia, las manos sosteniendo la rueca dia y noche. Entró en posesion de su alma como el hombre, por dinero. Aprendió á leer y escribir; y probó los divinos goces del arte del alma; acumuló en sí la virtud de la esposa y la instruccion de la hetaria; elevó la hetaria á la dignidad de matrona; esparció la gracia de su alma sobre el mundo romano; infundió un genio más á esos grandes genios, á esos austeros precursores del cristianismo, que se llaman los Gracos ó

Caton: mojó los lábios en la copa del pensamiento; asistió á los espectáculos, que antes le estaban prohibidos. Bebió en la conversacion de los hombres la ansiedad de saber. La verdad podia venir, la mujer estaba dispuesta á oir sus palabras.

Habia conquistado su independencian, tenia una parte de atribucion en su destino; cuando la injuriaban podia divorciarse. Al dia siguiente del divorcio hallaba en la restitution de su dote una garantía de existencia. La ley misma llevaba la prevision hasta instituir en la sociedad conyugal, al lado de la mujer, el esclavo dotal, encargado de administrar la dote y protegerla contra las dilapidaciones del marido.

El esclavo halló en la ley romana con el tiempo la misma compasion que la mujer, su compañera de miseria, elevada solamente un grado sobre él en la servidumbre. La Grecia hacia del esclavo un cuerpo, nada más que un cuerpo; no le creia más que una materia organizada, una suma de fuerza muscular destinada al trabajo. Cuando preguntaba al esclavo segun justicia, le preguntaba únicamente por medio del suplicio. Pero en Roma el tormento dejó de ser obligatorio para arrancar á la carne servil el testimonio del dolor. Prime-

ramente arbitrario, despues arreglado, contenido en ciertos límites, desapareció completamente de la jurisprudencia. La Grecia no tenia en su idioma una palabra para espresar la idea de peculio, esa otra dote aplicada al esclavo. El esclavo romano podia reunir, as por as, por medio del cúmulo de sus economías, su pension de retiro al salir de la casa. Entró en la vida libre con un fondo para vivir con libertad. La manumision no era para él el único desenlace. El peculio daba á su alma, destituida de voluntad por la ley, la costumbre de la voluntad. Aprendizaje constante de la virtud, le enseñó la prevision, le introdujo en el porvenir, y le consoló, como el profeta misterioso de su redencion, el confidente mudo de su esperanza.

Al entrar así en la vida con una riqueza adquirida, el esclavo ennoblecó su libertad. La preocupacion que pesaba sobre el manumitido desapareció con el progreso de las ideas. El manumitido podia llegar á todos los empleos, á á todos los honores, y conquistar por sus talentos ó servicios un puesto en la ciudad. La legislacion animó con evidente parcialidad, en favor del esclavo, al contagio de las manumisiones, admitió ámpliamente la esclavitud en la ciudadanía, y coronó, en fin, esta victoria

de la humanidad contra la barbárie, quitando al señor el derecho de vida y muerte sobre esa cosa viva que era propiedad suya.

La casa romana era á un tiempo religiosa, artística, industrial y simpática, como la legislación; construida bajo el dibujo de la griega, es decir, con un claustro con galería de circulación al rededor del patio ó *compluvium*, tenia á la calle un vestibulo para abrigo por la mañana á los clientes de la lluvia y el sol, cuando venian á saludar al patricio y á recibir en pago la *sportula* (1); dominaba un terrado *solarium*, donde la familia iba por la tarde á respirar la brisa de verano, ó á contemplar el pacífico brillo de las estrellas; bajo el peristilo, el gineceo ó departamento de la mujer, no ya relegado y escondido, sino visible como la mujer, medio cubierta con el velo, medio emancipada, puesto que llevaba el velo, símbolo de esclavitud, tapando casi su cara; detrás del departamento de la mujer, estaba el santuario, *sacrarium*, depósito de las imágenes de sus dioses y de sus antepasados; al

(1) Además de significar esportillo ó espuerta pequeña, significa dicha palabra la ración que los patricios poderosos daban en esportillos á los que los adulaban.—Sueton-in Neron. Cap. 16.

(Nota del Traductor.)

Norte la *pinacoteca*, galería de cuadros; al Levante el exedro, la biblioteca, donde discutía el señor con los filósofos, huéspedes del talento, las diversas cuestiones de metafísica y de moral; y, en fin, en la circunferencia de esta ciudad particular, edificada para una sola existencia, el arquitecto romano distribuía, según la conveniencia del sitio, la pistrina, la palestra, los baños, las cuadras, los cuartos y las *ergástulas* (1) de los esclavos.

Bajo esta arquitectura suntuosa, exaltación por la piedra de la vida humana, llevada á su supremo poder, el patricio romano se comucaba, reclinado en su *triclinium* (2), con el mundo entero. Coronado de amaranto cogido en Egipto, servía á sus convidados en medio del rocío de perfumes de Arabia, que brotaba de las fuentes, el pavo real de Tasia, la miel de Hibla, el santónico de Saintonges, la cereza de Persia, las especias del Indo; bebía en bronce de Corinto amasado con todos los me-

(1) Significa el calabozo ó cárcel donde los amos metían á los malos esclavos.--Tito-Livio. Lib. 2.

(Nota del Traductor.)

(2) Lugar donde se comía ó cenaba, llamado así porque había tres lechos donde se reclinaban para comer.--Juv. Sat. 5.

(Nota del Traductor.)

tales, como el imperio romano con todos los pueblos la sustancia de los continentes, mezclaba su carne con la carne de todos los países; hacia de su cuerpo el inmenso festin del mundo conocido; absorbía cada latitud, cada país en una molécula, para que cada latitud sobreviviera en su persona, como en la unidad suprema de todos los climas.

CAPITULO XVII.

De este modo la civilizacion romana absorbía la vida del mundo entero. Esta vida, acumulada en sí misma, brotaba en el espacio y la duracion. Roma, exaltada por su grandeza, acabó por creer en su inmensidad y en su eternidad: se proclamó inmortal y universal por la voz de sus poetas; se creyó la figura celeste de la humanidad; se decretó la apoteosis; tomó en el cielo el nombre de la diosa *Roma*, y la tierra adoró á una nueva divinidad coronada de almenas.

Pero en medio de su gloria, el pueblo romano presintió, como Alejandro, que se habia creído Dios despues de su sueño, que su jor-

nada estaba acabada, y que iba á morir. Habia cumplido su mision. Habia conquistado los pueblos, los habia rodeado de un cinturon de victorias, y sucesivamente los habia elevado unos tras otros, á su unidad: unidad de lengua, de administracion, de comunicacion, de legislacion, de escultura, de arquitectura. Habia arreglado las razas insociables bajo su disciplina, habia tenido en sus campos escuela abierta á la barbárie, habia preparado los espíritus aun salvajes, hasta el fondo de las selvas para la anunciacion de una idea.

Pero habia realizado la unidad puramente externa, geográfica, administrativa, militar de la humanidad. Esta idea de unidad, esta ascension la más alta á que ha podido subir el talento, le dió vértigo. No se contentó con divinizar esta idea, bajo la figura de Roma, en una encarnacion de mármol y de bronce. Ofreció á la nueva dignidad un culto sangriento, é hizo correr la sangre de todos los continentes á la vez, en monstruosos holocaustos.

Arrojó en confusion en los abismos de los circos brillantes de oro y púrpura, verdaderos templos romanos, con el cielo por techo, los leones, los tigres, los hipopótamos, los rinocerontes, los cocodrilos, los elefantes, los Hu-

nos, los Etiopes, los Scitas, los Partos, los Celtas, los Germanos, como en toneles sin fondo, en donde la carne de todas las razas vivas, arrancada en girones, amasada y devorada; pasaba por las continuas evoluciones de una trasubstanciacion perpétua. Renovaba con la sangre vertida á torrentes, su pacto misterioso con la humanidad; amontonaba en sus combates de gladiadores hecatombes de víctimas, y dejaba correr la vena abierta de la humanidad como el agua de las fuentes. Y, sin embargo, de esta infatigable alquimia de pueblos y de animales derretidos y amasados juntos, no pudo salir la verdadera unidad. A pesar de la virtud misteriosa del sacrificio; á pesar del humo de la carne, que subia en columnas á la diosa *Roma*, el pueblo rey sintió sordamente palpitar en el fondo de su corazon una angustia fúnebre.

Por más que escribía sobre la piedra su universalidad; por más que despachaba y llamaba ejércitos en sus caminos sembrados de arcos de triunfo, oía resonar aquí y allí las sordas explosiones de un próximo cataclismo; sentía continuamente el mundo moverse para escapar á su opresion; por su cabeza rodó melancólicamente esa paradoja de la historia que preparaba la disolucion por medio de la uni-

dad; entrevió por vez primera la debilidad de su victoria, y se quedó aterrada de esta revelacion.

No habia podido aun entrar en el estudio del pasado, en la voluntad de la Providencia, para saber que toda civilizacion, no es más que la profecía de otra civilizacion; que todo período es la preparacion de otro período; y que una vez agotado éste, la civilizacion debe morir, en Roma como en Babilonia, sobre un lecho ajado y sangriento de crápula y de orgía.

Por eso de tiempo en tiempo, Roma levantaba en medio de sus desórdenes y de sus derramamientos de sangre, su cabeza cargada de la corona medio deshojada del festin, para dirigir una mirada de tristeza al horizonte. La tristeza es la sibila de las naciones. Cuando una elegía involuntaria brota del fondo de la conciencia, cuando la humanidad se lleva la mano al corazón con un grito de dolor; el recién nacido de un mundo va á aparecer, La cierva se entristece y se aleja ocultándose entre las ramas, cuando siente por última vez un ser animado saltar en sus entrañas, y le dá á luz en la soledad.

Un instinto precursor de la renovacion del mundo corrió en alas de todos los vientos, y de ola á ola del mediterráneo. Atenas levantó

un templo á los dioses desconocidos. Los pueblos se volvieron hácia Oriente, como si esperasen ver bajar una revelacion nueva en un rayo de la aurora. Y un dia una voz salió del mar y gritó: el dios Pan ha muerto. El paganismo oyó esta voz y se estremeció por un vago presentimiento.

El mundo romano no habia conocido más que la unidad del territorio; no habia alcanzado la del espíritu. Habia preparado el campo de la civilizacion; pero no habia recogido la mies de la idea. Y la idea es la que únicamente puede unir con solidez los pueblos dispersos. El mundo romano estaba herido de impotencia. Sentia en sí mismo un vacío inmenso, que una creencia nueva debia llenar; Las olas lo decian, los oráculos lo anunciaban y las masas, mudas, con los ojos fijos en el cielo, interrogaban con avidez al espacio en medio de la inquietud y del temor, para ver las primeras el nuevo huésped que iba á venir en un trueno, y á marchar sobre la tierra acompañado de prodigios y milagros.

En medio de las continuas expediciones que Roma hacia para sostener su vigilancia sobre las naciones, se habia detenido un dia en sitiarse una ciudad, en un desfiladero de montañas, en la confluencia de tres continentes. Pe-

ro cuando el ejército romano trazaba al pié de las murallas, la primera línea de circunvalación, una mano desconocida abrió una puerta de la ciudad á la caída de la noche, furtivamente en la sombra, y de esta sombra oculta á la mirada de los centinelas, un grupo de hombres desarmados, salió sacudiéndose los piés en el dintel de la ciudad que iba á hundirse y marchó con paso decidido á Occidente para conquistar en la misma Roma á los vencedores. Estos hombres eran los apóstoles; esta ciudad era Jerusalem.

Asentada como acabamos de decir en la confluencia de tres mundos, Jerusalem, tenia el depósito de los mercancías de Oriente desde la caída de Babilonia. Era la opulenta estación de la caravana siempre en marcha hácia tres horizontes, que traía, llevaba y distribuía al Este y al Oeste del imperio romano, oro, plata, ónice, lino, púrpura, seda, escarlata, sándalo, ébano, marfil, incienso, la flor de la harina, ovejas, caballos, carros y esclavos. Espansiva en su comercio, tenia continuamente para vender ó para comprar las dos manos de Asia y de Egipto. Espedia á todas las tribus lejanas ó vecinas, colonias de mercaderes. La ley de Moisés proscribía de judío á judío, el interés sacado del préstamo del dinero y obli-

gaba á la poblacion comerciante de Judea á emigrar, para levantar sobre las demás naciones el diezmo de sus tesoros. Israel fué de este modo y por la voluntad de Moisés, el banquero cosmopolita de Oriente.

Pero si emigraba voluntariamente entre los pueblos extranjeros para darle su crédito con usura y hacer el corretaje del comercio, esta expansion pasajera, esta simpatia mercantil, ocultaba un profundo sentimiento de personalidad y de antipatia hácia las demás civilizaciones. La raza judía era, ó al menos queria ser, una civilizacion impenetrable, inviolable á las ideas como á las influencias extrañas. Cuando habia levantado tributo sobre las ciudades por medio del despojo amistoso de la usura, volvia cargada de botin á su intrincado laberinto de rocas. Allí, detrás de una triple muralla de acrópolos escalonados, desafiaba á las tentativas de la conquista. La Judea era una fortaleza perpétua, que deshecha aquí se levantaba un paso mas allá ante la faz de los ejércitos. Hubiera sido preciso todo el poder romano, para tomar por asalto estas almenas macizas rodeadas de montañas.

El pueblo judío habia tenido su destino en la intriga misteriosa de la historia. Despues de haber atravesado todos los puertos de la hu-

manidad, como si fuese el representante del progreso en un espacio limitado; despues de haber pasado el estado frugivoro del Eden, el estado cazador, el patriarcal, el agricola, despues de haber adorado á Moloc el dios terrible, y practicado los sacrificios humanos, habia llegado bajo la direccion de Moisés, al estado civil, y al culto de Dios único, absoluto, universal, inclinado desde lo alto del firmamento sobre la tierra, y abrazándola toda entera con un solo abrazo.

Sin duda alguna, aun llevaba Jehovah, impresa en su faz, la marca del dios vencido, de Moloc. Era el dios terrible, el dios envidioso, el dios de los ejércitos y de las catástrofes. Pero era el Dios único, y este Dios único era para el alma del hombre, un inmenso suceso. La Persia, en un movimienio de progreso sobre la India, habia podido colocar en vez de Ahri-man, el dios malo, al dios bueno Ormutz y el Egipto á Osiris en vez de Tifon. Habian podido hacer uno y otro pueblo del dios malo, un dios de paso, un principio de negacion desnudo destinado á desaparecer el dia del juicio final. Las dos teologías, sin embargo, habian dejado subsistir el dualismo, el antagonismo de la idea de divinidad con todas sus consecuencias y sus aplicaciones en la sociedad.

La Judea, colocada entre la Persia y el Egipto, en la columnata de estas dos religiones, sacó de sus dogmas la verdad que las dos madres orientales de la civilizacion habian entrevisto confusamente, y que no habian formulado. Creó la unidad de Dios, y cuando hubo escrito sobre el bronce esta preciosa idea que debia engendrar la unidad del género humano, la depositó en el fondo de una arca, en el santuario, como la promesa, como la redencion de los siglos futuros, sobre la montaña de Sion, en el cielo, fuera de los alcances y de los insultos de los conquistadores. Moisés dió á su raza una alma enérgica, por la sábia educacion de sus leyes, y la llevó á una roca, para esconder allí como en un nido, la alta nocion de la Divinidad. El pueblo judío permaneció fiel á su mandato. En medio del politeismo que se desbordaba por todas partes, guardó su concepcion de un Dios único, enteramente único; omnipotente y esparcido por la inmensidad del universo.

Esta concepcion durmió pacíficamente bajo la triple cubierta de plata del tabernáculo, hasta que Roma, al hacer del mundo un solo pueblo, preparó la hospitalidad para su Dios único en el universo. Pero la nocion de un Dios abstracto, de un Dios espiritu que llena

con su presencia invisible el abismo del espacio, entre el cielo y la tierra, podia convenir á los que emigraban por las llanuras desnudas y vacías de Arabia. No podia bastar á las imaginaciones ricas y pobladas de imágenes de los habitantes de Grecia y de Italia acostumbrados á ver la divinidad bajo formas definidas, sensibles á la mirada.

Si la fórmula, puramente metafísica del Jehovah hebreo, no se hubiera revestido de la apariencia exterior de una leyenda, hubiera quedado eternamente sepultada en el santuario de Jerusalem. Para brillar sobre el mundo debió tomar un cuerpo, y atravesar la inevitable prueba de antropomorfismo.

Hé aquí lo que sucedió el dia que esta encarnacion divina se cumplió en la noche del misterio.

Una estrella misteriosa, dice el testo, se levantó en Oriente, despertó á los magos del sueño pesado de sus antiguos dogmas, y los condujo al resplandor de su fanal, más allá de las llanuras, más allá de los montes, á la puerta de un establo de Belen. A la misma hora una voz gritaba en el aire á los pastores dormidos al redor de la ceniza medio consumida de su hoguera, y los enviaba á saludar una natividad misteriosa á la puerta del mismo es-

tablo; de modo que por una concordancia maravillosa, los reyes y los pastores, primeras revelaciones y primeras inclinaciones, se citaban, desde las dos estremidades del mundo, al rededor de una cuna, como para abdicar á los piés del recién nacido el régimen de la casta y de la barbarie.

Este recién nacido era el Mesías, anunciado por los profetas, hijo de una vírgen, bendito en sus entrañas. Nacia en un pesebre, entre el buey y el asno; para reasumir por última vez el mundo agricultor y el mundo pastor. Escapó con su huida á Egipto á la degollacion de los niños, premeditada y ordenada para ahogar con su sangre la nueva revelacion. Debía de este modo confundir en su leyenda los dos nombres sagrados de la Persia y del Egipto.

Enviado de Dios, dice él mismo, como iba á vivir poco en la tierra, se anticipaba á los años para cumplir su mision. Desde su adolescencia fué á desafiar al templo la ciencia de los doctores. Asustó á los sábios en lo extraño de su palabra. Hasta entonces la teología habia representado á Dios bajo la riqueza y el esplendor; habia prodigado el oro y la púrpura para vestirle; habia llamado á los poetas para cantar sus alabanzas; habia sembrado

himnos sobre sus pasos y quemado en su templo perfumes.

Pero hé aquí un Dios humilde y bueno, de cabellos rubios, vestido con túnica y calzado con la sandalia del viajero, que llamaba así á los últimos entre los últimos, á los pobres y á los proscritos. La primera frase que brotó de sus lábios fué esta, que debia trastornar el mundo: «Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.» Y efectivamente, él es el Dios del sufrimiento, el Dios de la pobreza, y donde quiera que hay una alma oprimida, una alma hollada, hay una voz que responde á sus quejas; afligido voluntario para consolar la afliccion, cuenta una conversion escrita anticipadamente en cada infortunio.

Él levanta á la pecadora, él absuelve á la adúltera, él elige su auditorio, sus apóstoles, entre los obreros, entre los pescadores; él perdona á la cananea; él glorifica al samaritano; él cura á los ciegos, sana á los cojos, resuscita muertos, multiplica el pan y el vino, para comunicar en mayor abundancia de vida con la muchedumbre; él convoca, en fin, en su sublime testamento á todos los desheredados de la tierra para heredarle; vive con los pequeños y los abandonados. Ha venido á la tierra sin más patrimonio que su palabra, y

tiende la mano para pedir alimentos á aquellos á quienes ha alimentado de inmortalidad.

Impone su indigencia voluntaria y heroica á sus discípulos. Les prohíbe hasta la tentación de propiedad. No poseereis, les dice, ni palo, ni manto, ni viático, ni sandalia. Cuando tengais hambre y sed llamareis á la primera puerta que halleis en vuestro camino, y direis al entrar: «Que la bendición de Dios caiga sobre el dueño de esta casa.» Si el dueño os acoge, su casa será bendita; si os rechaza, en verdad os digo que su techo será maldito, y que no habrán caído sobre Sodoma y Gógorra más olas de fuego.

Así despojaba á los propagadores de su palabra de todos los lazos de la carne, para arrojarlos sobre el imperio romano libres y hambrientos de propaganda. Les dió un mundo entero que devorar, como á leones hambrientos, pero leones pacíficos de amor. No dejaba sobre el hombre á quien hablaba más que la inmensa pasión de la caridad.

Y cuando un jóven entusiasta, rico en bienes de la tierra, pero encantado de su doctrina, venia á pedir un puesto en el banquete de sus discípulos; «Vende tus bienes,» le decía Jesús. El jóven se alejaba triste, y Jesús no le llamaba á participar de su intimidad. Pero

volviéndose á sus discípulos les decia: «En verdad os digo que el rico no entrará en mi reino.»

Porque el Cristo prometia su nuevo reino á los compañeros de pensamiento. Encima de la pátria del dolor, señalaba con el dedo otra pátria.

Y para enseñar el primero el paso de este valle de lágrimas á una vida mejor, debia despreciar la tierra, debia morir. Aceptó hasta la inmolation de su vida, la consumacion de su palabra. Y sin embargo, tuvo su velada de angustia en el huerto de las Olivas. Separó con su mano el ángel de la agonia. Una lágrima cayó de sus ojos divinos. Esta lágrima divinizó el sufrimiento, puesto que Dios habia sufrido.

Cayó como un rocío celeste sobre el seco corazon de la humanidad. Un soplo de frescura cruzó la atmósfera, y el esclavo, doblado por el trabajo, sintió caerse el peso de sus cadenas.

Cristo subió á la cruz é inclinó en la muerte su cabeza coronada de espinas. Durmió asi en la tierra un minuto desde lo alto del Calvario, bajó despues al sepulcro y volvió á subir al cielo en apoteosis.

Pero el dia de esta tragedia divina, mientras

brotaba un sudor de sangre de la frente de Jesús, un suspiro salió de las profundidades del espacio, y sacudió la montaña de Sion y rasgó el velo del templo.

Algunos años despues, el ariete romano estaba á las puertas de la Judea, y no quedaba piedra sobre piedra de la ciudad preferida entre todas, la que se habia llamado Jerusalem. Las profecias se habian cumplido; el águila habia roto el huevo de la doctrina.

Los cristianos, al salir de Jerusalem, se dieron un beso de paz y tomaron el camino del Poniente. Dirigidos por ese secreto instinto, que guia las emigraciones de ideas, como emigraciones de palomas, por caminos ciertos á través de la extension, fueron siguiendo las olas adormecidas del Mediterráneo, primero á Grecia, despues á Italia. Acabaron en Roma la educacion del apostolado por las persecuciones, y cuando estuvieron aptos para los combates, atravesaron los Alpes y entraron en la Galia. Allí se detuvieron á orillas de este Océano, profeta murmurador que debia llevar más tarde el cristianismo más lejos, más allá del horizonte, detrás del vacío, en el surco de fuego que trazaba el sol poniente. Prepararon sobre esta tierra predestinada el sitio para otra civilizacion.

En el momento en que la idea de Oriente traída por los magos desde el pesebre de Belen, y trasfigurada por el Cristo sobre el Tabor, abordaba en la Galia aun salvaje y desnuda, por el camino del Mediodía; la raza del extremo Oriente que habia tomado, durante sus largas peregrinaciones el nombre de Germania venía por el camino del Norte, á través de intrincadas selvas, á tomar su parte en el suelo galo.

De modo que la idea y la raza, salidas de la misma cuna, hermanas de leche en la noche de los tiempos, encaminadas cada una por su senda, acababan por encontrarse de nuevo, en los siglos de los siglos, y reconocerse en su misterioso parentesco. Se unían á través de los tiempos, y de los espacios, despues de haber reclutado todos los dogmas hallados al paso, para realizar á medias, una civilizacion más poderosa en una unidad más grande.

CAPITULO XVIII.

El mundo pagano iba á morir; pero antes de desaparecer para siempre en esa necrópolis de las cosas humanas que llamamos la histo-

ria, quiso resumir su pensamiento bajo una figura última. En el día señalado para esta solemne agonía, una mujer se levantó á orillas del Nilo como la radiante encarnacion del gé-nio de la antigüedad. Hija del geómetra Théon, halló la ciencia, innata en su cuna; aprendió en los brazos de su padre, y sobre sus rodillas, la astronomía; deletreó como primer alfabeto el firmamento; midió el espacio [jugando, con la punta de su compás.

Despues de haber leído en el cielo los secretos de los ástros, fué á Atenas á estudiar metafísica, esta otra astronomía del pensamien-to; evocó bajo los plátanos del Pireo el espíritu errante de Platon, acojió en su corazon púdico el ideal invisible, y pensativa como una don-cella despues de haber recibido el primer beso, volvió á Alejandría. A su vuelta, la juventud neoplatónica la hizo sentarse en la cátedra va-cía donde aun resonaba el eco de las palabras de Plótino.

Era hermosa, pero de esa hermosura pací-fica de las estátuas. Su frente pálida parecia llevar eternamente el reflejo de la estrella. Nunca su seno al palpar levantó con sus la-tidos los pliegues de su cinturon. Se casó por simpatia de idea con el filósofo Isidoro. Pero su matrimonio no fué más que un celibato de

dos personas reunidas para el estudio. Virgen bajo el techo nupcial, alejó de sus meditaciones toda distraccion que proviniera del corazón. Todo lo escogido de la inteligencia humana vino de los tres continentes á sentarse al pié de su cátedra, para oír aun la última palabra de la Grecia brotar de ese lábio perfumado de miel hiblea, y para ver brillar sobre su frente, coronada de verbena, el último resplandor de la antigüedad.

Un discípulo la amó, con ese amor ardiente, exaltado, que se alimenta de toda la llama, de todos los ensueños de los valles abrasados é inmensos de África.

Cogió su lira, y adormeció con una armonía caída de sus dedos esa pasión ardiente en el desierto. Orfeo volvía por segunda vez sobre la tierra bajo la figura de una austera Ménada.

La celebridad de esta musa, nacida de una sonrisa de Platon, perdida en los límites del siglo V, era una injuria viva á la victoria del cristianismo. El obispo Cirilo, irritado de oír esa voz de otra civilizacion que hablaba como hubiera hablado cuatro siglos atrás, trasmitió su ira á su iglesia. La poblacion monacal de Alejandro se estremeció: un sueño de sangre visitó al cenobita acostado en su celda.

Pero la jóven inspirada, orgullosa en medio

de las almas, atravesó lentamente las calles de Alejandria, de pié, vestida de púrpura, sobre un carro tirado por cuatro caballos blancos, la mano sujetando las bridas, la mirada perdida en las nubes. Continuaba meditando en Dios, con toda la esencia de su pensamiento, y cuando habia pasado, el estremecimiento de su vestido flotaba en pos de ella en el viento, como el ruido divino de su meditacion.

No oia, en la serenidad de su éxtasis, ladrar al monge de Nitria, ese perro sombrío del desierto. Un dia, sin embargo, el diácono Pedro, seguido de un populacho de santos, fué á coger en su carro á la última hija de Platon. La arrastró por el cabello á la iglesia de Cæsarium, la despojó de sus vestidos, insultó su belleza, la destrozó lentamente con el cortante de una concha, y cuando cerró los ojos para siempre, aun llena de las confidencias del cielo, empujó con el pié el tronco sangriento de la víctima ante el Dios del Calvario.

Al otro dia un discípulo desconocido reunió los trozos del cuerpo y los depositó piadosamente sobre una hoguera. Allí quemó en las llamas el papiro donde respiraba aun el genio de la Grecia, todo lo que la jóven mártir pagana habia amado, todo lo que habia glorificado entre los vivos.

El holocausto sublime de una civilizacion desapareció en un torbellino de humo, y desde este dia esta alma del mundo antiguo, que se llamaba en la tierra Hypatia, vaga misteriosamente entre la brisa, esperando una nueva encarnacion.

Así murió trágicamente de mano del cristianismo la última y gloriosa personificacion de la antigüedad. Debía morir, en efecto, ella que no sabía aun amar, llevando en su seno virgen el germen estéril de la metafisica de Platon.

El amor únicamente es fecundo, Cristo habia dicho: Yo soy el amor. El apostol fué á sembrar esta palabra por toda la Europa; la civilizacion siguió al cristianismo.

Habia al Norte de Italia, un país bendito entre todos los países. La mano que guia el viento habia dibujado su arquitectura, para dar hospitalidad á la civilizacion. Esta nueva patria de la humanidad regenerada tenia dos mares, el Mediterráneo y el Océano, como si tuviera que enviar mensajes por todas partes.

Tenia al Levante y al Mediodía, una cadena de montañas, que protegía el trabajo interior de su nacionalidad, contra la continua perturbacion de la conquista. Como la Grecia y la Italia, estaba abierta por una sola frontera y accesible á la invasion por una sola brecha.

De distancia en distancia, esta doble cadena de montañas proyectaba al centro una larga série de fortalezas, desde los Vosges hasta los Cevennes, inmensos pedestales verdes que vertían sus urnas de nieve por los valles.

Cuatro rios navegables bajaban de lo alto de estos algibes perdidos en la noche de los pinos, para llevar á dos mares vida y riqueza. Numerosos riachuelos, entrelazados como mallas de plata, cubrían el suelo con una red de fertilidad y un murmullo de frescura. En ninguna parte la misteriosa prevision de la geografía habia equilibrado mejor las llanuras con las montañas y combinado las diversas fuerzas de productos.

Esta otra tierra escogida, asentada á igual distancia del polo y del ecuador, centralizaba y conciliaba en sí el Norte y el Mediodía. Producía igualmente, con maternal simpatía, el abedul, el alerce, el álamo, la encina, el plátano, el serbal, el chopo, el sauce, la higuera, el castaño que bebe el agua de los torrentes, el olivo, que destila para la lámpara la luz del sol. Prodigaba con infatigable munificencia todas las variedades de la mies: el trigo, la cebada, el trébol, la zulla, la avena, el centeno, el lúpulo, el cañamo velludo, que necesita una atmósfera templada para producir su ás-

pero perfume, el trigo negro que abre tristemente sus pálidas flores al soplo de las avalanchas. Producía en las colinas la viña afectuosa cargada del vino más simpático que se ha bebido nunca en el banquete de la humanidad. En fin, comprendía todas las familias esparcidas de vegetales más ó menos cómplices y solidarias del progreso, en la universalidad de su clima.

La Grecia la había rozado al paso, con la proa de su navío, y le había dejado en pago una colonia. Roma la había fecundado con su sangre y la había convertido á su civilización. La Germania, la Iberia, la Escandinavia, la Judea, la Scitia, fueron todas llevadas por no sé qué presentimiento, á verter en esta carne hecha de la de tantas naciones, una nueva sávia de vida, una nueva aptitud, una nueva facultad. Así el vendimiador arroja en sus cubos la vendimia para extraer de la combinación y de la fermentación, multiplicada al infinito, de cada racimo con cada racimo, un vino más eléctrico, más generoso.

La alegre primavera desconocida á la primera humanidad en el Eden del Asia, esparcía, sobre este lecho nupcial de todas las razas, la rosa y la lavanda, la margarita y la anémona, la azucena y el romero, el yezgo y el laurel, la

ardiente verbena que exhala el aroma del deseo, y el espino virginal que flota sobre el arbusto como el alba dudosa de la luna sobre el agua dormida del estanque. Todas estas plantas y todas estas razas vivian entre si indisolublemente unidas, sin tener que envidiar las unas á las otras la preferencia de la naturaleza. El turno armonioso de las estaciones les vertia á cada una alternativamente el rayo dulcificado del sol.

Este contraste perpétuo de una topografía cortada por llanuras y montañas, con una atmósfera variable siempre errante de una estacion á otra, inspiraba al hombre por el ejemplo, el sentimiento de la variedad y de la actividad. El Mediodia debilita la fibra, el Norte al contrario la fortifica con el trabajo; pero la civilizacion no podia habitar una tierra cubierta de yelos y envuelta en nieblas, durante tres meses del año, sumergida en pantanos sino despues de haber reunido el arsenal de sus armas defensivas y ofensivas contra la naturaleza: el hacha, la sierra, la pala, la palanca, el telar, la rueda del molino; porque sin esto, el hombre vencido por el frio del invierno, abrumado por la inmensidad del trabajo, hubiera vivido continuamente sepultado en la torpeza de la barbárie.

Pero llegó este día para el Occidente de Europa. La prevision del progreso habia acumulado allí una inmensa provision de selvas y faunos, para consumo y alimento de cincuenta generaciones. Habia sembrado tantas encinas como vigas debia haber despues en las casas, y multiplicado la casa de lo necesario para las mesas. Habia depositado en las entrañas de la tierra, la piedra y el mármol, la cal y el barro, el hierro y el estaño, y el combustible, preciosos tizon conservado desde los primeros cataclismos y que guardaba el mundo moderno, en el Erebo profundo de sus minas.

He terminado mi larga peregrinacion. He tocado á la orilla sagrada. Ahí está, ahí veo á la Galia de rubios cabellos, á la Sulamita del Poniente. Dejadme que la salude al paso con un nombre de amor. Ahí está recostada á orillas del mar, en la gracia salvaje de su juventud. Las olas la besan respetuosamente con sus amargos lábios y la columpian al sordo murmullo de sus aguas. Sin duda ha oido una voz en el espacio, porque se ha inclinado y escucha. El viento de Dios estremece su corona de yedra, la llama del deseo infinito brilla en su mirada. Está esperando la copa en la mano, en la ansiedad de su pasion, la venida del prometido.

El cristianismo apareció y la Galia reconoció á su esposo. La civilizacion antigua, romana ó griega, habia sido exclusivamente urbana, y estaba encerrada ó concentrada en la ciudad. La ciencia de la asociacion y de la política sacaban su nombre de la ciudad, *Polís*. La ciudad era, pues, la sociedad por excelencia, la única sociedad. Allí residia el soberano. Allí el agorero, el foro, el consejo, el tribunal, la tribuna, el escrutinio. Allí estaba la vida elevada á su más alta fórmula: la poesía, la filosofía, la escuela, el gimnasio, el arte, el teatro, el mercado, el taller. Allí afluíá toda poblacion que quisiese vivir con la vida múltiple y abundante del sentimiento, del pensamiento, del arte y de la industria. El ciudadano libre y alimentado por la esclavitud estaba unido á las murallas de la ciudad, por costumbre y por todos los goces del cuerpo y del alma. Un reintegro sobre el suelo que habia abandonado hacia siglos, le parecia una reduccion de su ser, una muerte parcial, una apostasia de su dignidad, un retiro á la barbárie.

La ciudad existia entonces. El campo no existia, si por existencia se entiende la incorporacion del hombre libre é inteligente á cada parte del territorio, de modo que del monte al llano, de la fuente al mar, no haya

un solo valle, ni un terron de tierra que no viva con la vida humana. Pero en este período de la civilizacion, el suelo estaba desierto y herido de anatema. La antigüedad, colocada al rededor de sus termas y de sus teatros, oia apenas sonar á lo lejos, el ruido del paso del esclavo, y las campanillas del rebaño.

Roma tendia cada vez más por la naturaleza de su civilizacion, á desarrollar la ciudad á costa del campo. Rompió la simetría que la Providencia ha querido establecer entre el hombre y el suelo necesario á su subsistencia, borró de su mapa la aldea y sembró en torno suyo la esterilidad, abandonó al rebaño el territorio á que llamaba su provincia, y rodeada de la verde soledad de los Latifundi, fué á buscar la mies desaparecida de Italia, al Africa y á la Sicilia. La agricultura huia á su horizonte, arrastrando consigo la vida del pueblo romano.

La invasion bárbara penetró fácilmente á través de esta civilizacion desnuda y vacía. La política de Roma, abriendo por todas partes camino del Tiber al Rhin y del Rhin al Danubio, habia preparado anticipadamente la conquista. La barbárie rodó en numerosa multitud, con sus carros y bestias, por los largos caminos hechos en las selvas, y subió

por las calzadas, de arcos triunfales en arcos triunfales, por las señales aun recientes de las victorias de César. Iba escoltado por la llama, cogiendo las ciudades y saqueándolas. Rompió con fria crueldad, estos círculos estrechos de la idea pagana; los destrozó, y esparció la poblacion por la superficie del territorio; se llevó las ciencias y las industrias esclavas, y las instaló al aire libre en el campo cerca de las tiendas de su ejército. Así se llevaba la tribu vencedora los idolos de la tribu vencida.

La vida política, antes confinada á los muros de la ciudad, emigró con la raza conquistadora de la ciudad al campo. Dos influencias contribuyeron á esta emigracion: la barbárie y el cristianismo.

La raza germánica, siempre errante, habia contraido, en su larga peregrinacion, la invencible costumbre de vivir al aire libre, como el viento que soplaba en sus cabellos. Ansiaba el espacio para dar terreno á la expansion juvenil de su vigor. Templada para la caza y para la guerra, se hubiera muerto detrás de la piedra de la ciudad. Por eso despues de su conquista volvió á tomar el camino de la selva para continuar en medio de los lobos y javalies su antigua existencia de aventuras, y co-

mo personificaba en ella y concentraba en ella, con el derecho de la conquista, la propiedad y la autoridad, arrancó el poder para llevarle al campo.

La invasion halló la granja ó la *villa* patricia ámpliamente estendida en medio de sus sucursales y de sus dependeneias; su establo, su panadería, su fragua, su carpintería, su taller. El jefe bárbaro, franco, godo, visigodo, borgoñon, instaló allí su campamento, y creó la aldea con los restos mutilados de la *villa*. Pero la invasion continuaba: la bandada del dia siguiente venia á arrancar á la de la víspera su propiedad, ó mejor dicho, su presa. El conquistador, turbado continuamente en su conquista, abandonó la granja romana al aire libre y abierta por todas partes. Subió la senda escarpada de la colina y edificó á la altura del vuelo del águila, sobre la roca rodeada de precipicios, una nueva habitacion inaccesible á los ataques. El castillo reemplazó la *villa*.

El convento vino á habitar la muralla abandonada por el guerrero germano. El cristianismo habia buscado desde los primeros dias la redencion del alma en la soledad, entre los helechos, lejos de las seducciones de la ciudad. Tenia, pues, simpatías por el campo, y era

colonizador por devocion. Habia convertido al Evangelio á los vencedores. Esta conversion le cubria de inviolabilidad. Bajó atrevidamente al valle, Ocupó la grande explotacion rural del patricio romano, y donde la casa faltaba, la hizo copiando la arquitectura. Reemplazó el compluvium con el patio, la galería con el claustro, la *cella* con la celda, el cenáculo con el refectorio. Como el señor, llamó á sí y aclimató en su territorio, todas las artes, todos los oficios; la arquitectura, la escultura, la hilandería, la escritura, la pintura. Pero el señor no habia instituido en su residencia más que el trabajo de sus manos; el monje llevó el trabajo de su pensamiento. Arrastró allí el genio de la antigüedad: como el trofeo del enemigo vencido, escondió la poesía y la filosofía griega y latina en el fondo de los pantanos.

El convento y el castillo eran los dos puntos fijos, los dos centros que atraian y agrupaban en torno suyo la mónada humana, diseminada y flotando en el espacio. La poblacion laboriosa, protegida aquí por la fuerza y allí por la piedad, vino á establecer al pie de sus muros su habitacion y su industria. Aquí la casa, desbordando de las murallas del torreon, colgaba á la mirada como un racimo sobre la pendiente tosca de las alturas. Era la

aldea hija del castillo. Llevaba el nombre de la roca ó del monte que marcaba su origen. Allí al contrario, la casa dormía pacíficamente á la sombra del campanario, dispersada y blanca, en la colina ó en la pradera, como la oveja al lado del pastor. Era la aldea hija del monasterio. Llevaba casi siempre el nombre del santo ó de la santa protectores de la iglesia ó de la capilla.

Después de haber arrancado de este modo la civilización de las ciudades, para esparcirlas al viento, el guerrero y el cristianismo, tomaron cada uno la mitad de la humanidad. El franco reinó sobre el territorio, el cristianismo sobre las almas; el uno tuvo la riqueza, el otro la influencia; el uno habitó las montañas, el otro los valles; el uno vigiló, el otro colonizó; y ambos, llevando su bandera y su cruz de cima en cima, de desierto en desierto, sembraron detrás de su huella, y repartieron por igual la semilla humanitaria sobre toda la superficie del territorio. Así crearon lentamente esa admirable gerarquía de población que crece gradualmente de la choza á la aldea, de la aldea al pueblo, del pueblo á la ciudad, de la ciudad á la capital. Constituyeron esa nacionalidad enérgica y compacta que rechazará por medio de la tra-

ma apretada de sus moléculas, todo ensayo, toda idea de conquista. La Francia, cubierta por todas partes, defendida por torreones y ciudadelas, podia empezar en paz el trabajo material é intelectual de su nueva civilizacion. Cuando el viajero atravesaba por la tarde la inmensa selva húmeda y nebulosa que producía un perpétuo gemido bajo la sombra fúnebre de sus ramas, podia estar seguro que iba á oír, á la caída de la tarde, el sonido de la campana ó del cuerno de caza, y que iba á ver brillar ante sus ojos, á los últimos resplandores del poniente, la piedra del torreón ó la flecha de la abadía. La tierra estaba por todas partes habitada, cultivada, incorporada, identificada con la humanidad; vivía y pensaba en todas partes. No había una gleba que no tuviese su alma y que al llegar la hora no pudiese levantarse y decir: Héme aquí.

FIN DEL TOMO SEGUNDO

LA
PROFESION DE FE
DEL SIGLO XIX.

LA
EUGENIO PELLETAN
PROFESION DE FE
DEL SIGLO XIX.

TOMO — CERO.

MADRID.

LIBRERIA DE DON ANTONIO COPEL.

CALLE DE LA LANCETA, NUMERO 2.

Caracas.

Valencia.

LIBRERIA DE DON ANTONIO COPEL.

LIBRERIA DE DON ANTONIO COPEL.

Barcelona.

CALLE DE LA LANCETA, NUMERO 2.

LA
PROFESION DE FÉ
DEL SIGLO XIX,

POR

EUGENIO PELLETAN.

TOMO TERCERO.

MADRID,

LIBRERÍA DE DON LEOCADIO LOPEZ,
calle del Cármen, número 13.

1870

Caracas,
Librería de los Sres. ROJAS,
hermanos.

Valparaíso,
Librería del *Mercurio*,
de D. O. L. TORNERO.

I A

PROFESION DE FÉ

DEL SIGLO XIX

EUGENIO PELLETAN

TOMO TERCERO

MADRID

LIBRERIA DE DON LEONARDO FORTE,
calle del Llanero número 12

1870

Wagner
Librería del Comercio
de D. O. L. T. S. S.

Librería de los señores
García y Sarracino

CAPITULO XIX.

El día en que la invasión bárbara rompió la ciudad antigua y esparció los restos por el campo, trasladó por el mismo golpe la acción social de la ciudad, al castillo. El castillo fué el centro del gobierno, la capital dispersa y múltiple donde el señor reinaba, juzgaba, acuñaba moneda, y echaba impuestos. El feudalismo transformó por este cambio la esclavitud en servidumbre. Durante la civilización romana, exclusivamente urbana, el esclavo servía en la casa, y vivía de la vida del amo, que le mandaba á cada minuto del día. Al más pequeño delito sentía la vara levantada sobre sus espaldas; era el instrumento vivo del hombre que le había comprado en el mercado, miembro aislado, animado por otra inteligencia, ser impersonal, involuntario, in-

nominado que llevaba el nombre de su dueño por la misma razón que el campo llevaba el del propietario. Roma decía Quintipor, Marci-por, esclavo de Quinto, esclavo de Marco. Más tarde, cuando la esclavitud aumentó, el señor ponía á este rebaño de su casa, como á sus perros un nombre de capricho, hecho anticipadamente y que la muerte trasmitía al que sobrevivía con el despojo aun caliente de sus cadenas y de sus harapos.

El esclavo no tenía ni Dios ni familia, porque la religión pagana no le conocía, y no le concedía otra vida más allá de la tumba. No había vivido independiente, con esa vida que puede aspirar á la inmortalidad. Cuando moría no hacía más que desaparecer en la nada. No vivía después de su muerte ni aun de esa resurrección secundaria que llamamos nuestra descendencia. La mujer daba á luz, el señor cogía la criatura y todo se había acabado; el padre no conocía á su hijo. Vivía en el presente, no obraba más que en el momento. La existencia estaba reducida en él á su más ínfima expresión. Era poco más ó menos un salvaje. Solamente que obedecía á un señor en vez de obedecer á la naturaleza.

El siervo, por el contrario, cumplía su destino sobre las tierras, lejos de la mirada de su

señor. Por su destino pertenecía ménos al señor que al dominio. Debía al feudo la mayor parte de su tiempo y de su trabajo. Pero guardaba la parte disponible para convertirla en su persona, en un aumento de existencia. Quería y pensaba por su cuenta inspirado por su servidumbre. Su alma hallaba siempre reposo entre la siembra y la recolección. Podía ir y venir libremente por todo el territorio del feudo; tenía su casa, y empezaba á entrar en el porvenir, por sus hijos; contribuía á su propia existencia, y á esa otra existencia prolongada más allá de la tumba y que la filosofía del progreso llama regeneración.

Amontonaba con valor la víspera sobre el día siguiente, día sobre día, sacrificio sobre sacrificio, contaba con una continuidad de esfuerzos desde la primera á la segunda generación. Más aun, el cristianismo le había hecho inmortal al verter sobre su frente el agua del bautismo. Era libre ante Dios, y estaba rescatado como su señor por el Evangelio; podía un día tener su puesto á la derecha de Cristo en la magnificencia de la resurrección, tenía nombre, este primer símbolo de la personalidad.

Pero como no era más que una persona á los ojos de la religión, tenía solamente un

nombre religioso, el nombre del bautismo. Es decir, sacaba de un santo, de un apóstol, la señal de su existencia, y la repartía con sus hermanos de servidumbre. Porque cuanto más precaria y dependiente es la vida, tanto más se inclina á la uniformidad, al comunismo. Es preciso repetir hasta la saciedad esta fórmula, hasta que el viento que la oye la repite á su vez, de eco en eco á todos los oídos de los que pasan.

Sin embargo, el siervo no poseía en el suelo más que la humilde piedra de su hogar. Cultivaba rigurosamente, cada año, la tierra preparada por orden del señor, sin cultivar el inmenso desierto que le rodeaba por todas partes; porque ¿para qué cultivarle si no debía sacar de este aumento de trabajo un aumento de existencia? La riqueza del suelo reducida de este modo, al mismo número de terrenos, no podía con el tiempo añadir un surco á la cultura por ese desinterés forzado del cultivador.

Pero un día el señor del feudo miró desde lo alto de un torreón, la llanura inmensa estender hasta el horizonte las olas amarillas de la retama, y sintió una inspiración de Dios brotar en su pensamiento.

Llamó al siervo, y le dijo: Tu cuerpo me

pertenece, le he conquistado. Forma parte de mis dominios. Me debes dar cuenta de tu trabajo. La tierra de mi campo está perpétuamente unida á tus plantas. No puedes irte, no puedes huir, sin que esta tierra te siga y te reclame en medio del camino. Pues bien, escucha, quiero romper ese pacto de conquista. Te ofrezco la propiedad con la libertad. Vas á tomar en esa llanura inculta la parte que quieras; lo que pueda labrar tu arado en un día ó en una semana. Tú la labrarás, la sembrarás, la segarás, y despues será tuya y de los tuyos para siempre. Lo que te produzca el suelo por medio de tu trabajo será, sin reclamacion posible mia, para tus hijos. Solamente en cambio del don que te hago traerás cada año el diezmo de la cosecha. De este modo ganaremos los dos: tú una propiedad, yo una renta.

Tengo tierras, pero muertas sin el auxilio de tus brazos; tú tienes la fuerza de los brazos nula sin la tierra; unamos estas dos potencias estériles si se aíslan; fecundemos una y otra, y repartiremos entre los dos la ganancia que resulte de esta union. Este es el contrato; ¿aceptas?

El siervo aceptó, alegre y dichoso, este contrato de libertad; y cuando hubo firmado, una

fuerza desconocida circuló por todos sus músculos, como la revelacion de un nuevo destino. Tenia esperanza, preveia el porvenir; poseia, si no la tierra, al ménos el valor que la daba con su trabajo. Este valor inalterable y que debia redundar en beneficio de sus hijos: era una propiedad. Pasaba del estado de siervo al de arrendador; llevaba en sus manos su riqueza, su redencion; ahora se la debia á su voluntad, á su virtud. Para ser libre, para verse emancipado de las necesidades del cuerpo, no tenia más que trabajar y ahorrar sobre su trabajo. Cada hora, cada gota de sudor se convertia en gozo y prosperidad para la familia.

Sentia sordamente estremecerse bajo su pié en las sombras de la tierra la gloria lejana de su dinastía. Porque él era creador de una dinastía en el fondo de su humildad. Fundaba lentamente, con todas las labores acumuladas de padre en hijo, un reino de su patrimonio. Constituia, ahorro sobre ahorro, victoria sobre victoria, el poder soberano del capital. Fundia el primero esa corona de oro que debia coronar en el porvenir al hombre libre, al hombre rey de la democracia.

Se puso intrépidamente á trabajar: arrancó el helcho, derribó el árbol, cortó las zarzas, ni-

veló la colina, plantó la viña, secó el pantano, cavó el pozo, marcó la senda, guió el arroyo, fabricó la esclusa, edificó el molino, sembró el cañamo, el lino y el lúpulo, aumentó el rebaño, el establo, la huerta, el mercado y las ferias; marchó arrastrado por la corriente de los rios hasta el mar, y llevó de provincia en provincia vino y trigo, paño y telas, madera y hierro, aceite y carbon, piedra y cal; restauró el puerto; levantó diques, animó el comercio con los pueblos vecinos, despertó la mecánica, resucitó la industria; el yunque retembló, el metal vibró, la tela se estremeció; el cobre, el hilo y el fieltro se revistieron de mil formas bajo el martillo, la lanzadera y el batan.

La Francia moderna salió por completo, obra por obra, piedra á piedra, de las entrañas de la tierra, cavada, movida, amasada infatigablemente, sin descanso á pesar del sol y de la lluvia. La topografía salvaje, inculta, tosca, fué sucesivamente, y por una conspiracion unánime, vencida, rehecha, marcada, en fin, con el sello de la civilizacion. ¡Ah! quien quieras que seas, si has nacido de la sangre de los galos, como yo, hermano por parte de nuestra madre la patria, alimentado como yo por el aire del mismo espacio, alumbrado por los mismos rayos, pisemos con res-

peto la tierra sagrada de la patria, porque pisamos las cenizas de nuestros antepasados. Recoged el polvo del camino, pasadle si podeis por la criba de la mente, y no hallareis un grano, ¿lo oís? ni un átomo, ni una partícula de átomo que no sea una fibra del hombre, una lágrima, una gota del sudor de su trabajo.

Sí, esta Francia que vemos hoy sonreír al sol, en la esplendente trasfiguración de sus campos, de sus viñas, de sus praderas, es en realidad la inmensa eucaristía de nuestra larga genealogía, dormida bajo nuestros pies, aluvion por aluvion. Sí, en esta perpétua alquimia de los siglos, tenebrosa y muda, que mezcla y cambia los hombres y las cosas, cada terron de tierra, cada gota de sávia está empapada en sangre humana, es la sustancia humana, viva con nuestra vida, modelada á imagen y semejanza nuestra.

Sí, en el aire que respiramos, en la espiga que molemos, hay un antepasado escondido, que está presente; toda ceniza, toda piedra del camino es la reliquia sagrada de un trabajador, de un mártir, que nos ha conquistado con su sangre y su abnegación el verdadero paraíso, el ócio de la inteligencia. ¡Silencio! He sentido estremecerse en torno mio el valle de Josafát. La tierra se torna carne; el músculo

entrelaza de nuevo su fibra al hueso; la vida disuelta toma cuerpo y figura.

Veo desde aquí, en ese blanco vapor, levantarse ante mí, mi raza pálida como la estrella de la mañana. Me llama, me pide la piadosa ofrenda de los vivos á los muertos, una palabra de conmemoracion. ¡Oh paternidad desconocida de dos mil años! ¡Oh paternidad antigua, que como mi descendencia será un dia, segun espero si Dios bendice mi sangre, mi parte de eternidad, mi nobleza ante Dios, mi gloria olvidada, mi infinito, mi antepasado; ayer labrador, antes de ayer siervo, y el dia anterior quizás esclavo! ¡Oh tú, que has llevado la carga más pesada de la humanidad y has vencido el anatema de tu destino, que has roto la servidumbre, que has domado la necesidad, que has apagado el hambre y la sed para legarme á mí, tu hijo desconocido, el pan del alma en el pan del cuerpo! Levanto mi mano ante Dios, y juro por tu abnegacion consagrar mi vida á la humanidad, y trabajar hasta el último minuto de mi vida por los que sufren.

El siervo, libre de la tierra y enriquecido por su trabajo, adquirió personalidad, un puesto en la sociedad. Tenia un nombre, casi siempre el de su trabajo, el de la madera, la

pradera, el campo, el molino, la granja ó el parque que habia creado con su trabajo y sus ahorros. El trabajo ha sido siempre el bautismo de la plebe emancipada del surco, la señal de su investidura. La plebe glorificada puede hoy llevar con orgullo la consagracion de su origen: no la hay más grande en la tierra.

La industria, eminentemente social y hospitalaria, llama y reúne la industria en torno suyo. El ocio dispersa al hombre, la actividad le asocia. Cuando la servidumbre, trasformada en vasallaje, tuvo la libertad de sus acciones, el herrero fué á buscar al carpintero, el fabricante al mercader, el mercader al clérigo ilustrado, el clérigo letrado la universidad, y acercándose cada vez más, la casa se colocó al lado del taller. La comunidad volvió á aparecer. La civilizacion pasó del campo á la ciudad.

La clase obrera, nacida de ayer y destituida de garantía, necesitaba reunir sus fuerzas en un punto dado para rechazar la agresion y el espolio del ladron con título que habia sido su señor. La vida política era tan débil en cada uno, que era precisa la reunion de varios para constituir una persona, políticamente hablando. De esta necesidad nació la comunidad primero, la corporacion despues, es decir, la co-

munidad en la comunidad. Y ¿qué es la comunidad? Esta persona ficticia. Es la personalidad completa, que debemos todos poseer un día, repartida sobre varios, porque ninguno la posee por completo. El ciudadano de la democracia, es él solo, hoy, una comunidad completa de la Edad media, y el obrero es una corporacion. Meditemos esta idea y conoceremos el secreto y el misterio de la civilizacion.

¿Habeis visto algunas veces, en Italia, en Flandes, en España, en Francia, por todas partes donde la vida comun ha reinado en su esplendor, en su energía, en Pisa ó en Génova, esa larga galería, esa larga cadena de arcos, que flota á los lados en la calle, de casa en casa, uniendo un pilar á otro, como la mano del federado á la mano de otro federado? Pues esa es la copia exacta, hecha en piedra de la comunidad. Esta galería cubierta, la *loggia* como se dice en Italia, especie de cláustro exterior, y secular, era la sala tumultuosa abierta á todos, donde venia á deliberar la multitud, á obrar de comun acuerdo, para conquistar si era preciso, la independenciam y la soberania. La *loggia* tenia su banco de piedra, donde el sábio venia por la tarde á dar su opinion y el tribuno á preparar su popularidad. La ciudad reflejaba á cada paso por su

construccion y su aspecto, la desconfianza y la lucha del trabajo atacado en su derecho y en su propiedad. La calle era estrecha, torcida por cadenas y barreras.

La casa construida junto á los torreones cuadrados y compuesta de pisos salientes, caía á plomo sobre la calle, para aplastar más fácilmente al sitiador que viniera en un dia de lucha civil, á batir el pié de la muralla. El piso bajo convertido en taller ó en tienda se cerraba por una puerta baja, adornada á derecha é izquierda, de un pedestal de piedra de ancho borde destinado á la edificacion. El primer piso, el más amenazado, el más espuesto despues del bajo, abria tímidamente al exterior una lucerna estrecha defendida por barras de hierro para mayor seguridad. El piso segundo, más inaccesible, y por consiguiente más asegurado, desplegaba una triple ventana, alta y esbelta, dividida por una cruz y adornada con vidrios. Estos vidrios daban luz á una pieza toscamente amueblada, que servia á un tiempo de cocina, de comedor, de salon y de alcoba. La chimenea pegada á la pared como un dosel de albañileria, abrigaba despues del toque de la queda á toda la familia, al rededor de la misma lámpara, inclinada sobre su trabajo. El marido preparaba sus

instrumentos, la mujer hilaba, y el ruido de la rueca que subía y bajaba con sordo murmullo, era el único que turbaba el silencioso recogimiento de la velada.

La voz del vigilante nocturno, anunciaba la hora del sueño. El abuelo recitaba la oración y la casa quedaba en reposo. En fin, el piso tercero, con fiado y sin temor, desplegaba al sol una sola ventana formada por una gran cristalería: allí vivía cerca del cielo, bajo el techo soñoliento, azotado por la lluvia y el sol, el ángel de la casa, durmiendo en continuo éxtasis, cuya frente acariciaba en su vuelo la golondrina; embalsamada por el perfume del jaramago que florecía en su ventana, con el aire tibio de su suspiro, bajo las lágrimas de las estrellas.

En el centro de la ciudad y encima de la franja cortada por pisos iguales y uniformes, juntos unos de otros como las existencias, se levantaba la torre pesada, cuadrada de la atalaya, donde dormía en perpétuo y espantoso silencio, en medio de las nubes y de la tempestad, la campana revolucionaria que llamaba al pueblo, á la libertad. Al primer toque que hacía estremecerse las piedras de las casas, cada puerta, cada esquina daba salida á un hombre armado. La multitud convulsa por

la sacudida eléctrica que la voz de cobre vertía en la ciudad con golpes precipitados, corría, hervía en las calles, combatía y moría al grito de independencia, más rudo que el martillo, más fuerte que el hierro de su armadura.

La comunidad hacía bien en armarse y prevenirse, porque veía á su puerta, en lo alto, sobre la colina, el castillo sombrío, mudo, rodeado de torreones, y siempre deseando reinar en la ciudad por derecho de conquista. El señor encerrado con sus guerreros detrás de la espesa muralla: con la puerta adornada de cabezas de lobos y javalíes, observaba y combinaba día y noche un ataque contra sus vasallos. Cuando creía llegada la hora, una trompeta sonaba, el puente levadizo caía, el barón salía al frente de su gente, armado y encubierto sobre un caballo armado también, con su penacho ondeante con su escudo pintado en el pecho de sus siervos, como el dibujo grosero de la piel de los salvajes. El suelo, conmovido hasta en sus cimientos por el peso de este tándulo de hierro al galope, parecía rodar en su seno el ruido ronco de la tempestad. El hombre de la ciudad atrasado en su camino oía el ruido y huía.

Pero el señor continuaba su expedición, sa-

queaba, destrozaba al viajero, al mercader y volvía despues á su castillo, cazador de hombres, orgulloso de su hazaña, y arrastraba tras sí el largo convoy de su saqueo. La cadena del puente levadizo caía trás de él, la piedra del castillo vibraba un momento al ruido de las armas y todo volvía á quedar en silencio.

El baron volvía á ocupar su puesto en la gran sala sonora y vacía, adornada solamente por una fila de sillas y un tapiz ante la chimenea gigante donde ardía un árbol apoyado en dos morillos macizos. La castellana le esperaba junto á la lumbre, con la cabeza inclinada sobre su bordado ó sobre su misal, con el paje á su lado y un perro echado en un pliegue de su vestido de arminio. El panetero servía la comida. Muchas veces á esta hora un huésped desconocido llamaba á la puerta del castillo. Era un poeta, un juglar que venía á cantar mientras comían una cancion ó una balada amorosa, y como el bardo antiguo, iba de vivac en vivac, llevándose en pago de su canto, una parte del festin.

Dos sociedades estaban, pues, presentes; una meditabunda, sóbria, económica; otra agresiva, orgullosa, turbulenta, sedienta de aventuras, la una vivía en la aldea, la otra en

el castillo, la una representaba la industria, la otra la conquista. Las dos enemigas y armadas luchaban continuamente y lucharán mucho aún. Pero esta lucha era la guerra de la fuerza contra la idea, y si bien la fuerza es el alma de la materia, en pago la idea es el alma de la fuerza, y con estos títulos tiene siempre segura la victoria.

CAPITULO XX.

La mujer, durante este tiempo, crecía en dignidad á la sombra del Evangelio. Cristo habia habitado en el seno de una virgen para borrar la mancha del Eden. Antes de su venida la circuncision era la única iniciacion de la Judea en la alianza del Señor. Esta iniciacion viril dejaba á la mujer por una especie de excomunicacion tácita, fuera de la alianza. Pero al bautizar lo mismo al hombre que á la mujer, al admitirlos igualmente en su redencion, Cristo escribió sobre su frente, con el mismo signo religioso la igualdad de su alma ante la salvacion.

Habia hecho más aun, habia divinizado la

primera virtud de la mujer, la compasion. Habia sacado de lo más íntimo del corazon, las lágrimas interiores para enjugarla. Habia consolado á la hermana de Lázaro, habia saludado á la cananea, habia levantado á la adúltera, aceptado la ofrenda de la pecadora.

Habia dicho, un dia de mansedumbre: Bendita sea la criatura que ha amado y llorado. La víctima gemidora de los siglos, conoció en esas palabras á su Salvador y le siguió por todas partes, derramando sobre la huella de su pié divino, palmas y perfumes.

Despues de la consumacion del Calvario, veló enlutada, ante la piedra del sepulcro. Más tarde, en el dia de la gran prueba, corrió á la cita fúnebre del circo romano. Repartió con el hombre la gloria del martirio y subió al cielo, al lado de Jesus, radiante de santidad con la frente coronada de una aureola.

La ley cristiana que tanto se compadecía de la mujer, proclama la indisolubilidad del matrimonio. De este modo rompió la iniquidad de la repudiacion, que no era más que la poligamia sucesiva, en diversos plazos. La mujer tenia ya su puesto asegurado, garantizado en la familia. Podia velar al lado de la cuna de sus hijos, sin temer la despedida brutal de su marido, La suerte hasta entonces

movible, incierta, sometida á un capricho del momento, á ménos aun, á una curiosidad voluptuosa, participaba de la fijeza y de la inmutabilidad del hogar.

La mujer se casó desde entonces con su amante, atrajo sobre su matrimonio la bendición de la duración y llevó como una túnica renovada, esta fórmula del progreso. Su marido acostumbrado á ver en ella una compañera inseparable hasta la muerte, pagó en simpatía esta idea de perpetuidad.

La amó, la respetó, la rodeó de asiduidad, la asoció estrechamente á su esperanza. En esta larga intimidad, aprendió la ley santa de la reciprocidad y de la indulgencia. No podía herir á su mujer sin herirse primero á sí mismo en esta perpétua union con su víctima. Tenia, pues, que reconquistar cada dia la afecion de su esposa, pero en cambio le imponia la condicion de la castidad. La virtud crecia en uno y otro por la virtud. Se amaban, en este tiempo bárbaro, por la necesidad de amarse. Cuando la muerte habia roto su union, dormian bajo los pliegues del mismo sudario, esculpidos juntos, en el mármol de la misma tumba.

La ley civil inspirada por la religion, trasladó á su código el pensamiento del Evangelio;

restituyó á la mujer la plenitud de su personalidad ; le dió la tutela de su hijo ; le concedió la administracion de sus dominios ; decretó, en fin , en favor suyo la institucion de la viudedad.

La dote habia sido el primer aumento de libertad de la mujer. La viudedad completó su emancipacion asegurándole su vejez. Se le pagaba anticipadamente el pan de sus últimos dias, y se prolongaba su matrimonio despues de muerto su marido. El seguia asistiendo, desde la otra vida, á la casta confidenta de su vida. Revivia por completo en este don de su prevision. Su muerte era ménos un rompimiento, que la ausencia de un dia. Se iba el primero para preparar á su mujer otro hogar de afeccion en otra patria.

La mujer llamada á participar de la propiedad, independiente por la propiedad, libre de la necesidad, viviendo por sí misma, adquirió ese dia una espontaneidad, una voluntad, un poder, un destino no circunscrito, á la vida interior, al trabajo de sus manos, á la rueca ó á la aguja, sino un destino moral, que tenia más allá del horizonte humilde del hogar su aspiracion, sin gloria, su recompensa y su apoteosis.

Contempló con la mirada de la oracion á la

santa del paraíso, esa hermana de Dios, cuyo nombre llevaba en la tierra entre los vivos; ambicionó la santidad, desarrolló en sí el alma de Cristo llena de ternura, y se revistió á los ojos del hombre bajo ese adorno místico de gracia interior, con una nueva hermosura. Cada una de esas flores de santidad, abiertas en su seno, esparcía en torno suyo una atmósfera de veneracion.

En medio de esta suave emanacion de virtud, el hombre sintió que un ideal más, brotaba en su pensamiento. Conoció el entusiasmo, el lirismo del amor; porque hasta entonces habia conocido solamente la sombra, la voluptuosidad. Glorificó por vez primera la constancia de la pasion, é inauguró en la tierra el culto de la mujer con la caballería andante. El infinito bajó á su corazón, bajo la imágen de la desposada. El caballero dedicó su vida á esa vision. La mujer desde ahora, su tentacion para el heroismo, brilló continuamente en su pensamiento. Cada hombre tuvo su inspiracion secreta, su Beatriz (1). El monje mismo, consumido por el fuego de la

(1) Alade á la amada del Dante, tipo perfecto y sublime de inspiracion y de platonismo.

(Nota del Traductor.)

penitencia, moria para el mundo en éxtasis ante su madona.

La mujer se engrandeció por medio del hombre á quien habia engrandecido. Continuamente exaltada por su virtud, creció en exaltacion; bebió en Dios una facultad desconocida á su naturaleza; sobrepujó por el gigantesco desarrollo del sentimiento, la medida de la humanidad. Un enviado de Dios, un ángel interior habitó en su alma y le comunicó el poder del milagro. En ninguna parte ha brillado este poder sobrehumano con síntomas más visibles que en la pastora entusiasta é ignorante de la Lorena.

La Francia estaba amenazada de servidumbre.

La patria sagrada de la idea iba á desaparecer, llevándose consigo la civilizacion. El poder real, la nobleza, la Iglesia, las gerarquías todas desconfiaban de la salvacion, y faltaban á sus deberes. Entonces, en medio del desfallecimiento universal del país, el mundo vió un hecho desconocido, inexplicable, que desconcierta aun hoy en dia, la mirada de la historia.

Un labrador del valle de la Mosa halló una tarde en su camino á una muchacha.

—Hay, le dijo ésta, entre Compei y Vaucou-

leurs una pastora, que antes de un año habrá echado al extranjero del reino.

El aldeano la miró, y continuó su camino. La aparicion que le habia hablado era una aldeana sencilla y fuerte, de cabello negro, y de facciones tostadas por el sol. Habia recibido desde la cuna el nombre de Juana, en recuerdo del bien amado de Jesús. Guardó los baños durante su infancia. Despues de su primera comunion aprendió á hilar. Pero no le agradaba la rueca, ni los quehaceres domésticos. Le agradaba más pasear junto á los floridos espinos, dejando vagar su fantasía. Una fuente corria al pié de la colina, bajo la sombra de un roble plantado por los druidas. Juana iba á sentarse á la caida de la tarde junto á la fuente, para oir al viento silbar entre las ramas del árbol, y el eco de la campana á lo lejos. De este modo preparaba en el fondo de su alma una piadosa hospitalidad para una idea.

Pronto su vaga meditacion interior adquirió una forma externa. Un dia oyó una voz, y vió á su lado un resplandor. Reconoció á Santa Catalina, y la estrechó contra su pecho en medio de exclamaciones de júbilo. Un olor embalsamado brotó de este abrazo, y la santa del Paraiso volvió á su mansion de ventura. Des-

de entonces la vision celeste no abandonó un momento el alma de la dulce y melancólica sibila. El viento no volvió á gemir entre las ramas del árbol de la fuente. La campana no resonó más en la iglesia de la aldea. El viento y la campana eran la voz de Santa Catalina.

A poco tiempo le dijo la voz que libertara á la Francia, y marchó con la fé de su corazon para cumplir la profecía. Dios solo ha podido saber cuántos peligros ha sufrido, cuántos trabajos. En fin, un dia pasó delante de todos, á escape, con armadura blanca, en un caballo negro, que hacia brotar bajo sus plantas rayos de la piedra; iba terrible y misericordiosa, una espada en la mano, una bandera en la otra, destruyendo con una mirada las murallas, y barriendo los ejércitos. Acabada su jornada, volvía despues de la victoria, humilde y tranquila, candorosa y serena. El pueblo caia de rodillas cuando pasaba, y besaba con respeto las fimbrias de su traje.

La Francia estaba salvada. La mision de Juana de Arco habia terminado. Quería volverse á su aldea. Pero no habia en la tierra un valle digno de contenerla. La vida humana, exaltada para su alma por encima de la humanidad, era una decadencia. Dios le enviaba la consagracion de la gloria en la tierra, la muer-

te de la tragedia. Quiso que la lágrima patética de la humanidad rodara eternamente á este santo recuerdo. Juana de Arco, abandonada por todos, subió al cadalso, vestida de ignominia. El cielo recibió la hostia sagrada, y ahora, quizás desde lo alto de una de esas estrellas que vemos flotar en el horizonte, mira esta tierra de Francia con una sonrisa de amor.

Murió de la muerte de Hypatía; como ella, por un monje: profecía incompleta, como en ella, de la doble emancipacion futura de la mujer, en su corazon y en su inteligencia. Hypatia habia sido la musa austera de la ciencia, de la antigüedad, de la razon, de la metafísica, de la astronomía, de la música; la Venus Urania de Platon, pálida como la estrella, fria como la noche del firmamento. Representaba la primera entrevista de la mujer con la noción abstracta de lo infinito. Juana de Arco, por el contrario, era la explosion del alma cristiana, amante, condensada y ardiente, en la sangre de una doncella, para elevarla hasta Dios en un magnifico impulso de heroismo. Personificaba la llama ardiente del amor infinito, encendida en el corazon de la ignorancia.

Ni una ni otra dan suficiente testimonio de la nueva gloria que espera á la mujer en el ca-

mino del progreso. Un dia vendrá sin duda, que reunirá en otra Eva rehabilitada á Hypatia y á Juana de Arco, la ciencia y la inspiracion.

El cristianismo habia inmolado, en la virgen de la Lorena, su propio pensamiento. El obrero se habia vuelto contra su obra para romperla.

La palabra de Cristo habia sido, segun la promesa del Evangelio, una palabra de vida, de regeneracion. Habia regenerado, ó más bien, habia engendrado al hombre interior, al yo humano. Hasta el dia del Gólgota, el alma aun pobre de sentimientos y de ideas, no habia podido llegar á la personalidad, es decir, á esa unidad íntima, compuesta y fortificada con todas las facultades, con todos los conocimientos. El hombre vivia, obraba atraido y llevado por una fuerza extraña á su voluntad, á su determinacion. En política pertenecia á la ciudad, en religion á la fatalidad. Estos dos poderes, esencialmente correlativos, dirigian su conducta, y constituian su moral.

Pero despues que reunió mayor suma de conocimientos y de virtudes en una unidad más fuerte, por consiguiente en una personalidad más grande, el cristianismo cogió inmediatamente este nuevo progreso, y le trasladó

á la Iglesia. Promulgó el primero, é inauguró el culto de la vida espiritual, de la conciencia. Anunció á todo hombre esta buena nueva.

Te justifico ante Dios, te doy libertad. Tú justificarás á tu vez, por medio de tus obras esta gracia de mi Providencia. Serás el trabajador perpétuo de tu propio mérito. Vé, ahora piensa, obra bajo tu propia responsabilidad. Eres mayor de edad, estás rescatado. Tu vida es tuya, ahora y siempre. Yo seguiré tus pasos. Seré tu testigo, te asistiré. Ayudaré tu debilidad, te tenderé la mano al borde del precipicio. Pero no creas engañarme. Todas tus acciones, todas tus reflexiones, serán pesadas, contadas, anotadas y se hallarán en el día grande de mi venganza.

Al decir estas palabras, el Evangelio abría al alma humana las puertas de lo infinito. La antigüedad concedía solamente un destino superior, inmortal, al héroe y al génio. El héroe solamente podía traspasar la vida pasajera y limitada de la tierra, dejar un eco, una imagen sobre los lábios y en la memoria de la humanidad. Los demás nacían, comían, bebían y pasaban como la pluma arrastrada por el viento del olvido.

El cristianismo rompió esta ley de desigualdad y de restriccion. Medió indistintamente á

cada hombre su parte de inmortalidad. Dios habia entrado por la comunión en el cuerpo del cristiano. Este cuerpo, santificado, vibraba con nueva esperanza. El más humilde de espíritu sentia, al salir del santuario, la inmensidad de su destino. Llevaba en sí, como en un tabernáculo al Dios vivo. Una gloria imperecedera iba unida á cada uno de sus pensamientos, á cada una de sus acciones. Podia ser más que un héroe, más que un génio; podia ser un santo, un elegido. Vivía frente á la eternidad, la eternidad estaba presente á la mera deliberación de la conciencia, á la menor victoria de la buena sobre la mala voluntad. La eternidad bajaba entera á él, día por día en santificación.

El cristianismo enseñó al hombre á vigilar y á guiar su pasión, su voluntad. Le dió sobre sí mismo derecho de justicia, derecho de remuneración. Le hizo implícitamente su propio juez, su propio maestro. Nos dió á cada uno la obra de nuestra grandeza, de nuestra vida futura. Eternizó, en fin, en nuestra alma toda la parte de eternidad que mezcló á nuestra existencia. Hizo al hombre más eterno si puedo espresarme así. Dió prueba otra vez de la fé en el progreso.

La catedral celebraba admirablemente por

la línea y el color esa doble sentencia del cristianismo, de recogimiento y de aspiración del alma replegada en la conciencia ó suelta en oraciones. La arquitectura griega era exterior y uniforme como la vida de la ciudad, formulaba su pensamiento en una línea sencilla, monótona, que corría invariablemente de frontón en frontón, de friso en friso, como la cadencia forzada é infatigable á la mirada. La arquitectura cristiana, por el contrario, interior, múltiple, variaba y rompía sin cesar la línea para traducir, por la diversidad de sus inflexiones, la diversidad de sus sentimientos. Primeramente había imitado la basílica romana, como el claustro había imitado la *villa*. Pero poco á poco había abandonado la copia para seguir su propia inspiración.

Había conservado la bóveda, la rotonda del pretorio, y había añadido á la nave principal una segunda nave cruzada. La iglesia tenía la forma de la cruz del Calvario; la cabecera daba al levante, la portada al poniente. El doble piso de columnas romanas, unidas entre sí por arcos y sostenidos por una armadura, había desaparecido sucesivamente en una metamorfosis más poderosa y más dramática.

La nave grande, flanqueada por otras naves laterales, bajas y bañadas de sombra, subía á

toda la altura de la catedral. El pilar, formado de columnas armoniosamente agrupadas, brotaba atrevidamente hasta la balaustrada de la galería interior que circulaba al rededor de la nave principal. A esta altura formaba un nudo en el capitel; y despues de este momento de usura, brotaba en columnitas para ir á morir en una moldura en un cielo de ojivas.

La bóveda aérea sembrada de claves esculpidas que caian en coronas, y de estrellas de plata que brillaban sobre un fondo azul, flotaba magnificamente, como sostenida milagrosamente, sobre los vidrios de las ventanas.

Los vidrios, historiados y pintados con vivos colores, vertian en la nave rayos de colores como los prismas de la leyenda. Cuando el creyente miraba por la tarde al sol poniente, desde el fondo del santuario, el gran roseton de la fachada, llameante y vertiendo magestuosas claridades, creia ver la puerta de cristal entreabierta é inflamada del Paraíso. Encima de este trono brillante, desde donde el Cristo, sentado en su gloria, juzgaba los muertos del valle de Josafat, los órganos lanzaban en los aires el trueno admirable de las amenazas de la iglesia. La catedral era una numerosa epopeya arquitectónica, atrevida hasta la exajeracion, fecunda hasta la profu-

sion, donde todas las formas entrelazadas, desvanecidas unas en otras, balanceadas y ritmadas por el número tres, cifra de la trinidad, iban, venían, ondulaban, corrían de la forma del trébol á la ojiva, de la ojiva al arco, del arco á la elipse. El alma virgen del cristianismo corría bajo la piedra en sávia ardiente; la habia modelado, amasado, estendido, esparcido por todos lados en hojas, en ramos en adornos, en moldura. La materia trasparente, trasfigurada, espiritualizada y siempre ascendiente, parecia haber perdido bajo el cincel su mole y su pesadez.

La casa de Dios, siempre palpitante y sonora, llena de vagas tinieblas y de misteriosos murmullos, convocaba en su gran hospitalidad y reunia al rededor de su santuario todas las voces del arte, todas las voces de glorificacion, la música, la pintura, la joyería, la escultura. Desplegaba sobre todas sus paredes la piadosa crónica del Evangelio, córtada en vajos relieves ó en cuadros. Esparcia sobre sus puertas, sobre sus contrafuertes, en sus galerías, en sus arcos, al rededor de sus capillas, los fantasmas mudos de dos mil figuras, ángeles, santos, Cristos, doctores, obispos, peregrinos, mártires; en fin, en este amontonamiento de prodigios, el campanario, último

prodigio, se perdía en el cielo en pirámide aguda, calada, bordada, impalpable, imponderable como el vapor.

Desde allí la campana dominaba á la ciudad. Cuando tocaba para llamar á los fieles á la oracion, la vibracion inmensa, repetida hasta lo infinito, bajaba de piedra en piedra hasta la cripta profunda donde dormian los muertos bajo la base de los pilares. Parecia querer despertarlos en su tumba y llamarles á la resurreccion.

La noche se habia estendido, y la familia, colocada al rededor del átrio, hablaba del trabajo de aquel dia. Una voz acongojada salia del campanario acompasadamente y se esparcía en alas del viento, despertando sucesivamente, de calle en calle, las otras voces adormecidas en el timbre del cuadrante. La hora sonaba furtiva y tímidamente, y desde lo alto de la iglesia la hora respondía á través de las tinieblas. La ciudad estaba á oscuras. Las ráfagas gemían. Los que velaban oían pasar el tiempo y caían de rodillas. Oraban, é iban luego á dormir bajo la proteccion del Ángel de la Guarda. La hora seguía dando y cayendo sobre su sueño desde la flecha de la catedral.

El tiempo habia elegido para háblar la mansion de la eternidad.

CAPITULO XXI.

El cristianismo habia predicado á la raza del Norte, colocada sobre una tierra virgen, la doctrina de la privacion, de la continencia, é involuntariamente habia contribuido á desarrollar el ahorro, y con el ahorro la riqueza. El hombre trabajaba por un sentimiento de expiacion, únicamente porque el trabajo era el anatema que Dios habia fulminado contra él á la salida del Eden. Obedecia al castigo, con el alma inclinada á la mortificacion, ahogando en su pecho la voz del deseo, como una provocacion del tentador.

El trabajador sacaba apenas en un principio del producto de su trabajo la parte estrictamente necesaria para su existencia, y restituia lo demás á la tierra en nuevo instrumento de producto.

La riqueza inmueble crecia de tierra en tierra, sucesivamente aumentada por el trabajo de cada familia. La granja, la quinta, la fábrica, brotaban de la tierra como una segunda vegetacion. Esta fecundidad, siempre cre-

ciente, animaba al hombre á ganar, por la facilidad de medios de goce. Y en el momento mismo en que la creencia completamente aceptada, afirmada, sin reserva, sin contestacion, en la última profundidad de su intimidad, de su conciencia, le decia, le gritaba por medio de todas las voces del aire, de todas las piedras del camino, que el cuerpo era un andrajo, el bienestar un pecado, la felicidad un desafio, el lujo una blasfemia, el goce sensual una perdicion, buscaba á pesar de la amenaza del dogma, á pesar de la protesta dolorosa de su propia conviccion, á pesar del peligro, á pesar de la prohibicion de la iglesia, como empujado, como precipitado por una fuerza irresistible, por una revelacion nueva, buscaba, he dicho mal, invocaba con pasion, el oro, la seda, la riqueza, el esplendor, la belleza, la eflorescencia de la carne y la voluptuosidad de la sensacion.

Mientras su alma inquieta, intranquila, suspiraba y gemia, sujeta á los antiguos dogmas; útiles un dia y ahora engañosos, decaidos y penitentes: sentia estremecerse, desbordarse en su interior una vida nueva más fuerte que su propia creencia. Aspiraba á un mundo nuevo. En efecto, el tiempo predicho habia llegado. El signo de regeneracion bro-

taba por todas partes. El corazón del hombre, conmovido hasta en lo más íntimo, esperaba el milagro precursor de la idea. El milagro habló.

Un hombre iba de ciudad en ciudad, ofreciendo á los principes de Europa un mundo en cambio de un buque. Había pesado la tierra muchas veces, á la luz de su lámpara, en la balanza de su pensamiento. No le hallaba el peso que debía tener en la creación, y rodaba en silencio su problema. Miraba por la tarde, al poniente, al sol que se hundía en la espuma del Mediterráneo. ¿Dónde iba este sublime faro, que huía en el horizonte entre la púrpura de sus nubes? ¿Iba á visitar con sus rayos otra region desconocida á nuestra mirada? Si la tierra era esférica, la ley del equilibrio lo quería así.

A medida que el gran visionario prolongaba ante el cielo apagado, ese interrogatorio del genio á su propio pensamiento, su duda interior, sucesivamente alumbrada, tomaba en el fondo de su intuición una apariéncia, una realidad. Veía ante sí, en el límite de la última estrella, como si lo estuviera viendo con sus ojos, un nuevo continente. Se estremeció, como impulsado por el alma eléctrica del planeta. Abrió los brazos en el espacio y

gritó: « ¡Poseo un mundo! » El mar oyó su exclamacion, y la repitió de ola en ola hasta la playa de la Atlántide.

El que mendigaba de los príncipes, fué con su báculo en mano durante mucho tiempo, llevando de cóрте en cóрте el contenido de su pensamiento. Ningun soberano de Italia quiso aceptar este regalo hijo de un sueño, y el profeta del hemisferio Atlántico fué á llamar á la puerta de otro reino. Tenia fé en su vision. Se ahogaba en nuestro estrecho territorio. Su esperanza marchaba delante de él enseñándole el camino. La seguia con la frente radiante, sin escuchar el estúpido murmullo de la burla. Halló, en fin, una mujer, una reina que quiso contribuir con su tesoro á la realizacion de su presentimiento. Le dió un buque partió.

El espíritu del progreso, ese complot universal, involuntario de conjurados extraños y resueltos, sin conocerse entre sí, habia ya por una admirable prevision y simpatía, inventado la brújula, este reloj del espacio que marca el camino á los viajeros con la punta de su aguja. Guiado por esta muda asistencia que desde el fondo del olvido, quizás de la Arabia, un colaborador desconocido le habia preparado, el atrevido aventurero desplegó las velas al viento del misterio.

La costa habia huido detrás de él hacia ya dias y aun semanas. Y él marchaba, y marchaba; las olas venian y pasaban, el vacio renacia del vacio; y él veia el sol nacer y morir con la misma incertidumbre. La tripulacion dudó de su idea ante la inmensidad. Y creyendo que el mundo iba á faltar, quiso obligar al conquistador de un enigma á volverse atrás de su temeridad. Pero él invenciblemente confiado en su sueño y rodeado por todas partes de la nada, dejó al viento de Dios que empujara su navío y miró al horizonte. La tierra estaba allí, ante su dedo; la veia, la podia señalar.

Y una mañana, que la naturaleza se habia vestido de gala como si fuera á cumplir una de esas jornadas de la humanidad, el intrépido navegante vió brotar de la espuma ante la proa de su navío, la tierra de sus sueños, adornada con la palma de los trópicos, y sonriéndose á los rayos de la aurora. Su prometida habia sacudido su ramo empapado en rocío y parecia benir á vuscarle bañada en perfumes. ¡La reconoció; la habia visto tantas veces en la contemplacion de sus veladas! Soltó el timon y cayó anonadado de rodillas sobre cubierta. La carne era demasiado débil para soportar una alegría tan grande del espíritu.

Despues de esta segunda creacion, del continente austral, de una idea, Colon volvió á Europa á recibir en el fondo de una cárcel, la recompensa por su conquista.

Habia abierto á su patria adoptiva las puertas de la riqueza. La España siguió sus pasos para recoger el oro en los rayos del sol. Cuando Dios quiere atraer la civilizacion hácia otras regiones, oculta en ellas un tesoro. El eterno argonauta del progreso atraviesa el abismo para conquistar el misterioso vellocino. La España habia sido en un principio la Hesperide de tentadores rayos que atraia la humanidad al Oeste. Pero el dia en que la civilizacion invadió la Europa, la Hesperide tomó vuelo sacudiendo sus alas de oro y desapareció al otro lado del mar entre el crepúsculo del Poniente. La España la persiguió á su vez y la halló en un valle de las Cordilleras. La Hesperide huirá de nuevo, despues de cuatro siglos, para emigrar á orillas de otro mar, en frente de Asia, mensajera mística de la carabana del progreso, ella le indica su camino en el espacio.

El oro es el único seductor bastante poderoso para arrancar al hombre de su hogar y escitarlo á la espatriacion. Ofrece en efecto al colono, una riqueza inmediata que reembolsa en poco tiempo el doble de lo gastado en la

emigracion, paga los primeros gastos de trasplatacion de la raza civilizada en medio de la raza aun sumergida en la barbarie, y acumula la poblacion esparcida al rededor del cráter abierto de sus minas. Siembra por todos lados centros de productos, de cambios, fomenta el comercio y por él la cultura; coloniza, en fin, en toda la acepcion poderosa y múltiple de la palabra.

El tesoro escondido de Méjico ha servido á la humanidad ménos por sí mismo, ménos por su riqueza, que por su influencia y por su atraccion. Ha invitado y ha detenido á la raza europea con la hospitalidad de la América.

Esta raza, poderosa con todas las armas de la civilizacion, ha sacado de esta naturaleza virgen, de ardiente seno, una nueva vida, una nueva embriaguez. Ha vertido en su copa la sávia de otra vegetacion y ha bebido el aroma de otro sol. Se ha revestido de esplendores y ha recogido esencias desconocidas en su primera pátria. Ha enriquecido su existencia, su escala de sensaciones, con toda la voluptuosidad, toda la utilidad que la vainilla, la caña de azúcar, y la sávia ardiente del trópico esparcen hoy en torno suyo en su mesa y en sus festines. Ya Vasco de Gama habia dado la vuelta al cabo de Buena-Esperanza y

habia abordado casi al revés, es decir por el Oeste. De este modo la Europa vencía á la vez dos continentes, y los ataba á las áncoras de sus navíos. Y más tarde verterá sobre América la ambrosía ardiente del Asia, las especias y el café para que la fibra del hombre del Norte, inflamada y bañada en la electricidad del Mediodia, más simpática, más vibradora á las sensaciones, absorba y radie más entusiasmo, más genio.

A poco tiempo otro profeta, otro Titan, revelado contra la debilidad de la naturaleza, iba á visitar á Dios y á arrancarle el secreto de la creacion. Inventaba el telescopio, daba al hombre un sentido más, veia lo que nunca la vista humana pudo ver, la inmensidad oculta detrás de la inmensidad. A la primera mirada del hombre al cielo, la antigua bóveda se hundió, la estrella sorprendida en su desnudez, se ocultó en el espacio á siglos de distancia. El espíritu de la tierra subió hasta donde solo habia llegado el vuelo del ángel. Contó en el etéreo un millon de veces amontonado sobre el etéreo, el limite ardiente que Dios habia puesto en el camino de lo infinito.

De este modo, á medida que Cristóbal Colon estendia á nuestros piés el espacio del globo, Galileo por una correspondencia admi-

rable, estendia sobre nuestra cabeza, el espacio del firmamento. Cumplian uno y otro el mandato del progreso; arrastraban á la humanidad más adelante en la inmensidad.

Pero el nuevo Prometeo que habia conquistado más que la llama, la luz, que habia dicho á la tierra: «¡Anda!» con escándalo de la Escritura, habia desafiado el poder sordo y algo agotado con su obra, y sepultado en su progreso. Debia pagar su temeridad. El dogma antiguo le cogió y le arrastró debilitado por el peso de su gloria, hasta el dintel de una iglesia. Le hizo doblar con mano brutal la frente en el polvo y le obligó por medio de la fuerza de su brazo, á negar la revelacion visible del Dios vivo. Y ese hombre que era entonces entre todos el más grande, balbuceó de rodillas el error de su grandeza. Cuando la tierra oyó esta injuria hecha á la creacion, un monje puso un andrajo sobre la boca del sábio, para imponer silencio á ese genio lleno de verdad. Habia elegido bien el suplicio; el silencio para un confidente semejante de la eternidad debia ser efectivamente el castigo más cruel.

La razon humana, la ciencia, iban á morir bajo la vigilancia del papado conjurado con el poder secular para rechazar toda nueva expansion de verdad, si un obrero desconocido

perdido en la sombra de la muchedumbre, no hubiera tenido la idea de depositar cada letra del alfabeto en un poco de metal. Cuando un pensamiento aparecía en el mundo sobre una hoja de papel, el obrero movía el polvo de la palabra fundida en su crisol; y por la misteriosa alquimia de su inteligencia, transformaba la letra de mano en letra de hierro y componía el manuscrito en un bastidor. Colocaba después el bastidor bajo un cilindro, y reproducía á cada golpe, el pensamiento de uno, tantas veces como espíritus capaces de comprenderle había en el mundo de las inteligencias.

La ciencia, hasta entonces penosamente escrita y costosa por su trabajo, había sido únicamente la distracción, la voluptuosidad de las corporaciones y de las aristocracias. Solamente podía meditar en participación con los siglos el que estaba bastante emancipado en su fortuna para adquirir una biblioteca; porque una biblioteca entonces representaba la existencia de varias familias.

La imprenta rescató esta desigualdad, esta iniquidad del destino entre los hijos de una misma alma, igualmente creados para el conocimiento. Al mismo tiempo que el ahorro, siempre creciente, ponía en una mano de los

hombres la riqueza acumulada por sus abuelos, Guttenberg ponía en la otra mano el genio tradicional de la historia.

Vertió de un golpe en el alma del servidor más humilde de la idea, el alma entera de la humanidad; traía sobre cada frente, inclinada por el estudio, toda la parte de eternidad que el pasado había dejado; abría un inmenso auditorio instantáneo para la ciencia y la inspiración.

En cualquier parte que la voz humana hubiera hablado por todos, la imprenta cogía la palabra aun caliente del soplo de los labios, la fundía, la multiplicaba y la arrojaba al mundo como la hoja de la sibila. No había bajo el sol un pensamiento escrito, expresado, que no recibiera instantáneamente admiración, simpatía, refutación ó contradicción. Rodada por el viento del espacio todo lo lejos que el paso del hombre podía ir, escitaba en su camino la competencia y la colaboración universal de la humanidad. Todo hombre hablaba á la vez: el genio respondía al genio, el relámpago despertaba al relámpago, la verdad saltaba en explosión, en la inmensidad.

Ninguna idea tenía tiempo para dormir. Siempre en marcha, siempre errante por las naciones, predicaba y convertía. La atmósfera

entera estaba cargada de una palabra perpétua que iba y venia infatigablemente de frontera á frontera. El cristianismo habia fundado en Europa la unidad de creencia, la imprenta fundó la unidad de razon.

La gloria no conoció la incertidumbre de la espera, rompió el sello de la soledad, vió por sus propios ojos la impresion que su obra producía sobre sus contemporáneos, asistió á su posteridad, atrajo sobre sí la admiracion del pueblo, confió en su trabajo, creció en génio, por la certidumbre de su génio, puso un pié desde esta vida en la eternidad, y murió sin temer al tiempo. Su pensamiento, multiplicado hasta el infinito y grabado como sobre bronce, desafiaba á todos los cataclismos, vivía acuñada en más particulas que inteligencias. Para destruirla, la mano del hombre tendria que quitársela á cada nacion, molécula por molécula. Esto equivaldria á quitar al Océano sus aguas gota á gota. El espíritu de muerte no lo ha intentado nunca.

La imprenta sacó la razon humana de la tutela de la iglesia, inauguró en el mundo la democracia del conocimiento, niveló el sacerdocio interior del pensamiento, hizo de cada mirada que se levantaba al cielo una prueba de la divinidad, dió á cada hombre la carga de su

propia creencia y trasformó la humanidad en una gran escuela, en una reciprocidad de enseñanza, donde todos, humildes y fuertes, llevaban y se llevaban una convicción. Comunión sagrada del alma con el alma á través de la duración, á través de la extensión, carne incorruptible de la idea continuamente presentada á todos en el banquete de la verdad, un día vendrá, no lo dudo, en el que el hombre mejor instruido, más agradecido, inscribirá religiosamente tu fiesta en la genealogía del progreso y cantará todos los años el *Te Deum* de tu victoria sobre el espíritu de las tinieblas.

La imprenta habia domado la ignorancia, pero ningun poder habia podido sujetar al despotismo de la feudalidad. Refugiado y atrincherado en su castillo, sobre el pico de una roca, la raza conquistadora, siempre soberana, dejaba el flujo y reflujo de sus ejércitos batir inútilmente el pié de sus murallas. Desde lo alto de sus torres, tan numerosas como las colinas, tan altas como los nidos de las águilas, desafiaba al arco y al ariete, inaccesible y siempre dispuesta á herir como el rayo de los cielos. La fuerza reunida de la población, acumulada contra ella, no bastaba á derribar esa piedra de opresión que pesaba sobre cada valle.

Pero mientras el señor dormia en su orgullo arrullado por el viento, un monje humilde molia en la oscuridad el azufre y el carbon para distraerse del fastidio de su celda ; reunió en el fondo de su escudilla un puñado de este polvo, arrimó una ascua, y la escudilla voló deshecha en mil pedazos. Habia hallado, ó al menos demostrado jugando, el secreto para romper montañas. Puso en manos del hombre el poder del rayo, y un dia el baron oyó en la llanura una gran detonacion. Un relámpago prolongado, y que parecia brotar del suelo, fué á dar sobre sus rocas; sintió que el castillo se estremecia, que oscilaba, que temblaba un momento y que se hundia bajo sus plantas. El dominador, sorprendido y vencido en la ostentacion de su inviolabilidad, en su invulnerabilidad, arrojó al viento su última blasfemia y desapareció entre las ruinas de su castillo.

Algunos siglos despues quedaba apenas aqui y allí de ese mundo de terror que habia pesado tanto tiempo sobre Francia una torre medio desmantelada, como testimonio del pasado. Esta torre suspendida sobre el abismo, cascada, inmóvil, rodaba piedra á piedra al fondo del barranco. La yedra la cubria con sus fúnebres hojas, entre las que el aire gemia en eter-

na queja. De tiempo en tiempo, un buitre, calvo y cansado de vivir venia á desplegar su vuelo desde el último pico, y allí, inclinado ante el vacío, el ala abierta, el cuello tendido, prorumpia en agudos gritos llamando al viento que ya no le sostenia.

El feudalismo estaba disperso, barrido por la misma voluntad que la ignorancia. La pólvora de cañon habia nivelado el terreno, como la imprenta niveló el alma. El mundo moderno nacia; la democracia empezaba á existir. Un hombre iba ya pronto á escribir: ¡Pienso, luego existo! y á proclamar en una palabra la soberanía de la razon. El viaje estaba acabado y el viajero podia decir: Bendigo á Dios. El mundo se ha salvado. Voy á plantar mi tienda. Voy á descansar un momento. El progreso está probado. ¡Ah! muchas veces he maldecido la longitud del camino. Sentia al hablar una duda que murmuraba bajo mis palabras, en el fondo de su conciencia.

Esta duda me decia. Quieres justificar la civilizacion y justificas la injusticia. Amnistias ante la historia; la casta, la esclavitud, la gleba, la servidumbre, apruebas el fetiquismo, el panteismo, el politeismo, el judaismo, el cristianismo; tienes un pretesto, no es bas-

tante un agradecimiento para cada iniquidad, para cada error que más tarde confiesas ser una iniquidad, un error.

A esta duda, hé aquí lo que responde la experiencia: toda cuestion de historia es una cuestion de óptica. Si la historia, verdadero espectador de lo pasado, va á colocarse en el punto de partida, y mira á la humanidad, débil animal, sumergida en la última esclavitud en la servidumbre de la estacion, del hambre, de la enfermedad, entonces comprenderá, bendecirá toda forma de esclavitud menos rigurosa, menos penosa, que permite al hombre reunir sobre su destino más conocimiento, más libertad.

Si colocado al contrario en el término de la humanidad, juzga los períodos anteriores y por consiguiente inferiores de la civilizacion, por las últimas conquistas y por las últimas trasformaciones de la historia, entonces falsea la medida, juzga lo bueno por lo mejor, calumnia el pasado siempre condenado á ser malo y bueno, bueno con relacion á el momento, malo con relacion á aquel otro momento. Si queremos ser justos debemos decir: Toda forma que tiende á crear un progreso debe bendecirse en el momento de ese progreso; toda forma que despues de haber creado un progreso,

desaparece suprimida por este mismo progreso, debe reprobarse.

CAPITULO XXII.

La hora del renacimiento habia sonado, un soplo de vida pasó sobre la Europa.

Cuando la propiedad estaba limitado al suelo, era estacionaria como el mismo suelo. El campo produce poco más ó ménos cada año, la misma cantidad de mies. La misma cantidad de mies, indica el mismo dividendo que hay que repartir entre el propietario y el trabajador. La relacion de uno y otro queda invariablemente fijada. Uno posee siempre, otro trabaja siempre, sin poder llegar á la propiedad. La inmovilidad de la riqueza inmoviliza á su vez á la sociedad.

El noble, hallando en torno suyo su subsistencia asegurada anticipadamente, deja dormir su pensamiento bajo la garantía del destino. El mismo orden de ideas pasaba de una generacion á otra con la herencia. El hijo vivia exactamente como habia vivido su padre, y por la misma razon pensaba como su genea-

logía habia pensado. El siervo por su parte cumplia desde la infancia á la tumba un solo género de trabajo: vivia perpétuamente haciendo el surco al lado del surco, variando si acaso su obra en dos únicas épocas, en la siembra y en la recoleccion; daba vueltas todos los dias con el sol en el mismo horizonte. Esta monotonía de ocupacion adormecia profundamente su inteligencia y cerraba la puerta del tiempo sobre él como sobre una tumba.

Pero la industria siempre creciendo por la marcha forzada de la historia, habia introducido en la sociedad al lado del campo, una propiedad nueva. Esta propiedad esencialmente expansiva, anhelaba tiempo y espacio: viviendo de cambio, vivia por consiguiente de movimiento. El cambio fomentaba el comercio y el comercio el crédito. El crédito es el pago, á distancia del instrumento, con el beneficio del trabajo, el porvenir en el presente, la duracion, en una palabra, el signo del progreso. El crédito fundó el banco; capital movible del producto, destinado á concentrar y repartir el numerario. El banco niveló la necesidad de dinero al esparcir en la circulacion el excedente disponible de riqueza; constituyó por el cambio, la unidad de moneda, y acreditó la moneda de las diversas naciones en toda Eu-

ropa. La Iglesia heredera de la ley de Moisés habia proscrito en la Edad Media la prima de descuento. La proscripcion comun impuso al banquero, de region en region una estrecha solidaridad. Esclusivamente Judío ó Lombardo, oriundo de la misma tierra, educado en las mismas tradiciones, habitaba en la misma calle ó en el mismo distrito de la ciudad. El banco era en esta época una nacion cosmopolita esparcida por la superficie de Europa. La comunidad de interés le inspiró la letra de cambio, ó la sustitucion de un crédito á otro. La letra de cambio, es realmente la supresion de la distancia, la presencia universal del deudor, en todas partes donde hay una deuda que pagar. Es una nueva participacion de la riqueza en el espacio, y por esta razon una nueva prueba del progreso.

El comercio, activado por los bancos, regeneró la civilizacion y la arrancó á la inmovilidad de la agricultura. Abrió un nuevo campo al refugiado del feudo ambicioso de riqueza. Pero como la ambicion indica siempre en el hombre una superioridad de naturaleza, la ciudad acabó por absorver lo más selecto del campo. El producto siempre inquieto del consumo, improvisó por todas partes su medio de correspondencia. El descubrimiento del nuevo

mundo habia multiplicado hasta el infinito la navegacion. Cada dia la ola del poniente esparcia en la playa el oro de Méjico. El oro, esparcido con abundancia en el mercado, facilitó el cambio reduciendo el volúmen de la moneda. Un movimiento continuo de viaje atravesó el mundo feudal, despertado de su letargo. El mercader surcó con sus caravanas el camino antes indeciso y que solo recorria el traquinero. La posada desconocida durante tanto tiempo levantó de trecho en trecho su blanco edificio, con su muestra marcada con una moneda. Nacida del comercio, desarrolló por agradecimiento su modesto blason. La riqueza iba y venia continuamente del Mediterráneo al Báltico y del Báltico al Mediterráneo; salida de la ciudad volvia á entrar en la ciudad. Como la riqueza es la fueza social acumulada, el poder está siempre al lado de la riqueza. El mercader destrozó insensiblemente la supremacia esclusiva del baron. Médicis inauguró el primero en el mundo ese cambio de dinastía. El reinado del hierro habia concluido, el banquero de Florencia le reemplazó con el reinado de la plata.

Toda regeneracion del hombre se marca inmediatamente en su habitacion. El sér trasfigurado renueva su traje. La industria

sucedió á la feudalidad; el palacio reemplazó al castillo, para marcar este nuevo paso en la historia. El castillo era el derecho del más fuerte escrito en caracteres ásperos y rudos, sobre granito en la pendiente del precipicio. Exteriormente presentaba á la mirada una arquitectura lisa y sombría, erizada de yerber y de torreones. Su fisonomía alumbrada por alguna ventana estrecha, respiraba ira, y rechazaba al viajero. En el interior la sala inmensa, sonora y vacía, reproducía en su vasta desnudez, la fastuosa pobreza del señor. La pared subía del suelo al techo sin presentar una idea ó una emoción por alguna obra de arte ó de inteligencia. Una mesa maciza, una banqueta de madera, un armario cargado de platos de estaño, una armadura pendiente de la pared, constituían el mueblaje y el lujo del castillo. El señor vivía allí, separado de los siglos y de los hombres, en la noche de alma y del sentimiento, entre el bufón y el perro. No conocía más goce intelectual que la charla de un enano medio beodo, ó la canción del sirviente perdida en las sombras del hogar. No había en torno suyo más sociedad, que su compañía de hombres de armas, sombríos fantasmas colocados por la tarde á la luz de las antorchas, al rededor de la inmensa chime-

nea, caverna inflamada donde bramaba entre la llama el soplo de las ráfagas del viento.

El palacio era al contrario el nuevo círculo de la humanidad más poderosa y reintegrada á la ciudad. Tenia en cada una de sus piedras, equilibradas y arregladas simétricamente, una poesía, un pensamiento; desplegaba hácia la calle una fachada armónica, alumbrada, adornada de piso en piso con ventanas y pilastras; escitaba en el alma del que pasaba la simpatía de la admiracion, esa alegría suprema del alma, y cubria con su ala prolongada en muralla una segunda arquitectura viva de verdura y de fuentes. El agua brotaba de la concha de mármol y caía en cascada sobre el pámpano y la rosa del garden. El pavo real y el faisán paseaban sus espléndidos plumajes por entre las flores de los trópicos, huéspedes de la vispera aun ardientes con los perfumes de su sol. El hombre habia realizado el sueño del Génesis y habia creado por vez primera el verdadero Eden. La primavera les sorprendia amando el lujo de la tierra y aspirando en silencio la voluptuosidad de la naturaleza. La divina maga le columpiaba muellemente con sus invisibles caricias para adormecerle en el sombrío dogma de la penitencia; penetró en el alma de la flor, al través de su fibra, hasta

el último rincón de su espíritu; espulsó de allí el gemidor espectro del ascetismo; perfumó el sitio aun doliente por donde había pasado el génio de la expiación. La humanidad, embriagada por el filtro errante en la brisa, comprendió que había ayunado bastante y que el dios del rayo del sol y de la azuceda del valle, le había creado para amar, para gozar.

La distribución interior del palacio atestiguaba este cabio de civilización. Era diversa, como la vida, que cambia su organismo á cada progreso. Aquí estaba la biblioteca, asamblea muda del pensamiento humano entero, evocado de la noche de los tiempos, y resucitado para siempre por la imprenta. Allí estaba la sala de los festines, aun vibrando con la voluptuosa melodía de la tiorba y del laud; á un lado la galería de honor, donde la filosofía y la poesía acudían todas las noches como la cita del alma para comunicar y recibir el fuego sagrado. Cada sala estaba adornada con pinturas, esculturas, tapices y cortinas. Allí se veían brillar con profusión el oro y el marfil, el aguamanil elegante modelado por una mano inspirada: el vaso impalpable, soplo cristalizado, que había volado de la llama del hornillo. El espejo de Venecia había ocupado en la pared el sitio vacío de la armadura, concien-

cia exterior radiante de luz, donde la mujer libre del velo, y restituida á sí misma, podia contemplarse, en fin, en su belleza. La mujer aprendió á conocer la gracia de su frente, resplandor vivo de Dios, y á esparcir con su propia mano sobre este celestial altar del amor, la flor y la perla, la estrella y el perfume. Su hora habia llegado. Era libre por vez primera en el palacio, habia vestido con la seda, la forma suprema de su existencia. La seda ha sido, por decirlo así, la última hora concedida á su larga creacion á través de la historia; esa hora ha completado su cuerpo inundándole de esplendor, porque la mujer ha sido hecha para ser dos veces bella, intima, para el misterio, exterior para la mirada: llevada á más alta gerarquía en la consideracion del hombre, por su entera trasfiguracion, se aprovechó de ese respeto para rescatar su alma de la servidumbre interior de la ignorancia. Se instruyó, se hizo artista, sábia inspirada; recogió el alma de Safo y de Hipatia, de Cornelia y de Juana de Arco; llevó al cielo el nombre casto y tierno, entusiasta y meditabundo de Vittoria Colonna.

El espíritu de conservacion desarrolló el espíritu del deseo. La industria habia repartido entre más personas la fortuna. La imprenta

repartió entre más gente la instruccion. La iniciativa del pensamiento pasó del claustro al palacio. La ciencia habló el lenguaje nacional, más vivo que el latin. La noticia de un mundo más, conquistado por la idea, habia exaltado la confianza del hombre en su génio. Sintió hervir en su interior la ambicion tumultuosa de lo desconocido. Al penetrar más en el espacio, quiso, por la misteriosa consonancia del progreso, penetrar más en la duracion. Subió la sombría pendiente de la Edad Media, para reunir sus conocimientos á los de la antigüedad. Buscó por todas partes, con infatigable paciencia la huella esparcida en los manuscritos. Constantinopla guardaba aun el depósito del génio griego, muerto para ella hacia mucho tiempo, y sepultado á la sombra del ciprés. La conquista musulmana arrojó del Bósforo el último fantasma del imperio romano, y dispersó el depósito por la Italia. Platon resucitó del olvido para romper el sello impuesto hacia mil años en los lábios de la razon. Predicó de nuevo el culto de la idea, bajo los pinos de Florencia, al compás del murmullo del Arno. Al aparecer este otro mundo, brotado del fondo del abismo, el hombre tuvo un instante la embriaguez de la ciencia. Quiso aprenderlo todo, quiso saberlo todo. Devoró

precipitadamente, á la luz de la lámpara, todo lo que la antigüedad habia escrito, ó á lo ménos todo lo que habia dejado. La *Mirandola* fué el primera que personificó en su rápida existencia esta ansiedad de saber. Parecia querer adelantar en velocidad á la muerte, para reparar el tiempo perdido en pensar.

El arte griego brotó de nuevo á la luz. El cristianismo habia herido de anatema á la idolatría. En ese momento la invasion bárbara sepultó, como por precaucion histórica, la escultura, ya inútil, bajo la espesa ruina del mundo romano. La primera revelacion de lo bello, escrita sobre mármol, durmió siglos y siglos en las sombras profundas de la tierra, esperando la hora en que la humanidad, encarcelada con la belleza, pudiera comprenderla. Cuando llegó la hora, la estatua rompió la piedra de la tumba, y salió, pálido espectro envuelto en los pliegues de su sudario. Al contemplar por vez primera esta gloria del cuerpo humano, el renacimiento dió un grito de admiracion. El cristianismo y el paganismo conocieron en esta primera entrevista que eran uno y otró dos momentos de la misma revelacion. Abjuraron su antigua enemistad para poner en comun, uno la belleza, otro la idea. La pintura nació de esta union. La pintura

sin duda era de origen cristiano, más espiritualista, y más ideal que la escultura; era la lengua natural de una religion ideal y dramática, cuya leyenda flotaba entre la tierra y el cielo en un vago misterio. Pero ahogada durante la Edad Media, por el ódio que la Iglesia tenia al esplendor de la forma, habia procurado expresar únicamente el éxtasis de la piedad y de la poesía del dolor. Pálida flor de la tristeza, nacida sobre la pared de un claustro, al hálito del Calvario, vegetaba oscura á la sombra y moria de languidez.

Pero cuando el renacimiento abrió el alma ajada de la humanidad á la alegría y á la esperanza, y la revistió con la fibra eléctrica de la seda resplandeciente bajo el prisma del color, la pintura se sintió instintivamente llamada á glorificar esta metamorfosis del dogma y de la costumbre. Abandonó el fresco por la tela, el tono al temple, pálido como la pared, por el tono al óleo, trasparente como la luz. Un hombre divino entre nosotros, y marcado con el sello del genio, es decir, asimilador y complejo, antiguo y moderno, cristiano y platónico, pintor de iglesia y de palacio, llegó en el momento elegido por la Providencia para consumir esta revolucion.

Habia en la ciudad de Urbino, un pintor de doce años, entretenido en dibujar una madona en la puerta de una casa. Era un niño débil y gracioso, que doblaba, al trabajar, la cabeza sobre el hombro, como una azucena fatigada desde la aurora por el peso del rocío. Tenia la frente tersa, la mirada penetrante, bajo unos párpados llenos de recogimiento y bajados por la meditacion. Su padre, llamado *Giovani Santi*, medio pintor, medio poeta, parecia el boceto sin concluir de la gloria de su hijo. Espíritu aventurero y abierto al viento del siglo, poseia apenas la modesta comodidad de una casa en la ciudad, y una viña en el campo. Su madre era una mujer santa, perfumada de ternura, y bendita entre todas las mujeres de la Umbria. Habia bautizado á su hijo con el más dulce de los nombres de los serafines, y le habia alimentado ella misma para verter en su alma, una alma más con la leche de su amor. Despues de haberle alimentado, murió dando así su vida en sacrificio al génio que habia llevado en sus entrañas. El niño, edudado en el estudio de su padre, aprendió solo la pintura sin gran esfuerzo; fué la segunda lengua que habló al salir de la cuna. La primera madona que ejecutó su mano existia aun en el siglo pasado; hoy está borrada de la pared. Un her-

rero bate el hierro ahora, y silba sobre el hogar hereditario de la familia Santi.

A poco tiempo, Giovani siguió á su mujer á la tumba. El niño solo, fué á buscar un segundo padre del arte á Perugia. Creció oscuramente en la sombra del estudio, en gracia y en ciencia. Volvió despues á respirar el aire libre de la córte ateniense de Urbino. Allí conoció á Bibienna, poeta fácil, alimentado de la vis indiscreta de Aristófanés; á Bembo, prelado perdido de querida en querida, predicando siempre el amor platónico; á Pía Colonna, viuda sin serlo, eternamente sepultada en el luto de un recuerdo; á Juana de la Rovére, reina de esta córte de talento, tierna, y envuelta en una nube de terciopelo. Despues de haber empapado sus lábios en esa copa ardiente de lo ideal y del amor, bajó un dia á caballo la rápida pendiente de Urbino. ¿Dónde iba de este modo por ese camino empolvado de su infancia, que huía infatigablemente ante él, sin un rayo de sol? Iba á probar lo infinito. Oía en el viento una llamada misteriosa. Y como el secreto de sus sueños de gloria le pesaba, le había colocado sobre una tela, confidenta muda de su génio.

El cuadro representaba un hermoso jóven, dormido sobre una armadura de oro, debajo de

un laurel. Las dos adas de su cuna, de pié á su lado velaban su sueño. Una altiva, y vestida de púrpura, le presentaba un libro y una espada para enseñarle á crear y á luchar. La otra, llena de sonrisa y de molicie, le presentaba el mirto y la rosa para enseñarle á gozar y á amar. Este sueño se ha cumplido. El joven ha conquistado el laurel. Ha muerto amando. Ha sido Rafael, y su nombre marca la jornada más gloriosa del arte en la humanidad.

Rafael ha pintado su alma entera en ese cuadro. Desde entonces se inspiró en el amor. Cuando dibujaba en Roma su primera obra maestra, el drama del cristianismo, el misterio de la eucaristia, el Cristo en su gloria, la Asuncion de María, la bienaventuranza de los elegidos, la victoria de la Iglesia, completaba un sueño de su corazon, y contemplaba con mudo suspiro un fantasma misterioso inclinado sobre la balaustrada de una ventana, en medio de las caricias, de los claveles y de la verbena. Entonces suspendia la línea sublime, trazada desde la frente del apóstol á la del mártir, para escribir en el mismo carton de su dibujo, bajo la mirada severa de Cristo, en un pliegue de la túnica de María, una estrofa de un soneto, una queja, una invocacion á la Bea-

triz innominada que habia hallado á la hora que aparece la primera estrella.

Esta vision siempre ante la mirada de Rafael ha tenido parte en su génio. Le ha enseñado la uncion, la ternura, la gracia, la celeste coqueteria, de un pliegue, de un gesto, de un lazo, de una trenza desatada por la brisa, de una frente inclinada con languidez estremeciéndose del beso del ángel, de un dedo levantado y aun melodioso con la nota arrancada al paso al arpa invisible de la pasion. Le ha inspirado esa numerosa familia de madoñas, que Rafael ha improvisado continuamente, bajo una forma, pero de distinta expresion, como si hubiese querido agotar toda la poesia inmensa, infinita, de la mujer virgen y madre, coronada de este doble ideal, estremeciéndose en el mismo instante por un doble amor. Ha sonreido en su belleza, y Rafael, encantado con su sonrisa, ha vengado á la Eva eterna, que gemia eternamente por la injuria pasada. Le ha restituido toda la gracia del Eden y la ha creado por segunda vez amándola.

Rafael ha sido el verdadero génio del renacimiento. Cristiano y Ateniese á un tiempo, representa el doble carácter. Iba alternativamente de un culto á otro, del palacio del Papa, al palacio Chigi. Despues de haber pintado la

leyenda de la Virgen, pintaba la fábula de Psiquis. Ha sido más aún. Ha sido el creador del arte moderno. La Grecia habia colocado la belleza suprema en la sencillez; Rafael la colocó al contrario en la multiplicidad, y sustituyó en pintura, la armonia á la melodía. Cada uno de sus cuadros es un drama completo. El sentimiento es siempre el eco ó el contraste de otro sentimiento. Encaminaba de episodio en episodio, el alma del espectador á la última impresion, compuesta y fortificada con todas las impresiones sucesivas que habia experimentado al paso. Alternativamente, gracioso, voluptuoso, terrible, suave, patético, épico, lírico, tierno, amante, filósofo, melancólico, poeta, ha dado, con el pincel en la mano, la vuelta al alma humana en toda su circunferencia. La habia hallado al nacer poblada por el cristianismo en un mundo nuevo, y la fijó sobre la pared con su dedo inmortal.

Siempre que el hombre aumenta su fuerza de existencia, marca con un signo nuevo la extension de su personalidad. El primer signo del individuo habia sido el nombre propio. El segundo era el retrato. ¿Y qué es el retrato sino el hombre conservado y perpetuado en su rostro, tabernáculo sagrado del pensamiento? Vivo á la mirada, habla desde el fondo de su

tumba á sus descendientes, atestigua un progreso dando un paso más en la duracion. La antigüedad habia reservado al héroe únicamente, la apóteosis del retrato. El renacimiento se lo concedia al hombre, al hombre igualado al héroe. La lógica da la humanidad lo queria así. En el mismo instante y por una reparacion admirable de ideas, la civilizacion inventaba el grabado, correspondencia armoniosa de la imprenta. La imprenta, moneda del alma, habia universalizado el pensamiento en el espacio. El grabado esparció á su vez el arte por todas partes, le presentó por todas partes á la admiracion, arrancó el espíritu vivo del pintor á la piedra de la pared para distribuirse á la humanidad entera. La pared puede ya caer por cualquier accidente de la historia; un reflejo perdido del pintor, brillará siempre de frontera en frontera, indestructible. Y aquí tambien la Providencia escribirá esta invariable fórmula: que la vida es una tendencia, siempre creciente hácia el espacio.

CAPITULO XXIII.

El mundo de la Edad Media habia concluido. Lutero habia hablado. La imprenta llevó la palabra á todas las naciones. La mitad de la Europa sacudió el catolicismo. Cuando los libros eran aún desconocidos, era necesario un intérprete entre el Evangelio y los creyentes; pero cuando por el génio de Guttenberg el libro entró en el dominio público, el protestantismo separó el mediador para poner el Evangelio en manos de los fieles. La muchedumbre podia comparar con el texto divino el comentario del catolicismo. Esta comparacion le hizo condenar en su alma el comentario. Se dijo á sí misma: Mi conciencia es una interpretacion más fiel que la Iglesia de la doctrina de Jesús. Desde este momento el simple lego, libre de la tutela religiosa, se hizo sacerdote de su propia creencia. Así renegaba de la necesidad de un árbitro vivo entre Cristo y el cristiano; es decir, el principio mismo de la teocracia.

Hasta entonces el catolicismo habia plena-

mente lavado en toda cabeza, con el agua del bautismo, el poder doméstico, el poder moral, el poder intelectual, el poder político, el poder civil. Recibia al niño desde su nacimiento y le marcaba con su imágen; le daba un segundo padre en la iglesia, el padrino; le daba un nombre nuevo, el nombre de un santo, para recordarle sin cesar que la religion era la familia de la familia; le enseñaba desde la infancia á balbucear la oracion; le tomaba de manos de la nodriza para verterle por medio del catecismo la leche espiritual de la doctrina; le llevaba despues á la mesa eucarística para circuncidarle segunda vez al Evangelio.

Y cuando le habia marcado así con el sello de Dios, le iba usurpando poco á poco, á medida que entraba en la vida, cada minuto de su existencia. Le marcaba los dias de trabajo, le señalaba los intervalos de descanso, le decia la hora desde lo alto de la iglesia, se levantaba con él por la mañana, rezaba con él al despertar, se sentaba á la mesa á su lado, dormia con él, le tasaba la comida, le señalaba los ayunos, le sujetaba como con la mano todos los sentidos corpóreos para medir sus palpitations, le acompañaba á la entrada y á la salida de la vida, y no abandonaba esta carne humana, que habia tocado el primero,

aun caliente del seno de su madre, sino después de haberle sepultado bajo la piedra de la tumba.

Y como si no fuera bastante llevar así día por día los hombres á su salvacion, hacia servir cada destino para edificacion de los demás. Tenia siempre la palabra pública pendiente de la cúspide del campanario, para publicar todos los dramas íntimos de las familias. Cuando los hombres nacian, hablaba; cuando se casaban, hablaba; cuando los muertos entraban en el cementerio, hablaba; cuando los condenados subian al patíbulo, hablaba, para que el choque y el golpe de todos sobre cada uno y el de cada uno sobre todos, viniesen á repetir indefinidamente la voz del sacerdote en las conciencias.

Trataba al mundo como un gran cláustro donde ponía á cada paso un pensamiento de salvacion en versículos; marcaba con su signo el limite del camino, el letrero de la calle, la puerta del mercader, la plancha del navío, el collar de la mujer, la coraza del soldado, la moneda, la barrera, la tumba, el mármol, el cobre, el oro y la plata; sembraba por todas partes, en la colina, en el valle, un pensamiento ó una reminiscencia; ponía veinte veces al día un gesto en manos del que pasaba,

ante la imágen veinte veces repetida de la Divinidad; estaba allí, siempre presente, en la casa y fuera, en el hogar, junto al lecho, encima de la ciudad y encima de la última piedra á donde pudiera llevarse la estátua de Cristo.

¿Y es esto todo? No. Confiscaba al hombre interior todos sus pensamientos. Él solamente sabia, predicaba, meditaba, escribía, tenía por medio de los libros las confidencias de los siglos pasados; él solamente podía enseñar y enseñaba sin contradicción la gramática, la jurisprudencia, la filosofía, la física, la historia; vertía á capricho sombra ó luz en las almas; les enseñaba el lenguaje del entusiasmo por medio de todas las artes reunidas en la catedral; unía las almas á Dios por medio de los voluptuosos encantos de la música; los deslumbraba con el lujo espléndido de sus florones; los hundía bajo el lirismo inmenso de la arquitectura; penetraba en ellos por todas las puertas de su sér á un tiempo; pensaba en su pensamiento; quería con su voluntad; vibraba en su éstasis; penetraba en su conciencia, y sujetaba de este modo al hombre entero, exterior é interior, bajo una red de creencias y de prácticas, de mallas tan numerosas y apretadas, que no había vida humana, por escondi-

da que estuviese, que pudiera escapar á su influencia.

Convencía á cada hombre y formaba en cada pueblo lo que hoy llamamos la opinion; poseía un sistema de propaganda organizado en Europa, tenía lo que hoy se llama el monopolio de las ideas; marcaba con su visto bueno toda palabra escrita; borraba de la página cualquier espresion que pudiera inquietarle, y para remediar la insuficiencia de los medios de comunicacion, enviaba sus monjes á mendigar y á llevar gratuitamente la palabra del Papa á todas las naciones.

Y allí donde faltaba esta publicidad ambulante, con la alforja al hombro, tenía para reemplazarla el inmenso clamor de las cuatrocientas mil voces de todas las parroquias. No tenía más que decir una palabra contra un hombre desde el fondo del Vaticano, y el nombre de este hombre corria de sermon en sermon, como la llama del relámpago, sobre los lábios de todos los sacerdotes, para estallar del Mediterráneo al Báltico en una esplosion inmensa de maldiciones.

Reinando en todas partes sobre las almas, quiso reinar sobre los intereses; poseía la parte más rica del suelo entonces cultivado; tenía obreros, siervos, deudores, colonos, clien-

tes, mendigos que alimentar, enfermos que cuidar; ponía tasa á la piedad; echaba impuestos; tenía tarifa para los pecados; vendía á dinero contante la inocencia; hacia que la religion sirviera á la industria para hacer luego servir la riqueza á la religion; tenía el gran libro de la vida humana; llevaba el registro de los nacimientos y de las defunciones; celebraba los matrimonios: prestaba á los contratos sus fórmulas; absorvía la poblacion en sus parroquias; entraba en las corporaciones; les daba un santo por gerente; reglamentaba las condiciones del crédito; excumulgaba el interés sacado del préstamo del dinero; desataba á los deudores de sus obligaciones; espropiaba la heregía, y afectaba en todas partes una especie de derecho divino que le hacia propietario de todas las propiedades.

El catolicismo era á la vez poder religioso, poder íntimo, poder moral, poder exterior, poder instructivo, poder territorial, poder civil; era más aún, era poder judicial; no porque intervenia en los actos de justicia; porque colgaba un Cristo en el tribunal; porque publicaba desde el púlpito un monitorio; porque dictaba el juramento; porque visitaba al preso; porque conducia al criminal con un cirio en la mano ánte la iglesia; porque le hacia

orar de rodillas; porque oía la última palabra del reo, sino porque tambien, sobre todo, era juez porque tenia jurisdiccion aparte, códigos aparte desconocidos á la humanidad. Habia inventado crímenes morales, crímenes invisibles que los culpables cometian en el aire de la atmósfera ó en el secreto de su pensamiento; perseguia á la luz de la luna una conspiracion misteriosa de los hombres con los demonios, y en todas partes en donde podia coger á estos conjurados del espacio, los arrojaba á las hogueras.

Miraba la inteligencia humana como una heresia innata, que sola no podia engendrar más que el error, tenia siempre un hierro candente entre las ascuas, para marcar el error, sobre la lengua misma que habia bablado. Era el gobierno de la verdad; toda verdad fuera de su doctrina, era una rebelion de las almas, y para castigar á los rebeldes tenia una policia enmascarada que escuchaba en las sombras todos los discursos; una cámara de justicia subterránea, en el fondo de una cueva, que detenia, aprisionaba, daba tormento, y no nombraba fuera la victima á quien heria, sino al herirla. Pedia prestada, es verdad, la espada de César para matar y lavándose despues las manos, decia: Yo no le he matado.

Misericordioso con el condenado, le confesaba antes de entregarle al suplicio, le absolvía, le daba de comulgar; y cuando le había restituido la inocencia, le mandaba al otro mundo, la hostia aun sobre los lábios, á pedir cuenta á Dios de esa justicia, al revés, que absolvía al hombre con una mano y le inmataba con la otra en el mismo espacio de tiempo, por el mismo crimen.

Poder territorial, poder civil, poder judicial, poder universal, era además el primer poder político de Europa; daba y quitaba coronas; unía y desunía los súbditos; cerraba y abría dinastías; les daba autoridad con una gota de aceite; tenía la paz ó la guerra en un pliegue de su manto; no tenía más que sacudirle y daba ó quitaba un reino, y Simon de Montfort confiscaba el condado de Tolosa, y el duque de Anjou expulsaba á Manfredo, de Sicilia. No necesitaba levantar ejércitos para entrar en campaña.

Hacia la guerra predicando. Esta palabra de muerte era una cruzada. Y durante el reinado de un solo Papa, tenía tiempo de predicar una cruzada contra los moros en España, otra cruzada en Hungría contra los tártaros, otra en Inglaterra contra los barones, otra en Francia contra la casa de Suabia, otra en Livonia,

otra en Curlandia contra los incrédulos, otra, en fin, más regular, más duradera en Palestina contra los infieles; y cuando Inocencio III gritaba desde su mula estendiendo sus manos hácia el Norte: *Espada, sal de tu vaina, afílate para esterminar*, el viento llevaba esta amenaza á todos los rincones de la cristianidad, y la espada se afluaba en todas partes para esterminar á los enemigos de la Iglesia.

Y no solamente era el papado la gran dictadura, con dalmática, de las naciones, muchas veces fugitiva, muchas veces prisionera, que reinaba por medio de bulas desde el fondo de su cárcel, y que desde el rincon de su destierro mandaba telegráficamente á la Europa por la admirable línea de cláustros escalonados en todas partes, que dividia y reconciliaba los Estados, que intervenia en todas las querellas con mano armada, que ratificaba los tratados, que tenia la primera, la única diplomacia, y para apoyarla una fuerza más fuerte que la pólvora de cañon, una fórmula en latin; no solamente, decimos, el papado, ó lo que es lo mismo, la Iglesia, era la monarquía universal, si se entiende por monarquía la autoridad reconocida, consentida por todos, sino que como estaba en comunicacion con el cielo por medio de sus oraciones, podia rezando suspen-

der y modificar las leyes de la naturaleza, curar los heridos, resucitar los muertos, profetizar sucesos, echar á los demonios, fertilizar las entrañas estériles, suspender la agonía con el contacto de una reliquia, espulsar los rayos á toque de campana, hacer bajar la lluvia á la tierra con una letanía cantada en falso, multiplicar los milagros, redactar su autenticidad, y de esta leyenda maravillosa que tenia en suspenso la imaginación de los pueblos, sacar legiones de escogidos que enviaba entre el sonido de las campanas al cielo, para enseñar á los vivos, que del fondo del valle de lágrimas tocaba al cielo, esta otra Iglesia triunfante donde debia ir algun dia á descansar del peso enorme de tanto poder.

Respiro en fin. He dicho la última estrofa de este himno al poder del catolicismo. El catolicismo tenia todas las fuerzas de Dios y del hombre acumuladas y asociadas á su persona.

Podia todo, estaba en todas partes, lo era todo, formaba los pensamientos, las opiniones, las esperanzas, las costumbres, los hábitos, las formas del cuerpo, los valles, el aspecto de las ciudades, las emociones, las fiestas, los placeres, las ciencias, las guerras, los tratados, los milagros.

Tenia un pié en cada hogar, una mirada en

cada conciencia, una palabra en cada lábio, una voz en cada aliento, un derecho en cada existencia, de modo que por todas partes en donde se estendia la sombra de la cruz, ningun hombre nacido de mujer, podia vivir, pensar, reinar, obrar, casarse, trabajar, agonizar, morir, sin su permiso, fuera de su presencia. Penetraba de tal manera todos los poros en la sustancia humana, que era en nosotros una segunda vida que habia espulsado de nuestro cuerpo la primera que Dios nos habia dado en toda la alegría de su obra, el sexto dia del Génesis. Se podia en seguida coger esta humanidad de nueva creacion, volverla, deshacerla, no se hubiera hallado en esta masa, impregnada y amasada con catolicismo, una fibra, una molécula, una gota de sangre que no fuera católica; porque la sociedad entera no era más que la inmensa eucaristia de la religion.

Por eso, cuando la escomunion venia á herir una ciudad, cuando el sacerdote habia apagado la oracion con la llama del cirio del altar, cuando habia cerrado la Iglesia y plantado el haz de espinas delante de la puerta, el cristiano experimentaba hasta en sus fibras esa especie de terror sobrenatural que la naturaleza viva experimentaba en el crepúsculo repentino de un eclipse. La Europa creyente no

respiraba más que con el soplo de la Iglesia; y cuando esta atmósfera faltaba á su respiracion, sentia pasar por sus venas la última pulsacion de vida, moria. Entonces, durante este desmayo de la humanidad todo permanecia en mudo silencio, como si la gravitacion universal del mundo acabara de suspender su accion, y el sol de retirar de la tierra su último rayo. Tal era el formidable poder de la escomunion, que arrojaba á los muertos de sus tumbas. Cuando el escomulgado entraba, por un descuido, despues de muerto en la bóveda de una Iglesia, acontecia que en el momento de decir el sacerdote misa, la piedra de la tumba se partia por sí sola y el cadaver lanzado del suelo salia de la Iglesia.

De este modo el catolicismo más alto que la montaña de Sion, más indestructible sobre sus cimientos de granito, podia desafiar todas las tempestades del hombre y dejar pasar los siglos. La duracion le estaba prometida más allá de los tiempos, hasta la última hora, de la última estrella. ¿Qué poder podia desafiar su poder, qué mano podia levantarse contra él sin quedar inmediatamente rota?

Habia sido preciso sin duda un gran milagro para sacar del fondo del pesebre de Belen, la monarquía universal de la Iglesia; pero ahora

hacia falta al ménos un milagro más grande, para destruirla, porque habia uncido tan fuertemente con anillos de hierro, los pueblos á sus dogmas, que nadie en el gran dia de los vivos, hubiese intentado escapar á su servidumbre.

Intentado, y ¿cómo? ¿Huir? ¿Morir? ¿Huir habéis dicho? Pero si el catolicismo no tenia límites; si la humanidad entera se hubiera colocado al paso del fugitivo para gritar: ¡Hé ahí al hombre maldito! y la piedra del camino hubiera saltado bajo sus piés para lapidarlo. ¿Morir? Pero la muerte no arrancaba de la propiedad de la Iglesia al hombre, ní aun del peso de un átomo; recogia al cadáver y le arrastraba al muladar.

Hé aquí el inventario rápido, como la palabra de todos los poderes de la Iglesia. Poderes en la tierra, poderes en el cielo, poderes en el alma, poderes en la sociedad: el catolicismo lo tenia todo; lo ha perdido todo.

Habia dicho al pensamiento, en el dia de su poder: No existirás delante mí, y siempre que te halle en mi camino te llamaré verdugo. Pero el pensamiento mártir, llegando al fondo de los siglos, entre dos filas de hogueras, con el resplandor de la llama en la frente, ha atravesado milagrosamente el suplicio; ha apaga-

do con el pié el último carbon, y cogiendo la mano del catolicismo teñida en la sangre del sacrificio, le arrancó la espada, la rompió y arrojó á lo lejos los restos, y dijo al asesino en nombre de Dios: ¡No matarás en nombre del Evangelio! Y el asesino no ha vuelto á matar.

La Iglesia habia puesto un sello sobre los lábios del hombre y le habia dicho: No hablarás en mi presencia. Yo dispondré del oido de las poblaciones. Pero hé aquí que de repente una palabra imprevista resonó en Europa. La antigüedad entera, hasta entonces muda, se puso á hablar por medio de un obrero de Strasbusgo. La imprenta reemplazó en todas partes la publicidad al aire libre de los hermanos menores. La humanidad recobró la memoria, y con ella la reflexion; sintió vagamente brotar en su alma un nuevo pensamiento; esperaba un nuevo profeta.

Este profeta se levantó de un cláustro de Alemania. Era orgulloso, avaro, envidioso, crapuloso, violento, inmoral; no lo digo yo, pero quiero que así sea para evitar toda discusion; á su voz, la Alemania, la Suiza, la Holanda, la Inglaterra, la Escocia, la Suecia, la Francia misma, es decir, las razas más jóvenes, menos cansadas de andar, abjuran el catolicismo; siembran la sal sobre las ruinas

de las iglesias y Dios recompensa su apostasía, dándoles la soberanía intelectual, científica, industrial, comercial y política de Europa. Toman en todas partes la iniciativa de las ideas y de los progresos; son más laboriosas, más opulentas; erigen con su trabajo un pedestal de oro á la inteligencia. Á la primera palabra de rebelion, el papado responde con el anatema; pero como el anatema salta sobre el alma sin penetrar, toca la campana en Alemania, llama la fé á las armas, y durante treinta años el catolicismo y el protestantismo se encuentran en todos los campos de batalla, para no dejar más que un culto en pié sobre el cadáver del vencido. Pero un nuevo poder ha nacido de la historia; es la razon humana, la heregia, que dicen sus adversarios. Heregia si quereis, pero no por eso deja de ser un poder. Junta las manos de los combatientes, y sobre la primera página del tratado de Westfalia escribe el principio de tolerancia; funda el derecho de los pueblos, esperando el derecho de los individuos.

El pasado, humillado é irritado, no pudiendo vencer ni tolerar la reforma, junta los restos de las naciones católicas, se replega lentamente del Norte al Mediodia, y se atrinchera en Italia como en una fortaleza.

Y allí encerrado en su implacable soledad por la espesa muralla atmosférica de la *malaria* (1), guardado por fiebre, escondido detrás de las tumbas, entre los muertos, suspende la hora y se cubre con su manto. No quiere ver, no quiere oír nada. La Europa progresa en torno suyo, la Europa piensa; no quiere saberlo, y vuelve las espaldas al pensamiento.

No deja correr el manantial vivo del espíritu, como el arco roto de sus acueductos no deja correr el manantial vivo de la montaña. Toda voz extraña que hace estremecer su fibra la hiela, cree haber comprendido una nueva herejía, y contesta con el anatema.

Se aísla cada vez más; se coloca cada vez más en la sombra; se ausenta de la vida para acercarse á la muerte lo más que puede; escoje sus cardenales de entre los más viejos para que los cardenales elijan á su vez un papa que no tenga bastante espacio entre él y su tumba para dar un paso avanzado.

Deja que el edificio muera de vejez, de miedo que una piedra cambiada despierte la curiosidad del cambio, se sumerge en el perpetuo momento de su grandeza pasada, y no sa-

(1) Peste muy frecuente en Roma que se estiende con suma velocidad y es mor'ífera.

le de este abismo de recuerdos más que una vez al año, para reprender desde lo alto de un balcon á un mundo que no le pertenece, y para anatematizar una heregia que no escucha el anatema; y despues se sumerje de nuevo en su tristeza y en su inmovilidad.

A cada reino que el papado perdía, á cada disidencia que estallaba en su frontera, se estrechaba contra sí misma, como para no ocupar en el suelo más sitio que el de sus piés; se estrechaba como la exclusion; se volvía hácia la raza latina, su raza preferida; se unía más intimamente á la España y á la Italia; era católica sin duda, pero sobre todo, italiana; lo era por cariño, por recuerdo; recordaba que allí tenia sus tradiciones y su origen.

No quiero hablar mal de Italia. Creo en su grandeza, ha sido nuestra primogénita en civilizacion. No ha vendido su derecho de primogenitura. No puedo, sin embargo, ménos de reconocer que tiene una contra en su naturaleza. Que es demasiado feliz.

Efectivamente, sobre esta tierra de languidez, donde se estremece la vena de los volcanes, á orillas de ese mar lascivo, en el que una eterna bacante deja empapar su corona, el alma se halla escitada por muchos goces á la vez, por todos los vientos de la atmósfera,

para no apagar el pensamiento y abdicar en la voluptuosidad.

La Italia no ha podido resistir á la tentacion. Tenia hacia mucho la fatiga de la idea. Necesitaba dormir. Desde el dia en que vió que el catolicismo descansaba, sintió hácia él una nueva afinidad. Se hizo la nacion más devota por causa del clima. Se embriagó de perfumes y de música; se creó un culto sensual, personificado en el culto de la madona; vertió por mucho tiempo en sus lábios esa pocion de sueño que confundia con la religion; y despues de haber bebido el éstasis hasta el olvido, echó la cortina de su ventana, y se durmió al suave murmullo de los surtidores, al aire embalsamado de sus viñas; y mientras dormia, su otra hermana católica, la España, moria trájicamente á su lado, con las arterias abiertas y los miembros sujetos por la inquisicion.

El espíritu humano, sin embargo, seguia marchando; acumulaba uno sobre otro los descubrimientos; improvisaba cada dia un génio que se llamaba Bacon, Descartes, Kepler, Leibnitz, Newton, Huyghens, Galileo, Harvey, Lineo; cada dia entraba más en la naturaleza; cada dia creaba una nueva verdad, una nueva ciencia: la geometría, el álgebra, la mecánica, la medicina, la física, la

química, la botánica, la astronomía, esta religion del espacio que guia la mirada por un peristilo de estrellas hasta la religion de la idea.

Y al fin de cada siglo, decia como el nuestro lo dirá, si Dios bendice su palabra: No he pasado en vano la vida, he hecho mi obra. He atraido sobre mi cabeza un paño más del manto de Dios; puedo descansar.

Y cada dia el espíritu humano probaba su mision por sus beneficios, reformaba las costumbres, las leyes, las ideas; multiplicaba las industrias, prodigaba los trabajos, acercaba las fronteras, escribia, hablaba, predicaba, arrancaba las poblaciones á la Iglesia y se las llevaba por medio de innumerables generaciones en la inmensa atraccion de sus verdades. La única nacion católica que daba señales de inteligencia se pasaba á millones á las filas de la filosofia.

Y el papado rodeado por todas partes de ese inmenso ejército de la inteligencia moderna, que habia atravesado los Alpes y que tocaba ya las puertas del Vaticano, no procuraba conjurar esta última invasion; se entregaba á la inercia, y pedia á la Providencia un milagro; y mientras, apoyado sobre dogmas inmutables, envuelto en fórmulas tradicionales, con

el Evangelio abierto sobre sus rodillas y un dedo sobre los labios, escuchaba silenciosamente, con la cabeza inclinada sobre el pecho las olas muertas de su pasado que batian los ecos lejanos de la historia, el soplo del siglo volvía las hojas del Evangelio.

Llega un momento en el que hay en el aire un terror religioso. Parece que una orden del Altísimo acaba de pasar, el viento se estremece aun; la palabra brota de los labios con suavidad y marca la faz con tétrica palidez; entonces se baja respetuosamente la cabeza y se guarda silencio.

CAPITULO XXIV.

El viajero que vá hoy á Roma atraviesa primeramente los ricos valles de la Toscana, tan poblados de aldeas que el sonido de la campana no tiene tiempo de morir entre dos cúpulas. Por todas partes vé una naturaleza afable sonreír al hombre, su compañero de trabajo. Marcha de cultivo en cultivo, bajo arcos triunfales de viñas, como á través de una perpétua ovacion del campo y á cada piedra del camino

bendice esa política de los gobiernos filósofos que brota en mieses.

Pero despues de dos dias de marcha, la larga guirnalda de pámpanos que le acompañaba de álamo en álamo desaparece. El cultivo no existe, el desierto empieza; se toca la frontera de los Estados Romanos.

Despues de haber atravesado las alturas del lago Vico, se baja á un valle rodeado de montañas. Este valle es el *Agro romano*. En todo el terreno que alcanza la vista no se vé más que una inmensa esterilidad. Solamente detrás de las ondulaciones del terreno, olas inmóviles de los últimos cataclismos, se vé como una línea desigual que brilla al sol. Esta línea es Roma.

La ciencia cuenta que en el origen de los tiempos un lago llenaba completamente el *Agro romano*. Once volcanes sacudían sus fuegos sobre esta tierra que preparaba el sitio para dos civilizaciones. Los volcanes se han apagado, las aguas se han retirado. Razas elegidas han venido á establecerse sobre este suelo religioso que Dios habia marcado con sus fuegos, como signos del altar, y esta tierra ha sido la escena predestinada por la Providencia para que se representase durante algunos siglos el drama de la historia.

Y ahora, á medida que el viajero baja á este gran Erebo, donde flotan las grandes sombras de las naciones que murieron, siente un hálito de muerte herirle en el rostro, huella una region mórbida que acaba de morir en una atmósfera de maldicion. Busca en vano con la vista una habitacion, un vacío que diga, que indique que hay alguno que vive, que hay alguno que presencia su llegada. Puede estender el brazo, y hacer con el brazo un movimiento como si diera la vuelta al horizonte; en este movimiento encierra el desierto.

El incendio mal apagado de las primeras edades del mundo existe aun bajo este valle. A cada momento la tierra exhala una nube de humo por un respiradero invisible, y á través de los matorrales de espinos despliega la abierta llaga de sus agujeros sulfurosos. El azufre, lentamente reunido, rueda sin murmullo su espuma hasta el fondo de los precipicios. De tiempo en tiempo una llama brota de esta espuma y se disipa al momento, humarada moribunda del volcan.

El verano volatiliza todos los miasmas al sol, y en la época de la canícula el aire está preñado de veneno.

La malaria vela como el ángel de la muerte á la puerta del *Agro romano*. Hay en este ana-

tema misterioso arrojado sobre una region, una impresion y invencible de tristeza. Se desea huir de esta impresion y precipitar el paso de las horas, pero la hora marcha más lentamente en esta soledad; de tal manera la monotonia prolonga la duracion. Solo se cuentan las distancias por largos postes negros que se elevan á orillas del camino. Estos postes son los últimos árboles olvidados en esta campiña. El pastor los quema para apartar de sí los aires infectos durante su sueño, y al dia siguiente empuja ante sí su rebaño, dejando sobre sus pasos los tizonos aun humeantes sobre la colina.

El viajero marcha así indefinidamente de desolacion en desolacion hasta que llega á un sepulcro antiguo erigido al borde del camino: es el sepulcro de Neron. Es el primer monumento que anuncia la llegada á la capital del catolicismo. Porque Roma es la necrópolis de una idea, tiene sepulcros en vez de centinelas avanzadas en todos los caminos. Se atraviesa el último limite, y al volver se vé de repente brotar del desierto la grandiosa figura de la ciudad, coronada de cúpulas.

Cuando yo fui, por vez primera, era por la tarde; el sol iba á ponerse. El aire hasta entonces estancado se estremeció; una voz salió de

esta segunda Jerusalem; una inmensa vibración brotaba de cúpula en cúpula. Un concierto de campanas, exhalado por trescientas iglesias á un tiempo, cantaba el último adios del cristiano al día moribundo.

El silencio que me habia acompañado hasta los muros de Roma se habia roto; el encanto fúnebre habia cesado. La naturaleza estaba exorcisada. Oí un ruido vital, iba á ver hombres vivos.

Pero por todas partes la llanura muerta, patio de entrada del catolicismo, continuaba en torno de Roma, como más allá de Roma, ví la misma desnudez, la misma esterilidad. Largas filas rotas de acueductos subian en desarreglo hácia la Sabina, coronados de ramos de yerbas que se habian secado en sus cornisas. Los arroyos aéreos que rodaban sobre sus esbeltas columnatas, habian retrocedido á sus manantiales arco por arco, para dormirse en sus fuentes con el sueño de los siglos. El acueducto mutilado quedaba aun en pié, pedestal olvidado de la *Nayade*.

El Tiber, este rio funerario teñido por los reflejos de muerte del *Agro romano*, corria á mis piés, sin murmullo, profundamente escondido en su cauce. Lavaba un momento el castillo de Santo Angelo con su agua lustrosa,

y se alejaba sombrío y silencioso, como si rodara un misterio. Y despues de haber atravesado la metrópoli de los antiguos dogmas, parecia detenerse como fatigado de andar, se volvía y moría en lagunas, ruinas del rio, en medio de las ruinas de Ostia.

A la misma hora á la que el sol poniente estendia á mis piés la sombra de Roma, no veía yo ni la agitacion, ni la actividad que afluye de fuera al centro, y radia del centro á las afueras de una capital. Me parecia que entraba en la ciudad de las fantasmas por la puerta del silencio. No veía más que búfalos, echados sobre el barro del Tiber que levantaban con dificultad al ruido de mis pasos, la cabeza pesada por el sueño, me miraban y volvian á dormirse.

El hombre persiste aun en pedir á ese suelo maldito mieses. A las primeras lluvias del Otoño, un ejército de aldeanos baja del monte Sabino guiado por los *pifferari*. Esta leva extraordinaria de trabajadores sucede en un dia fijo en Roma como una invasion en el campo.

Los arrendadores alquilan esos colonos móviles de los labradores. Los llevan en batallones por sus dominios. Estos batallones unen cien arados de frente para labrar más pronto el trozo de terreno. Acabado el trabajo,

duermen sobre el surco al aire libre, y al día siguiente pasan la frontera.

Vuelven á los nueve meses en la época de la siega. Pero esta vez marchan al combate. Siegan la mies con más rapidez que la plantaron. Y cuando han atado los haces, perciben su salario, se sacuden el polvo de los piés y parten para la Sabinia.

Todos no se van, hay algunos que á las primeras horas de trabajo caen entre las espigas. Miran por última vez la montaña, y se cubren con su capa la cabeza. A los pocos días algunas cofradías de monjes recorren la Maremma para enterrar á los que han muerto en el campo de la mies.

Se llega á la ciudad del papado sea por el Norte ó por el Mediodía, por una llanura quemada hasta las raíces de las yerbas, en donde el hombre no puede poner el pié sin que se le seque.

Ya no hay aldeas, no hay campos, no hay árboles, ni cultivos. Aquí un poco de humo, allí un poco de ceniza, una torre desmantelada, un acueducto roto, ruina de esos campos tranquilos. Sacudimientos que bajan continuamente al valle; hé aquí todo lo que queda de esta tierra de Saturno, que ha llevado en su seno á la humanidad.

A su vez muere, como han muerto sus pue-

blos, como sus aldeas, sin decir de qué enfermedad ha sido.

Una política funesta ha propagado la esterilidad, y la esterilidad ha vomitado la muerte. Un viento ha soplado, y un torbellino de fuego se ha levantado y se ha extendido por toda la circunferencia de Roma. Ha marchado sobre ella con la inflexible regularidad de un ejército. Ha sepultado ciudades á su paso, y ha arrojado ante sí las poblaciones como rebaños. Se podría marcar con una cruz negra las estaciones de su camino. Ayer estaba allí, hoy está aquí. Describe al rededor de Roma una línea de circulación que acerca y estrecha las murallas.

En el siglo XV, Ostia era una ciudad poblada, hoy Ostia no es más que una enfermería.

En el siglo siguiente la villa Magliana, á mitad de camino de Roma y de Ostia oía las largas conversaciones platónicas de Leon X, entrecortadas por serenatas; hoy, la villa de Magliana no oye más que el canto de las cigarras.

En el siglo siguiente, la villa Pamfli á las mismas puertas de Roma, adormecía con el aire del abanico de sus pinos el sueño de la voluptuosa Olimpia; hoy la villa Pamfli adormece para el atahud.

La malaria ha sumergido las *villas*, se ha apoderado de los arrabales, ha escalado la vieja muralla de Belisario, cinturón flotante que ahora ciñe el vacío, y nivelando las piedras de las casas con la campiña y echando ante sí el desierto de calle en calle, entra en el Vaticano, se escurre hasta el lecho del Papa, acumula en un pequeño espacio una población asustada que siente cada día que el terreno le falta. La vida se retira de las estremidades al centro en lenta agonía. Y Roma, con los pies helados, la cabeza medio envuelta en el sudario, espira.

Me ha sucedido algunas veces, por la noche, cuando se apaga ese ruido que indica la existencia del hombre, ir á apoyarme en la balaustrada de mi terrado. Escogía siempre la hora serena en que la luna brillaba sobre la cúpula de San Pedro, como una lámpara sobre una tumba. La calma era tan profunda que el oído podía notar la más pequeña respiración, la más mínima vibración de la ciudad. Y sin embargo, nada respiraba, nada vibraba. No parecía haberse dormido, sino haber desaparecido en la sombra. Solamente en medio de este inmenso silencio, una voz confusa hablaba en el viento con voces inarticuladas. Era la voz de las fuentes, clépsidas gemidoras que marcaban

como con suspiros la caída irregular de los minutos. En el mismo instante un resplandor repentino subía por las paredes de las casas. Una procesion de monjes paseaba silenciosamente, á la luz de las antorchas, un cadáver sobre un atahud. Parecía una legion de espectros llevándose á pasos acompasados y sordos, el alma de Roma á las tinieblas.

Hay en la estremidad septentrional de la ciudad, un palacio que cubre con sus construcciones, sobrepuestas como las tradiciones sucesivas de la Iglesia, la antigua colina del Vaticano. Ocupa un lado de la plaza de San Pedro, mientras que por una ordenanza misteriosa de ideas, el Santo Oficio ocupa el otro lado. Toda la historia moderna de Roma, se reasume en este palacio.

Podeis recorrer ese desierto de ladrillos edificado sobre la frontera de un desierto, circular de galería en galería, por escalones insensibles inclinados en suave pendiente, para ser pisados por el pié de los ancianos; no vereis más que puertas cerradas y escaleras vacías, que conducen por espirales infinitas á silenciosos corredores.

Creeríais á primera vista que el Vaticano está poblado solamente por estátuas y pinturas, porque las salas abiertas no encierran

más que largas filas de mármoles ó las grandes crónicas sacerdotales de la Iglesia, escritas por mano de Rafael. El papado ha querido dejar allí su sombra al pasar.

Quando hayais atravesada este inmenso depósito de urnas vacias, de estátuas rotas, de inscripciones en todas lenguas, de polvo de todas épocas, de despojos de todos los vacios, hallareis á la estremidad de esas catacumbas al aire libre, llenas de restos, una avenida de cipreses que guia entre débiles murmullos al cementerio.

Este palacio clandestino se despierta por intervalos de su sueño. Las puertas giran sobre sus goznes, empujadas por manos ocultas. Un ruido ahogado de pasos se oye sordamente en las salas de porcelana. Un grupo confuso de figuras sale del fondo de los corredores. Parece un fresco desprendido de la pared y que anda. Esta escolta de sombras baja rápidamente las largas espirales en medio del crujido de los trajes y se pierde por calles ocultas bajo la nave de San Pedro.

La iglesia celebra una de esas fiestas que atraen á Roma á los fieles de toda la comarca. Cubre con un feston inflamado de lámparas la tumba de su primar apóstol. Cuando la misa se acaba, un gran ruido brota en las tribu-

nas. Al ruido de las trompetas, un fantasma blanco sube entre los sirios del altar; se cierne sobre los hombres en hombros de los diáconos; pasa por la nave, columpiado por el vaiven de una litera; pasea la vista por la muchedumbre arrodillada; hace un signo con la mano derecha en el vacío, y murmura misteriosamente una oracion misteriosa.

Atraviesa la espesa bruma de los incensarios, en medio de una pompa oriental, la faz petrificada bajo la tierra, columpiado en su apoteosis, adormecido por el aire de los abanicos de plumas de pavo real, y llevando tras sí la inmensa cohorte de las dignidades de la iglesia, patriarcas, cardenales, arzobispos, obispos, ordenados, abates, cofradias; y cuando toda esta procesion de cosas divinas, de cruces, mitras, capuchas de todos colores, sombreros llevados en triunfo en palos de oro, ha desfilado magestuosamente en dos filas por debajo de los pilares, en gran silencio interrumpido por el ruido de las cuentas de los rosarios y el murmullo acompasado de las sandalias sobre las piedras; la litera se detiene, y la tiara, antes flotante encima de una porcion de cabezas, se hunde bajo aquella oleada y desaparece.

La magestuosa aparicion entra en las impe-

netrables soledades del Vaticano. La turba sale de la iglesia. La plaza de San Pedro queda en silencio. Y el obelisco de granito, contemporáneo de las primeras teocracias, vierte en el suelo una sombra de siglos.

Esta aparicion, que desaparece en una nube de incienso, es la estatua viva del Papa. En un dia señalado la poblacion corre á la plaza del Quirinal y mira un palacio cerrado, en el que hay un cuadrante que marca otra hora que la hora de las naciones. Allí obreros encerrados en la sombra, detrás de un triple cerrojo, cumplen un misterio. Hacen bajar á Dios desde su infinito á un escrutinio. Ningun signo, ningun murmullo turba la obra secreta de su espíritu. Solamente una chimenea deja escapar una leve columna de humo. Este humo es la sombra del escrutinio quemado que desaparece en el espacio. Pero llega una hora en que la invisible química del cónclave deja de arder; un golpe dado con una piqueta sueña en la ventana amurallada de un balcon, y la multitud vé salir por la brecha á un hombre vestido con una banda blanca que viene á anunciar á la ciudad su eleccion.

Al dia siguiente entra en el Vaticano, donde un prudente génio de la tradicion le ha dispensado de la entrevista á la antigua. Entra

allí como en la celda agrandada de un claustro magnífico; irrevocablemente cerrado por una barrera de bronce sobre los pensamientos.

Toma el sitio marcado anticipadamente en el museo de las tumbas. Se sienta como un huésped más en medio de los espectros del pasado. Respira el aire del pasado, marcha bajo las miradas del pasado, oye solo la voz del pasado; el pasado le devuelve el eco de todas las piedras de las paredes. La inmovilidad se esparce como un opio sobre sus órganos para adormecer en él toda tentación de actividad.

Preso por una etiqueta tradicional, vivirá guardado por un centinela que hace una guardia de tres siglos, la mano apoyada en su alabarda. Desde este momento, su persona es una liturgia sagrada, arreglada minuto por minuto, desde que se despierta hasta que se duerme, semejante á esa infatigable salmodia eternamente cantada noche y día por los canónigos del coro de San Juan de Letrán.

Es que el Papa no es ya hombre al día siguiente de la elección; el hombre no existe, es el dogma vivo, el San Pedro eterno que muere indefinidamente para resucitar indefinidamente en el cónclave. Ha dejado de ser persona, es una dinastía. No existe y sigue vivien-

do fuera de sí mismo en un mundo atrasado. Vive en el pasado, ó más bien su genealogía de papas, suspendida hasta el infinito, hasta en el paraíso sobre su cabeza, vive por él bajo la tiara, iba á decir bajo su nombre, si no se hubiera despojado de su nombre de hombre para tomar un nombre de elegido.

Está debajo de la Divinidad, pero encima de la humanidad, *minor Deo, major homine*, lleva la palabra de Dios, es Dios por delegacion. Tiene la infalibilidad en toda doctrina, como ya he dicho, la salvacion en toda existencia. Ha heredado de Cristo las llaves, y abre á su arbitrio las paredes de la resurreccion. De una curva á otra de la tierra, pesa con sus manos todas las almas y cuando levanta un dedo para bendecir, aunque sea á un niño, el cielo se levanta á su pantomima. Es en una palabra la mayor autoridad que veinte edades de la historia han podido realizar, amontonando toda la inteligencia divina sobre una caña humana.

Pero para cumplir este papel terrible de contramaestre de la Providencia, deberia cuidadosamente arrancar de su carne hasta la última raiz de la humanidad; deberia borrar cada dia por sábias diversidades la protesta de la naturaleza; deberia presentar á la vista,

en la blancura de su traje, la radiante limpidez de su trasfiguración; debería comer siempre aislado, para ocultar la primera condición de la existencia; debería medir cada uno de sus pensamientos sobre la inmovilidad de la tradición; debería trasladar de algún modo la eternidad, á fuerza de lentitud á cada uno de sus pensamientos; debería detener en todo la aguja del reloj, para separar de su mirada la sombra movible del tiempo, repudiar toda tentación de novedad, andar á cierta altura, en palanquin ó en carroza, y siempre llevado ó arrastrado, siempre entre fórmulas, cubierto de pedrería, rodeado de genuflexiones, andar entre el hombre y Dios en el vacío, sin poder nunca poner en tierra su mula de raso, cubierta de los besos de la cristiandad.

¡Ah! cuando doy vueltas en mi cabeza á este misterio, me siento sobrecogido de terror, al ver una vida condenada á llevar aquí en la tierra, sin romperse, semejante grandeza, y bendigo la modestia de nuestro destino, que nos permite ir á apretar una mano en cualquier parte que veamos simpatía, y aspirar libremente la sensación infinita que Dios vierte con el sol en la naturaleza.

Puedo equivocarme; pero en ciertos momentos, creeria que por este secreto contagio de

los lugares sobre los hombres; la magestuosa melancolía del desierto romano se ha marcado sobre la figura del papado. Si algún día esta tierra tradicional, amasada con no sé cuántos pueblos; si este polvo esparcido de no sé cuántas tumbas, hubiera podido vivir, tomar forma, hubiera tomado la vida y la forma de ese anciano inmóvil en la cúspide de una idea, que mira con ojo apagado cómo marchan los pueblos.

CAPITULO XXV.

Cuando una idea nueva entra en la historia, encuentra siempre ante sí el dogma antiguo, en pié y armado. Entonces combate para forzar el paso, y mientras necesita combatir, conserva la unidad. Pero apenas vence, como ha nacido del espíritu de exámen provoca á su vez la discusion. La discusion engendra la secta, y la secta, impaciente de reinar, determina la guerra civil de la creencia. La mayoría, ayer proscrita, proscribela minoría, y la obliga por medio de la amenaza del suplicio á expatriarse. Pero siendo la fé para el creyente una

patria superior á toda patria, la doctrina exco-
mulgada vá á buscar, bajo la mirada de Dios,
otra tierra que la soporte. Esta fué la suerte
de la reforma en Inglaterra, un siglo apenas
despues de su victoria definitiva sobre el ca-
tolicismo. Un viento de tempestad sopla sobre
el suelo de Africa, la palmera solitaria agita
sus ramas azotadas por la tempestad, gime,
se pliega, y esparce en la atmósfera un polvo
de semilla. El viento pasa, llevándose del otro
lado del desierto, en su torbellino, todo un
mundo futuro de sombra y de verdura. Y a
dia siguiente la palmera hembra, relegada en
su vuidez detrás del horizonte, siente estreme-
cerse el soplo de polvo sobre su cáliz, y fecun-
dado por este viento que pasa, fecunda á su
vez el oasis.

Hace como unos doscientos años que una
tribu de peregrinos proscritos de Inglaterra,
fletaba un navio en Holanda, y atravesaba el
Atlántico en medio de las oleadas del equinoc-
cio. Despues de dos meses de fatigas y de pe-
ligros, la pacífica cruzada abordó á la costa de
América, y antes de desembarcar redactó este
contrato.

—Habiendo emprendido para gloria del
Evangelio, y para propagacion de la fé cris-
tiana, un viaje al otro lado del Océano para

fundar una nueva colonia, nos unimos por este convenio ante la faz de Dios, y unos ante otros, para fundar entre todos una sola familia política, y prestarnos asistencia mútua.

Nunca la mirada del hombre recaerá sobre un espectáculo más solemne y más religioso al mismo tiempo, que el espectáculo de estas familias que abordan así en nombre de Dios, á un mundo lúgubre sepultado bajo las primeras nieves del invierno.

Esta atrevida avanzada de la civilizacion ha puesto la inmensidad entre ella y su patria. No ha tenido para poner los piés más sitio que una roca. Detrás de ella el mar bramaba con ruido siniestro sobre una playa desolada. Ante ella otro mar de selvas vírgenes le enviaba de árbol en árbol el largo gemido de un continente.

Pero los piadosos peregrinos del Evangelio no tiemblan ante las misteriosas amenazas de esta nueva naturaleza. Caen de rodillas todos, hombres, viejos, mujeres y niños, y despues de haber invocado al Dios que esparce por los brazos del hombre una fuerza capaz de arrancar montañas, se ponen intrépidamente á trabajar. Atacan á achazos esa especie de barrera de vejetacion, y establecen el primer terreno de una patria.

Se hunden bajo esos árboles, que ocultaban entre sus ramas siglos de tinieblas; abren caminos en ese caos de verdura, airean por todas partes la selva, y ponen al sol en comunicacion con la tierra.

Muchas veces estos atrevidos plantadores hallaban grandes brechas abiertas en medio de esas impenetrables espesuras. Una encina inmensa, cuyas ramas hubieran podido cubrir una plaza pública, estaba allí caída en su gloria, bajo todo el peso de sus años, y habia desecho al caer, los demás árboles, y habia dejado un espacio hueco en torno suyo. Sin duda una explosion terrible habia acompañado su caída; pero en el desierto ningun oido habia notado ese último gemido de esa gran existencia vegetal que se habia desecho un dia con un pueblo de arbustos.

La historia comprende que ante ese magnánimo espectáculo de la América primitiva, el pensamiento de esos hombres, naturalmente bíblico, debió asociarse más íntimamente al Dios del Génesis. Hallaban á cada paso en su existencia, una perpétua alusion á la Biblia: Israel entraba por segunda vez con ellos en la tierra prometida.

Otros emigrados vinieron á unirse á estos primeros colonos; pero apenas se fundaba una

colonia, otros emigrados se extendían ante la línea del cultivo, á través de la inmensa muralla de selvas.

Partían por familias, llevándose sus bagajes sobre mulas, guiando ante sí los rebaños, atravesando las salvajes gargantas del desierto, cantando los cánticos de Sion para distraerse de la fatiga del camino, y llevando en el cinturón el hacha, símbolo de la conquista de América. Cuando habían hallado sobre la propiedad indivisible del Señor un campamento conveniente para edificar una ciudad, empezaban el desmonte derribando árboles.

Practicaban un camino en la selva y construían su habitación. El flujo siempre creciente de la emigración aflucía en torno de este embrion de aldea. Los cultivadores eran los primeros que llegaban, las industrias venían poco á poco á buscarlos. Las casas, primeramente esparcidas, se acercaban unas á otras por esa misteriosa atracción del trabajo sobre el trabajo. La vida colectiva nacía de la vecindad. La comunidad estaba fundada. Se edificaba una escuela. La Iglesia se confinaba á la misma sala que la escuela. Pero poco á poco la comunidad obedecía á un doble movimiento de expansión y de concentración, aglomerándose y extendiéndose cada vez más

en el espacio. La comunidad se convertia en ciudad, y la Iglesia era la primera que anunciaba al cielo esta trasformacion.

De este modo un puñado de proscritos, arrancados á sus hogares por una creencia, ha llegado á ser con el tiempo, esa posteridad de la escritura, más numerosa que las estrellas, y que en ménos de seis generaciones, ha remontado al curso de sus diez y ocho rios navegables, se ha colocado sobre el anfiteatro de sus numerosos mediterráneos, se ha escalonado sobre el largo cinturón flotante de sus costas, se ha esparcido en innumerables enjambres en el inconmensurable valle del Missisipi, se ha multiplicado y reproducido al infinito: ayer era una colonia, hoy es una nacion.

¿Qué decimos, una nacion? es más aun, es la raza heróica y conquistadora, entre todas las razas jóvenes ó envejecidas que se han colocado bajo el sol. Tenia que llenar con su genio la inmensidad: se ha formado un genio segun la dimension de su destino. Ha precipitado la vida sobre todos los puntos del territorio. A fuerza de rapidez, ha suprimido la distancia. Trabaja de prisa, produce pronto, improvisa flotas que navegan rápidamente, pero que se deshacen pronto; envia continuamente al Oeste, pueblos construidos con ta-

blas que caen hechos polvo y resucitan entre dos generaciones; acumula trabajos en poco tiempo; dispersa á la casualidad las munificencias del crédito; sabe que ella es la civilizacion, que debe dar vida al desierto; y para eso imita los pasos de Dios, y falsifica los milagros.

De este modo la América ha sido la mision histórica del protestantismo, su trabajo en la humanidad, su gloria, su creacion. Y admiraremos ahora, con profunda piedad, el capitulo aun inédito de las miras de la Providencia. El protestantismo debia ser perseguido, debia ser perseguidor, debia ser arrojado de Europa á fuerza de suplicios, debia ser entregado á la flotante merced de las olas, para que fuera á buscar del lado del solponiente, una nueva hospitalidad, donde pudiera orar en paz al Dios de su conciencia. Iros: el mundo es grande, un continente os espera. Vivid por el martirio. El dia en que la América nacia para Europa, el protestantismo nacia para la América. Colon y Lutero, hermanos en ideas, desconocidos uno á otro, trabajaban en el mismo siglo, en un mismo drama, uno dando la escena, el otro dando la idea.

Efectivamente, el protestante por la naturaleza de su dogma, podia colonizar el desier-

to. Llevaba siempre consigo su religion, contenida en un volúmen. Tenia siempre su sacerdocio á la mano, en las horas de adoracion, y adoraba con el pensamiento en perpétuo monólogo. Cuando llegaba el domingo, sacaba su culto nómada de su valija, y sobre el tronco del árbol que habia cortado la víspera, abria el Evangelio. En todas partes donde le abria tenia un altar, y sobre este altar improvisado bajaba Dios en espíritu.

La Biblia, creencia portátil del protestantismo, era la única religion posible del colono. ¿Y qué seria la familia católica, relegada sobre la senda del vacío, á un mes de camino de la Iglesia? No oiria la voz de la misa, no tendria sacerdote que la reconciliara con su conciencia, cada semana. No podria vivir, no podria morir sin jugar la terrible partida de su salvacion, no resistiria mucho tiempo al susto continuo de semejante pensamiento. Plegaria bien pronto la tienda edificada en el desierto, para buscar un refugio bajo la sombra de la cruz y al pié del confesionario. Por eso el catolicismo no pudo desmontar la selva. Ha atravesado la América sin dejar tras sí mas que la muerte. Ha pasado, hé aquí todo.

El protestante por el contrario, no tenia que temer su aislamiento ante el Señor. En el

protestantismo cada cristiano es él mismo, su cristianismo completo. Por una consecuencia directa de este principio, cada ciudadano era un gobierno completo. De este doble yo absoluto, redactado en dogma y en constitucion, la América ha hecho su religion y su democracia. Ha dado la primera al mundo el ejemplo del hombre elevado al máximum de la existencia, rey y pontifice á un tiempo en la sociedad.

A medida que la América crecía en civilizacion bajo la mano del plantador, la intensidad de vida acumulada cada vez más sobre la otra orilla, brotaba sobre esta playa del Atlántico. Hasta entonces la playa occidental de Europa, pegada al mar y abierta en el vacío, reflejaba la esterilidad del desierto tumultuoso desarrollado al rededor del horizonte. La ola viajera, columpiada de un mundo á otro por un movimiento continuo, señal precursora de una idea de comercio, arrojaba sobre la arena, en la tristeza de su soledad, quejas y espumas.

Pero cuando el mundo antiguo fecundó el nuevo, creció el primero en actividad con toda la industria que desarrolló por la colonizacion del otro lado del Océano. Las dos civilizaciones asentadas frente una de otra, como dos elec-

triccidades esparcidas en la estremidad de sus promontorios obraron una sobre otra, atraída una por otra, á través de la inmensidad. Cambiaron de trabajo; y para desembarcar sus cambios, evocaron nuevas ciudades de en medio de las nieblas, sobre esas costas antes paralizadas. Esas capitales del mar, ocultas detrás de una selva de palos de navío y agitadas por las olas, atraían y despedían el flujo y reflujo de sus riquezas. Las industrias internadas en el centro de las naciones, atraídas á la circunferencia por nuevos caminos, volvían de la circunferencia al centro, trasformadas en géneros tropicales. Necesidades desconocidas, despertadas por nuevos goces, y repetidas de atmósfera en atmósfera, encendían nuevas ambiciones de trabajo. Los ríos, los caminos surcados en todos sentidos, llevaban y traían á cada momento innumerables mercancías. Los campos ayer entregados al comercio, sentían ir y venir sobre su superficie una trama flotante de productos. Las naciones marítimas tomaron en un siglo la iniciativa, no solo de la opulencia, sino también del pensamiento sobre todas las familias de Europa; el mar es para los pueblos la primera condición de un gran destino, puesto que es una participación privilegiada del espacio.

Las colonias de América reembolsaron con el tiempo el ciento por ciento, de los gastos de instalacion que habian costado á las metrópolis. Al desarrollar el comercio, hasta lo infinito, aumentaron el capital, y al mismo tiempo que el capital la cifra de la ciudadanía; porque la ciudadanía es el capital hecho hombre, ó más bien el hombre rescatado por su asistencia á la parte de trabajo encerrada en el capital. Es la creacion perpétua en el seno de la humanidad, de la suma de ocio indispensable para el cultivo del pensamiento. Es la promocion sucesiva de la clase que poseia únicamente su fuerza muscular, á la propiedad, es decir, á la fuerza muscular, acumulada sobre un punto dado por una série de generaciones. Es la demostracion viva del progreso; porque eleva el ocio sagrado de la inteligencia, no sobre el excedente de trabajo impuesto á un pueblo esclavo, sino sobre el beneficio del trabajo economizado en el pasado. Es, en fin, la gloriosa realizacion de la democracia minuto por minuto, no para caer en la miseria, sino en la comodidad, punto culminante de la sociedad. A mitad de camino del privilegio y del trabajo, bastante tibio para pagar el precio de su instruccion, bastante limitado en su riqueza para llevar su contingente de actividad

á la colaboracion de la familia comun, representa el destino ideal de la humanidad. Nueva raza escogida, bendita entre todas, pone el pié en la tierra prometida, con la cabeza marcada con un signo escogido, y las manos cargadas con toda la fortuna adquirida por el progreso.

El alma humana, desarrollada por la misma causa que la ciudad, quiso conocer su nueva conquista de sentimientos. Para contemplarse frente á frente, como en un espejo, resucitó el teatro inmolado hacia siglos al cristianismo. El teatro es el complemento de la pintura, ó más bien es su espiritualismo. La pintura representa al hombre exterior en la pantomima y en su fisonomía, el drama, por el contrario, representa al hombre interior en su pensamiento y en su conciencia.

Habia en Inglaterra, en el momento del choque del protestantismo contra el catolicismo, un genio inquieto cuya vida ha quedado en la sombra como un misterio. Nacido al agonizar un mundo, sobre una tierra que aun se estremecía de la larga conmocion de la guerra civil, sentia agitarse la turbacion de su siglo en su alma. Marchaba en la vida bajo un cielo sombrío, á través de una atmósfera siniestra donde flotaban los últimos ecos y los es-

pectros sangrientos de una inmensa tragedia. Sublime desconocido, arrastrado en la vida desde su infancia por la mano del destino, actor, poeta, creador de un nuevo mundo, sufrió los mayores tormentos de la vida: la desproporcion del génio con su destino. Shakespeare no tuvo más que descubrir su doloroso pensamiento, siempre en contradiccion con la fatalidad, para sacar el drama en el grito ahogado de sus propias heridas. Cuando la Providencia destina al mundo, el poeta de la passion, le envia en una época tumultuosa, y en el fondo de su conciencia, agitado por otro tumulto, coloca un gemido continuo.

Shakespeare obedeció el mandato de su naturaleza: desarrolló ante sí el alma humana entera en toda su amplitud; puso la mano sobre esta lira infinita y Orfeo terrible, hizo brotar de ella las notas de la ambicion, del amor, del remordimiento, de la locura, de los celos, del terror, de la fantasia, de la ironía, de la piedad. Bajo sus dedos soberanos la hizo llorar, gritar, gemir, suspirar, reir, sonreir, cantar y bendecir. La cojió de arriba abajo, en cada puesto, bajo cualquier condicion, en el rey, en el soldado, en el pueblo, en el tribuno, en el pastor, en el bufon, en el marinero, en el monje, en el sepulturero, en el verdugo, en el

anciano, en el niño. A esta explosion de la pasion, añadió la voz de la naturaleza, la alondra de la mañana, el grillo del hogar, la soledad del campo, la lluvia de la tempestad, el rayo de la estrella, es espectro de la luna, el murmullo del arroyo. De todas estas notas esparcidas, poderosamente armonizadas, entregadas, alternadas, contratadas, hizo esa obra patética, aterradora, que da al corazon del hombre, la sacudida más terrible que puede esperimentarse. Heróico y cómico, uniendo á cada momento el verso y la prosa, probó una vez más que lo complejo de la poesia, como en la creacion, es el verdadero carácter del progreso. Correspondiendo de este modo á todas las almas y á todos los tiempos por la universalidad de su inspiracion, es tan contemporáneo de nuestro siglo como del siglo en que vivió.

La escena fué desde este momento, la escuela perpétua del sentimiento abierta cada noche á la muchedumbre; le enseñó por el espectáculo del sufrimiento y del heroismo en el sufrimiento, la resignacion, la piedad, la dulzura, la simpatía. El alma humana lleva en sí misma tal santidad, que presentada en toda su candidez, es para el auditorio una leccion irresistible de virtud.

Apenas el drama habia desarrollado en el

hombre la facultad de sentir, la música vino á ofrecerle su sublime voluptuosidad. Debía aparecer la última: porque la lengua comun del sentimiento, y por esa razon indeterminada, debía haller en la humanida, la escala completa del sentimiento. La música es la voz mística del alma en su pura esencia, destinada á revelar el entusiasmo en un corazon exaltado, el heroismo en un corazon intrépido, la fé en un corazon piadoso, los ensueños en un corazon amante, la piedad en un corazon religioso, la melancolía en un corazon herido. Purifica, exalta, enternece, arranca al hombre de la prision del cuerpo, y le lleva en un efluvio de armonía más allá del espacio, consuma la emocion.

Cuando esta educacion encantadora del arte llevó el dogma al alma, y que la libertad de pensar tomo el lugar que la fé le dejaba vacante por su retirada, la filosofia reclamó la palabra para acabar la victoria. Entró en el siglo XVIII, armada de la elocuencia, de la ciencia, de la burla y del sarcasmo; levantó la mano y á esta señal la tempestad sopló del Mediodia y del Septentrion, el mundo antiguo se hundió en el fondo de un abismo, con un ruido terrible, en medio de un torbellino de llamas y de humo. Y cuando la nube desapa-

reció, desgarrada como el velo del templo por el rayo, la humanidad vió destacarse sobre las ruinas, la figura serena de la revolucion francesa, coronada de su inmortal espezanza, que sonreia al pueblo y le señalaba con el dedo el camino del povenir.

CAPITULO XXVI.

Hemos llegado al dintel del siglo XIX; recapitulemos nuestras ideas.

Hay sobre la tierra una fuerza que crea siempre y que sigue en su trabajo la ley de progreso. Esta misteriosa obrera de la vida ha producido sucesivamente el agua, la tierra, la planta, el animal, el hombre en fin, panteon vivo de toda la série anterior á la creacion. Llegada á este último término, la fuerza creadora pasa de la naturaleza propiamente dicha, y ya concluida, á la humanidad, es decir, á la naturaleza elevada en esta tierra á su supremo poder, y llamada para nuevos progresos. Sigue creando únicamente con el barro humano, en una continua ascension de lo material á lo espiritual, no ya razas como en el pasado, sino civilizaciones.

El hombre ha empezado á vivir sin voluntad, sin conciencia, con una vida puramente vegetal, á la sombra de la selva, apretando el zumo de las frutas sobre sus labios, como el niño con el pecho de su nodriza. Una estacion traia y se llevaba la cesta flotante del banquete. Despues de haber agotado la subsistencia que colgaba de las ramas del árbol, conoció la parsimonia de la naturaleza bajo la sonrisa de la munificencia ; vió al ángel de la necesidad levantar sobre su cabeza la espada de ira para espulsarle del Eden ; obedeció la sentencia, entró en su nuevo destino, persiguió la caza, y para perseguirla, ensayó, como en forma de arma, el pensamiento. El pensamiento emitido, se convirtió en su cuerpo en un aumento de vida : entonces intentó por vez primera la asociacion : cazó en comunidad ; despues de la caza, repartió el botin ; este reparto inauguró en el mundo la propiedad.

Sin embargo, la caza era una subsistencia de un dia, una loteria al sol. El cazador comia cuando mataba, y no mataba siempre. Vagaba por la senda de la selva en perpétua hambre, inmolando al niño y al viejo, para disminuir el número de convidados. La mujer no era entonces mas que una hembra, el matrimonio una cópula violenta.

Pero entre todas las razas de la pradera, el cazador habia visto ciertas especies apáticas que podia reservarse para la hora de la necesidad; las reunió todas bajo su cayado; las encerró en el horizonte de su mirada; pasó del estado carnicero al estado de pastor; trasformó á la oveja errante en propiedad superior á su parte de caza distribuida sobre la yerba y conoció la diferencia que hay del minuto de tiempo, á la duracion; vivió donde pastaba, fué á donde iba su rebaño; y de este modo contrató un arrendamiento perpétuo con esta reserva viva que paseaba por el espacio.

El pastor plantó la tienda á orillas de los pastos. Una vez sentado á la sombra de esta débil habitacion bastante ámplia para abrigar muchas cabezas á un tiempo, fundó la familia. La familia nacida de la familia, fué el origen de la tribu.

La tribu es la primera sociedad humana, nómada como el rebaño, reclutada como él por la generacion, viviendo en el estado completo de comunidad, por no decir de promiscuidad, cimentada, sostenida por la marcha y la comida en comunidad. En esta nueva civilizacion, la mujer tiene un valor, una utilidad cambiabile, como cualquier otra parte del rebaño, es propiedad del marido. El matrimo-

nio es una compra. El hombre compra la compañera de su sueño en rebaños. Es la época de la poligamia.

Pero la carne del animal se consume más pronto que se reproduce. El pastor continuamente amenazado por el hambre, busca en torno suyo, una provision más abundante que la oveja y la encuentra en la semilla inagotable de Ceres. Pasa del estado patriarcal al agricultor; inventa el arado; forma alianza con la tierra por medio del surco; su invencion le aumenta la propiedad.

Posee la mies, el terreno queda indivisible. Pero la mies es una propiedad personal que rescata al yo humano del abrazo del comunismo. La casa, inspiracion directa de la agricultura, contribuye á la emancipacion de la personalidad; le abre un campo más ámplio al goce y á la accion; le dá luz y calor; le atrae y se detiene en el hogar por una nueva armonía y por una nueva voluptuosidad de existencia.

La mujer adquiere, al pasar este dintel de bendicion, un empleo permanente como la piedra de la pared; crece en dignidad, administra la casa, tiene su parte de autoridad, es la primera esclava de su marido, asociada por él al mando, la confidenta de su noche, la

carne de su carne, ensalzada por la gloria de esta intimidad.

La agricultura provoca la envidia de las partidas armadas errantes en torno de la mies. La tribu agrícola, continuamente inquietada en el goce de su trabajo, abandona la vida al aire libre y edifica sobre la altura para defenderse la ciudad primitiva, el acrópolo; entra en la civilización propiamente dicha en la ciudad; instituye el derecho civil; transforma la propiedad; proclama la ley agraria; distribuye en partes iguales la tierra hasta entonces sin dividir y planta el límite en la senda de la heredad.

Cada uno posee el campo que lleva su mies. Este campo no vuelve á la esterilidad, no exige mas que cada año una nueva preparación. El cultivador no teme sepultar su trabajo; el trabajo capitalizado sobre la tierra le pertenece.

La propiedad más individual desarrolla más al individuo. La personalidad humana crece en poder, obra más directamente sobre su destino. La tierra está marcada por todas partes con la efigie de la humanidad. La calle que circula en la ciudad para unir las casas, se desborda por el campo en forma de camino y une los patrimonios. La facilidad del tras-

porte facilita el cambio. El cambio fomenta la division del trabajo. Cada uno produce lo que mejor sabe producir. Con el sobrante adquiere lo que su vecino hace mejor. La industria aparece. Con ménos gastos procura más goces. La mujer beneficiada por el progreso, no se vende, tiene dote. El matrimonio es un contrato. La dote es su caucion. Sin embargo, aun lleva el signo de servidumbre. Su belleza, á falta de su persona, es propiedad esclusiva del marido. Vive en la casa encerrada. Vá por la calle cubierta con un velo. El hombre celoso la separa de la mesa del festin, y la echa por la cabeza un sudario para ocultar á las miradas su sonrisa.

La necesidad es la iniciativa del progreso. Si Dios hubiera establecido entre la humanidad y la naturaleza un perfecto equilibrio, la humanidad vejetaria en un reposo continuo. La idea paramente negativa del mal es una reduccion de existencia que obliga al hombre á ser, con la voz imperiosa del dolor. Bajo este aspecto, y sólamente bajo él, es el punto de apoyo de una misteriosa armonía.

La necesidad que ha guiado la civilizacion del estado cazador al pastor; y del pastor al agrícola, ha sido la necesidad puramente material de alimentarse. La nutricion es la pri-

mera función de la materia, y llega á su colmo en una época completamente sepultada en el sensualismo. Pero á medida que la humanidad crece en riquezas, en existencia, la necesidad de la inteligencia reemplaza á la de nutrición y se coloca á su vez á la cabeza del progreso.

La sociedad más complicada, más sabia, exige mayor gasto de estudios y de ideas para arreglar las relaciones más enredadas, más difíciles de industria y de legislación. Pero en la ciudad original, primitiva, que no ha podido aun recoger el legado de una larga genealogía de antepasados, y reducir el trabajo por hacer, á la suma de trabajo hecho, todo hombre tiene obligación de consagrar sus esfuerzos á su subsistencia hasta la última hora de su vida: una pequeña parte, escogida apenas puede dedicarse al ocio del pensamiento.

Para aumentar esta parte escogida, la sabiduría instintiva del legislador repartió la población en cuatro categorías, que corresponden exactamente á las cuatro principales funciones de la sociedad. En la primera categoría, el legislador coloca al trabajador, encargado de todo el trabajo material; en la segunda, al labrador, encargado del trabajo de cultivo; en la tercera, al soldado, encargado del trabajo

de defensa; en la cuarta, en fin, al sábio, encargado del trabajo de las ideas. El sábio, gratuitamente alimentado y defendido por la sociedad, convierte esta dispensa de trabajo material en producto de su inteligencia. Inventa la ciencia, la mecánica, y paga el aumento de fatiga que ha impuesto á la sociedad para su seguridad y manutencion, dándole una fuerza auxiliar que le ahorra la parte más fatigosa del trabajo.

La casta, esta iniquidad fecunda en industria y en pensamiento, ha depositado en manos del hombre los primeros secretos, los primeros instrumentos para dominar á la naturaleza. Una vez armada con sus instrumentos intelectuales y materiales de conquista, la civilizacion, por una ley irresistible de la vida, ha radiado en el espacio y ha unido las regiones circunvecinas con relaciones de comercio.

La primera correspondencia de mercancia entre un horizonte y otro, ha sido la caravana. El desierto, á falta de otro camino, ha guiado á la humanidad al Mediterráneo. Colocada allí sobre una tierra más dramática que era una perpétua escitacion á la actividad, la civilizacion soñó, ensayó nuevas hazañas, nuevos golpes de Estado contra la naturaleza. Descubrió la navegacion, y fué dulcemente

impelida por la brisa de nacion en nacion, llevó el Mediodia al Norte, y trajo el Norte al Mediodia; unió los climas con la cadena de surcos de sus buques; confundió en un solo granero las diferentes cosechas; trasformó el metal por escelencia, el oro ritmado y pesado, en monedas.

La moneda, mercancía utilísima, adquirió en todas partes todo género de mercancías; niveló el cambio; facilitó el ahorro, permitiendo al trabajador encerrar sus privaciones en una sencilla molécula; multiplicó el capital, es decir, el tesoro acumulado de todos los trabajos anteriores, sacados del consumo, para subvencionar los demás trabajos. A medida que el capital crecía, quitaba de la necesidad de las nuevas generaciones toda la necesidad cumplida de sus antepasados. Una mayoría más completa, libre de las necesidades del cuerpo, entraba en posesion de su tiempo, y convertía este tiempo en inteligencia.

El progreso rompió el límite estrecho de la casta, que llamaba apenas á algunos elegidos, al ocio bienhechor del pensamiento; cambió la casta en servidumbre, que era, hablando con propiedad, la casta dulcificada, reducida á la mitad. El esclavo tomó su parte ruda de fati-

gas, y libró á la mujer del servicio grosero de su casa.

La mujer, libremente abierta al Dios de su alma, creció en gracia y poesía; conoció la personalidad, la dignidad; dejó de ser la esposa parcial del matrimonio múltiple de la poligamia, para ser la esposa única, absoluta, de un marido. Su marido conservó sobre ella el derecho de repudiacion, esta poligamia intermitente. A mitad libre, levantó el sudario que cubria su belleza; la matrona romana no llevaba velo más que á mitad echado sobre la cara.

Mientras la esclavitud arrastraba sus piés cargados de hierro, para alimentar con su trabajo obligatorio á la aristocracia de la inteligencia; esta aristocracia trabajaba para conquistar la naturaleza de los colaboradores de la humanidad; inventaba la dinámica, la geometría; armaba al hombre de una fuerza nueva, de una musculatura exterior, movida á distancia por su voluntad. La ley del progreso, que es la ley de justicia, lo queria así. Un hombre puramente mecánico, el esclavo, daba vueltas al molino para moler los alimentos de ese otro hombre ocioso, meditabundo, que inventaba el molino; y el molino, una vez inventado, tomó el lugar del esclavo. El pensa-

dor rescatado del trabajo por la servidumbre, rescataba á su vez al esclavo por el pensamiento.

La esclavitud desapareció lentamente, paso á paso metamorfoseada, cambiada en servidumbre. La servidumbre era el noviciado de la libertad, el aprendizaje del ahorro, el catecismo de la abnegacion, el advenimiento á la propiedad por su propio mérito.

A cada anillo de servidumbre que el esclavo rompía en su camino, la mujer, esta otra esclava, rompía un anillo de su independenciam, adquiria alma, facultad por facultad. Igual al hombre ante Dios, ante el Evangelio, tenia con él un destino heróico, glorioso: la virtud, la santidad; podia ya mirar frente á frente á la vida, y dejar caer su mirada sobre la tierra; arrojó su velo desgarrado por el soplo del cristianismo, para enseñar á todos esa sonrisa que Dios ha depositado como un reflejo de gracia sobre la frente de la más bella de sus criaturas.

La propiedad es la encarnacion visible, la carne misma de la civilizacion, en su incesante metempsicósis. Cada forma de propiedad crea su forma de civilizacion, cae con ella, para resucitar bajo otra forma más perfecta, y realizar una sociedad mejor, como ese Géne-

sis sucesivo y sucesivamente borrado bajo nuestras plantas, que sacó lentamente diluvio por diluvio, al hombre del mastodonte.

La primera propiedad ha sido la rapiña, la segunda la caza, la tercera el rebaño, la cuarta la mies, la quinta la industria, y así sucesivamente jornada por jornada, de nacion en nacion. La nueva propiedad no destituia á su aparicion la antigua, porque el progreso marcha siempre de lo sencillo á lo compuesto, de lo simple á lo múltiple. Así como el hombre despues de haber pasado del fruto á la carne, y de la carne al pan, y del pan á las legumbres, no abandonó el primer alimento por el segundo, ni el segundo por el tercero, sino que reunió en su mesa todas estas sustancias animales y vegetales para mezclarlas con su propia sustancia; así tambien asoció el rebaño á los frutos, el campo al rebaño, la industria al territorio, hasta que estas propiedades esparcidas, sujetas á una fórmula y representadas por una misma unidad la moneda, tomaron del nombre de la moneda el nombre de capital.

El capital es, pues, el último término, el resumen supremo de la propiedad múltiple, tradicional, acumulada á nuestros piés por la mano de las generaciones, el legado de la hu-

manidad desaparecida, hecho á la humanidad presente, viático de los siglos enriquecido con ahorros, rescate del porvenir. ¿Qué representa, en efecto, el capital en Francia ó en cualquiera parte? Representa la suma entera de las economías realizadas por nuestros abuelos, y de las otras multiplicadas en los territorios. Hierro, estaño, cobre, plata, caminos, aldeas, pueblos, granjas, casas, minas, fábricas, puertos, canales, colonias, terreno, plantíos; en una palabra, cuatro mil años de fatigas, de esfuerzos, de sacrificios diarios, con toda clase de tiempos, con viento, con nieve, con lluvia, con sol.

Destruid por el pensamiento el capital, y tendremos que remontarnos uno por uno todos á los siglos de la Francia, y pasar por encima de todos los trabajos de la barbarie. A cada paso atrás, destituiremos tantos elegidos del trabajo del pensamiento, como hombres ha emancipado la riqueza. Haremos de nuevo de esos descansos de la civilización, faenas; los sumergiremos de nuevo en las tinieblas. Porque no lo olvidemos nunca, toda clase inteligente, ilustrada, es la representación exacta, cifra por cifra de todas las economías, de todas las obras, amontonadas sobre el suelo de una nación.

Bajo este punto de vista se ha dicho, y se repite aquí, que el capital es el mediador, el remunerador de nuestro destino. Ha roto la casta, la esclavitud, la servidumbre, como romperá el proletariado. De día en día, en el infatigable apostolado de su propaganda, releva al trabajador, como á un centinela, de la necesidad del trabajo puramente muscular, para introducirle en la vida superior, en la vida del pensamiento. El indiferente no vé en un escudo más que una moneda, acuñada con la efigie dudosa de tal ó cual soberano, que puede inmediatamente cambiar por un goce. La recibe, la cambia y todo se acabó. Pero yo veo algo más en este escudo. Veo toda la luz de la historia encerrada en esa partícula de plata. Miro ese símbolo de la civilización y digo: Tú has rescatado el mundo, tú me has rescatado por la virtud de mis antepasados, y muchas veces, cuando llegó á sondear ese misterio, cuento piadosamente todo lo que mi genealogía de padres desconocidos, pendiente sobre mi cabeza en la noche de la Edad media, ha gastado, ha realizado, molécula por molécula, en lágrimas y sacrificios, para trasmitirme en esta moneda el derecho de pensar. Pasa, pues, de mano en mano tú que me has librado del pecado original de la igno-

rancia, y ve sin cesar á recojer las criaturas caidas más bajo que nosotros en la vida para elevarlas á su vez al sol de la inteligencia.

El capital, ese mesías divino, que lleva en sí el alma del mundo, tiene la facultad de producir no solamente el goce por la riqueza, sino la riqueza por la riqueza. Gracias á su continua mediacion, á su fluidez, á su rapidez, cada dia la propiedad circula, se multiplica, toma todas las formas para ir á parar á todas las existencias. Hoy la ciencia es una propiedad; la poesia una propiedad; un trozo de papel una propiedad; una accion una propiedad; un aire musical, una propiedad; un privilegio una propiedad; un diploma, un talento, una prima, son propiedad; de modo, que la propiedad va aumentando, siempre llamando nueva gente. Hay más cosas poseidas, hay más personas que posean.

En esta magnífica progresion, la propiedad tiende como la humanidad á pasar nuevamente de la materia al espiritu; se eleva, se espiritualiza. Ayer, la más alta forma de la propiedad era la tierra; hoy es el talento; el hombre vende la tierra para adquirir la idea.

De todas estas formas de propiedad, la más espiritualizada, es el crédito; ¿y qué es el crédito? Es la toma de posesion del tiempo que

no existe, la propiedad anticipada. Bajo este punto de vista el crédito es la correspondencia, la simetría, el ahorro. El ahorro es una economía sobre el pasado, el crédito lo es sobre el porvenir. El ahorro es una contribucion de trabajo anterior; el crédito es la contribucion del trabajo futuro. En uno y otro caso el hombre crece en poder y duracion, tiene las dos extremidades del tiempo para unirlos ó para estenderlos en una accion más ámplia.

No solamente la sociedad se generaliza, se espiritualiza cada vez más, sino que resiste al doble carácter del hombre en su inagotable evolucion. El hombre es al mismo tiempo un sér social é individual; hé aquí los dos principios que constituyen su naturaleza, su destino. La propiedad colectiva aumenta siempre como podeis verlo en la historia por la extension siempre creciente del monumento, del teatro, del mercado, del puerto, del canal, del camino, del alumbrado. Pero á medida que la propiedad colectiva aumenta, la propiedad individual progresa en igual proporcion, coloca en derredor de nosotros en nuestra intimidad, desde la lámpara á la biblioteca, desde el grabado hasta la péndola, mil medios de accion sobre nuestro destino, mil goces desconocidos, imposibles para nuestros antepasados.

Las dos propiedades, individual y social marchan juntas sin contradecirse ni confundirse, distinguiéndose por el contrario una de otra, fortificándose una por medio de la otra para conspirar, para concurrir á la ley del progreso, al crecimiento de la vida; de la vida material por medio de los goces, de la vida moral por medio de los sentimientos, de la vida intelectual por medio de las ideas.

CAPITULO XXVII.

La religion verifica la misma série de progresos que la propiedad. El hombre se presenta al sol de la creacion, sobre la tierra aun llena de las lágrimas del Diluvio; oye bajo sus piés la última explosion; vé por todas partes la huella reciente del cataclismo; cuenta á cada paso nuevos restos; vaga á la aventura en un campo erizado de selvas, tiene hambre, tiene frio, tiene sed, sufre y absorbe por todos sus poros el sufrimiento: el sol le quema, la tempestad le azota, la zarza le desgarrá, la vibora le muerde.

La naturaleza entera le parece una conspi-

racion contra su existencia, una reduccion de su sér, por medio de todos los séres á un tiempo. La idea de Dios entra en su espíritu, á través de sus maltratados sentidos, bajo la forma de un poderoso misterio, envuelto en tinieblas, irascible, irritado, malhechor, irresistible, que silba en el viento, que truena en las nubes, que brama en el cráter, que amenaza, que hiere, que mata; una insaciable é invisible máquina de destruccion.

Esta divinidad provisional es la negacion de la vida, deificada, por el hombre apenas vivo; la noche es su hora, la muerte su revelacion. El salvaje la adoró por medio de una obra de muerte, por el sacrificio humano. Siente un brazo levantado siempre sobre su cabeza, y para evitar el golpe interpone otra víctima. Así el cazador en su fuga, al verse en peligro, arroja á la leona que le persigue su cachorro. La religion es, pues, un terror; la mediacion, una hostia; el culto, la sangre vertida; la oracion, la maldicion. La palabra *sacer*, ó su sinónimo en la antigüedad, significa á un tiempo sagrado y maldito. Pero el hombre, gracias á su pensamiento, fuerza creadora acumulada en su alma, ocupado en crear, ha conquistado el rebaño y la mies. Se ha abrigado durante su sueño, ha asegurado su subsistencia, ha

separado de su cuerpo las heridas de la naturaleza. Entoncos retira á Dios de la llama del volcan, del resplandor del relámpago, le traslada al cielo, al espacio; le envuelve no en sombras de misterio como antes, sino en la púrpura del sol, en la luz de las estrellas. Sustituye á la carne del hombre en el sacrificio divino, la carne del rebaño y á esta la flor de la mies: la Pascua sagrada pasa sucesivamente del hombre al cordero, del cordero al pan sin levadura.

Y sin embargo, la civilizacion lucha con armas desiguales contra la invisible Némesis esparcida en derredor suyo, por todo el universo; sufre aun, gime, ha disminuido los males, pero no los ha domado. Mitad libre, mitad esclavo, divide á la divinidad en dos naturazas opuestas, irreconciliables, una enemiga, otra bienhechora, una intratable, otra simpática á la humanidad. La primera representa la antigua miseria, la segunda personificada la nueva extension de existencia.

La India, esa abuela de las naciones, da la primera el ejemplo de este dualismo: empieza por abrazar á Siva, dios terrible, implacable, que mata y destruye. Pero cuando ha desarrollado mayor vitalidad, une á Siva otro dios colateral, Brahma, benéfico y afable para la

humanidad, que vierte con mano pródiga la vida ó la creacion.

La Persia, heredera de la India, divide tambien la direccion del universo entre dos genios, uno bienhechor, otro malhechor; uno vestido de luz, otro de sombra; uno creador, otro destructor. El primero es Ormuz, el segundo Ahriman. Pero el tiempo marcha, el hombre ha crecido, el mal ha disminuido, el bien aumenta, el órden de divinidad ha cambiado. El Dios bueno tiene la primacia, Ahriman solo tiene un poder transitorio, pasará: Ormuz observará un dia sus principios contrarios. Reinará solo en el tiempo predicho por la redencion.

El Egipto, hermano silencioso de la Persia, inscribe aun en su teogonía una divinidad dividida en dos poderes, una es Osiris, dios generoso, dios fecundo, que ha dado á Egipto las semillas y las mieses. El otro es Tifon, dios lúgubre, dios maldito, que vierte sobre la tierra la peste y la esterilidad. Pero el hombre ha dado un paso más hácia el progreso. Tifon es una negacion; una sombra de la divinidad; sin templo y sin adoradores, duerme olvidado en la leyenda.

En fin, la Grecia, esta refraccion de los rayos de Asia y de Egipto á un tiempo, sostiene

ne el maniqueismo en religion. Adora primeramente á Saturno, el dios terrible ; armado de una guadaña, hambriento, dando siempre á luz para devorar sus propios hijos. Pero en cuanto ha puesto la mano sobre la naturaleza y ha penetrado en el mundo de la inteligencia, ha trasladado su culto á Júpiter, dios de orden, dios de armonía, que tiene suspendidos de una cadena de oro á todos los seres creados. Por vez primera los dos principios contrarios no coexisten mas en la teogonía. Uno sucede á otro, en vez de ser simultáneos. Júpiter ha destronado á Saturno, lo ha mandado desterrado ha la noche de su origen. Le ha destituido y ha restituido el tiempo pasado, que le habia soñado á él en el crepúsculo de la creacion.

Mientras el maniqueismo ha reinado, la voluntad de Dios sobre el hombre ha sido la fatalidad. Voluntad ciega, brutal, que pasa como ruedan las olas, como sopla la brisa, sin curiosidad, sin cuidarse del bien y del mal, aplastando al pasar el bueno y el culpable con la misma indiferencia, con la misma crueldad que el buey aplasta en el surco la víbora y la hormiga.

La lógica lo queria asi. El hombre solo habia divinizado hasta entonces las funciones de

la materia; la muerte ó el nacimiento. El alma de Dios era por consiguiente una fuerza como cualquiera fuerza de la materia; obraba, heria á la casualidad, y medía su poder por la grandeza de su víctima.

La Judea fué la primera que abjuró este antagonismo. Despues de haber doblado la rodilla ante Moloc, ese Saturno hebreo, insaciable y sediento de sangre y de muerte, reniega de él, le maldice, le anatematiza, y borra completamente de su ritual á ese dios primitivo y bárbaro, creado por su ignorancia y su miseria; proclama al Dios uno; único, absoluto, completo, y le llama Jehovah. Pero como la vida es aun dudosa, incierta y llena de sufrimientos, deja á Jehovah parte de los despojos y de las crueldades de Moloc. Jehovah es el Dios terrible, el Dios vengador, el Dios de la destruccion, el Dios de los ejércitos. Tiene la mano derecha llena de amenazas y de venganzas; envia al hombre las enfermedades, la sequía, le destruye, le aniquila; precipita desde lo alto del cielo las cataratas del diluvio; castiga la falta del padre en la sangre de su generacion; sumerge á Gomorra bajo olas de asfalto inflamado; el judío creia más en la muerte que en la vida, en la nada, que en la resurreccion; no habia trasladado del

Egipto una fórmula precisa de inmortalidad; Era únicamente inmortal porque tenía descendencia.

Pero cuando por el beneficio del tiempo, aumentó su sér con todas las riquezas de vida que su larga dinastía le habia trasmitido, por medio de todos los descubrimientos, de todas las fuerzas adquiridas, de todas las ideas, de todos los sentimientos del pasado, entonces volvió la página del libro eterno de la civilizacion; pasó de la muerte á la resurreccion, de la Biblia al Evangelio.

El Evangelio rescata del pecado original, es decir, desata la vida. ¿Qué es, en efecto, la palabra que flota sobre los lábios de Cristo, no es esa palabra indefinidamente repetida por todos los vientos de Palestina. Yo soy el pan de vida, yo soy la resurreccion y la vida, el que crea en mí vivirá, el que me escuche vivirá?

¿Cuáles son sus milagros? ¿Obras de destruccion como las obras de Jehovah: rayos, asfalto, mar rojo, diluvio? No; sus promesas de inmortalidad, son obras de vida. Endereza cojos, cura ciegos, resucita muertos, y si pasa por la muerte es para hacer ver que el sudario queda en el fondo de la tumba, y para probar la resurreccion flotante en medio de las nubes.

¿Es Cristo un Dios escondido en una emboscada continua, que sale de sus sombras, únicamente para herir á la humanidad? No; es el Dios que vive entre nosotros, que nos toca y á quien tocamos, afable y tierno para cada criatura, para la Magdalena, para la Cananea, como la paloma, como la azucena del valle. Lloro en el Calvario, cura en la mesa de la Pascua, sonríe á Marta y á Maria, inclina sus rubios cabellos bajo los aceites perfumados, cambia el agua en vino para alegrar á los convidados, multiplica los panes para alimentar á la muchedumbre, como si quisiera probar que la Divinidad íntima del hombre está presente en todas sus ocupaciones, sobre el mar, entre las mieses, en los sufrimientos, en la oracion, en las lágrimas, en la sala de las bodas, en la tumba, en el templo, en el pretorio, en la piscina, en todas partes donde el hombre obra, piensa, adora, ama, espera, sufre, trabaja, donde trabaja sobre todo, porque cada parábola del Evangelio es para enaltecer el trabajo, la velada, la viña, la mies, la pesca, el rebaño, la lámpara que oscila en manos de la esposa que espera al esposo hilando.

El principio del mal, tan dulcificado ahora, despojado de su naturaleza divina, cae desde el cielo al infierno; es un ángel revelado, es Sa-

tanás, es el tentador del hombre, su perseguidor. Condenado á sufrir y á hacer sufrir, habita la noche, entre tinieblas y gemidos. Pero Cristo ha vencido á Satanás y todo hombre marcado con el bautismo puede vencerle por sus méritos. Sin embargo, la vida es pobre aun, al nacer el cristianismo, y Satanás dios del mal degenerado, ejerce aun sobre el mundo una inmensa influencia; tienta al hombre, atormenta su alma, hace estéril su lecho, diezma su rebaño, destruye sus mieses. Pero á medida que la vida crece, el sombrío fantasma, arrojado paso á paso de la humanidad por el progreso, huye, desaparece y se hunde en la nada.

Desde este progreso la voluntad divina, no es la fatalidad de la gracia, es decir, la fatalidad dulcificada, espiritualizada, moralizada, trasformada en afeccion y en asistencia del creador por su criatura. Sin embargo, la gracia es independiente del hombre y de su virtud; Dios la concede como mejor le agrada, á la casualidad; es la última huella del antiguo dualismo del principio malo, la última negacion de nuestra libertad, de nuestra intervencion en nuestro destino.

Por eso cuanto más ahuyenta el hombre al mal, más atrae hácia sí la vida y más tradu-

ce en su culto este progreso, más adora á un Dios vivo.

Brahma, tiene más vida que Siva, Ormuz que Brahma, Orisis que Ormuz, Júpiter que Orisis, Jehovah que Júpiter, Jesús, en fin, que Jehovah.

Cuanto más aumenta el hombre su libertad, su poder, por sus conquistas, por su dominio sobre la naturaleza, tanto más estrecho la fatalidad, es decir, la voluntad divina exterior, y muchas veces contraria á su propia voluntad, á su propia accion.

Cuanto más vive en la historia, tanto más progresa en la historia, tanto más progresa en duracion, tanto más cree en la inmortalidad, tanto más lo escribe con letras de oro, como su más alta doctrina, en su teodicea.

Bajo el dogma de la India, el creyente no tenia más que una eternidad sucesiva, ciega, sin conciencia de si misma, que vagaba de metempsicósis en metempsicósis.

Bajo el dogma del paganismo, el héroe solo, el más lleno de vida en la sociedad, iba á respirar eternamente el aire de los siglos bajo la sombra del Eliseo.

Desde la promesa del Evangelio, todo hombre nacido de mujer, humilde ó grande, poco importa, está llamado á la inmortalidad, es

inmortal por esencia. En fin, cuanto más crece la humanidad en ideas y en ciencias, tanto más se lleva la religion, tanto más se espiritualiza, como la propiedad, como la civilizacion.

La religion ha empezado por divinizar la fuerza de la materia, las funciones de la materia, luego la idea de ley, de relacion, de armonía, y en fin, la idea pura, la conciencia, la verdad, la moral. Es, pues, la conciencia siempre activa y presente de Dios en la humanidad, la revelacion permanente, sucesiva como el progreso, que á cada paso le presenta una leccion nueva y le anuncia una nueva verdad.

La estética, esta creacion del hombre en la creacion, esta conversion de la materia á la belleza, gravita por la misma ley en la misma armonía que cualquier otra forma de la civilizacion.

El arte empieza por la arquitectura, origen y raiz de todas las artes á la que sostiene, como la tierra sostiene á todos los seres creados sobre su inmenso pedestal de mármol y granito.

En la mañana de la historia, en la antigüedad, cuando la vida está aún pobre de ideas y de sentimientos, el arquitecto hecha únicamente sobre su obra la línea derecha ú hori-

zontal, la más sencilla, la más uniforme, que encierra la idea de vida, la idea del ser bajo el perfil más estricto; dá al templo la forma de la tumba; crea, como el obrero del mundo ha creado el reino inferior del mineral, sobre un tipo inflexiblemente marcado.

Pero á medida que siente latir en su ser mayor pulsacion, mayor entonacion de vida, rompe, agranda esta línea estrecha y regular, la encorva, la eleva en bóveda, en cúpula. La arquitectura se detiene en este último progreso, y presenta á la humanidad una nueva explosion de pensamientos.

Aparece el cristianismo y reemplaza la línea horizontal por la línea ascendente, la línea sencilla por la línea múltiple ó la combinacion de líneas hasta el infinito, la bóveda por la ojiva ó la asociacion de muchas curvas, la columna por la pilastra ó la armonía de varias columnas, como para hablar por medio de la arquitectura á todas las facultades á un tiempo, á la imaginacion y á la razon.

La escultura pasa por el mismo periodo de desarrollo, por la misma evolucion. Al principio estrae del trozo de piedra ó pórfido figuras sin forma, inmóviles con los brazos pegados al cuerpo, los piés juntos, bosquejados como si estuviesen aun sepultados en la materia.

Pero una sávia nueva corre por las venas de la humanidad, y Pagmalion vierte esta sávia sobre el barro de la estátua. La estátua viene á su vez, se mueve, modula su postura, su languidez, con una línea, con una inflexion de línea, que traduce en gracia un movimiento; pasa de lo simple á lo compuesto, de lo monotonó á lo variable.

Pero como en esta época de civilizacion el hombre, aun pobre de vida íntima, personal, vive en corporacion con la ciudad, la estatuaría, imágen reflejada y pantomima usada de la humanidad, adopta esclusivamente el tipo, es decir, el carácter general, colectivo, arreglado, clasificado por categoría. Tiene un tipo para Júpiter, otro para Hércules, otro para Aquiles, otro para cada héroe. Ignora la individualizacion, la particularidad, esta ley de la naturaleza que quiere que todo hombre sea á un tiempo humanidad é individuo, semejante y desemejante á los demás hermanos de su familia.

Más tarde, bajo la inspiracion del paganismo, renuncia á la estátua aislada, independiente, esparcida como la divinidad del paganismo, para adoptar un sistema de concentracion y de unidad. Agrupa las figuras, las diversifica, las mezcla en bajos relieves, las

asocia á las líneas de la arquitectura, las lleva de lo simple á lo compuesto, de la estrofa á la epopeya.

La escultura, apoteosis del cuerpo humano, diviniza la forma exterior que el alma ha tomado de la naturaleza; pero no puede reproducir esta misma alma en sus más íntimas emociones, en sus más impalpables pensamientos. Cuando el espiritualismo, siempre creciente, siempre vencedor del materialismo, sustituye á la curiosidad de los sentidos, la curiosidad de los sentimientos; la pintura reemplaza á la escultura. La pintura es el arte complejo, espiritualista por excelencia. A la línea añade el color, y con ayuda del color representa hasta el tono más fugitivo de fisonomía; pinta la mirada, rayo directo de la emoción; agrupa y varía los personajes, crea dramas completos; vierte sobre sus obras espacio y luz; exalta las almas; voz muda del sentimiento, es casi una poesía.

Pero la pintura de la antigüedad, primitiva y oprimida por la escultura, efigie entonces de la belleza suprema, era para muchos la escultura coloreada. El Evangelio agrandó el alma de la humanidad. El pintor abandona la composición estrecha del arte antiguo, limitado á un solo episodio, á un solo tono de colores

multiplica los personajes, los planos, las líneas, las armonías, los contrastes, los escorzos, las sombras, las luces; despierta más sentimientos, más emociones; por medio de más procedimientos y de más recursos, subordina el desnudo á los paños, el cuerpo á la cara, y dirige todos los esfuerzos de su arte sobre el santuario del espiritualismo.

La poesía es la espresion directa del sentimiento por la palabra. En el origen, en el alba de la historia, cuando la humanidad está aun envuelta en la materia, canta los actos puramente materiales del hombre; el amor, los festines, el combate, el saqueo, dispensa su canto en la oda y la estrofa rápida, pasajera como el acto mismo. Pero en cuanto la sociedad, en un principio sencilla y reducida á la tribu, tiende á una forma más complicada, á la ciudad; la poesía recoge sus inspiraciones esparcidas y las reúne en la epopeya. La epopeya canta sin duda los actos inferiores del hombre, la orgía, el asesinato, la violacion, el saqueo; pero tambien canta el sentimiento moral, el amor de la pátria, de la libertad, de la religion.

El alma más rica en facultades y en ideas, vibra y aspira más voluptuosidades, más emociones. Entonces la poesía abandona la epope-

ya lenta y letárgica, en el pacífico desarrollo de sus narraciones, para refugiarse en el teatro, en la tragedia. La tragedia representa á la humanidad en su más poderosa, en su más poética esplosion, en su lucha con la vida, con la virtud, con la divinidad, con la fatalidad. Eminentemente compleja en su composicion, opone personaje á personaje; personifica el misterio del destino; hace estremecerse hasta la última fibra de la conciencia; escoje siempre por héroe al hombre más cargado de vida en la sociedad. Al inmolarle, inmola al hombre llevado á su supremo poder; el golpe dado á este dios terrestre retumba más profundamente en el alma. Pero aquí aún, durante el periodo de la antigüedad, la tragedia procede más por tipos que por caracteres. El personaje es más bien que un hombre un sér abstracto; abrumado por la fatalidad, condenado anticipadamente por el oráculo, no puede luchar; tiene que doblar su cabeza al sacrificio. No escita, no interesa, porque el interés seria un atentado contra Dios, una blasfemia.

La poesia de la juventud del mundo era típica. ¿Y qué es un tipo? Es el sér desprovisto de originalidad, conforme con el sér de igual naturaleza; la comunidad de fisonomia, la abeja igual á la abeja, la personalidad arroja-

da del individuo á la especie, la muestra de la inferioridad en poesia, como en la creacion. Pero cuando por un beneficio del progreso el hombre moderno realiza en sí mismo mayor cantidad de vida, y por consiguiente de individualidad, que interviene é influye más en su destino, sustituye la conciencia á la fatalidad, el carácter al tipo, la diversidad á la sencillez, la prosa, en fin, á la prosodia; el verso es tambien un tipo, es el traje uniforme del pensamiento. La prosa por el contrario, es la palabra libre, independiente, distinta como la vida, suelta como el progreso. La prosa tiende, pues, cada vez más á retirar la poesia de la lengua tradicional é inmóvil del verso para comunicarle su libertad y vivacidad. El prosista destrona cada dia al poeta.

La música, en fin, poesia del sonido regulado por el número, en apariencia tan restricta, tan encadenada á los lazos de la métrica y de las matemáticas, participa de la ley del progreso y pasa continuamente de lo sencillo á lo compuesto. Empieza por aires monotonos, lentamente modulados; varia precipitando poco á poco las entonaciones, une al son de la voz el del instrumento; arroja el címbalo de la Menada, por la lira de Orfeo; perfecciona, extiende su orquesta; alterna la nota aguda con

la nota grave, el modo eólico con el modo jónico; inventa, crea la melodía. Una vez llegada á este término, guarda silencio y espera otro desarrollo del alma, para ser el acento de esa sensibilidad más intensa; porque la música, como lo hemos dicho ya, es el alma humana en toda su vibracion, en ese estado vago y divino que la filosofía alejandrina llamaba éxtasis.

La ola de las edades corria aún. El músico moderno, hijo de una nueva civilizacion continúa la obra interrumpida de la antigüedad. Añade á la simple melodía ó á la sucesion de los acordes, la armonía ó la simultaneidad de los acordes, marcha sin cesar de la monotonía á la multiplicidad, emitiendo continuamente formas más numerosas para satisfacer mayor número de facultades. Más tarde, la música emancipada al mismo tiempo que el pensamiento, se deserta del canto llano de la Iglesia, crea su drama en la ópera y para marcar esta hora gloriosa de libertad, pasa del acorde perfecto á la discordancia; armonía nueva, armonía por la lucha, más suelta, más patética que la antigua.

De este modo el arte se espiritualiza, se universaliza cada vez más, como la propiedad, como la religion. Demuestra mayor abundancia de vida en la humanidad, vive más.

LA

PROFESION DE FE

DEL SIGLO XIX.

—

LA
PROFESION DE FÉ
DEL SIGLO XIX;

POR

EUGENIO PELLETAN.

TOMO CUARTO.

MADRID,
LIBRERÍA DE DON LEOCADIO LOPEZ,
calle del Cármen, número 13.

1870

Caracas,
Librería de los Sres. ROJAS,
hermanos.

Valparaiso,
Librería del Mercurio,
de D. O. L. TORNERO,

PROFESION DE FE

DEL SIGLO XIX

por

EUGENIO PELLETAN.

TOMO CUARTO.

MADRID.

LIBRERIA DE DON LEONARDO FORN,
calle del Carmen, número 13.

1870

Valencia,
Libreria del Marqués,
calle de San Juan, número 13.

Barcelona,
Libreria de los Herederos,
calle de San Jaume, número 13.

CAPÍTULO XXVIII.

Tal arte, tal ciencia. El hombre es uno; progresa igualmente en todas partes. Crea primero las matemáticas, ciencia del número, ciencia de las ciencias.

Directamente sacado del alma, el número es infalible como el alma, es el alma misma obrando sobre la idea de cantidad, no conoce la duda ni la incertidumbre. Fatal por naturaleza, llega fatalmente á su demostracion, es desde el primer momento lo que siempre ha de ser, lleva en si mismo el carácter de todo origen, de toda inferioridad, la invariabilidad y la necesidad.

De las matemáticas, la civilizacion pasa á la geometría ó ciencias de la estension.

La geometria, como la aritmética, es una abstraccion, es decir, la accion de la intelligen-

cia, que trabajando según sus propias leyes, marcha á la verdad, irresistiblemente por la fuerza de su naturaleza. Pero la geometría es un progreso sobre las matemáticas, porque la idea de número añade la de espacio; es más amplia, tiene más vida, en el sentido filosófico de la palabra.

Armada del número y del compás esos dos sentidos, digámoslo así, esos dos órganos intelectuales de la ciencia, el hombre se hace dueño de la inmensidad, la desarrolla ante su mirada, la contempla, la observa, la estudia, la mide, la pesa, cuenta los ástros del éter, fija y determina sus evoluciones, sus circunvalaciones; descubre, promulga las leyes de las estaciones y de los años; funda, en fin, la astronomía, científicamente superior á la geometría; es decir, el espacio en movimiento.

Después de haber creado sucesivamente sus instrumentos y su calendario, la ciencia vuelve los ojos á la tierra y contempla la naturaleza; estudia, compara los seres, como si fueran brutos é inertes en la naturaleza; los clasifica, los inscribe, especie por especie, familia por familia, en su catálogo; empieza por operaciones sencillas de análisis y de nomenclatura, por la osteología, por la anatomía; describe formas; cuenta las moléculas; y sin

embargo, la historia natural es un progreso sobre la astronomía, porque añade la idea de la vida á la de movimiento; es más viva, para repetir siempre la misma fórmula.

Después de haber analizado los cuerpos, la ciencia estudia las leyes de la naturaleza. Medita, penetra la ley de la gravedad, del calórico, de la impenetrabilidad, de la porosidad; maneja los fluidos, somete á fórmulas la atmósfera, el sonido, la electricidad, la luz. Escribe la física, es decir, la ciencia de todos los agentes de vida esparcidos en el espacio. La física es superior á la historia natural, como lo es la fuerza á la materia, la actividad á la pasividad. Es más múltiple, más viva, puesto que convoca ante sí los misteriosos poderes de vida que vierten la fecundidad de la naturaleza.

La física encamina el espíritu á la química. La química es la ciencia de la combinación y del peso de las moléculas bajo la acción de los fluidos, es una astronomía al revés, que busca la insensible gravedad de los cuerpos extraordinariamente pequeños. Pesa los cuerpos en su crisol, como si estuvieran formados de polvos unidos entre sí por un poder invisible, cuenta y clasifica los elementos, estos principios de la materia; examina la natura-

leza como una gran máquina de la que saca y marca cada ruido; indica un progreso más sobre la física. Penetra en el misterio de la creación, toca al ser vivo.

La química conduce á la fisiología.

La fisiología, ó ciencia de la vida orgánica, explica el juego, el mecanismo de los movimientos y de las funciones; observa, marca la relacion, el equilibrio de la materia animada por la fuerza infusa, por el alma oculta que atraviesa y vivifica á cada instante, la infinita gerarquía animal de la creación. Sorprende al Génesis sus trabajos íntimos, descubre el secreto, crea *á posteriori*, por medio de la observación, lo que Dios ha creado con el pensamiento; funda la organografía y la organoplástica; es, en una palabra, la ciencia de la vida; por consiguiente, la más viva de todas las ciencias.

Llegado á este último término, el espíritu de conocimiento abandona la materia, la naturaleza, para ir á visitar en su misterio santuario la ciencia misma de la vida, el pensamiento. Escucha y trascribe la voz sorda, la voz interior de la psicología.

La psicología es la ciencia de las facultades del alma, y sus relaciones con el universo: fija, limita sus funciones, las categorías del yo hu-

mano, del yo espiritual, que llamamos imaginacion, razon, memoria, voluntad, percepcion, conciencia; separa la carne de la sustancia, la sensacion de la idea; demuestra, prueba, que el mundo exterior no puede querer y pensar dentro de nosotros; que si acaso, lo más que puede es despertar la reflexion y la voluntad. De la idea de sustancia absoluta é indivisible en el yo humano, el filósofo se remonta por una irresistible série de deducciones á lo absoluto, á lo infinito, á Dios. La ciencia, admirada con este resplandor tan inmenso, cierra los ojos.

De este modo la ley es invariablemente una, y uniforme en todas partes; la ciencia marcha por el mismo camino, y verifica el mismo progreso que la propiedad, que la sociedad, que la religion, que la poesia. Va siempre contando más detalladamente la vida, reuniendo para si más vida, subiendo de lo simple á lo compuesto, de la materia al espíritu, cada vez más espiritualista y más universal en el espacio y la duracion.

La industria ó ciencia aplicada, sigue los pasos de su inmortal compañera.

La industria es un aumento de fuerza en la humanidad. El hombre empieza por añadir á su fibra la fibra más dura del metal; hace el hacha, la sierra, la lanza, la pala, el arado.

Fuerte por el hierro, y con un gran poder contra la naturaleza, derriba el árbol, iguala la viga, forma la rueca, doma al caballo, enseña al buey, labra la tierra, edifica casas, construye navíos, cava la cisterna, modela el ánfora. Con la asistencia y ayuda de estos instrumentos, de estos segundos órganos, apresa y detiene en torno suyo los cuerpos que no pueden cogerse, los fluidos, el agua, el fuego, la luz, encierra el manantial bajo la piedra de su casa, cuelga á su cabecera la lámpara, estrella del pensamiento, enciende en su hogar un rayo apagado del sol.

Posee en el hierro y en el instrumento trabajado por el hierro, el cuerpo tosco de la mecánica, no posee aun el motor. Para dar vida á este cuerpo tiene que comunicarle su propia fuerza, ó la fuerza muscular del animal sujeto á la domesticidad. Tiene el molino y debe hacerle dar vueltas, tiene el navío, y tiene que moverle él mismo con toda dificultad á fuerza de remos; en una palabra, produce poco, con mucho trabajo, adelanta poco y se cansa mucho. Lo más que puede es aligerar el esfuerzo aligerando el obstáculo, perfeccionando la dinámica, sustituyendo la rueda al trineo, inventando la palanca de Arquímedes. Pero á pesar de estos progresos él es el único motor;

vivifica el instrumento de su fatiga. Pero la fuerza del hombre, como la del animal, está limitada por la naturaleza. Para producir acción, la civilización debía hallar en ella ó en derredor suyo una fuerza cien veces mayor; conquistó el misterioso poder del movimiento esparcido por el planeta; hizo de él el alma de la industria; inventó la dinámica, superior á la mecánica, como lo es el motor al instrumento.

La dinámica es el producto del movimiento arreglado por nuestra inteligencia y apropiado á nuestras necesidades. Empieza por tomar prestado el movimiento de la corriente; y encarga al peso del agua que le mueva la rueda del molino, ó el volante del batan. Pero la corriente es el motor más material que ménos participa del espacio; le hay aquí ó allí, al azar, por un capricho de la topografía; anima solamente la máquina colocada á orillas del río y condenada á la quietud.

Entonces el hombre busca otro motor, siempre presente, siempre existente en la naturaleza, llama en su auxilio el soplo de la atmósfera; recoge la fuerza del viento para atravesar las distancias, atraviesa las olas como empujado por un milagro. Este nuevo colaborador asociado á su destino, es un progreso

con relacion á la corriente; participa más del espacio.

Pero el viento es un agente variable que pasa, que vuelve y no puede mover continuamente con igualdad, el navío ó la fábrica. El sábio busca una fuerza más exacta, más obediente á su genio, la evoca y la domina á capricho; y la halla en la expansibilidad indefinida del gas dilatado por el calor.

Y un dia, un dia de nuestro siglo el más grande de la historia, un pensador encierra al vapor en una caldera y el hombre posee el alma del movimiento.

En todos los tiempos, en todos los lugares, tiene un nuevo obrero de su destino, una segunda humanidad material y muda, infatigable, incomensurable, que representa la fuerza acumulada de veinte naciones, que hace polvo el hierro, que teje el hilo, que amasa el metal, que sierra la madera, que va y viene, que lanza los buques de una playa á otra del Atlántico, con la rapidez de la golondrina, y lleva á la muchedumbre errante por todos los paises, sacudiendo al viento su penacho de humo.

El vapor es un progreso con relacion al viento, porque es más complejo, más dramático; porque produce más movimientos, y movimientos más variados.

La mecánica avanza como la ciencia, como la civilización entera, marchando de lo sencillo á lo múltiple, de la materia al fluido, del instrumento al motor, de la corriente al viento, del viento al vapor, cada vez más universalizada, más espiritualizada, en su infatigable evolución. Quizás mañana pasará del vapor á la electricidad.

La humanidad descarga en la máquina la parte más pesada de su trabajo; crea como Dios, á distancia, todos los días con una palabra, dice al hierro organizado y animado por su soplo: Haz tu obra, toma mis fatigas; yo seré tu testigo; termiraré cruzado de brazos, y subiré á cada momento á mi verdadero destino, que es el pensamiento.

Por eso vemos el progreso marcado con el mismo signo; el crecimiento de vida brotar á nuestras plantas, á cada obra de la humanidad; la propiedad está más viva, la religión más viva, la estética más viva, la ciencia más viva, la dinámica más viva, el hombre mismo, el hombre físico también está más vivo.

Cada sentido, desarrollado por mayor número de actos, por mayor número de relaciones con la naturaleza exterior, adquiere más sensibilidad y nota que se le desarrolla más sensaciones. En otro tiempo el pulso, péndola

de la vida, daba solamente sesenta pulsaciones, hoy da noventa por minuto.

La mirada del salvaje conoce y admira el color fuerte, vivo, violento. La mirada del hombre civilizado distingue y prefiere las tintas variadas y la suave armonía de los colores.

El oído del salvaje solo aprecia y nota el sonido áspero y fuerte que hiere como un golpe sobre el cerebro. El oído del hombre civilizado, retiene y se complace con las cadencias fugitivas, con la más tierna é imperceptible caricia de la melodía.

La mano dura y seca del salvaje cumple con dificultad su objeto, trabaja como á tientas, sin elegancia. La mano suelta y plástica del hombre civilizado modela la materia con gracia y rapidez.

La epidermis fuerte, dura del salvaje, rechaza á cada instante las impresiones suaves, las débiles ondulaciones de la atmósfera. La epidermis eléctrica y vibrante del hombre civilizado se conmueve y responde á la más pequeña sacudida, á la más débil voluptuosidad de la naturaleza.

La simpatía, en fin, ó la accion y la reaccion de cada uno sobre todos y de todos sobre cada uno, es la suprema espresion, la suprema

victoria de la civilizacion, siempre perfectible, siempre progresiva en la fibra del hombre, como en la de la sociedad.

Continuamente en aumento, la vibracion de uno vibra en el sentido del otro, y vuelve al punto de partida, aumentado en poder de todas las sacudidas que ha recibido, como una voz repetida hasta lo infinito de roca en roca.

De ahí viene el que la elocuencia sea siempre más poderosa, más exaltada en medio de la muchedumbre que en la intimidad, y que el talento sea más frecuente, más activo en una capital que en la soledad.

El sistema nervioso, este agente misterioso de la vida, aumentado sin descanso, perfeccionado por mayor número de sensaciones con el universo, comunica á la vida más energía y más duracion.

En todas partes donde un pueblo ha llevado exactamente en Europa la lista de la mortandad, la historia demuestra que de generacion en generacion, desde la Edad Media; el hombre aumenta continuamente sobre su cabeza mayor número de años.

Cuanto más vive con la vida de la inteligencia, más armoniosamente se desarrolla cada una de sus facultades, el amor, el arte, la

ciencia, el entusiasmo, y mayor longevidad adquiere.

El sábio vive más tiempo que el obrero, el casado que el célibe, el hombre en el seno de su familia que el cenobita, el hombre activo que el prisionero entregado á sus tristes pensamientos; cada facultad apagada es un minuto ménos de existencia.

De este modo el hombre reúne continuamente en sí mismo una vida más fuerte, y la radia incesantemente al exterior. Amplifica, dilata su sér en el espacio y en la duracion.

Su cuerpo es el principio, el rudimento de otro cuerpo más vasto, más espléndido, que crea cada dia, creador de sí mismo con su arte y su genio.

Primero cubre su desnudez con un manto, porque para el progreso la desnudez es fea. La forma humana necesita adornarse, resplandecer con todos los prismas que vierten los rayos de seda y pedrería. El color es la magnífica explosion de la vida; en donde falta, falta la belleza.

Despues de haber realizado sobre su cuerpo su primer vestido, el hombre realiza el segundo, más flotante, la casa.

La casa encierra la lámpara y el fuego, que suplen la ausencia de la luz y del sol, que

equilibran, que nivelan en derredor del hombre el día y la noche, la atmósfera y la temperatura.

Además dentro de la casa está la familia, es decir, la sangre de nuestra sangre, la alegría de la mirada, la voluptuosidad del pensamiento, la esperanza del porvenir.

En la casa hay biblioteca, es decir, la memoria de lo pasado, la palabra de la humanidad que vibra en los oídos del lector, la conversación indefinidamente continuada á través de cada generación del tiempo muerto con el vivo, la continuidad, la solidaridad de la civilización.

Allí existe también el arte por entero; la pintura, la escultura, el grabado, la música. Sus piedras, mudas é inertes aparentemente, hablan y estremecen con emociones á la humanidad.

Después de haber creado su segunda esfera de vida en la casa, el hombre, anhelando siempre el espacio, crea una tercera esfera en el campo; y distribuye á sus pies, á su puerta, las flores, los perfumes, los frutos, las sombras, los murmullos de todos los climas, de todos los países.

Y siempre arrastrado por ese poderoso poder expansivo que incita á la vida ó que ondu-

la bajo una forma ú otra en la extension, realiza otra cuarta esfera de actividad en el viaje. El viaje es el último término del hombre agrandado á medida del planeta. Por el viaje toma posesion de todos los tesoros de poesia esparcidos por la naturaleza, de pueblo en pueblo; los incorpora, los identifica por medio de la sensacion, del recuerdo, con su pensamiento, con su existencia. Cuanto más civilizado está un pueblo, tanto más emancipados cuenta, elegidos por la riqueza, y más peregrinos del arte y de la ciencia envia á sus fronteras.

Así crecia el hombre de siglo en siglo, por medio de un crecimiento íntimo, magestuoso, que es el crecimiento continuado sobre sí mismo desde el séptimo dia del Génesis; llevando todos los séres preliminares reasumidos en su cuerpo, como un glorioso repertorio; viviendo con la vida de todas las generaciones anteriores resucitadas en él, obra por obra, aluvion por aluvion; pensando con su pensamiento, sabiendo lo que ellos sabian, rico por su abnegacion, inspirado por su entusiasmo, uniendo continuamente en torno suyo todas las razas, todas las estaciones, todos los climas; sirviendo y juntando en su mesa, en la pascua universal de su festin, las esencias y los sabores

esparcidos por la superficie entera del globo, como si quisiera mezclar á su propia sustancia, hasta el más pequeño átomo de su vida, hasta la más pequeña chispa de electricidad para absorverla en su destino; apoderándose de la fuerza del buey, de la fuerza del hierro, de la fuerza de la corriente, de la fuerza del viento, de la fuerza de los gases, de la fuerza del vapor; y formando con todas estas fuerzas reunidas una nueva musculatura; variando continuamente los límites de su acción, de su poder, desplegando, dilatando su vida en el espacio, suprimiendo la extensión por la velocidad; acercándose á cada extremidad del planeta, viviendo en el pasado por la tradición y por la imprenta; en el porvenir por la profecía y por las deducciones de la historia; presente en todas partes, contemporáneo de todos, es el inmenso Briareo que abraza el mundo entero, el tiempo entero con sus brazos y su mirada.

Progreso, crecimiento de vida, hé aquí la ley de la historia escrita á cada paso, en cada obra de la humanidad. El modo mismo de medir el tiempo, es una prueba del progreso. Cada vez se le encuentra más vivo en la civilización.

Entre los primeros pueblos, grandes reba

ños humanos, donde la vida es confusa, y está sepultada en un vago comunismo, el obelisco, este dedo del sol, marca la hora con su sombra, sobre el polvo; la hora es muda, insensible, colectiva, al aire libre, aparece y desaparece con el sol.

Una segunda civilizacion viene á restituir al hombre parte de su libertad, de su espontaneidad, de su personalidad, de su actividad. Entonces el reloj de arena reemplaza al obelisco. La medida del tiempo es un movimiento, un ritmo, el primer sintoma de vida en la creacion.

La hora no es solamente colectiva, sino tambien individual; no habita solamente la plaza pública, sino que tambien habita la casa. Vela sobre los convidados sentados á la mesa del festin. Hermana de la lámpara, asiste al drama intimo de la velada.

El movimiento es el primer sintoma de vida, como el sonido es el segundo signo. Cuando el cristianismo infunde á la tierra mayor suma de vida, y la coloca en el cielo, la hora sube al cielo, tiene una voz, la misma voz que la oracion. Gime como la religion de Cristo crucificado. Flota en el aire, dispersa en lentas estrofas, sobre las sombrías ciudades. Un dia vendrá, y ya ha venido, en que brotará en

surtidor eléctrico sobre el fronton de los palacios, y llevará un penacho de luz.

De este modo, todo marcha, todo conspira al mismo objeto, á un fin, armoniosa y simultáneamente, como por una especie de gravitación, centro y circunferencia, motor y móvil, sol y satélite. La facultad crea la acción; la acción á su vez desarrolla la facultad. El pensamiento produce la industria, la industria vuelve al hombre con un aumento de lo pasado. El hombre sube de lo finito á lo infinito, del tiempo á lo eterno, cada vez más divinizado, cada vez más divino, cada vez más espiritual, siempre destinado á pensar.

CAPÍTULO XXIX.

Todo está dicho: no nos atrevemos á añadir que todo está probado. El progreso es un crecimiento de vida, el crecimiento de la vida es el dogma de la naturaleza.

¿Quereis una prueba, una prueba indirecta de esta verdad? ¡Pues bien! mirad en torno vuestro y decidme: á qué llamais pena en este mundo, á qué llamais castigo, sino á una dis-

minucion de la vida, la supresion de una facultad?

¿Qué es una cárcel en efecto? La interdiccion del movimiento, la negativa parcial de nuestro organismo, el hombre sujeto á la medida de una celda, destituido de su derecho al espacio, sujeto á la piedra de la pared, vuelto vegetal, un regulador que muere condenado á sufrir y á sentir que sufre.

¿Qué es la proscricion? Un rompimiento, una sustraccion hecha á nuestra vida moral, íntima, á nuestra simpatia, á nuestra amistad, á nuestra familia, á nuestra patria, á nuestra inteligencia, á nuestra lengua, á nuestra religion, á todo lo que conocemos, amamos, sentimos, queremos, esperamos, practicamos, servimos: una prohibicion del movimiento de nuestro pensamiento, una restriccion de nuestra atmósfera, una soledad errante, una prision á voluntad.

¿Qué es la confiscacion? La destruccion hecha al condenado, al desterrado, de todos los elementos, de todos los tesoros de vida transmitidos por su familia ó capitalizados por su trabajo, el rompimiento para él de la historia, la disolucion del pasado, su exclusion de la genealogía, su reintegracion forzada al estado salvaje, al estado primitivo de la sociedad,

porque la miseria es una estacion prolongada de la civilizacion; el uno se queda bajo la civilizacion bárbara, el otro bajo la cazadora, el otro bajo la pastoril, el otro bajo la agrícola. La confiscacion, en fin, es la destitucion de nuestra inteligencia por la sustraccion de todos los medios de meditar, leer y estudiar; la disminucion, en una palabra, de la suma de vida acumulada en la humanidad por el tiempo, la propiedad, la riqueza.

¿Y la pena de muerte, por qué es la más terrible de todas las penas en todos los códigos, sino porque es, no os riais de lo sencillo de la expresion, un rompimiento completo, irremediable de la vida en plena posesion y en pleno poder? Así, pues, cuanto más se disminuye la vida en un hombre, tanto más se le castiga. Cuanto más abundante es la vida, más cruel es el golpe, cuanta más pena hay en la sociedad, tanto más se convierte en piedad para la víctima, en horror para el verdugo. La piedad es la vida de la sociedad que protesta contra la desproporcion continua á causa del progreso entre la falta y el castigo.

¿Por qué la pena de muerte se aplicaba con tan poca reserva y se sufría con tanto valor en los primeros tiempos? ¿Por qué la legislacion bárbara enviaba continuamente en largas pro-

cesiones el hombre al suplicio; y por qué el paciente desafiaba la opinion con su sonrisa hasta bajo el hacha del verdugo? Porque la vida era ménos rica que hoy, ménos intensa, ménos abierta á la sensacion, por consiguiente al dolor, porque de la vida á la muerte habia ménos distancia que hoy despues de las capas de vitalidad que el progreso ha depositado en nuestra sustancia.

A esta idea instintiva y latente en las masas, debemos atribuir la emocion tan profundamente trájica que acompañaba y acompaña aun á través de la historia, las tumbas de la revolucion.

Esas víctimas que la ira de un pueblo arrojaba por carros á la guillotina, eran casi todas escogidas en la sociedad, las que poseian más elementos de vida, artes, ciencias, riquezas, talentos. El hachazo heria en ellos más que unas vidas, heria gerarquías de existencias, almas de poetas, de sábios, de oradores, que vivian con el alma de todos los tiempos, de todos los hombres, que radiaban por todas partes, en las inteligencias y en la admiraciones.

Sobre esta teoria del corazon humano, la tragedia busca sus héroes, para inmolarlos segunda vez, entre los primeros de la tierra, entre los que llevan cetro, pastores de las ideas, car-

gados de gloria, que representan, que personifican siglos enteros, pueblos enteros. Una cabeza cae. Un hombre acaba de morir sobre el tajo. La muchedumbre oye apenas el ruido de la caída. Otra cabeza cae. Un rey, poco importa de qué clase, del trono ó del talento, desaparece en el suplicio, y esta cabeza cargada del peso infinito de tantas ideas y tantas existencias, rueda por el suelo con un ruido tan espantoso que resuena en la historia. La muchedumbre se extremece y lanza un gemido que atraviesa la humanidad de generacion en generacion,

Sobre esta teoría del corazon la filosofía del siglo XIX reclama la abolición de la pena de muerte, esta trágica reminiscencia de la barbarie. Porque desde que llevamos en nosotros una vida multiplicada por toda vida anterior de la humanidad, una alma aumentada con todos los depósitos sagrados del pensamiento, la muerte jurídica por mano del verdugo, levanta en la conciencia una protesta más patética. Nosotros, ciudadanos de la civilización, somos reyes de nuestro poder, por nuestra participación en el gobierno, en la riqueza, en la inteligencia, en la soberanía, hé aquí porqué el homicidio autorizado por la justicia, despierta en nosotros la fúnebre tristeza del

regicidio. Siempre he admirado la profunda sabiduría de la república más poderosa de la antigüedad, que rehusaba al suplicio al más oscuro de los romanos.

De este modo consagraba el derecho de ciudad. Y hoy ved: el juez ha hablado, y ha dicho á un hombre: ¡Morirás! y un palo sangriento, oculto siempre á nuestras miradas, surge en la sombra, allá en algun rincón del arrabal. Un golpe cae sobre el tajo, una vida ha cesado. Un hombre baja del patíbulo, las manos tintas en sangre, la frente pálida por yo no sé qué palidez. Parece que el remordimiento, detenido por el hacha en el alma del ajusticiado, ha pasado á la conciencia del verdugo. Baja la vista. La gente se separa de él con horror. En este minuto supremo de usurpacion hecha á la Providencia, ¿quién os parece que sufre más? ¿El culpable ó el verdugo?

Por la misma razón, el código penal ha seguido siempre los progresos de la sociedad. Ha marchado continuamente purificándose, espiritualizándose, de la materia al alma, del dolor á la espiacion. Así en los primeros días de la historia el legislador aplica una pena puramente material al culpable; le mutila el cuerpo, le hiere un órgano, le apaga la vista, le corta la mano, el pié, la oreja; diente por

diente practica inexorablemente la ley del Talion; estraee de las venas del asesino la sangre que ha vertido, castiga una mutilacion con una mutilacion.

El procedimiento es material como la pena; interroga por medio del tormento; saca la confesion por medio del dolor; estiende al acusado sobre el caballete, y busca con fria crueldad, en las fibras, la palabra escondida en la conciencia.

Pero á medida que el hombre pasa de la vida de los sentidos á la vida de las ideas, que adquiere una vida intelectual, íntima, compuesta de afecciones, de simpatías, de creencias, de sentimientos, entonces la ley busca esta nueva vida para herirla, para castigarla. Sustituye al Talion y al suplicio la pena, sobre todo moral, de la confiscacion, del destierro. Escomulga al criminal del hogar, de la ciudad. Le inmola en su familia, en su patria. Deja á un lado el cuerpo, los miembros, para atender al sentimiento, al pensamiento.

Al mismo tiempo, á causa del desarrollo de existencia, la instruccion judicial reemplaza al tormento, el juez pregunta indirectamente la verdad á la sola facultad que puede decírsela, á la conciencia. El testigo gana con este progreso. La justicia no le arranca su testimonio

por fuerza. Le impone la obligacion del juramento.

En fin, el cristianismo viene á colocar la pena en un mundo ideal. Deshecha la ley de la sangre para adoptar la del amor : la ley de la venganza para adoptar la de la caridad. Renuncia á hacer sufrir, á castigar la sensacion del crimen, de la voluntad. Sabe que desde el momento que el hombre escapa á la fatalidad por el progreso, entra triunfante en la libertad de su determinacion ; que ha constituido en él la vida superior, iba á decir divina, la personalidad, la conciencia ; que el culpable es todo interior, que el culpable está solamente donde está la intencion, la premeditacion ; impone, pues, al crimen su único castigo, el remordimiento. Hace del hombre mismo, de su alma, su propio tribunal, su propio suplicio. Le abre una perspectiva de regeneracion por la penitencia. Permite al criminal rescatar el mal que ha hecho, el delito que ha cometido, por la virtud, por la santidad. El hombre caido puede aun hallar un punto de partida, puede recuperar la virtud que ha perdido.

Hé aqui el ideal. Ha debido durante mucho tiempo vivir en la sociedad, en un estado abstracto, como el tipo sublime de la justicia. Pe-

ro un dia vendrá, no lo dudemos, en el que este tipo hoy olvidado, descansado, pasará del santuario á la legislacion. Mientras la pena de muerte desaparecerá, no lo dudemos, de los códigos de Europa, antes que el sol se ponga sobre nuestras generaciones. Se reemplazará con la infamia. La infamia es la pena de muerte moral, aplicada á una sociedad espiritualista ó al ménos cada vez más impregnada del espiritualismo. Dice al hombre marcado en la frente con la señal de su falta: Te has faltado á tí mismo, has faltado á esta religion interior del bien que Dios habia escrito en tu inteligencia, vé ahora, vaga hasta el dia del arrepentimiento, por las fronteras de la sociedad. Tu falta te seguirá á todas partes, te llamará por tu nombre, y gritará al que pase por tu camino. Hé ahí el que ha cometido un engaño, el que ha herido. Y el culpable atravesará un vacío moral, sin poder hallar una mano amiga, sin tener afecciones, sin poder cambiar la palabra, sin hallar una simpatía.

Esta doctrina una vez demostrada, que la reduccion y la supresion de una facultad son una pena, una degradacion del sér, volvamos esta idea que es sólo el revés de la verdad, y digamos alto, sin temor, que el ejercicio de nuestras facultades, es, no sólo el derecho di-

vino, sino tambien el acto eminentemente religioso de nuestro destino. Vivir, y vivir continuamente; hé aquí la ley de Dios y su mandamiento. Aspirar, atraer á sí la vida infinita, es decir, la Divinidad, á cada paso, á cada momento; dejarla entrar, brotar á torrentes en nuestra alma por las tres puertas sagradas de nuestro organismo; desarrollar nuestra inteligencia por medio de más ideas, nuestro sentimiento por medio de más simpatías, nuestra sensibilidad por medio de más sensaciones: hé aquí nuestro deseo, hé aquí nuestra virtud.

¡La vida! ¡La vida! Embriaguémonos con esta palabra, porque es una embriaguez santa. La vida es la esperanza; la vida es la inmortalidad, la vida es la mediacion de lo finito á lo infinito, la union del tiempo con la eternidad, la destruccion de los limites, el arca divina arrojada sobre el abismo. Vivamos, pues, ámpliamente, grandemente, para obedecer á la irresistible ley de nuestra naturaleza. Acabemos la obra de la creacion, aún por concluir en nuestro planeta.

Ahora, si tenemos que buscar, qué facultades debemos ejercitar y en qué grado, todas, podemos responder, y en toda su extension; pero con condicion de desarrollarlas con ar-

monía y segun el órden de su importancia. Las facultades morales las primeras, las sensuales las últimas, segun las lecciones y los mandatos del progreso. Por su expansion íntegra podremos únicamente equilibrarlas en su accion, como Dios las ha equilibrado en nuestra naturaleza. Desde este momento no temamos el abuso. Donde el abuso empezára la facultad invasiva hallaria la facultad inmediata que la rechazaria dentro de sus límites.

Admitido este principio, nuestro destino y el destino de todo el mundo están clara y terminantemente probados. Para cada uno de nuestros actos, no tenemos más que plantear esta pregunta. ¿Podemos, obrando así, adquirir más vida? Y si nuestra conciencia responde que sí, no debemos temer ningun juicio; podemos decir al contrario, á cada hombre, viajero como nosotros en el camino de la verdad:

Cuando hayas sentado tu filosofía sobre esta montaña de diamante, contrae una amistad cada vez más ardiente y más íntima con la gran familia. Ama el arte que es su espléndido vestido; la ciencia, que es la confianza imperecedera del mundo á nuestra alma. Admira la belleza esparcida sobre la faz augusta de la

naturaleza. La admiracion no es más que el amor llevado á su más alto poder, el sonido del alma que brota al golpe de la belleza. Cuanto mejor preparada está el alma, tanto más vibra con la emocion.

Busca las profundas verdades inscritas en el fondo de las cosas, bajo el velo de los misterios. El conocimiento en el hombre no es más que la conciencia exterior de Dios, porque él es el que siente y piensa dentro de nosotros, el que siente y ama en nosotros, y la afeccion y el estudio, no son más que una santa hospitalidad, una cena intelectual que nos prepara continuamente para el Cristo eterno, siempre presente en la humanidad. Adora la poesia, que es la flor de la creacion; respeta el lujo, que es el rayo de Dios sobre la criatura; bendice el entusiasmo, que es el aroma del sentimiento; y á cada grado de la ciencia ó del arte que subas, á cada vibracion de tus fibras bajo la amorosa presion del mundo, á cada éxtasis, á cada explosion de la lira interior, tocarás á Dios desde más cerca, le respirarás de más cerca, sentirás sobre tu faz su soplo de inmortalidad.

Conocemos la condicion de nuestro perfeccionamiento. Poseemos la moral individual que no es más que la jurisprudencia de nues-

tro destino. ¿Cuál es ahora la condicion de perfeccionamiento para la sociedad, la moral colectiva que preside á la vida de una nacion?

Podemos responder: La misma ley, la misma moral. Tenemos que juzgar un sistema político, ó más bien social, no tenemos más que preguntar: Este sistema ¿traerá á la sociedad mayor suma de vida, de ciencia, de simpatía? Entónces será verdadero. Por el contrario, toda organizacion, social ó política, que condena una parte de la comunidad á la miseria, á la ignorancia, á la servidumbre, y que mutila millones de existencias, es inmoral como una mentira. Miente á la civilizacion; niega la historia, es decir, la palabra misma de la Providencia.

Pero ¿por qué ha habido y hay todavía clases desheredadas de riqueza, de conocimiento? ¿Por qué esta sombría ley del sacrificio ha pasado sobre millones de seres aparecidos, y desaparecidos en un coro horrible de sufrimientos, ignorados de la humanidad, caidos y hollados por los demas, sin haber conocido el alma, ni haber visto en ninguna parte en la vida la alegre sonrisa de la Divinidad? ¿Por qué las desigualdades sociales, que entristecen á unos, irritan á los otros, sombras

siniestras y amenazadoras de la civilización?

¿Por qué ese gran murmullo de voces llo-
rosas, que flota sobre la tierra, cuando se es-
tremece de alegría con su traje de primavera?
¿Y por qué, á la hora en que hablamos, el
viento que columpia en nuestros campos los
gavanzos y las lavandas en flor no se lleva de
nuestras cabañas más que gritos de pena y de
dolor? Hemos dado, con el libro de lo pasado
en la mano, las razones históricas de estas
desigualdades. Hemos dicho que el punto de
partida del hombre, una vez admitido, el es-
clavo es más libre, me he equivocado, más
avanzado en redención que el salvaje, el sier-
vo que el esclavo, el proletario que el colono;
que á cada movimiento hácia adelante de la
humanidad, los que vienen detras pasan á
ocupar el puesto que ocupaban los de delante.
Ahora, gracias al progreso cumplido, olvida-
mos estas razones, las enviamos á los siglos
pasados, para no darnos y no dar á los débi-
les pretexto para atrasar ó ajustar el rescate
de las clases aún sumergidas en la noche de
la inteligencia.

Así como el Evangelio, comparado con el
Antiguo Testamento, ha sido el libro de vida,
se puede decir que la democracia ha sido la

carta del Evangelio, la segunda entrada de Cristo en Jerusalem. La democracia es la plenitud de vida, conquistada por todos para todos; la Iglesia universal de las naciones, que ha escrito su símbolo, vagamente es verdad, tímidamente tambien, en la primera revolucion.

La revolucion francesa ha sido el monte Calvario. Al subir al sacrificio, al verter su sangre por la Europa, la revolucion se ha divinizado, encarnado en las almas. Y hoy, para toda persona acostumbrada á los cálculos del pensamiento, la libertad no puede ser una fantasía, como en la edad media, un paseo tumultuoso al Capitolio detras de los pasos de algun Rienzi. Es una idea permanente, fija, regular, majestuosa, como la procesion de los astros en el emperio. Los hombres salidos de esta revolucion no la comprenderian, suprimirian una á una, subrepticia ó violentamente, todas sus ideas, todas sus promesas; se volverian viajeros de la muerte, para coger esa sombra del pasado, Eurídice que huye y desaparece en humo, que más temprano ó más tarde sucesores enviados por el nuevo mandamiento de la revolucion vendrian, al dia siguiente de su apostasia, á distribuir, segun la

justicia social, á todos los hijos de la patria comun, la mies y la idea, el pan del alma y el pan del cuerpo, la alegría legítima de la sensacion y la tranquila voluptuosidad de la inteligencia.

CAPÍTULO XXX.

Este libro ha presentado la vida humana sobre el planeta y la ha mostrado cada vez más activa, más intensa, más expansiva en el tiempo y en el espacio, más divina por el sentimiento y la idea, más independiente de la naturaleza y de la materia, más espiritual, íntima y personal. Pero ¿es esto todo? El progreso bajo el sol ¿está limitado al hecho vivo, al hombre carnal que vemos y tocamos? Nuestro destino ¿está limitado á un átomo ahogado en una tumba? La muerte ¿es el final de esta magnífica Iliada del progreso? La aparicion del hombre sobre la escena de Dios ¿acaba por la burla?

Hé aquí un creador de ideas, un genio. Ha vivido, ha pensado, ha subido hasta la mayor

altura á que puede llegar el hombre; ha entrevisto por la ascension de su inteligencia un inmenso ideal. Su vision le ha inspirado necesariamente un deseo. La muerte sobreviene en medio de su aspiracion, es decir, de la más sublime explosion de su destino. Apaga sobre este ojo el rayo, retira de estos labios la palabra, quita al cuerpo la luz y la electricidad, se lleva la armadura de la vida y arroja lo demás á la nada.

¡ La nada! ¿ Quién ha podido decir esta palabra por primera vez? ¡ La nada! El sér entero desprecia y rechaza este pensamiento. Instinto, razon, sentimiento, conciencia, todo, hasta la última fibra de nuestro cuerpo, protesta contra nuestra propia destruccion. ¡ La nada! Pero entónces Dios no elevaria á los mejores, á los elegidos, á la contemplacion de su esplendor, de su sabiduría, más que para precipitarles desde mayor altura á un horroroso castigo. Perfeccionaria la vida, la arrastraria al progreso, para dejarla desesperada en medio del camino. Mandaria al hombre la ciencia, la meditacion, esta virtud del alma, únicamente para tener ocasion de imponerle una pena más imprevista en la nada.

Pero si la nada fuese el último término del sér, ¿por qué llegar á este término dando un rodeo tan grande? ¿Por qué tantos esfuerzos para llegar de todos modos? ¿Para qué crear la humanidad, para dejarla interrumpida, suspensa, sin significacion posible, sin conclusion? ¿Por qué empezar una creacion para suprimirla? Dios debería haber empezado por donde acaba, por la nada. No hubiera hecho al hombre testigo de su impotencia ó de su injusticia. En verdad que no sé por qué discuto la nada; la palabra sólo es una blasfemia. Hablamos por hablar en este momento, porque, á Dios gracias, la destruccion absoluta de la vida humana no tiene un solo prosélito en el siglo XIX.

El hombre cree hoy en la vida futura. Pero ¿cómo, bajo qué sol, bajo qué forma, en qué teatro? Esa es la cuestion. Examinemos rápidamente cada sistema.

Hay una escuela que pretende que el gran todo humano, el gran Pan, es lo único imperecedero, lo único inmortal; que cada vida, individualmente tomada, es un minuto, una manifestacion, que llega, que pasa, que huye y desaparece sin volver. A la muerte de un hombre, la naturaleza recobra la materia que

le habia prestado. El cuerpo vuelve al crisol de una misteriosa alquimia; pasa al de una nueva metamórfosis; presta á otros séres su molécula; flota dispersa en el espacio en forma de árbol, de flor, de roca, de nube, de vapor.

Por la misma razon, y del mismo modo que la naturaleza recobra átomo por átomo la materia, la humanidad, que es al espíritu lo que la materia es al cuerpo humano, su universalidad y su mitad, recobra el alma despues de la muerte, pensamiento por pensamiento. Un genio, Orfeo si quereis, muere. Las Ménadas dispersan á lo léjos los restos de su cadáver. Su cabeza, arrastrada por la corriente del tiempo, murmura una palabra eterna. El espíritu humano revive en cada idea, en cada leccion que ha emitido ó transmitido desde que se levanta hasta que se pone el sol. Segun esto, la inmortalidad de Homero es su poesía.

Nadie podrá negar esta inmortalidad. Sí, una parte de nuestra alma queda á la tierra despues de nuestra existencia. Vaga indefinidamente de metamórfosis en metamórfosis, siempre vivificada por una generacion nueva. Es nuestra presencia perpétua entre los vi-

vos. Sí, quien quiera que seas, oscuro ó ilustre, desde el momento que has predicado el bien ó lo bueno, aunque no sea más que á un niño, estás presente en esta alma, amasada por tu mano, impregnada en tu palabra. ¿Pero es esa la verdadera inmortalidad? Un nombre, un recuerdo, una palabra, un eco disperso, errante, á la aventura, en la memoria. ¿Lo habeis pensado? La obra sería entónces más inmortal que el obrero, un minuto de la vida tendria más poder que la vida entera. Decid más bien que el efecto es superior á la causa, que el movimiento es superior al motor, que el espíritu comunica la duracion á su accion; pero que la coloca, la deja allí, como la abeja deja y abdica su vida en la herida. Pero no, la conciencia protesta contra semejante paradoja del destino. Si el genio es imperecedero en su creacion, el yo humano que ha constituido este genio es tambien imperecedero.

Otra escuela más respetuosa con esta mónada, con esta entidad íntima que llamamos nuestra alma, nuestra personalidad, afirma la resurreccion, la perpetuidad del hombre, pero sin la memoria ó con la memoria confusa de su estado pasado. Esta escuela argumenta

por analogía. Dice : Sí, el individuo debe vivir aún, ha vivido ya, porque la inmortalidad rechaza toda idea de fin y de principio. Aquí no hay ninguna noción de su vida anterior más allá de las entrañas de su madre ; luego esta vida anterior se ha borrado de su memoria.

¿ Pero sin la memoria qué es la resurrección ? ¿ Sin la conciencia qué es la personalidad ? No es un sér resucitado lo que me enseñáis, es decir, un sér continuado, es un sér de nueva creación, un sér nuevo. ¿ De esta inmortalidad á la nada, dónde está la diferencia ? Sólo veo en ella una nada vergonzosa, una nada por un camino de rodeo. Vanamente para rechazar la objeción, quisiérais renovar la doctrina de la reminiscencia confusa inventada por Sócrates, cuando el humo de la cicuta se le sube á la cabeza. Apagais la lámpara y conservais la mecha, que aún humea. ¿ Qué quereis que haga yo de una chispa que no alumbra, de una memoria que no se acuerda de su identidad ?

¿ El hombre, decís, no tiene conciencia de su estado pasado ? Teneis razón, ¿ pero qué consecuencia vais á sacar ?

¿ Ignorais que la vida es progresiva, que

ha sucesivamente pasado del flúido al mineral, del mineral al árbol, del árbol al animal, ántes de llegar al hombre, su último término, su último progreso, y que al llegar al hombre sólo toma conocimiento de sí misma? Tiene, no diré una memoria, sino una conciencia. ¿Por qué quereis que el hombre posea una personalidad en una época en que la personalidad no se habia aún formado, cuando aún vagaba bajo formas preparatorias y al través de los limbos oscuros de su existencia?

Una tercera escuela, tradicion prolongada del bramanismo en nuestro siglo, pretende que la vida inmortal es una encarnacion sucesiva del alma en otro cuerpo, una transmigracion, una polingenesis perpétua del individuo en el seno de la humanidad. Si esta metempsícosis fuera posible, todo sufrimiento sería legítimo, porque sería la consecuencia, la espiacion de una vida pasada. La caridad veria en todo hombre desgraciado el crimen de otro tiempo. Temeraria, tendiéndole la mano, desgarrar con el tiempo, la órden del Señor. El progreso quedaria en suspenso; porque para ciertos genios, ¿qué sitio podiais hallar que no fuera individualmente una decadencia? ¡Oh Platon! ¡Oh mi maestro! ¡Oh san-

to apóstol del idealismo! ¿Cómo es posible que cada vez que hayas retirado de la luz del sol un hombre, hayas podido efectuar un progreso de tí á tí mismo, en gracia, en poesía, en sabiduría, en profundidad, oh tú que has permanecido mucho tiempo sobre tu trono de marfil, el más grande y el más inspirado entre todos los filósofos tus sucesores?

Sin duda hay, lo he dicho, y soy el primero en reconocerlo, una transición continua, una reversibilidad del siglo al siglo, del padre al hijo, de todas las ideas y de todas las nociones del pasado. Si abriéramos en este momento el alma de cada hombre promovido á la inteligencia, y si descompusiéramos cada fibra constitutiva, hallaríamos las diversas ciencias, las diferentes verdades que la serie entera de las generaciones ha sucesivamente hallado. Veríamos que cada uno de nosotros, por su puesto en tal ó tal idea, es alternativamente indio, hebreo, sirio, griego, romano. En este sentido, y solamente en este sentido, la vida individual, elevada de nuestro tiempo al máximum de nuestro conocimiento, es la encarnación de toda la humanidad. Por ese lado la humanidad es eterna, no tiene ni pasado ni presente; la vida y la muerte, bajo

el punto de vista intelectual, no forman más que un solo pensamiento, siempre vivo, siempre progresivo, siempre idéntico, siempre continuado. Pero esta metempsícosis es la encarnacion de la obra del alma, y no del alma en su esencia. Procede no por via de generacion, sino por via de educacion.

En fin, una cuarta escuela, puramente mística, proclama que el alma, despues de la disolucion del cuerpo, va á recibir directamente de Dios su recompensa. Sube á un cielo invisible, incorruptible, para vivir durante una eternidad fuera de toda manifestacion, de toda condicion de espacio, en una completa inmovilidad, en una completa inmutabilidad; ignorante ó sábia, tosca ó desarrollada, poco importa, participa igualmente por la adoracion y la contemplacion de la beatitud y de la plenitud de la Divinidad.

Esta vida inmortal sería evidentemente, si pudiera existir fuera de una imaginacion exaltada por el ascetismo, la comunidad, no he dicho bien, la promiscuidad de la resurreccion. Distribuiria con igualdad la remuneracion, la felicidad, á las almas desiguales en virtud y en conocimiento. Despues suprime la concepcion del sér al suprimir el espa-

cio, y la relacion de lo finito con lo infinito al suprimir el progreso. No se puede concebir el sér viviente sin concebirle activo, y activo sin concebirle queriendo, deseando, cambiando, pasando de una forma á otra, de un pensamiento á otro pensamiento. Pero el hombre perdido, desvanecido en su Dios, sin deseo, sin mudanza, eternamente lleno de su propia eternidad, sería el infinito, ó sería la nada en forma de estatua, de rodillas ante el infinito. No discuto por más tiempo esta hipótesis. La traslado á toda doctrina que suple el argumento por el milagro.

La humanidad cree de un modo irresistible en la inmortalidad, de varios modos, ya lo sé, y por diversas razones. Pero esta diversidad no prueba, no confirma la creencia. Ninguna hipótesis es absolutamente falsa, como hemos dicho ya. Cada teoría, al contrario, encierra algo de verdad. Voy más allá y digo: léjos de abandonar la prevision, por no decir la preesciencia de una vida ulterior más allá de la agonía, como una quimera, como un error destinado á desaparecer ante el conocimiento, el hombre ha reconocido siempre, ha proclamado á medida que progresaba y que crecía en razon, la realidad, la

necesidad de la resurreccion. Cuanto más vivía más su vida enriquecida de sentimientos y de ideas radiaba anticipadamente ante él, gloriosamente proyectada en otro hemisferio de existencia. Al empezar ha desconocido la inmortalidad; más tarde la ha entrevisto; después la ha afirmado; pero como la civilización era entonces material, ha proclamado sencillamente que reconocía la materia. El cuerpo resucitaba solo y satisfacía las necesidades del cuerpo en otro mundo. Bebia, comia, combatía y dormía. Y á medida que el progreso siempre creciente elevaba al hombre en inteligencia y subordinaba la sensación al pensamiento, la creencia de un mundo futuro tomaba un carácter más ideal y más moral, de certidumbre. El hombre veía en la inmortalidad la sancion de su destino, su premio. Comprendía que su segunda existencia marcharía necesariamente en el sentido del progreso, que continuaria la primera existencia, continuamente agrandando en ella y en torno suyo la personalidad y la idea.

De este modo la creencia en la inmortalidad es progresiva como la humanidad, como la civilización. Esta prueba podía bastar al alma. Pero el alma necesita más, quiere ir

más allá, saber bajo qué forma y dónde debe revivir. Planteada de este modo la cuestion no puede resolverse, es cierto, porque para conocer otra vida es preciso entrar en ella; para arrancar el secreto á la muerte es preciso morir. Por eso pedimos al alma que viva dos veces, con la existencia pasada y con la futura. A esta indiscrecion de preesciencia, responderé: vivamos y esperemos. Tengamos confianza, pero no seamos impacientes acerca de nuestra eternidad. Entremos en la otra vida, como hemos entrado en este mundo, con los ojos cerrados.

Esta respuesta, sin embargo, no satisface á mi conciencia. Necesito dar una prueba más de esa necesidad de certidumbre. Puedo hallar en la vida actual la presuncion del mañana y sacar una consecuencia. Porque, en fin, si la inmortalidad es una prolongacion y no un rompimiento de la existencia, empecemos por conocer el sér íntimo y podremos presuponer la continuacion.

¿Esperamos la inmortalidad? Retiro la frase; no necesitamos esperarla para proclamarla, para verla tan claramente como el dia de nuestra sepultura. La realizamos cada dia en nosotros mismos, la tenemos ya. Te-

nemos una facultad íntima, misteriosa, á quien damos un nombre vago y engañoso, la memoria. Allí viene á fijarse todo lo que hemos visto, sentido, aprendido, conocido, querido y amado. No hay una accion, una virtud, una falta, un conocimiento, una idea, que no caiga allí y que no permanezca como sellada bajo las planchas de plata del tabernáculo. ¿Y qué guarda así la memoria en sus profundos pliegues? ¿Es el hecho puramente físico, accidental, contingente, pasajero, el reposo, el incremento, el sueño, la noche, el ruido, la flor, la emocion de un momento? No. La huéspedada desdeñosa deja vagar la sensacion á cualquier viento de lo finito. Acoge y acumula preciosamente toda clase de recuerdo que toca, que participa de cerca ó de léjos, con la idea de infinito, de eternidad: la ciencia, la poesia, el entusiasmo, la verdad, la beneficencia. Una vez entrado y transfigurado en la memoria por ella, el recuerdo es inmortal: sí, inmortal. No lo dudeis.

Sin duda el acto anterior, el recuerdo, pertenece exclusivamente al espacio y á un momento dado; pero una vez convertido en recuerdo, no pertenece ni á éste ni á aquél, ni

á este lugar ni á aquél, ni á hoy ni á nunca. Está siempre presente, completo. Puede ser evocado, llamado. ¿Y cómo llama la lengua humana á lo que está fuera del tiempo? Lo llama lo inmortal. ¿Y de dónde saca el recuerdo su inmortalidad? De la misma memoria. La memoria es una, entera, idéntica, independiente del tiempo y del lugar; es hoy lo que era ayer, reproduce y crea siempre del mismo modo, sin más ni menos, la nocion, la verdad, que ha adquirido una vez. Hé aquí un hombre distraido á las impresiones del minuto, vagando de sensacion en sensacion. Vive fuera, supongamos, que es músico; una señal le recuerda la orquesta. Despierta su pensamiento y la armonía brota de su instrumento, y tiene la certidumbre de que en cualquier instante de su vida hallará su ciencia. Cuenta con su memoria como si fuera en esta vida una inmortalidad. ¿Empezais á comprender el misterio? Sigamos.

Este sér exterior, estable, que hallamos siempre fijo, y al que llamamos memoria, es, pues, desde esta vida, el sér inmortal, ó más bien el embrion destinado á la inmortalidad, que constituimos y formamos nosotros mismos, cada dia, á cada hora, con nuestras

obras, con nuestros estudios, nuestras aspiraciones, nuestras virtudes. Todo hombre en la tierra, por un decreto divino, es el creador de su propia eternidad, ó por mejor decir, del sitio que ocupará en la eternidad. No recibe este puesto de manos de la muerte, le gana anticipadamente.

Toda cosa, toda accion de este mundo participa de la idea de lo infinito. Cuantos más rayos de infinidad mezcleis á vuestra existencia, tanto más heroismo y entusiasmo tendreis en los cimientos de vuestra inmortalidad, tantas más verdades y simpatías tendreis para subir al cielo, tanto más habreis crecido por vuestros propios esfuerzos en esencia y poder, y más pruebas os habreis dado de vuestra duracion, y habreis profetizado á vuestra alma siglos de esplendor. Y cuando entreis en la muerte, me he equivocado, en la vida eterna, Dios se levantará para recibiros.

¿Dónde, sobre qué grano de polvo? Lo ignoro. El hombre lo ignorará siempre. Pero por la irresistible lógica de la idea creo poder afirmar que la vida inmortal tendrá el espacio infinito por lugar de peregrinacion; porque la eternidad y la inmensidad son tan so-

lidarias , tan independientes una de otra, que apenas interpelada y llamada una , aparece la otra como su compañera inseparable. El hombre irá, pues , de sol á sol, subiendo siempre, como sobre la escala de Jacob , la gerarquía de la existencia ; pasando siempre, segun su mérito y su progreso, del hombre al ángel, del ángel al arcángel. Pero esta transmigracion perpétua en el seno del espacio, ¿es posible y la comprende la razon? Mirad, cada mundo está rodeado de un precipicio que no puede pasarle. ¿El dedo de Dios ha echado un puente de orilla á orilla para que pase el espectro errante del alma escapada de la tumba?

Acepto la objeccion. El alma humana, ya lo sé, no puede vivir sin estar envuelta en la naturaleza. Pero para responder á esta dificultad ¿la ciencia no ha colocado en nuestra alma una sospecha, y podria añadir, más que una sospecha? ¿La fisiología no ha probado ya que el alma, libre de la materia, sin contacto con ella, obra sobre ella por medio de un agente intermediario que se llama flúido nervioso y reside en el centro de este flúido, en el cerebro? ¿La ciencia no ha probado que el flúido nervioso era el flúido eléctrico

modificado solamente por el organismo vivo; de modo que puede decirse que la electricidad es la cubierta del alma, su atmósfera? Esta prueba basta. Como la electricidad está esparcida en el espacio, puedo suponer que el alma marcha en el espacio, sobre el flúido eléctrico, como sobre el suelo de un valle.

Pero si es así, pero si debemos salir siempre, bajo una columna radiante, de estrella en estrella, de transfiguracion en transfiguracion, hácia una plenitud completa de amor y reconocimiento, ¿por qué la persistencia de la personalidad, por qué la memoria, por qué llevamos con nosotros cada recuerdo, cada andrajo de lo pasado? Este recuerdo, cuando sea de una falta ó de una debilidad, ¿no será un castigo, un sufrimiento? Responderé que no. Si el recuerdo es un remordimiento es un testimonio de nuestra grandeza. ¿Pero que es el remordimiento? La reaccion de la virtud contra el decaimiento. Es el trabajo de la conciencia contra el mal para que el mal vuelva á la inocencia. Es el fuego purificado que devora la mancha; es el redentor, es, despues de su obra, un mérito. Si el recuerdo, por el contrario, nos restituye un acto íntimo, que sólo recuerda la interioridad de nuestra vida

pasada, no creais que este recuerdo vivirá en la memoria del arcángel como vive hoy en la memoria del hombre de nuestro planeta. Al transfigurarse el alma inmortal, transfigura su recuerdo, le perfuma con su perfume.

¿Por qué, pues, el poeta ó el pensador, en el último crepúsculo de su vida, recoge con piadosa emoción y resucita con elocuente ternura, las acciones, las reminiscencias más en apariencia y las más insignificantes de su juventud? ¿Por qué? Porque traslada el progreso de su alma á este recuerdo y le empapa en el rayo de su inmortalidad. Por la misma razón el hombre de nuestros días admira la poesía infantil de las primeras edades de la historia. Como posee por la lectura de la antigüedad una clave más rica de emociones, siente más lo que el poeta ha sentido. Crea la obra por segunda vez y atribuye al obrero primitivo su propia creación. Feliz ilusión del alma humana, que regenerando sin cesar la poesía pasada, con el fuego vivo de su sensibilidad, permite al hombre que admire siempre lo que una vez ha admirado. Por eso las horas de poesía no se pierden para ninguna generación.

Un justo va á morir. Descansa sobre su le-

cho de agonía. Una lámpara alumbra su estancia. El reloj secular de su abuelo da la última hora con ese timbre grave que se asemeja al sonido de la eternidad. Su hija, de rodillas, aprieta sobre sus labios la mano helada del moribundo. Siente ya la gran sombra que baja á sus miradas. Con un solo pensamiento retrospectivo ha pasado una rápida revista á toda su existencia. Ha hallado la cuenta de sus virtudes. Ha tomado anticipadamente todas sus precauciones contra los azares de lo desconocido. Y cuando inclinado sobre él, un amigo le pregunta cómo se siente en este momento de misterio, contesta: muy tranquilo. En fin, su mano se estremece por última vez. El ángel de la muerte ha pasado. Al pasar ha recogido el alma del justo. La lámpara sigue ardiendo. La aguja sigue marcando en el cuadrante.

Y al instante, ese cuerpo muerto se hace sagrado como si el dedo de Dios le hubiese tocado. Parece que en el altar ahora apagado del sacrificio, la llama ha subido á la mansión celeste. ¿Por qué este respeto hácia el molde roto del hombre, si el hombre no debía ser en el desenlace de la vida más que un poco de materia corrompida? Este respeto es invo-

luntario, imperioso, en todos tiempos, en todos los países. Forma parte del alma humana, ha nacido con ella como un elemento institutivo de su esencia. Si es un error, el alma es tambien un error. Es preciso elegir: ó la nada ó el hombre son una mentira. Planteada así la cuestion, está resuelta. Queda probada la inmortalidad.

CAPÍTULO XXXI.

El siglo XIX ha llegado. El genio de la guerra aparece de nuevo. Nace aislado bajo un nombre ignorado: sale de una nube semejante á un misterio; lanza su caballo á galope á traves de la Europa; marcha á la casualidad, envuelto en humo; abre ante sí, con la espada, paso á la revolucion; enseña al mundo el secreto del cambio; rompe el cuadro inflexible del pasado; deshace la historia á cañonazos; borra los límites geográficos; mezcla el mundo como una madeja. Cada uno de sus pasos es un ruido de hundimiento; parece le *consumatus est* del destino. Mueve los pue-

blos, va y viene con la mano llena de rayos, incomprendible á sí mismo, cegado el primero por la llama de sus propios relámpagos. Hierre, inmola sin saber por qué; mezcla las razas con las razas; amasa naciones con naciones; y pálido sacrificador, en pié á la entrada del siglo, celebra sobre la innumerable hecatombe del campo de batalla, la pascua de una nueva humanidad.

Después que ha dejado de herir, rechazado por su obra, como el hierro por la herida, y arrojado violentamente por la tierra regada de sangre humana, vuelve atrás la cabeza, en la que fermenta un caos. Su hora había llegado. Desaparece detrás del horizonte. Va á morir á otro hemisferio, astro sangriento de inmensa curva, empujado por tal impulso en el espacio, que necesitó otro mundo para agotar su movimiento. Se hunde en el mar como el sol; y el marinero de la orilla, enseñando por la noche un resplandor fúnebre, al viajero le dice: Allí acabó. Así, cuando la Providencia anuncia un nuevo Génesis, le anuncia por un cataclismo, y cuando envía al mundo una nueva alianza, enciende sobre el Sinaí la llama de la zarza.

Pero apenas se acabó el ruido del cañon y

el humo cayó á los piés del conquistador, la Europa, descompuesta por la victoria, se equilibró de nuevo. Se trasformó en una segunda atraccion, en la que cada Estado, pesado y sostenido por el estado inmediato, gravita perfectamente en su órbita. El antiguo suelo europeo, en otro tiempo letárgico, ahora sacudido por la tempestad, respira con nueva energía. Una gran necesidad de vida, de comunicacion, de libertad, trabaja simultáneamente cada nacion. Inglaterra acaba la conquista de la India; Rusia explota al Asia; Turquía se ve arrastrada en la rotacion de Europa; el Egipto se separa de la Turquía; la Grecia es libre; la Argelia se incorpora á la civilizacion; la España se limpia de conventos; la Italia queda pendiente de la libertad; la Alemania se despierta; el Austria se turba; la Polonia se estremece; la Bélgica queda libre; la América se hace independiente; la China se abre; la Australia, en fin, es visitada, y queda unida á la humanidad. Última hespéride relegada al Poniente á igual distancia del Asia y de la California, enseña al europeo su vellon de oro para atraerle á sus playas.

Por un admirable sincronismo de la histo-

ria, el hombre tiene siempre escrita con anticipacion una necesidad en cada continente. Contrae esta necesidad, buena ó mala, segun su voluntad. Miéntas el desierto ha sido el paso del comercio, el incienso, producto del desierto, ha sido la primera necesidad de la humanidad. Ha sido el alimento del idolo, pagado á peso de oro, siempre exhalado en humo, para llevar la caravana al desierto. La ley de asimilacion del hombre con cada parte del planeta ha reemplazado hoy el incienso por el tabaco, por el té, por el azúcar, por el café. La civilizaci6n suscribe cada dia por un apetito nuevo, un nuevo pacto de union con cada provincia del globo. Y para unir á su centro de accion este inmenso dominio flotante en la humanidad, sobre la que vierte á manos llenas la riqueza, encuentra el secreto de reducir las distancias, inventa el vapor.

El navio, hasta ent6nces esclavo de la atm6sfera, deja de obedecer al capricho del viento y de la marea. Lleva una alma en su seno, y una personalidad, por decirlo así, para marchar á horas determinadas y segun su voluntad. Surca el abismo, arrastrado por su propio movimiento, como el ritmo precipitado de la sangre en las arterias. Rompe bajo

el peso de sus ruedas, la ira de las olas desencadenadas por la tempestad, y las arroja tras sí, rotas y gimiendo, hechas polvo de espuma. El agua de los mares, de los rios, está por todas partes batida como el yunque, por todas partes agitada por una continua sacudida. Apénas la ola se ha tragado la huella de la quilla, otro navío viene á volver á abrir el surco cerrado. La anchura del Atlántico ha disminuido de la mitad, y la América está unida á la Europa por un número fijo de dias. Saliendo en un dia determinado del continente, el pasajero aborda á una hora fija al otro continente.

Así como la tierra en su trabajo de creacion habia pasado del monstruo marino al mastodonte, del mismo modo la civilizacion del siglo XIX ha pasado del barco de vapor á la locomotara. Extiende de trecho en trecho, sobre la superficie del territorio, una inmensa red de acero. El rail se une al rail por encima de las fronteras como un signo de alianza. La caldera jadeante arrastra, silbando, con la velocidad del viento, el pueblo extranjero al pueblo inmediato. El espíritu, obligado á cambiar de medida, cuenta, apénas, de capital á capital, la distancia de una jornada.

La Europa, convertida en las proporciones de un reino, empieza á ser, para cada nacion, una misma patria. En otro tiempo el pensamiento humano brotaba aquí ó allí, sobre tal ó cual terreno, sin que resonára inmediatamente en toda la circunferencia. La tierra, inorgánica por falta de comunicacion, interponia de region á region un intérvalo inconmensurable. Cuando una raza estaba avanzada otra estaba atrasada en el camino del progreso. Pero la unidad de relacion, cada vez más activa, trabaja cada vez más para constituir la unidad de espíritu. Cada familia lleva á la obra comun y trae una nueva facultad; una la industria, otra la filosofía, otra la simpatía, otra la poesía. El genio ha renunciado á ser nacional para ser universal. El hombre, compuesto de todos los elementos del hombre en todas las razas, crece hasta la altura de la humanidad. Es humanitario; entrego con gusto esta palabra á la burla. El elegido del pensamiento ha arrojado al viento una palabra. ¡ A mí la Inglaterra, á mí la Alemania! La verdad escapada de sus labios volverá á él en inmensa aclamacion. Y si él mismo se observa en su conciencia, hallará continuamente un pensamiento extraño. Por

esta fibra del alma es compatriota de todos los países. La Europa inteligente es, pues, un inmenso pensamiento en comun, una inmensa colaboracion. La ciencia, descubierta aquí, llevada allí, vuelve fortificada con la ciencia de todos, á su punto de partida. La solidaridad es la anunciacion de una vida superior, une por todas partes el pueblo al pueblo, de frontera en frontera. Cuando una revolucion brota en alguna parte, la explosion, repercutida hasta el infinito, resuena desde el Tiber al Danubio. Cuando un genio aparece en un pueblo, la Europa entera se levanta para verle pasar.

El camino de hierro, con su espantosa rapididad, precipita la circulacion del pensamiento. La prensa, esta voz de la humanidad, habla al espacio como la sibila. Dice, y la palabra, dispersada al momento, hiere en el momento todas las inteligencias. Sucede al destino, hereda al oráculo, ó, mejor dicho, es el destino y el oráculo de la razon. Cada dia enseña algo. El aire está lleno de palabras. Cada hombre toma y da á cada hombre lo que él tiene de mejor, y completa, por medio de este cambio, el déficit del pensamiento; porque el cambio tiene eso de divino que todos ganan siempre

en el cambio. La filosofía halla al pueblo preparado por los periódicos, para comprender la promesa de la nueva alianza; sale del misticismo de la escuela, para tratar con el sentido comun; consiente en ser popular, práctica, comunicativa, ecléctica, en la verdadera acepcion de la idea; rechaza para siempre la brutal doctrina de la sensacion, esta muerte metafísica de la inteligencia; proclama la doctrina del progreso, la revelacion continua de la historia, la inspiracion divina de la razon, la religion permanente de la humanidad.

La ciencia, arrastrada en esta irresistible corriente de emulacion, marca á cada paso una nueva victoria sobre la naturaleza. Sorprende la vida en las obras de la química orgánica; halla la historia perdida del planeta en la geología; resucita el Génesis muerto en la paleontología; demuestra en la anatomía comparada la unidad de la creacion; descompone la doble llama de la electricidad; sorprende el misterio escondido del magnetismo; analiza la pálida corona de la aurora boreal; agranda los límites de la astronomía; trastorna la medicina; completa la cirugía; desarrolla el cálculo; aumenta la dinámica; pasa de la teoría á la aplicacion; sepulta bajo la

ciudad el rayo subterráneo del gas para reemplazar al sol; sacude en el aire el penacho azulado del reverbero magnético, como el rastro de un nuevo cometa; resuelve el problema insoluble de la alquimia, inundando el hierro de un vapor de oro por medio de la pila de Volta; va á buscar en las entrañas de la tierra el surtidor de agua del pozo artesiano; organiza bajo tierra un sistema de cañerías que hace correr el agua por todas partes; arroja, á traves del espacio, el arco gigantesco del puente tubular, sobre un vacío horrible de una orilla á otra del abismo; entrelaza del valle al monte el hilo nervioso del telégrafo eléctrico, emisario instantáneo encargado de transmitir la palabra con la rapidéz de la sensacion; hace del suelo que se extiende á sus piés un sér animado que siente, habla y vive como la humanidad; baja al fondo de la ola al hombre, envuelto en su atmósfera, por medio de la campana de buzos; arroja en el cielo, por medio de un soplo, la cúpula errante de los globos; fija, por medio del daguerreotipo, el rayo fugitivo de la luz; comunica á la piedra litográfica el dón del grabado; crea la roca bajo el agua con cimientos romanos; inflama el algodón como

pólvora; da al aceite, en la lámpara, el alma del reloj; vierte, en fin, en la fibra de la máquina, la facilidad del hombre para tejer, forjar, amasar, moldear, transformar y humanizar la materia.

La ciencia abre así al hombre un nuevo campo de trabajo; el crédito se introduce por todas partes y funda una nueva propiedad. El crédito europeo queda fundado. El pueblo más pobre es admitido al reparto del pueblo más rico. El suelo, inerte por falta de capital, se fecunda por medio del capital extranjero. La riqueza se universaliza por su movimiento natural de expansión. La solidaridad de los Estados queda impuesta por la solidaridad de los fondos públicos. La simpatía se desarrolla por el aumento de actividad. Se purifica la moral, se desacredita la guerra, se revisa la legislación, se humaniza la ley, se economiza la pena de muerte, se oculta la guillotina, se suprime la infamia, se cierra la casa de juego, se proscribela lotería, se prohíbe la mendicidad, se cierra la cárcel, se fundan colonias agrícolas, se edifican granjas penitenciarias, se propagan las escuelas, se predica la temperancia, se aumenta la prevision, se multiplican las cajas de ahorros, se hace vul-

gar la caridad, se organiza la asistencia de corporacion, se prohíbe el tráfico de negros, se estudia la cuestion de la miseria, se profetiza la redencion del proletario, se anuncia la trasformacion del salario en dividendo, la fraternidad humana, esta promesa aplazada por el Evangelio, queda proclamada en medio de voces contradictorias y confusas de escuela ó sistema, de esperanza ó desesperacion; pero no importa, está proclamada. El sello se ha roto. Para resolver un problema es preciso plantearle. Ya está planteado. La discusion vale más que el silencio. El silencio es la negacion de la idea. La discusion, por el contrario, es la primera fermentacion de vida. Toda doctrina empieza por la lucha y acaba por la armonia.

El arte, obligado á dar testimonio de la grandeza del siglo, sacude la pueril disciplina de la antigua ortodoxia. Cada civilizacion tiene un tipo preferido, un sistema de línea aplicado á su genio. El siglo XIX admite, igualmente, en su simpática admiracion todos los ejemplares de la belleza. Comprende todo; saca de todas partes; combina la línea hasta lo infinito; siembra el color con profusion en torno suyo, sobre las telas, sobre la pared, so-

bre los vasos, sobre el cristal; admite todo el mueblaje antiguo; la copa de Aténas, el aguamanil de Venecia, para poetizar la vida del hogar con toda la gracia del pasado; llama á su intimidad como á una fiesta de familia, toda la flora del mundo entero; respira el perfume moribundo de la rosa de Bengala en porcelana del Japon; enciende en la frente de la ciudad la llama movible de los fuegos artificiales; suspende en las sombras de la noche los jardines aéreos de los vasos de colores; prodiga por todas partes y á cada momento la voluptuosidad de la mirada. La ópera abre un mundo desconocido de encantos. El orfeon entona el coro inmenso de la democracia, cantado por todo un pueblo. El panorama despliega ante la muchedumbre el paisaje agrandado con las dimensiones de la naturaleza. Le comunica en un sitio la emocion del viaje. En fin, el arte conmueve continuamente la imaginacion por alguna nueva sorpresa, como para tenerla siempre dispuesta para la idea del progreso.

La pintura, sacerdotal y mística en la Edad Media, aristocrática y real en el renacimiento, doméstica é íntima en la reforma, variable como la sociedad, errante en su perpétua

evolucion, de la iglesia al palacio, y del palacio á las casas, espera la última transformacion; y esperándola, repite piadosamente todas las formas sucesivas del pasado, como las rapsodias repetian las poesías esparcidas de cada Homero, para reunir las más tarde en una poderosa Iliada. Tambien tiene su originalidad; se inclina sobre todo al paisaje; representa la intimidad del hombre con la naturaleza; profundiza el sentido oculto del colorido; dramatiza los tonos del cuadro; da una alma nueva á la armonía, abre un manantial desconocido á la emocion. La arquitectura, llamada tambien á una metamórfosis brillante, busca silenciosamente en la sombra su destino. Recoge con respetuoso cuidado la herencia completa de la tradicion. Quiere utilizar para el porvenir cada forma del pasado; pero presiente ya el día en que abandonará la piedra, demasiado maciza y pesada para su infatigable ambicion de movimiento y de espacio, para tejer á la llama del hornillo la trama aérea trasparente del hierro y del cristal, sembrada por todas partes con las flores del esmalte y radiante con todos los prismas del sol.

La literatura, forma suprema del arte, en-

tra con orgullo en el porvenir. El alma humana, en fermentacion del Dios nuevo, desborda en poesía. La musa del siglo XIX es austera, meditabunda, patética, soñadora: brota en lirismo; interroga á la naturaleza; llama al infinito; levanta el peso del destino; desgarrá el velo de Psíquis; Psíquis despierta de su misterioso sueño, reconoce á su amante y le sonríe en su belleza. La inspiracion contagiosa y rápida como la electricidad, palpita por todas partes á la vez con la misma palpitacion. El poeta responde al poeta, de Francia á Alemania, de Alemania á Inglaterra, de Polonia á Italia. Es, de una frontera á otra de la Europa, la lengua universal del corazon humano. Bacante severa del espíritu vivo, enciende el entusiasmo de la idea. Para llegar y apoderarse mejor del alma en toda su diversidad y toda su profundidad, crea la forma esencialmente moderna de la novela, múltiple y ondeante como la sociedad. La novela es á un tiempo drama y narracion, diálogo y descripcion, poesía y realidad, caracteres y paisaje. Coloca su accion en el tiempo ó en el espacio, y escoge su héroe á capricho bajo la púrpura ó bajo la librea del trabajo. Poema épico del hombre

nuevo, mezcla continuamente el rango y la condicion, por no sé qué presentimiento de unidad. Igualmente dispuesta para el lenguaje culto que para el sencillo, para la imaginacion ó para el estudio, habla del mismo modo al ignorante que al sabio, á la mujer que al anciano. Proporciona lectura á la mitad del género humano, y encamina por el sentimiento á la reflexion.

¡Hé aquí el siglo XIX, gloria á él ahora y siempre! Se ha dicho que era una época de duda y de tumulto; porque es un tiempo de transicion y de renacimiento. El dogma nuevo, atacado en su manifestacion, lucha por todas partes de obra ó de palabra, contra el dogma antiguo. De aquí esta anarquia aparente y contradictoria de la que todos hemos llevado, poetas ó filósofos, la tristeza. Pero esta confusion anárquica del presente y del pasado esconde en realidad una idea uniformemente esparcida por toda la Europa. El espíritu acostumbrado á ver y á comparar, puede cogerla fácilmente á través del humo del campo de batalla. Mientras el ejército marcha en la nube á lo léjos por el valle, el general, en pié sobre la colina, ve ya la batalla ganada, y profetiza la victoria.

Sí, el siglo XIX, el más grande á los ojos de Dios, porque es el último y posee el progreso de la historia, es un siglo profeta encargado de hacer una revelacion. Lleva en sí una nueva efusion de la Divinidad, y brilla magníficamente en el espacio. Ha hablado para aquel que ha sabido comprenderlo; nosotros intentamos humildemente, en esta profesion de fe, repetir sus palabras. Si el impío de otro culto nos pregunta dónde están sus testigos, le enseñaremos sus milagros, sus golpes sobre la naturaleza y sus rayos inflamados por la ciencia y la industria, y diremos: Hélos aquí. ¿Y quién se atreveria en el mundo á negar esos milagros? ¿Y quién buscaria sobre la tierra otros pasos que los de la Providencia?

¿Qué himno podré yo encontrar, oh mi siglo, que te diga todo mi amor; porque á tí te debo todo lo que sé; y tú me has enseñado á pensar todo lo que pienso? Ignoro si estoy llamado á contar ante tí, ó más bien, sé ya que estoy destinado á marchar vestido de sombras, en tu camino; pero puesto que me has hecho un corazon religioso, quiero traértele en ofrenda; y puesto que me has reconciliado con la verdad, quiero atestiguar tú

doctrina. Puesto, en fin, que tu verbo se ha unido á mi vida como una bendicion, quiero pregonar mi agradecimiento.

Cuando pienso en tí, oh mi siglo, estoy sobre el tripode, tengo el estremecimiento sagrado, el viento sopla entre mis cabellos. Sólo pueden injuriarte aquellos de alma paralítica que se han quedado atras. Pueden desafiar el porvenir, el porvenir no conocerá su desafío. Cuando oigo hablar á esos amantes de la muerte, no sé qué palabras saldrán de mis labios para contestarles; pero sé que estas palabras son una victoria. Lloran dia y noche sobre lo que llaman la decadencia de la humanidad. Para castigarles por haberte desconocido, los entregas á sus gemidos como los condenados. Nosotros esperamos; nosotros, porque Dios está siempre del lado de la esperanza; porque la esperanza es la fuerza del infinito, bajada al corazon del hombre para probar lo desconocido; es la marcha principal de la idea por el camino de la eternidad.

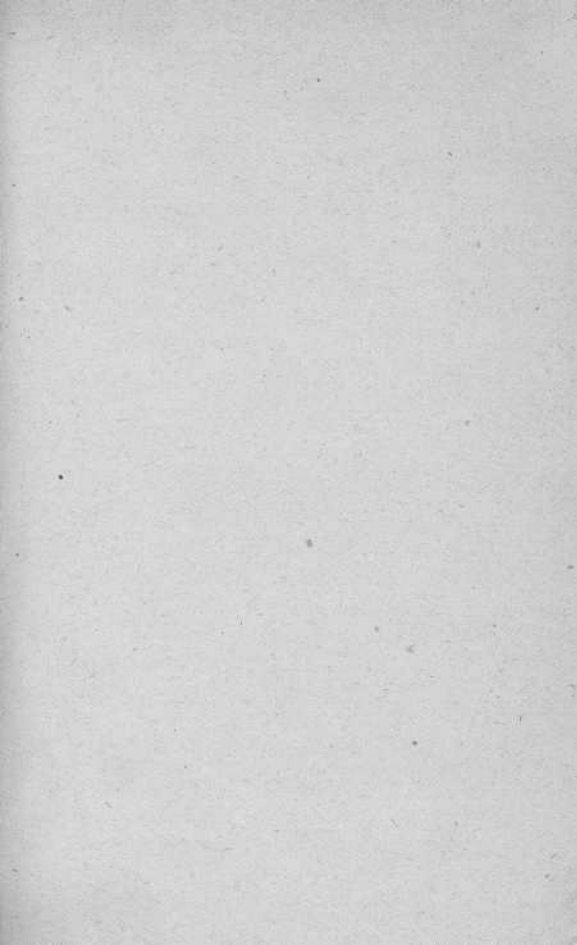
Hemos escrito estas cosas á orillas de las olas y en medio del ruido de las revoluciones. Las hemos escrito con recogimiento y el corazon lleno de buena voluntad. No tenemos vanidad en nuestras palabras, pero me ha pa-

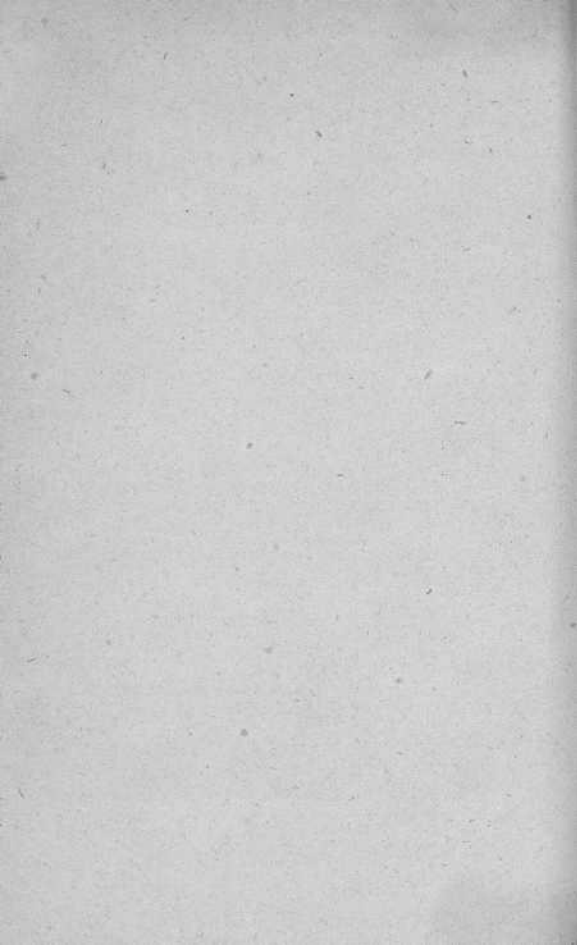
recido, al marchar por el camino del siglo, que ciertas ideas perfumaban el pié del viajero como las llanuras de Galaad, y si no hemos hallado la verdad, hemos encontrado al ménos esa paz del alma que la debilidad humana llama la virtud.

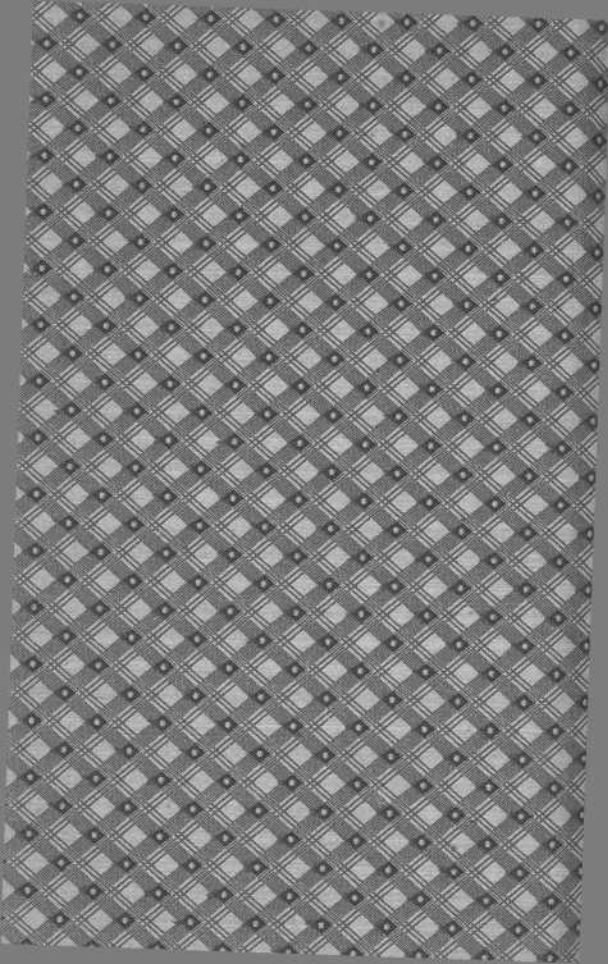
Y ahora tú, Juez supremo del acto y de la intencion, ¡oh Invisible! ¡oh Eterno! Creador de la creacion, obrero de quien somos el instrumento, vierte á torrentes tu pensamiento en la humanidad, tu perpétuo Génesis. Enseña á los hombres que dudan, á ser buenos, y á los buenos á ser mejores. Une los hijos de la misma patria en una amistad comun. Inclina por todas partes los corazones al cariño. Cambia sobre los labios las injurias en simpatias. Rompe á tus piés la ira de la Europa. Que el acero vuelva á su vaina. Pon la mano entre la vida de los pueblos y la boca de los cañones, dinos que todos los pueblos han entrado en gracia ante tu munificencia, que amas á todos para que se amen entre si en tu amor, y si eliges uno de nosotros, para ser en el siglo el propagador de tu doctrina, vierte sobre él la sonrisa de tu bondad, y comunícale el secreto de la persuasion, á fin de que su palabra, siempre afable, sea la alegría

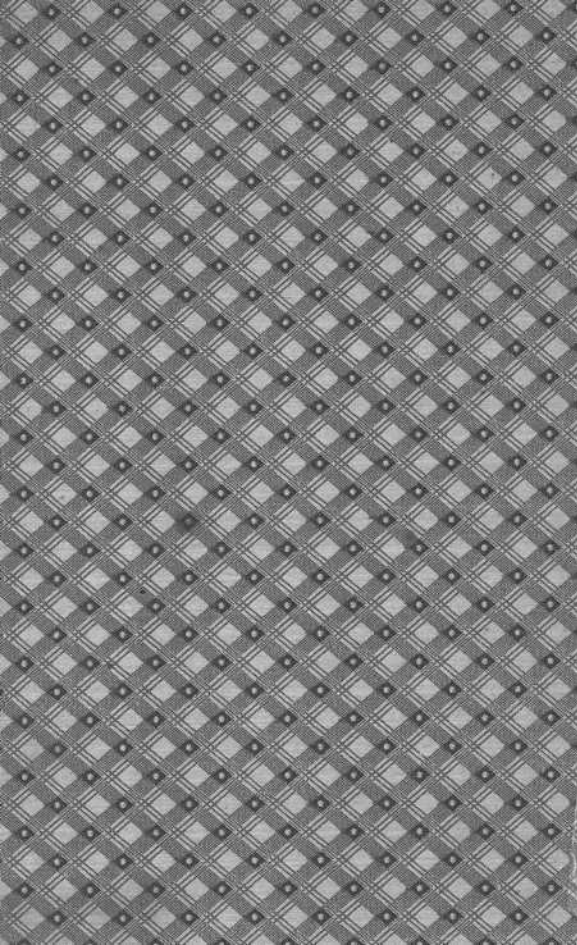
de las inteligencias. Separa de su camino las hijas de la noche; la ira, la vanidad, la temeridad, el error, á fin de que el espíritu de la duda no diga al ver una sombra sobre tu claridad: Dios no está aquí, pasemos; y entonces descenderá tu paz sobre la tierra, y empezará tu reinado.

FIN.









2

PELLETAN



LA PROFESION
DE FÉ
DEL SIGLO XIX

TOM. 1. 2. 3 Y 4.

2414